



MISA NEGRA
Olivier Barde-Cabuçon

Siruela/ Policiaca

Olivier Barde-Cabuçon

Misa negra
Un caso del comisario
de las muertes extrañas

Traducción del francés de
Teresa Clavel

 Siruela
Nuevos Tiempos / Policiaca

Créditos

Edición en formato digital: enero de 2015

Título original: Messe noire

En cubierta: fotografía de © Unholy Vault Designs / Shutterstock.com

© Actes Sud, 2013

© De la traducción, Teresa Clavel Lledó

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16280-74-2

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Índice

- I. Fuegos fatuos y otras cosas del diablo
- II. Un asunto de Estado y otras cosas del diablo
- III. El monje, la mujer y otras cosas del diablo
- IV. Jóvenes desaparecidas y otras cosas del diablo
- V. El perro, la niebla y otras cosas del diablo
- VI. La Voraz y otras cosas del diablo
- VII. El sueño del monje y otras cosas del diablo
- VIII. El cura danzarín y otras cosas del diablo
- IX. Sartine y otras cosas del diablo
- X. El entierro y otras cosas del diablo
- XI. Un fiscal y otras cosas del diablo
- XII. El fuego y otras cosas del diablo
- XIII. La abadía y otras cosas del diablo
- XIV. Un ritual y otras cosas del diablo
- XV. La nieve y otras cosas del diablo
- XVI. La lógica y otras cosas del diablo
- XVII. Un féretro y otras cosas del diablo
- XVIII. La exhumación del cadáver y otras cosas del diablo
- XIX. Sophia y otras cosas del diablo
- XX. En la cabeza de un perro y otras cosas del diablo
- XXI. Versalles y otras cosas del diablo
- XXII. Una cena chispeante y otras cosas del diablo
- XXIII. El caballero satanista y otras cosas del diablo
- XXIV. El rapto de Sophia y otras cosas del diablo
- XXV. Misa negra y una última cosa del diablo

Para mi madre, que me transmitió la afición a la historia.

Cae la noche, pero las manchas no desaparecen.

ILSE AICHINGER

MISA NEGRA

I

Fuegos fatuos y otras cosas del diablo

Una campana sonó a lo lejos. El crepúsculo había envuelto el cementerio con un fino velo negro que difuminaba las formas de las lápidas y las estelas. Una lluvia fina y helada empapaba el suelo de las alamedas murmurando quedamente. El monje tocó la cara del hombre con la yema de los dedos y se levantó despacio.

–Parece que haya muerto de miedo...

–No es de extrañar –murmuró el oficial de la patrulla alargando el brazo para señalar, a lo lejos, las llamas multicolores que parecían suspendidas en el aire.

En aquel mes de diciembre de 1759, el París de la muerte se extendía ante sus ojos. Más que un agrupamiento de tumbas, el cementerio era un inmenso parque de relieve tortuoso y vegetación abundante. Una amplia alameda bordeada de árboles desaparejados conducía hasta una pequeña colina devorada por el musgo y poblada de sombras espectrales. Allí, unas llamitas amarillentas o rojizas se arremolinaban sobre las tumbas. El sonido de la campana cesó. Un viento pesado rugía con furia. Cerca de allí, se oyó a un perro aullar desesperadamente.

–Hay que ir a ver –dijo el monje en voz baja.

–Son cosas del diablo –protestó el otro–. ¡Ni yo ni los arqueros de la patrulla nos moveremos de aquí!

–Entonces iré solo. Que me den una linterna.

El oficial lo observó con atención. Bajo la capucha de su interlocutor se distinguían unos ojos negros y vivos, con un brillo de inteligencia y humanidad. Su mirada reflejaba una curiosidad atenta por el mundo que lo rodeaba. El monje debía de tener unos cincuenta años. Un haz de finas arrugas surcaba su frente, como señales de perplejidad o de curiosidad intelectual. Las facciones de su rostro eran delicadas y un fino hilillo de barba, apenas plateada en algunos puntos, subrayaba la curva aristocrática de su mentón.

–¿No deberíais esperar al comisario de las muertes extrañas? –preguntó con nerviosismo el oficial–. Uno puede enfrentarse a los hombres solo, pero no a los espíritus malignos o a las almas en pena...

–¡Basta! –repuso con firmeza el monje–. Voy a ir. ¡No le temo a nada en este mundo! –Cogió la linterna que le tendía un arquero de la patrulla y añadió como para sí mismo–: ¡Ni en el otro, dicho sea de paso!

Con sus hombres congregados alrededor, el oficial de la patrulla miró al enigmático monje alejarse en la oscura noche. Acerca del colaborador del comisario de las muertes extrañas, encargado de dilucidar los crímenes más misteriosos de París, había oído tantas cosas detestables como maravillosas: herejía, duelos y descuartizamiento de cadáveres, pero también una ciencia infinita que bebía en los textos más antiguos. En silencio, se

santiguó.

El débil halo de luz de la linterna temblaba delante del monje, hurtando en su recorrido impresiones fugaces de desolación. Alrededor, hiedra, zarzas y malas hierbas alfombraban las tumbas al pie de ángeles rotos. Una impresionante sensación de soledad y abandono emanaba de esos lugares. El frío se hacía más penetrante según caía la noche. El monje subió con prudencia una escalera invadida por el musgo y llegó a la cima de un montículo. Las llamas de colores eran como hojas movidas por el viento. Algunas se apagaban al cabo de unos segundos, pero inmediatamente surgían otras, azul claro, rojas o amarillas...

—Es magnífico —susurró, contemplándolas entusiasmado. Dio unos pasos para dejar la linterna sobre una tumba y disfrutar mejor del espectáculo—. ¡Ah! —exclamó, quedándose inmóvil.

Un reguero de sangre corría al pie de la estela, mientras un gallo degollado yacía sobre la lápida.

—Esta salida nocturna empieza a ponerse interesante —dijo hablando consigo mismo, costumbre que había adquirido cuando estuvo preso, tiempo atrás—. ¡Así que ofrecen sacrificios al diablo! Yo preferiría ofrecérselos a Baco, dios del vino, o a Venus, diosa del amor. Pero, en fin, allá cada cual con sus gustos.

Al agacharse, vio un cirio de cera negra medio consumido.

—Misa negra e invocación satánica —dijo una voz grave detrás de él.

El monje se volvió. Absorto en su descubrimiento, no había oído llegar a Volnay, el comisario de las muertes extrañas, vestido con un largo frac inglés sobre una chupa con solapas. Era un hombre de unos veinticinco años, alto, de caderas estrechas y hombros anchos, semblante agradable, enmarcado por largos cabellos oscuros sujetos en la nuca con una cinta de tafetán negro doblada en forma de flor, nariz corta y recta, y mandíbula bien perfilada. Su expresión, sin embargo, era sombría y severa. La luz de su linterna le bañaba el rostro, arrojando reflejos dorados sobre la cicatriz que se extendía desde el raballo del ojo derecho hasta la sien.

—Misa negra y fuegos fatuos, hijo mío —precisó alegremente el monje, señalando los torbellinos de colores variados que se agitaban a su alrededor—. Newton habló de ellos en uno de sus tratados, comparándolos con vapores que emanan de las aguas putrefactas, ignis mentes, los espíritus del fuego...

A su padre, el monje, le gustaba hacer gala de su ciencia. Volnay esperó con estoicismo la continuación.

—En nuestro caso, yo diría que la descomposición de los cadáveres libera a veces gases que se inflaman espontáneamente al entrar en contacto con el aire. Cuando sopla viento, como esta noche, el común de los mortales cree ver a Jack el Linterna en persona. —Soltó una carcajada ligeramente condescendiente—. Los campesinos tienen cierto sentido práctico. Clavan una aguja en el suelo para obligar a los fuegos fatuos a pasar a través del ojo de esta y así tener tiempo de huir. ¡Porque todo el mundo sabe que tan difícil es para un fuego fatuo pasar por el ojo de una aguja como para un rico entrar en el reino de los cielos!

—Dejemos los fuegos fatuos por el momento —decidió con frialdad el comisario de las

muerdes extrañas—, aunque hayan hecho que el guarda del cementerio se haya muerto de miedo.

Se alejó con la linterna en la mano como un alma perdida. Al pisar la tierra húmeda, sus botas emitían un silbido acuoso. El viento hacía tabletear los faldones del frac a su espalda.

—Muchacho —replicó el monje elevando la voz—, dudo que el guarda de un cementerio muera por ver un puñado de fuegos fatuos o un gallo negro. Ha debido de pasar otra cosa...

—¿Qué?

—De momento, lo ignoro. ¡Yo no soy policía! ¡Yo busco el sentido de las cosas!

Volnay paseó la linterna a través de las tumbas, evitando cuidadosamente las llamitas.

—¡No queman, muchacho! ¿Qué buscas?

—Tumbas profanadas por los que han celebrado esta misa negra. El contacto con el aire de los cadáveres explicaría la aparición de este fenómeno... No, no veo nada aparte de algunas cruces derribadas. A lo mejor la aparición de los fuegos fatuos ha hecho huir a los celebrantes antes de que tuvieran tiempo de acabar...

A lo lejos, los aullidos lúgubres del perro comenzaron de nuevo. Se expresaba en ellos algo primitivo, pero increíblemente humano, que helaba la sangre, como si revelaran un sufrimiento auténtico. El monje golpeó el suelo con los pies para entrar en calor. Empezaba a notar los efectos de la humedad. Levantó la cabeza hacia el cielo y abrió los brazos con gesto teatral.

—¡Oh Señor, vos que acostumbráis hacer tan poco por nosotros, ayudadnos a comprender este misterio!

—¡No blasfemes! —gritó secamente el policía, que no se había alejado tanto como para no oírlo.

El monje rio, con los ojos cerrados bajo la caricia de la lluvia.

—Qué pena que esté todo mojado —señaló—. Habríamos podido encontrar algunas huellas sobre esta tumba. Por lo general, quien se tiende sobre la piedra es una joven virgen, desnuda, cabeza abajo, con un crucifijo entre los pechos y una hostia consagrada entre los muslos...

—Está aquí —dijo una voz queda.

El monje se sobresaltó antes de reconocer la entonación deformada de Volnay, que se había quedado quieto bajo un árbol, frente a una cruz rota. Chapoteando en la tierra húmeda, el monje se apresuró a reunirse con él.

—Tal como acabas de describirla —añadió el policía con la misma voz ronca—. Excepto por un detalle: la desventurada niña ha sido estrangulada.

La víctima se encontraba tendida sobre la tumba con los brazos en cruz, expuesta a la lluvia. Era muy guapa y muy joven, tenía la piel pálida y helada, y los labios, amoratados por el frío. El monje se inclinó sobre ella y, con un gesto tierno, le cerró los ojos.

—Han matado a un ángel —murmuró abrumado, apretando los puños. La rabia crispaba sus facciones—. Por más que nos repitan machaconamente que el bien es la causa y la finalidad de todos los seres, nos engañan. ¡El hombre no tiene medida para infligir el mal a los demás! —Su cólera siguió en aumento—. ¡Siglo de locos, enfermos y perversos, en el

que la ignorancia crasa rivaliza con la infamia! No debe de tener trece años.

El comisario de las muertes extrañas recorrió los alrededores con la mirada. No llevaba sombrero y el viento jugaba con sus cabellos de un negro azabache, largos y sin empolvar. Concentró de nuevo su atención en el monje. Cuanto más envejecía, más sensible se volvía su padre a la muerte o a la pérdida de un ser más joven que él.

–Intenta controlar tu emoción –le dijo con delicadeza–, debemos encontrar al culpable de esta locura.

El monje asintió.

–No tengo nada contra Jesucristo, después de todo –susurró–. Si existe, que reciba a su lado a esta pobre alma desamparada –añadió antes de levantarse.

–¡No te muevas! –ordenó el comisario de las muertes extrañas–. Estamos en el escenario de un crimen. Aquí se concentran todos los indicios que necesitamos. Si no andamos con cuidado, la investigación se verá comprometida antes incluso de haber empezado. –Hablaba con severidad y en un tono que no admitía réplica–. Empecemos por proteger los indicios. La lluvia no nos ayuda, pero al menos estamos solos y nadie vendrá aquí a pisotearlo todo. Identifiquemos primero las huellas de nuestros pasos para neutralizarlas y usémoslas a partir de ahora en todos nuestros desplazamientos.

En el cielo, las estrellas parecían paralizadas por el frío. Bajo aquella pálida luz, establecieron de común acuerdo las marcas dejadas por ambos.

–Los indicios están aquí, ante nuestros ojos –prosiguió después el comisario de las muertes extrañas–: un cadáver, una hostia, un crucifijo y huellas de pasos. ¡Tenemos que hacer hablar a todo eso! Necesito saber más sobre el ritual de la misa negra.

El monje le dirigió una mirada vacía. De pronto, un destello de lucidez iluminó sus ojos, y su cerebro empezó de nuevo a funcionar con normalidad.

–Como sabes, la misa negra es un culto que se rinde a Satán parodiando la misa –explicó con voz cansada–. Todo está, pues, invertido: el cuerpo de una mujer desnuda sirve de altar, los cirios son negros en lugar de blancos. No se trata de una celebración, sino de un simulacro desnaturalizado, una profanación... Existen muchos rituales de misa negra. Un sacerdote que ha colgado los hábitos o renegado de la fe, unas hostias consagradas, una virgen y una prostituta, un crucifijo o un cáliz lleno de vino o de agua de un pozo al que han arrojado el cuerpo de un niño sin bautizar... –Se interrumpió un instante, con la mirada perdida–. Al sonar la primera campanada de las once, la misa empieza a ser dicha al revés, y se termina con la decimosegunda campanada de medianoche.

–No es medianoche –señaló Volnay–, algo debe de haberlos interrumpido...

–Es preciso decir que, para obtener un mejor resultado, se suele decir la misa tres veces.

–¡Demonios!

–Normalmente –continuó el monje en un tono abatido–, el sacerdote dice la misa y la prostituta lo ayuda. Se recitan fragmentos de la misa al revés, la palabra «mal» sustituye a la palabra «bien», y «Dios» se cambia por «Satán». La prostituta da la comunión, rocía de vino el pecho de la joven virgen y coloca la hostia, para mancharla, en... hummm... en la gruta sagrada de la muchacha.

Dicho esto, se calló.

–Bien –dijo, pensativo, el comisario de las muertes extrañas–, esto me permite comprender la configuración del escenario. Es curioso, han trazado como una cruz en el suelo.

El monje asintió con la cabeza.

–El que dice la misa hace el signo de la cruz en el suelo con el pie izquierdo. Ya te lo he dicho: todo está invertido.

–Entonces, eso significa que el oficiante estaba aquí. A su lado, una mujer, porque la tierra está claramente menos comprimida y la huella es más pequeña. Los otros estaban enfrente... Yo diría que eran dos..., no, tres personas. Voy a medir.

Sacó un cordel y midió todas las huellas haciendo un nudo para señalar el principio y el final de cada una.

–Otra huella de mujer –dijo en un tono glacial–. Tres hombres y dos mujeres... –Frunció el entrecejo–. Antes de saber, hay que suponer. Al parecer, pues, tenemos dos celebrantes de la misa, tres espectadores y... una víctima para sacrificar.

El monje se arrodilló junto al cuerpo sin vida. Curiosamente, por un momento el comisario de las muertes extrañas creyó que iba a rezar, pero los dedos finos y rápidos del monje ya corrían por el cadáver levantando brazos y antebrazos y examinando los codos.

–Marcas superficiales de estrangulamiento alrededor del cuello, ningún movimiento defensivo que causara heridas, ninguna contusión en los antebrazos –dijo–, pero tengo que examinarla a la luz y sin esta maldita lluvia helada.

–Cúbreme –dijo Volnay–. Necesito dibujar el escenario del crimen sin empaparme.

El monje obedeció y, con el faldón del hábito, cubrió el papel y el carboncillo de su hijo, el cual se puso a dibujar con destreza apoyándose en una rodilla.

–Ya está –dijo el comisario de las muertes extrañas al cabo de un momento–. Haré el retrato de la joven muerta una vez que su cuerpo esté a cubierto.

Con precaución, dio unos pasos hacia los fuegos fatuos, que ahora parecían desvanecerse en la noche, y se detuvo junto a la tumba donde al llegar había encontrado al monje. Dirigió de nuevo su atención hacia el gallo degollado.

–¿Por qué habrán sacrificado el gallo en una tumba alejada?

Se volvió hacia el monje, pero este parecía no haberlo oído.

–¿Padre...? –insistió Volnay.

El monje se estremeció, pues eran raras las ocasiones en que su hijo pronunciaba esa palabra que lo conmovía: padre... Era un poco como si su corazón fuera un instrumento musical y pellizcaran una cuerda.

«Me hago viejo y me vuelvo sensible», se dijo. Pero no pensaba tal cosa ni por asomo.

–Dime, hijo.

–¿Has oído mi pregunta?

–No.

Volnay la repitió y el monje se encogió de hombros.

–No tengo ni la menor idea.

El comisario de las muertes extrañas lo miró con expresión intrigada. Nunca había visto

a su padre tan poco concentrado en el escenario de un crimen.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Sí —respondió el monje. Sus ojos parecieron inundarse de un agua turbia—. Cuando encontremos a esos asesinos, hagamos lo necesario para que sean sometidos a una larga tortura antes de ser quemados y descuartizados.

El comisario de las muertes extrañas frunció el ceño. Aquello no era propio de su padre, ferozmente contrario tanto a la pena de muerte como a la tortura. Miró de nuevo a la joven víctima, a la que el monje había cerrado los ojos con tanta ternura, y preguntó:

—¿La conoces?

El monje residía, al igual que su hijo, en la orilla izquierda del Sena, en un callejón discreto a unos pasos de la calle Saint-Jacques.

Volnay y él bajaron el cuerpo de la carreta, que un arquero de la patrulla condujo al establo de una fonda cercana. El policía se ofreció para ayudar al monje, pero este insistió en llevar a la muchacha en brazos él solo. Lo hizo como si se tratara de una niña dormida a la que de ninguna forma quería despertar. Mientras la transportaba, la cabeza infantil se desplazó sobre su pecho. Al monje se le encogió el corazón y pestañeó varias veces. La lluvia había dibujado como lágrimas en su rostro. Se apresuró a asirla mejor, ante la mirada inquieta de su hijo. Un intenso frío invadió a este último cuando su padre dijo:

—Tenemos que meterla enseguida en casa para que pueda calentarse.

Sin contestar, Volnay le abrió la puerta. Después de haber bajado una escalera empinada, recorrieron con su fardo un largo pasillo oscuro para encontrarse ante una doble puerta de hierro. Depositaron el cuerpo en el suelo y el monje hizo girar una llave en la cerradura. El policía entró tras él en un profundo sótano abovedado con las paredes de piedra. Este albergaba un increíble laboratorio rebosante de crisoles, alambiques, retortas y hornillos, apagados o en plena actividad. No faltaba mucho para medianoche. Los dos hombres se dedicaron a encender minuciosamente las antorchas colgadas en la pared antes de ocuparse de la lámpara de techo coronada de velas. A continuación, sin pronunciar palabra, levantaron de nuevo a la joven para depositarla con delicadeza sobre una mesa de piedra que el monje cubrió previamente con una manta. Al comisario de las muertes extrañas se le encogió el corazón cuando el monje le habló con voz queda al cadáver:

—Ah, mi joven amiga, me repugna tener que proceder de este modo, pero debéis perdonarme: es para encontrar a los que os han hecho tanto daño.

Se inclinó para examinar el himen de la muchacha. El comisario de las muertes extrañas se estremeció, incómodo. Era la primera vez que oía al monje hablarle a un cadáver que estaba examinando. ¿La conocía acaso? Al preguntárselo, su padre lo había negado.

—Es virgen —dijo con frialdad el monje, incorporándose—. ¡Por lo menos esos chacales no la han mancillado!

Una vez más, aquel tono furioso despertó la curiosidad de Volnay. Jamás había visto a su padre delatar una emoción examinando un cadáver.

–Una criatura de doce años –repitió en voz baja el policía, como para sí mismo–. Una virgen, una prostituta y un sacerdote renegado...

Un mechón de cabellos rubios y sedosos cruzaba la frente de la muchacha; el monje lo retiró con cuidado.

–Parecen hilos de oro –dijo maravillado.

Abrió los dedos y dejó que los cabellos se deslizaran entre ellos.

—¿Estás en condiciones de seguir? –preguntó con delicadeza su hijo.

Mascullando palabras ininteligibles, el monje comenzó a examinar el cuerpo con una lupa, observando atentamente rodillas, codos, brazos y antebrazos. Después levantó con prudencia la nuca y apartó el pelo en busca de contusiones o de alguna protuberancia.

Finalmente, se volvió hacia Volnay.

–La lluvia borra los indicios, mientras que el frío petrifica el cuerpo y nos priva de valiosas informaciones, en especial sobre la hora de la muerte. Por eso tenía prisa por llevarla a un sitio caliente. No encuentro ni heridas, ni protuberancias, ni equimosis en el cuerpo. No ha luchado para defenderse y no se ha debatido. Incluso un cordero se resiste y bala ante el altar donde lo inmolan. ¿Por qué no ha reaccionado ella?

–¿Quizá porque se había prestado a esta farsa y no sospechaba cuál iba a ser el desenlace? –sugirió el comisario de las muertes extrañas.

El monje, perplejo, se rascó la barba.

–Estamos en diciembre y hace un frío glacial. Parece imposible que alguien acceda a tumbarse desnudo sobre una losa helada. –Tras esta reflexión, prosiguió el examen del cuerpo–. ¿Puedes acercarte al farol? ¡Ahí! Qué raro, las marcas de alrededor del cuello apenas resultan visibles, son insuficientes para privarla de aire. Quizá haya muerto de miedo o de frío...

–Me lo dirás después de la autopsia –dijo Volnay, conciliador.

Su padre le lanzó una mirada dura.

–¡No pienso abrir a esta pobre criatura!

El policía adoptó una expresión preocupada de la que el otro hizo caso omiso. El monje retrocedió un paso y contempló, pensativo, el cuerpo.

–Instintivamente –dijo–, debería haber intentado protegerse y tendría que haber cortes en sus manos o en sus antebrazos. Pero no, ni siquiera hay alrededor de la boca alguna marca dejada al tratar de impedirle gritar.

–Sus dientes están cuidados –señaló el comisario de las muertes extrañas separándole ligeramente los labios–. Y lo mismo puede decirse de sus manos. No es del pueblo llano...

–¿Qué sabes tú del pueblo llano? –gruñó el monje.

El policía no respondió. Contemplaba a la joven muerta. Sus cabellos rubios, una vez secados con una toalla, aparecían lisos y claros. Con un gesto tranquilo, le alborotó la cabellera ante la mirada irritada del monje.

–Se diría que le han cortado varios mechones.

–¡Maldita sea! –juró su padre–. ¡No me había dado cuenta!

Para desquitarse, se puso a comparar los mechones uno tras otro.

–Tienes razón, y dudo que se los haya cortado ella misma. –El monje frunció los ojos

como para reflexionar mejor—. Se tumba desnuda en pleno mes de diciembre, con los brazos en cruz, sobre una lápida helada y húmeda, y presenta su cuello al verdugo. —Meneó la cabeza—. A no ser que... ¡Pues claro, diantre, es evidente! —exclamó, yendo de un lado para otro—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—¿Ocurrírsete qué? —se impacientó el comisario de las muertes extrañas.

—Una cosa, pero es demasiado pronto para hablar de ella —masculló su padre—. Además, necesito que no se me moleste constantemente...

—Estás de un humor insoportable —dijo Volnay—. Te dejo. Me voy a mi casa a acostarme.

—¡Buena idea! Consulta con la almohada, a ver qué te sugiere.

Después de haber acompañado a su hijo y cerrado cuidadosamente la puerta, el monje volvió a bajar a su laboratorio. Comenzó entonces a examinar la boca de la víctima. Con ayuda de un pañuelo, retiró de debajo de la lengua un poco de líquido lechoso y pegajoso. Lo olió con recelo.

—Así que era eso... —murmuró satisfecho—. La han drogado...

Volnay salió del callejón y saboreó la belleza silenciosa de las calles nevadas en plena noche. A pocos pasos de allí se encontró frente a un perro con el pelaje mugriento. Sus ojos negros, extrañamente humanos, brillaban con inteligencia. El animal dejó escapar un gañido, abrió la boca echando la cabeza hacia atrás como para aullar, pero, en lugar de eso, profirió un lamento triste, casi un gemido. Volnay se acercó lentamente a él y, asegurándose de que no enseñaba los dientes, lo acarició un poco.

—¿Nos hemos encontrado antes en alguna parte, amigo de cuatro patas? —le preguntó en tono grave.

Después sonrió y rascó otra vez al perro detrás de las orejas antes de continuar hacia su domicilio, a poca distancia de allí. Sus botas pisaban el empedrado con seguridad, pero él, ojo avizor, escrutaba las zonas de sombra con la mano sobre la empuñadura de su espada.

Para el comisario de las muertes extrañas, la noche ya no era un tranquilo paréntesis y mucho menos un momento de descanso. Los crímenes más abominables se cometían a las horas más negras, y al amanecer, los limpiabotas de París recogían los cadáveres. La noche parecía situar a París fuera de la ley y de la moral.

Unas risas alegres brotaron de la oscuridad. Volnay aguzó el oído y al cabo de un momento meneó la cabeza. Desde el día de la Epifanía hasta la víspera del miércoles de Ceniza se extendía el periodo de Carnaval. Antes de que le sucediera la austeridad de la Cuaresma y la Pascua, símbolo de renovación, que borraría los pecados y las tinieblas del invierno, el Carnaval permitía a todos renegar de su espiritualidad y dar libre curso a sus bajos instintos terrenales. Disfraces y máscaras hacían desaparecer las clases sociales y las diferencias entre seres humanos, dando a estos la oportunidad de olvidarse en una identidad precaria que permitía desembridar los instintos y hablar a los sentidos.

A la policía del reino no le gustaba mucho ese periodo en el que el propio orden regio era cuestionado. Daba lugar a numerosas riñas y conductas violentas, así como a un libertinaje desatado. Los criados robaban a sus señores y pervertían a sus señoras. Los arqueros de la patrulla y el clero eran insultados. La farsa acababa a veces en drama. Por

eso, una ordenanza policial de 1746 prohibía a las personas enmascaradas llevar garrotes y espadas o hacérselos llevar a sus lacayos. Otra ordenanza, de 1742, prohibía entrar por la fuerza en los lugares donde se tocaba música, violentar a los mesoneros, sus mujeres e hijos, y obligar a los violinistas a tocar toda la noche. Era un método seguro para luchar contra el escándalo nocturno en época de Carnaval.

Pero resultaba que no estaban en época de Carnaval. Aun así, desde principios de diciembre se encontraba a menudo con grupos de ese tipo. Al acercarse la Navidad, después de ponerse el sol una extraña exaltación parecía apoderarse de la ciudad.

El comisario de las muertes extrañas no tardó en distinguir la claridad de una antorcha. La llevaba un hombre con una máscara de papel de nariz desmesuradamente larga, que lideraba a un alegre grupo de una docena de jóvenes. Ellas bailaban una especie de farandola, mientras ellos entonaban canciones obscenas. Al ver a Volnay solo, soltaron una exclamación colectiva de feliz sorpresa y, satisfechos, se dirigieron hacia él para importunarlo o atracarlo. El comisario de las muertes extrañas desplegó una sonrisa fría y desenfundó a medias la espada. El grupo se detuvo un momento y luego volvió a tomar su dirección inicial. Estaba claro que les parecía más fácil humillar a un burgués solitario que a un hombre armado y decidido. Volnay retrocedió para dejarlos pasar a dos metros de él. Se oyeron chirigotas y algunas muchachas le tendieron la grupa de manera sugerente cantando:

¡Ensarta, ensarta, ensarta, la aguja de París!

Una de ellas, alta y de figura esbelta, se apartó del grupo y fue a cogerse de su brazo. Llevaba la máscara de la muerte.

—¡Ven a bailar con la muerte y a saborear sus besos!

Acto seguido, unió el gesto a la palabra y lo besó en la boca antes de escapar riendo para reunirse con los demás. Volnay permaneció un momento inmóvil en la oscuridad, con el corazón palpitante. Después prosiguió su camino como si nada hubiera pasado. A su espalda, el perro, que se había parado, echó de nuevo a andar con prudencia tras él.

II

Un asunto de Estado y otras cosas del diablo

Una tenue claridad se filtraba a través de los cortinajes, aventurándose hasta las encuadernaciones doradas de los libros que decoraban toda una pared.

–¡En pie! ¡En pie!

Volnay abrió primero un ojo y luego el otro. Su mirada se topó con la cotorra, que daba vueltas y más vueltas en su jaula aleteando ruidosamente. Adornada con una larga cola escalonada, exhibía con orgullo un plumaje negro con reflejos violáceos en el pecho y la cabeza, blanco en el vientre, los costados y la base de las alas, y verdusco en la cola.

–¡En pie! –repitió.

Todavía soñoliento, Volnay se quedó mirándola. Se había dormido en su mesa de trabajo intentando reunir los escasos indicios que tenía: un sacerdote renegado, una prostituta, una joven virgen estrangulada y tres espectadores. ¡Ah, sí, había también un guarda de cementerio muerto de miedo y fuegos fatuos!

Sus pensamientos lo llevaron a su padre. Se frotó la cara con la palma de las manos y, a falta de otro interlocutor a quien contarle sus preocupaciones, le dijo a la cotorra:

–Nunca lo había visto así. Pronto hará tres años que trabajo con él y en todo este tiempo no ha dejado traslucir la menor emoción ante un cadáver. Compasión, desde luego, pero no emoción... –Meneó la cabeza mientras continuaba su monólogo, como para convencerse–: Es ante todo un hombre de ciencia y de razón, lo sé desde pequeño, a pesar de que pasó poco tiempo conmigo durante mi infancia... –El policía sonrió con amargura–. Mi padre prefería la compañía de los filósofos y de los alquimistas a la mía. Un niño no es lo bastante inteligente para mantener una conversación sobre los sistemas políticos a lo largo de la historia o las teorías de Newton sobre los cuerpos en movimiento...

La cotorra permaneció callada, pero su mirada oscura parecía leerle la mente. Volnay continuó, como alentado por el hecho de no ser interrumpido:

–Y hoy, incomprensiblemente, ha sido como si, al matar a esa pobre niña, le hubieran partido el corazón. No lo entiendo...

–No lo entiendo –repitió la cotorra charlatana–. ¡No lo entiendo!

Se había abatido sobre París un frío capaz de romper los huesos. La ciudad parecía aovillarse sobre sí misma como una vieja aterida. Con todo, algunos artesanos trabajaban desde mucho antes del alba a la puerta de sus comercios. Al ver la carreta conducida por el monje y escoltada por dos miembros de la policía, se volvieron con

curiosidad. Había nevado poco antes del amanecer. El caballo iba al paso, apoyando con precaución los cascos en la nieve reciente.

Una vez que hubo llegado al callejón, el monje bajó de la carreta con agilidad.

–¡Vamos, llevadme enseguida el cadáver al interior! Normalmente me los traen de noche. ¡Mis vecinos van a empezar a hablar mal de mí!

Los dos policías obedecieron sin rechistar. Temían casi tanto al monje como a su superior, el taciturno comisario de las muertes extrañas. El primero puso el pie sobre una placa de hielo y cayó pesadamente. El segundo bajó con más prudencia. Juntos, se inclinaron para coger el cadáver envuelto en una manta y, con paso desmañado, entorpecido por el pesado fardo, siguieron al monje.

Una vez que se hubieron marchado los policías, el monje contempló el cuerpo del guarda del cementerio frotándose las manos de placer.

–¡Ya estamos tú y yo cara a cara, amigo mío! –dijo–. ¡Presiento que tienes muchas cosas que decirme! Me apostaría la cola de mi gato, si lo tuviera...

Una fina capa de escarcha brillaba en el patio bajo el sol de la mañana. Al salir de su casa, Volnay pestañeó, deslumbrado. La acacia de enfrente estaba cubierta de cristales de hielo. El comisario de las muertes extrañas aspiró a pleno pulmón el aire frío y unos hilillos de vapor escaparon entre sus labios. Un breve ladrido le hizo dar un respingo. Era el perro de la noche anterior.

–¿Todavía sigues aquí?

El animal lo observó con una expresión de inteligencia casi humana antes de mover alegremente la cola, como si lo reconociera. Volnay buscó el mendrugo de pan que se había metido en el bolsillo antes de salir y se lo dio. El animal lo cogió y se apresuró a alejarse con su botín.

El policía salió del patio minúsculo que había delante de su casa para pasar a otro un poco más grande y después a un tercero, de ladrillo y piedra, con un pozo con brocal en el centro. Este último daba al pasaje adoquinado, bordeado de guardacantones, por el que la calle de la Porte-de-l'Arbalète llevaba a la calle Saint-Jacques.

Como una gran parte de la población tomaba los callejones y las puertas cocheras por excusado, en algunos puntos la nieve estaba manchada de excrementos. Por fortuna, la pureza del aire helado eliminaba el hedor que inundaba numerosos barrios los días buenos. Era la ventaja del invierno; en verano, la ciudad apestaba como una pocilga.

Volnay se dirigió hacia la fonda donde dejaba habitualmente su caballo. Luego, al paso prudente de su montura, se encaminó al cementerio de la noche anterior cruzándose con los mozos que se multiplicaban en las calles para llevar cafés o dulces a las habitaciones de alquiler. Una vez en el cementerio, el comisario de las muertes extrañas subió el montículo revestido de un manto inmaculado. La nieve cubría ahora con un velo de pureza ese lugar objeto de blasfemia por la noche. El aire le clavaba en los pulmones mil agujas heladas. Una gasa ligera parecía extenderse para envolver las tumbas en un velo lechoso. Seguramente, un principio de niebla. Había que actuar deprisa. Apretó el paso.

Conforme a sus instrucciones, un arquero de la patrulla se encontraba de guardia sobre una lápida, a cierta distancia del lugar del crimen a fin de no pisar los eventuales indicios.

Había relevado hacía dos horas a uno de sus compañeros de infortunio y, con los labios amoratados por efecto del frío, golpeaba el suelo con los pies para entrar en calor. Nadie había ido, aseguró, y él había evitado caminar por otro sitio que no fuese el indicado al primer centinela. Por lo demás, las huellas de pasos en el hielo eran prueba de ello.

El comisario de las muertes extrañas le dio las gracias y lo autorizó a regresar al cuartel. Lo que debía ser preservado lo había sido, y además, prefería estar solo.

Metódicamente, recorrió las hileras de tumbas en busca de rastros sospechosos, pero, si algo se le había escapado el día anterior, la nieve caída durante la noche lo había cubierto. El comisario de las muertes extrañas se detuvo para reflexionar. Pensó en el guarda del cementerio. Si la llegada del hombre había interrumpido la ceremonia, actores y espectadores de la misa negra se habrían apresurado a marcharse. Pero ¿por dónde? La entrada del cementerio podía estar vigilada, así que...

Buscó con la mirada una escalera que descendiera por el lado opuesto de la colina. La encontró, y siguió después una alameda que lo condujo hasta una puerta herrumbrosa y protegida por la maleza. Le pareció que en algunos puntos había sido pisada. Apartó con cuidado la nieve junto a la puerta y descubrió lo que buscaba: la huella profunda marcada de un pie. Debía de ser de la persona que había tirado de la puerta. Sacó de uno de los bolsillos su rollo de cordel y comparó la huella con sus medidas. ¡Correspondía exactamente con la de uno de los espectadores de la misa negra!

Comenzó a retirar toda la nieve de alrededor, pero no encontró más huellas. Examinó entonces la maleza. Tras una larga búsqueda, su obstinación se vio recompensada con el descubrimiento de un hilo de lana roja enganchado en unas zarzas. Lo cogió con cuidado y se apresuró a guardarlo en la bolsa de los indicios.

Cuando volvió a la entrada del cementerio, el oficial de la patrulla lo esperaba tal como se le había ordenado el día anterior. Estaba blanco como el papel y respiraba con dificultad. Frente a él, con expresión severa y la tez pálida, el comisario de las muertes extrañas lo miraba de hito en hito con una expresión ni amable ni afable.

—Sabed, en primer lugar, que no me ha gustado que dejarais a mi ayudante aventurarse solo en este cementerio en plena noche. Y ahora, responded a mis preguntas. ¿Quién os llamó?

Aunque el comisario de las muertes extrañas no tuviera más de veinticinco años, imponía tanto por su autoridad personal como por la de su función. Así pues, el otro se apresuró a contestarle.

—Los ayudantes del guarda del cementerio. Fueron ellos los que lo encontraron muerto.

—¿Dónde? ¡Sed más preciso, por el amor de Dios!

—En lo alto del montículo. Lo llevaron inmediatamente a la entrada del cementerio y nos alertaron. Estaban aterrados por los fuegos...

—Entonces, ¿solo estuvieron allí unos instantes?

—Sí, me lo han confirmado.

—Lo cual permitió a los participantes en la misa negra, si fue a ellos a los que el guarda sorprendió, escapar con toda tranquilidad.

—Y nunca los encontraremos —se lamentó el oficial de la patrulla.

—Os equivocáis —lo corrigió secamente Volnay—. ¡Dejaron tras de sí suficientes indicios

para que antes o después les eche el guante!

Los rayos del sol en el cenit se reflejaban en la nieve con un brillo cegador cuando el monje se adentró en el callejón de l'Or. Era una calle larga y estrecha, bordeada de casas de uno o dos pisos. Una población misteriosa y discreta la habitaba: vendedores de ungüentos, espiritistas, exorcistas, alquimistas, astrólogos, brujas, nigromantes...

No menos fugaz era el paso de las personas que los visitaban, desde la arpía que deseaba hacerle a su patrón el maleficio llamado «nudo de la agujeta», hasta el gran señor de la corte en busca de un poco más de poder y de dinero. La entrada en esas casas respondía a códigos establecidos. Sus profundos sótanos encerraban infinidad de instrumentos de laboratorio y símbolos de otros tiempos. Ceremonias secretas se celebraban ocasionalmente allí para invocar a espíritus desaparecidos. La gente acudía a casa de fulano para conseguir filtros favorecedores del amor o de mengano para que le leyera el futuro a través del humo de una cabeza de asno ardiendo. Aquí, los buscadores de tesoros invocaban a las almas del purgatorio para que los ayudaran a localizar el oro enterrado; allí, vendían flautas encantadas o runas. Al contrario que en las demás calles de París, aquí nadie gritaba ni hablaba fuerte, todo se desarrollaba de manera silenciosa y furtiva.

El monje sintió el peso de las miradas de los curiosos habitantes del callejón de l'Or detrás de los cristales cubiertos de escarcha. Un hombre con el abrigo deformado por unos objetos que ocultaba debajo, contra su pecho, lo empujó.

–Fórmulas mágicas, filtros, amuletos, material para hechizos y talismanes de protección –le susurró–. ¿Estáis interesado?

–No.

–¿Polvo mágico para ayudaros en el esfuerzo de dar placer a las mujeres? –insistió el otro.

El monje negó con la cabeza sonriendo.

–Gracias, para eso ya tengo todo lo necesario.

Sin titubear, se dirigió hacia una casa que parecía meterse bajo tierra y, después de llamar con una cadencia previamente acordada, entró. Sus ojos pestañearon para adaptarse a la semipenumbra. Se encontraba en lo alto de una escalera de dos tramos simétricos, que lo condujo a un sótano abovedado con el suelo cubierto de gruesas alfombras y cojines de diversos colores. Al fondo, junto a una chimenea donde crepitaba un hermoso fuego, se alzaba una frágil figura con un velo blanco que la cubría de la cabeza a los pies y los brazos cruzados sobre el pecho. Sus cabellos parecían de hilo de plata y sus ojos verdes de largas pestañas recordaban el color de los fondos marinos.

–Sois vos –dijo una voz femenina–. Hacía mucho que no tenía el honor de recibir una visita vuestra.

–Un mes y una semana –precisó el monje–. Lo sé porque, cuando me honráis con una sonrisa, soy el más feliz de los hombres, mi bella Dama del Agua.

–¡Incorregible adulator! Vamos, acercaos al fuego y decidme qué tenéis en mente. Hace años, me visitabais por razones personales, pero en la actualidad sé muy bien que no es así. ¡Ese hábito ha sofocado un poco vuestra sensibilidad!

Él se acercó con los ojos chispeantes.

—¿Aludiais acaso a mi sensualidad? ¡Tranquilizaos, no está completamente apagada!

La Dama del Agua se encogió de hombros en señal de impotencia y su risa fresca llenó la estancia.

—Esas galanterías, por desgracia, ya no se corresponden con mi edad. ¡Habéis tardado demasiado en declararos!

El monje meneó con gravedad la cabeza.

—Muy típico de mí: ¡lo hago todo a destiempo! Pero, en efecto, estoy aquí por una razón concreta. ¿Habéis oído hablar de un resurgir del culto satánico?

Ella le lanzó una dulce mirada de reproche.

—¿Por qué hablar de un resurgir? Ese culto ha existido siempre. El diablo es el gran negador del poder divino y siempre habrá gente dispuesta a negar este.

El monje aprobó sus palabras y declamó en un tono sentencioso:

—«Entregan al diablo su alma inmortal y lo besan en el culo con velas encendidas en las manos. Escupen sobre la cruz, a despecho de Jesucristo y de la Santísima Trinidad, antes de dirigir el culo hacia el cielo, a despecho de Dios».

La Dama del Agua rio, indulgente.

—¿A quién os referís, amigo mío?

—Me refiero, querida amiga, a personas que no vacilan en matar...

—¿Recién nacidos, como en los tiempos de la Voisin?

—No, jóvenes vírgenes.

La mirada de la dama se ensombreció.

—Esto sí que es nuevo, aunque no me sorprende. —Vaciló un instante y añadió en voz baja—: En realidad, nada de lo malo que hay en la naturaleza humana me sorprende ya.

El monje aprobó sombríamente antes de proseguir con sus preguntas.

—¿Habéis observado la presencia en el callejón de l'Or de personas que buscan cirios negros, hostias consagradas o gallos para sacrificar?

La Dama del Agua se quedó pensando.

—Como sabéis —respondió prudentemente—, existen dos tipos de magia: la negra y la blanca. La magia blanca persigue aliviar los males de la humanidad, y la magia negra, satisfacer intereses personales. En nuestros campos se encuentran todavía muchos magos capaces de influir en el orden de la naturaleza para hacer que se pudran las siembras antes de la cosecha, que las vacas dejen de dar leche o que las frutas no maduren. En el callejón de l'Or hay personas que venden tanto los artículos necesarios para la magia blanca como los que exige la práctica de la magia negra. Sin embargo, ninguna está tan loca o endemoniada para comerciar con hostias consagradas. Aquí evitamos todo tipo de magia que recurra a los demonios y a toda clase de pactos diabólicos, aunque es cierto que algunos nigromantes invocan a los muertos. —Con un gesto circular, la Dama del Agua señaló todo cuanto había en el exterior—. Nosotros constituimos una especie de comunidad en la que hay, como en todas partes, buenos y malos elementos. Sin embargo, ni siquiera estos últimos aceptarían exponerse al peligro de ese tipo de ceremonias. Sería condenarse uno mismo a la rueda y condenar a todo el callejón de l'Or a ser arrasado y quemado. No, nuestra comunidad no aceptaría jamás

que tales prácticas se desarrollaran aquí.

–¿Y los hechiceros?

–Someter la voluntad de otros o destruirla es propio del hombre, sea hechicero o no.

–Es verdad que se puede ser rey de Francia y hechicero –admitió el monje–. Pero, sin perdernos en consideraciones políticas, ¿ofrecen algunos sus servicios aquí?

–La demanda de hechicería siempre ha sido muy grande, ¡es un mercado con futuro! Elixires, encantamientos y filtros amorosos, muñecas embrujadas para reducir a los enemigos, nudo de la agujeta para maridos infieles, pociones para moderar el excesivo deseo de la acción de Venus en la mujer..., todo eso son prácticas corrientes y, a decir verdad, constituyen el negocio principal del callejón de l'Or junto con la adivinación y la lectura del futuro. Además, el comercio de la hechicería alimenta el de los liberadores de maleficios y genera otro mercado: el de la protección contra la hechicería; esto es, amuletos, talismanes... Se venden objetos para protegerse contra los maleficios que se han vendido; de ese modo, el equilibrio queda preservado.

–Algo así como traficantes de armas que se las vendieran a todos los bandos enfrentados. ¡Es la ley del equilibrio revisada y corregida por los charlatanes!

–Sí, pero, ¡cuidado!, en ocasiones, detrás de una magia falsa hay un mago auténtico. –La dama contempló, pensativa, el fuego–. Todo lo que desea la gente es tener lo que no posee. Por descabellado que parezca, son siempre los que más tienen los que desean poseer más aún. Si queremos definir el papel del callejón de l'Or, es muy sencillo: hacerles creer que eso es posible.

–Magia de apropiación... –dijo el monje, suspirando. Se plantó delante del fuego y alargó las manos hacia las llamas para calentárselas–. Nuestro comisario de las muertes extrañas es experto en muchas cosas, pero no en magia negra. No me gusta nuestra misión. Va a llevarnos a lugares innobles y ni siquiera sé hacia dónde orientar la investigación.

La Dama del Agua se situó junto a él ante el hogar, para contemplar con aire pensativo los troncos ardiendo.

–Al igual que vos, vuestro hijo se adapta a las situaciones más complejas.

Era una de las pocas personas que estaban al corriente de su lazo de parentesco, pero el monje confiaba en ella como en sí mismo.

–Mi hijo es demasiado rígido –masculló el monje–. Creo que se ha hecho a sí mismo por oposición a mí.

–Es frecuente en los hijos –dijo ella–, pero a veces se les pasa...

El monje meneó la cabeza. Sus pensamientos parecían aflorar incluso en sus ojos, en los que se leía un dolor mudo.

–Él es todo lo que tengo en este maldito mundo, pero ¿lo sabe?

–¿Se lo habéis dicho?

–No me da ocasión de hacerlo...

–¡Buscadla vos!

Ante el denso silencio de su compañero, la Dama del Agua cambió de tema.

–Volviendo a la cuestión anterior, ya se trate de ceremonias de sabbat, misas negras o rituales de hechicería, siempre encontraréis un punto común entre ellos: ¡el acto de

copular!

Un destello alegre atravesó la mirada del monje.

–¡Sé muy bien a lo que os referís!

–¡No hay quien os aguante! –lo reprendió ella amablemente. Acercándose a una pila de mármol, en el centro de la estancia, rozó con la palma de la mano la superficie del agua y dijo–: Mi arte es verdadero, vos lo sabéis. Mi magia es la de la naturaleza. Todo lo que está arriba es como lo que está abajo para obrar el milagro de la cosa única...

El monje se inclinó y frunció los ojos al ver las arrugas que recorrían la pila.

–El agua es un espejo –continuó la Dama del Agua–. Y quien sepa interrogar su superficie encontrará una señal o una respuesta a sus preguntas...

Su interlocutor permaneció inmóvil antes de contestar, suspirando:

–El encanto del agua ya no actúa en mí. Me he hecho viejo y he perdido la llave de los sueños. Voy a necesitar otra cosa...

Su compañera arqueó delicadamente una ceja.

–Amigo mío, recurrís demasiado a las plantas.

–¡Sin ellas no dormiría desde hace mucho! ¡He acumulado tantas pesadillas! –Sacudió el aire con las manos como para apartar esta última observación y prosiguió–: Por cierto, ¿habéis oído hablar de ciertas drogas que sumergen a las personas en una especie de letargo placentero?

–¿A qué os referís?

–Busco a alguien que venda plantas alucinógenas, esas que hacen enloquecer o provocan visiones maravillosas, produciendo felicidad y gran satisfacción...

–¿De qué tipo?

–De las de no desear volver en sí, porque la ilusión de la realidad es mucho más agradable que la propia realidad.

–Para eso basta con dormir –señaló ella.

–Claro, claro, pero no todos los zapateros sueñan que son reyes. ¡Hay desharrapados que sueñan todas las noches que son desharrapados!

La dama sonrió.

–Tenéis razón, como de costumbre. En fin, volviendo a vuestra pregunta, os indicaré dos casas del callejón donde encontraréis tales cosas. La primera es de una ensalmadora y curandera. Es bastante buena persona y las plantas no tienen secretos para ella. Ahí encontraréis flores de adormidera...

–Papaver somniferum –aprobó el monje–. Sí, he pensado en ella.

–Está también el beleño negro.

–Hyoscyamus niger. Es muy tóxico, pero alivia los dolores de muelas. Sin embargo, la utilización combinada de ciertas plantas puede conducir a un trance o un sueño letárgico.

La Dama del Agua aprobó con la cabeza.

–La otra persona es un vendedor de pociones griego. Dicen que comercia con Oriente.

–¡Ah! –exclamó el monje–. En tal caso, iré a visitarlo a él primero.

–Cuidado, porque es altivo y celoso. No os presentéis a él como policía, sino como comprador.

–Seguiré vuestros consejos sin dudarlos. ¡Siempre me han mostrado claramente el

camino!

–Me gusta vuestro carácter y su alegría –dijo ella.

–Siempre habéis sido muy indulgente conmigo, mi querida amiga...

Se despidió de la dama, le besó galantemente la mano y se marchó.

En los pasillos del Châtelet, el comisario de las muertes extrañas se cruzó con fiscales, ujieres y escribanos, siniestros cuervos que lo juzgaban con la mirada antes de condenarlo cargados de razón. Con una cartera bajo el brazo, dándoselas de importantes, lo empujaron sin pronunciar una palabra de disculpa. Todos participaban de uno u otro modo en la tarea de tejer esa madeja inextricable de leyes, costumbres y jurisprudencia dictadas según los caprichos de los gobernantes y de sus servidores de negro. Aquí os reconvenían por el robo de un racimo de uva, allá os enviaban a galeras por el mismo delito.

Aunque no trabajaba en el Châtelet desde su nombramiento como lugarteniente general de policía, Sartine conservaba un despacho allí. Su nueva función era compleja, pues, además de tener a su cargo a la policía en sentido estricto, era responsable también de las buenas costumbres, la sanidad, la religión, los abastos, la limpieza de la vía pública y la reglamentación de los sirvientes y los peones. La vigilancia del precio del pan era lo que más preocupaciones le causaba, ya que se podía vincular con muchas de las revueltas populares del pasado. Tutelaba también las ciencias y las artes, pero esta última función se concentraba sobre todo en la policía del libro. En cuanto a la gestión de la pobreza, que era de su competencia, se reducía principalmente a encerrar a los mendigos en prisión.

Volnay entró, pues, en una gran habitación con el frío suelo cubierto de alfombras preciosas, y las paredes, de tapices caros. Pese a la hora temprana, varias antorchas iluminaban la estancia. Al lugarteniente general de policía le gustaba observar las facciones de sus visitantes. Bajo los mechones rizados de su peluca blanqueada con polvos de arroz y su frente amplia y despejada, destacaba una mirada autoritaria e incisiva. Llevaba un traje de terciopelo amarillo con motivos florales, botones forrados con hilo de plata y volantes de encaje de bolillos en las mangas.

–¡Ah, caballero de Volnay! ¡Llegáis en buen momento! ¡Informadme, rápido!

Acostumbrado a la aspereza de su superior, Volnay obedeció.

–Había cinco personas en el lugar del crimen –dijo en un tono neutro–. Por las huellas, deduzco que se hallaban presentes tres hombres y dos mujeres, además de la víctima.

–Ah, sí, vuestros nuevos métodos... –masculló Sartine, y se puso a tamborilear nerviosamente con los dedos en la mesa, un mueble de madera noble, decorado con aplicaciones en bronce dorado.

–Dos de esas personas parecían officiar –prosiguió Volnay, impasible–. Como sabéis, se dice que en la celebración de las misas negras...

–Sí –lo interrumpió Sartine con brusquedad–, un sacerdote renegado y una prostituta dan la comunión. El celebrante, en vez de elevar la hostia, que es negra, la baja, antes de mancillarla colocándola en el sexo de la joven virgen. Después la desmenuza para hacer sufrir a Cristo en su propia carne. En cuanto al vino, ino me atrevo a deciros lo que

es realmente!

El comisario de las muertes extrañas asintió con la cabeza. Jamás había puesto en duda que Sartine conociera a sus clásicos.

–La sexta persona es la víctima –añadió el comisario–. Una chiquilla de unos doce años. Os he traído un dibujo.

Sartine lo cogió con la yema de los dedos como si esperara encontrar algo horrible y miró el dibujo con atención. Un destello de sorpresa pareció atravesar sus ojos.

–Una niña muy guapa –murmuró.

Por un segundo, Volnay creyó que una sonrisa conmovida había suavizado la fría fisonomía de su interlocutor, pero un instante después no encontró más que la máscara impasible del lugarteniente general de policía. Este le tendía el dibujo, al parecer con pesar, pero enseguida cambió de opinión.

–Me lo quedo. Tenéis más, supongo.

–Por supuesto...

Volnay sabía que Sartine, como tantas personas poderosas, dirigía desde lejos. El simple hecho de que conservara el retrato de la víctima de un asesinato era en sí mismo sorprendente. ¿Qué estaba pasando?

–Caballero de Volnay –prosiguió su superior en un tono afectado–, probablemente recordaréis el asunto de las misas negras durante el reinado del predecesor de nuestro buen rey.

–Sí, la favorita de Luis XIV, la señora de Montespan, contrataba los servicios de una mujer llamada la Voisin para llevar a cabo miserables ceremonias encaminadas a conservar los favores del rey...

–¡No os paséis de la raya! ¡Nunca se demostró nada contra la señora de Montespan! –exclamó el lugarteniente general de policía.

–¡No es de extrañar! El rey quemó personalmente los documentos del juicio y vos debéis de ser el único depositario de las notas del lugarteniente de policía de la época, el señor de La Reynie.

La tez de Sartine, habitualmente de color marfil viejo, se tornó en carmesí.

–¡Espíritu rebelde! ¡Vuestra insolencia no tiene límites! ¡Andaos con ojo!

El comisario de las muertes extrañas no se inmutó. Su superior sabía mostrarse tajante y rebajarlo si lo consideraba necesario. Le gustaba recordar de cuando en cuando la importancia de sus funciones y la distancia que lo separaba del común de los mortales. Ese tipo de manifestación de autoridad resbalaba sobre Volnay como la lluvia en la montaña.

El señor de Sartine dio unos pasos por la habitación para calmarse y empezó a recolocarse la peluca.

–Consideremos los hechos –dijo, frunciendo los ojos–, porque hay dos asuntos distintos: el de la marquesa de Brinvilliers y el de la Voisin. En 1672, Godin de Sainte-Croix, un oficial retirado y cargado de deudas, muere. Durante el inventario que siguió al fallecimiento, descubrieron un cofre lleno de frascos que contenían arsénico y una arqueta con documentos edificantes. Su amante, la marquesa de Brinvilliers, reconoce en ellos haber envenenado con arsénico a su propio padre y sus dos hermanos, y haber

estado a punto de lograrlo con su legítimo marido, con la finalidad de apropiarse de su herencia. Una vez descubierta la arqueta, la marquesa de Brinvilliers se refugia en Londres y más adelante en Lieja, en un convento. En 1673, La Chaussée, el asistente de Godin de Sainte-Croix, es declarado culpable de unos crímenes y condenado a ser despedazado vivo.

Sartine sacó una tabaquera del bolsillo y puso una toma en el hueco del pulgar abierto antes de aspirar profundamente. Terminada la aspiración, estornudó, se sonó y prosiguió en un tono satisfecho.

—En el mes de marzo del año 1676, François Desgrez, el más fino sabueso del lugarteniente general de policía, La Reynie, se disfraza de sacerdote para entrar en ese convento, arrestar a la marquesa y traerla a Francia para hacer que la encierren en la Conciergerie. —Una mueca contrajo la parte inferior de su rostro—. La investigación se prolonga varios años, La Reynie desmonta pacientemente la red de los amantes y lo que descubre lo horroriza. Tras un largo juicio, la marquesa de Brinvilliers es ejecutada. La policía detiene a muchas personas, entre ellas la Voisin, proveedora de venenos y bruja. La identidad de algunos de sus clientes es simple y llanamente asombrosa...

«La señora de Montespan, antigua favorita del rey y madre de sus hijos, el mariscal de Luxemburgo, Racine, unas sobrinas de Mazarino, la duquesa de Bouillon, la condesa de Polignac, la condesa de Soissons, la señora de Vivonne, cuñada de la señora de Montespan, y las doncellas de ambas», completó en silencio Volnay.

—Como las revelaciones de los acusados comprometen a personas de alta cuna, se crea un tribunal especial: la Cámara Ardiente —dijo Sartine con voz queda—. La Reynie manda arrestar a trescientas sesenta personas, ciento diez de las cuales son jueces. Cuelgan o queman a treinta y seis, y las demás acaban sus días en prisión o en galeras. La Voisin es quemada viva en la plaza de Grève el 22 de febrero del año 1680. La corte de Luis XIV se ve salpicada por este asunto.

«Sobre todo la corte», se dijo Volnay, que en esta ocasión evitó expresar su pensamiento. Aunque provocaba con frecuencia a sus superiores, sabía parar a tiempo. La libertad de pensamiento no era muy apreciada por las autoridades.

—Hay otra cosa —continuó Sartine, adoptando de pronto un tono muy grave—. A todas las acusaciones de envenenamiento, se suman las de asesinatos de niños durante esas misas negras por parte de sacerdotes disolutos. —Tragó saliva antes de añadir, perentorio—: ¡Eso, Volnay, no debe volver a producirse!

—Quizá sería conveniente que leyera las notas del lugarteniente La Reynie —se arriesgó a sugerir el joven.

—¿Para qué?

El comisario de las muertes extrañas se encogió ligeramente de hombros.

—Para comprender qué puede empujar a la gente a realizar ese tipo de ceremonias, para saber cómo sucede todo eso, a través de qué redes se pasa...

Sartine negó con la cabeza con gesto categórico.

—Después de haber leído todos los documentos del caso de los Venenos, Luis XIV decidió que este debía permanecer en un «eterno olvido». En 1709 mandó quemar todos los registros, atestados e informes policiales. No queda nada.

–¡Sí! La memoria, la memoria colectiva. Eso nadie puede borrarlo.

Sartine levantó una ceja.

–Por eso debemos resolver con gran celeridad este caso. ¡No quiero pasarme los próximos diez años de mi vida instruyendo un nuevo caso de los Venenos!

–No hemos llegado a ese extremo –señaló con calma el comisario de las muertes extrañas–. No hay ningún veneno en este caso. Simplemente tengo que encontrar a cinco asesinos que han estrangulado a una chica después de un simulacro de misa cristiana.

–Solo una de esas personas la ha estrangulado, ¿no? –señaló Sartine.

Recorría la habitación con paso nervioso. De vez en cuando, sus dedos apretujaban la peluca, como para tranquilizarse.

–Y las demás son sus cómplices –terminó Volnay en un tono glacial–. No son mejores que ella.

–Sí, claro. Bueno, quizá... El caso es más grave de lo que creéis. Los arqueros de la patrulla se han ido de la lengua; serán castigados, pero el mal está hecho. El rumor se está extendiendo por todo París y ya sabéis en lo que se piensa...

–En el caso Montespan...

–¡En el caso la Voisin! –lo corrigió prontamente Sartine–. Pero todo eso es pasado, un pasado terrible que hay que olvidar. Desde que ostento este cargo en la policía al servicio del rey, nunca me he enfrentado a un caso de este tipo. Ningún informe policial habla de tales actos. Conviene cerrar rápidamente esta investigación, antes de que se extienda por toda Europa el rumor de que París asiste a un resurgimiento del culto satánico. Cuento con vos y vuestro padre para llevar este asunto a buen puerto y con la mayor discreción posible. –Sacó la tabaquera, pero, recordando al parecer que acababa de tomar rapé, volvió a guardarla–. El rumor, Volnay, el rumor... Es liviano al principio, luego echa a volar y acaba convirtiéndose en opinión: la opinión pública. –Hizo una pausa–. No le pedimos al pueblo que tenga opinión, ¿sois consciente de eso, Volnay?

–¡Cada vez más, señor!

«No obstante –pensó Volnay–, Versalles decae y ahora es en París donde nace la opinión. ¡Un día os colgaremos, a vos y a los vuestros!».

Sartine se recolocó la peluca.

–Estoy al corriente de todo lo que se dice en la capital del reino. Oficiales de policía vestidos de paisano frecuentan las fondas, las tabernas, los mercados y las plazas de las iglesias después de la misa. Escuchan y toman nota de todo lo que oyen. Yo leo con atención todos sus informes, de los que doy cuenta al rey una vez a la semana.

Volnay movió sombríamente la cabeza. Sabía que todos los martes por la mañana Sartine le contaba al rey lo que se decía en París contra él, su corte, el papa o simplemente la autoridad. Llamaban a eso los martes de las ranas, y el rey se divertía sobre todo oyendo los chismorreos sobre los integrantes de su corte o de su Iglesia; enterarse de que tal señor cometía el pecado de sodomía o tal marquesa se acostaba con sus criados lo ponía contentísimo.

–Pues bien –continuó Sartine alzando la voz–, os alegrará saber que se habla de misas negras. ¡Incluso se ha convertido en el tema preferido de conversación de los parisienses! –Fue hasta su escritorio, abrió un cajón, sacó una bolsa y se la lanzó a Volnay–. ¡Vamos,

daos prisa! Aquí tenéis lo necesario para desatar las lenguas, si hay necesidad, y cubrir vuestros gastos. Mantenedme informado personal y directamente. Nada de papeles que no se sabe dónde pueden acabar. Vendréis a verme con regularidad.

Con un gesto seco, despidió al comisario de las muertes extrañas. Antes de salir, Volnay se volvió. Sartine ya le había dado la espalda y, de pie ante su escritorio, contemplaba pensativo el retrato de la joven.

Después de su entrevista con Sartine, Volnay se quedó unas horas más en el Châtelet para leer los informes de la patrulla de las noches anteriores. Se interesó asimismo por las violaciones de sepulturas. Tras una tarde pasada en estos menesteres a la luz de las velas, regresó a su casa con los ojos enrojecidos por la lectura. Caía la noche y los artesanos empezaban a cerrar sus tienduchas. Detrás de las ventanas de los cafés brillaban luces. Obreros y peones dejaban sus obras y talleres para volver a sus pobres camastros. Otros se metían en las tabernas para fumar una última pipa y atiborrarse de alcohol. Cuando Volnay empujó la puerta de su vivienda, se encontró al monje charlando en latín con la cotorra.

–A bove ante, ab asino retro, a morionem undique caveto. ¡Evita al buey por delante, al asno por detrás y al imbécil por todas partes!

–¡Es un consejo que yo seguiría!

–Me gustaría que tu pájaro hablara varias lenguas –dijo su padre, volviéndose.

–¡Sin duda le sería de mucho provecho en la vida! –contestó sin reír su hijo.

El policía advirtió que el monje había pasado de la aflicción a una alegría excesiva y eso no lo tranquilizó.

–Espero que tengas algo decente para beber –dijo el monje–, porque tenemos que hablar.

–Has descubierto algo –dijo Volnay, sonriendo.

El monje hizo un pequeño ademán victorioso.

–¡Demonios, no me siento muy orgulloso, pero ayer nos olvidamos de un cadáver!

–¿Cómo? ¿Otra víctima?

–El guarda del cementerio.

–Ah, es verdad –reconoció el policía–. Desde ese punto de vista...

El monje apartó la objeción con un gesto de la mano.

–No hay excusa posible. Estábamos en el escenario de un crimen y solo nos preocupamos de una víctima, eliminando sin más a la otra del acto criminal. Fuimos directos a las conclusiones en lo que a ella respecta. Nos dicen que ha muerto de miedo. Yo repito como un loro que debe de haber muerto de miedo y el resultado es que no examinamos el cuerpo. Errare humanum est! Perseverare diabolicum!

El monje se entretuvo lanzándole unos granos a la cotorra mientras murmuraba despacio:

–Rey malvado, rey malvado...

–Rey malvado –repitió la cotorra con una voz de inflexiones vagamente humanas.

–Acabarás colgado... Acabarás colgado...

–¿Piensas explicármelo? –dijo, irritado, el comisario de las muertes extrañas.

Su padre se volvió prestamente, con una sonrisa radiante en los labios.

—Mi querido hijo, tengo el honor de anunciarte que el tal Fontaine, antes guarda de cementerio, no murió como consecuencia de un susto. Simplemente lo asfixiaron sin dejar marcas externas.

Se acercó al fuego que llameaba alegremente para calentarse las manos. El invierno era frío, y la temperatura dentro de la casa, baja.

—He observado indicios de hemorragia en la cabeza y el pecho —prosiguió—. Unos cardenales en el pecho parecen indicar que un hombre de gran corpulencia se sentó encima de él, o incluso varios. Le mantuvieron las muñecas contra el suelo. El dorso de estas está casi ensangrentado. He encontrado también, detrás de la cabeza, un chichón que debió de hacerse mientras lo asfixiaban, seguramente tapándole la nariz y la boca con un abrigo o una manta. Evitaron cuidadosamente estrangularlo a fin de no dejar marcas alrededor del cuello. —Adoptó un aire modesto y agarró el atizador para mover un leño demasiado grande—. ¡Y eso no es todo! —dijo triunfalmente, incorporándose.

Su hijo suspiró.

—Te escucho.

—¿Recuerdas que no me explicaba que esa muchacha se hubiera dejado tender desnuda sobre una tumba helada sin intentar defenderse? He encontrado en su boca restos de un líquido lechoso y pegajoso. Se trata, por lo que sé, de una droga que provoca una especie de feliz somnolencia, una sensación profunda de bienestar y satisfacción. Por eso se dejó llevar como un cordero al altar del sacrificio. Esa droga es cara, ya que se elabora con una planta cultivada en tierras asiáticas. El vendedor es un griego del callejón de l'Or al que he visitado esta mañana y que ha tenido la amabilidad de venderme un frasco. Se trata de un hombre poco hablador. ¡Volveré contigo para convencerlo de que nos hable de sus clientes! Como ves —concluyó con modestia—, en poco tiempo he avanzado de forma espectacular. ¿Cómo te ha ido a ti? —preguntó inocentemente.

Volnay se puso a su lado frente al fuego y levantó las manos. Aun protegidos por unos guantes de lana, sus dedos estaban dormidos y agarrotados.

—Nuestro buen señor de Sartine me ha soltado una monserga sobre el caso de los Venenos —dijo en un tono indiferente.

—¡Gente temerosa, gente poderosa! Sartine tiene miedo, ni más ni menos. Mientras que la brujería es campesina, las misas negras siempre se han celebrado en medios muy acomodados, cuando no en el seno mismo de la corte, como en el caso de la marquesa de Brinvilliers.

—Tú no habías nacido —señaló sin reírse el comisario de las muertes extrañas.

El monje se volvió rápidamente hacia él.

—Bueno, sí, quizá ese asunto se remonte a Luis XIV, pero en el círculo de los filósofos seguimos hablando de él. Las luces de nuestro siglo distan mucho de haber acabado con todas las sombras. Nos gusta poner ese caso como ejemplo de lo que más nos horroriza. —Encantado, a juzgar por su actitud, de comenzar su exposición, prosiguió—: La marquesa de Brinvilliers, por lo demás guapa e inteligente mujer, es arrestada tras el descubrimiento en casa de su amante de una arqueta llena de documentos comprometedores. Dichos documentos, que el amante utiliza para chantajear a la bella

marquesa, demuestran que esta ayudó a su padre y sus hermanos a tragarse la lengua a fin de apropiarse de sus bienes. ¡Su marido escapó por los pelos al veneno, pero algunas sirvientas que sabían demasiado no tuvieron tanta suerte!

–¡Padre, Sartine y yo ya hemos hablado de eso!

El monje se plantó delante de la pajarera y se puso a acariciar con un dedo el plumaje negro con reflejos metálicos de la cotorra.

–¡Y eso no es todo! –continuó, como si no hubiera oído nada–. La muy caritativa marquesa de Brinvilliers lleva vinos y confituras a los enfermos ingresados en los hospitales. Por desgracia, tras su paso el índice de mortalidad aumenta a una velocidad asombrosa. ¡Y es que nuestra bella envenenadora prueba sus productos con los enfermos antes de utilizarlos con los que gozan de buena salud! ¡Ah, la experimentación con pociones medicinales, qué tema tan interesante...!

Una vez lanzado, el monje era imparable. Así pues, Volnay se sentó en silencio para escuchar la continuación.

–La ejecución de la marquesa de Brinvilliers en 1676 no es sino el prelude de algo mucho más grave. Sometida a tormento, la marquesa revela muchas cosas. El lugarteniente de policía de la época, La Reynie, dispone entonces de suficiente información para seguir las ramificaciones. Se da cuenta con espanto de que miles de personas de toda condición andan metidas en asuntos de venenos o de misas negras y hechicería. Hasta el rey se asusta al descubrir tanta negrura bajo su reinado.

El monje se interrumpió para acariciar amorosamente las plumas de la cotorra y susurrarle que era el pájaro más hermoso del mundo.

–En 1679 –prosiguió–, la investigación se reactiva con la detención de una tal Marie Bosse, que al parecer había suministrado venenos a algunas esposas de miembros del Parlamento que deseaban desembarazarse de su marido.

–Y hete aquí que Marie Bosse denuncia a la mujer de un mercero-joyero, Catherine Monvoisin, llamada la Voisin –intervino Volnay, impaciente por llegar a los hechos para no tener que soportar las interminables digresiones de su padre. El policía añadió un leño al fuego, lo que provocó un chisporroteo–. La Reynie continúa con celo la investigación, que lo lleva al meollo de las misas negras...

Su padre hizo como si se tapara la nariz y se apresuró a retomar el hilo del relato:

–¡Huele mal en la corte! La marquesa de Brinvilliers lo había advertido: «¡Si llueve sobre mí, acabará mojada mucha gente!»». Un íntimo de Colbert fue acusado por la marquesa y ahora otros lo son por la Voisin. Louvois, ministro de la Guerra y personaje dedicado a dar el golpe de gracia a un Colbert sucesivamente debilitado por este asunto, por la quiebra de la Compañía de las Indias Occidentales y por la relación del rey con la marquesa de Maintenon, realiza por su lado una investigación secreta por cuenta del rey. –Frunció el ceño y se la frotó con la palma de la mano, como si quisiera estimular su memoria–. Tras la ejecución de su madre –prosiguió–, la hija de la Voisin acusa a la favorita del rey caída en desgracia, la señora de Montespan. Cuentan que esta última comercia con la Voisin para obtener polvos que le permitan recuperar los favores del rey, además de envenenar a sus rivales.

En ese momento del relato, el monje se quejó de tener sed y Volnay, conocedor de esta

manía, se apresuró a descorchar una botella de vino de Borgoña.

—¡Ah, vino de Givry! ¡El preferido del difunto buen rey Enrique IV, suponiendo que un rey pueda ser bueno, cosa que no está en la naturaleza de esta función! —Hizo una pausa para beber un trago y chasqueó los dedos para atraer de nuevo una atención ya completamente ganada—. En la mansión de la Voisin descubren una curiosa sacristía, y en el sótano, miles de osamentas de niños. Sometida a tormento, la Voisin lo confesará todo. ¡Fabrica y vende venenos a base de arsénico y baba de sapo! Esta mezcla, majada en un mortero y espolvoreada en los platos, es conocida con el nombre de «polvo de sucesión», dado su uso tan frecuente para precipitar el paso a mejor vida de los familiares. ¿Quieres heredar de un pariente que goza de una salud demasiado buena? ¡Una pizca de polvo y... zas... ya tienes el dinero en el bolsillo!

En ese momento llamaron violentamente a la puerta. El comisario de las muertes extrañas se sobresaltó un poco. Recibía escasas visitas, por no decir ninguna, desde la marcha de Casanova y Chiara de París en primavera. El policía fue a abrir. Un soplo helado se precipitó al interior. Volnay pestañeó, pues la luz del día apenas iluminaba el pequeño patio. Se encontraba frente a dos personajes que llevaban un antifaz, y tanto le había molestado el incidente de la noche anterior con la joven que llevaba una máscara de la muerte que estuvo a punto de darles con la puerta en las narices. Sin embargo, la peluca en la cabeza del hombre retuvo su atención y se hizo a un lado.

—¿Vos aquí?

Sartine soltó una breve carcajada y se quitó la máscara.

—A saber por qué, este año todo el mundo se enmascara al acercarse la Navidad. Es extraño, pero muy práctico para desplazarse discretamente. ¡Así que aquí estoy!

—Hablando del diablo... —masculló el monje, levantándose maquinalmente.

El lugarteniente general de policía le lanzó una mirada poco cordial, cosa que a él no le preocupó lo más mínimo. Acababa de ver una forma deliciosamente femenina en el hueco de la puerta y aguardaba el momento en que la desconocida se quitara la máscara. Ella lo hizo con un gesto encantador, para mostrar un rostro de belleza salvaje y mirada segura. Era casi tan alta como el comisario de las muertes extrañas, y una larga y fina cabellera, de color castaño con reflejos rojizos, caía sobre su espalda. Llevaba unos pendientes en forma de media luna, y unas pulseras de oro tintineaban en sus muñecas al moverlas. Tras unas pestañas largas y espesas, unos inmensos ojos verdes, moteados de amarillo, brillaban con una luz sobrenatural.

Su mirada recorrió la habitación que servía a la vez de salón, despacho y comedor, deteniéndose unos momentos en las estanterías de libros con cubiertas tachonadas y encuadernaciones gofradas que cubrían las paredes.

—Permitidme que os presente a la señorita Helena de Troya —dijo Sartine.

¿Helena de Troya? El comisario de las muertes extrañas y su padre cruzaron una mirada cómplice sin decir nada. Sartine había decidido burlarse de ellos abiertamente. El monje, no obstante, se inclinó con la galantería de un gran señor ante la joven. Hasta el lugarteniente general de policía parecía encantado de disfrutar de tan buena compañía. Solo el comisario de las muertes extrañas no manifestó ni sorpresa ni interés. Su semblante se había convertido en una máscara de piedra, indescifrable. En el interior, sin

embargo, sus pensamientos daban un giro vertiginoso. Sartine no había puesto jamás los pies en su casa y era preciso que se hubiera producido un acontecimiento excepcional para que eso sucediera. Es más, debía de haber sido una decisión repentina, puesto que había visto a Sartine ese mismo mediodía y no le había hecho partícipe de su próxima visita.

El monje se apresuró a recoger la capa de la visitante y la invitó a sentarse junto al fuego. La joven llevaba un vestido de terciopelo rojo a la inglesa, cerrado por delante, con la falda fruncida y respunteada siguiendo una línea que subía por las caderas hacia la cintura, y los faldones recogidos en los bolsillos laterales y drapeados en la espalda. Un vestido para alguien interesado en tener libertad de movimientos.

—La investigación sobre las misas negras será difícil, vais a necesitar ayuda —decretó Sartine, en cuyo rostro apareció una sonrisa malévola. Inmediatamente Volnay se temió lo que iba a seguir—. ¡Y he decidido facilitárosla! —Hizo un gesto vago en dirección a Helena de Troya—. La señorita os acompañará en vuestras indagaciones y os será de una preciosa ayuda. ¡No os imagináis de todo lo que es capaz!

El monje se levantó y se inclinó de nuevo ante ella, besándole esta vez la mano con deleite.

—Señor de Sartine, os equivocáis, ¡más que bien lo imagino!

La joven le agradeció el cumplido, si es que lo era, con una sonrisa distante.

—¿Significa eso que la señorita va a acompañarnos durante toda la investigación? —preguntó el comisario de las muertes extrañas sin perder su impassibilidad.

Sartine puso cara de satisfacción.

—¡Habéis captado a la perfección la idea!

—Imposible —sentenció Volnay sin elevar el tono—. Yo investigo solo con mi... mi asistente.

Dejando aparte a Sartine, que lo sabía todo, como debía ser, el comisario de las muertes extrañas evitaba revelar en público que ese sabio, tiempo atrás condenado a la hoguera y que para librarse de ella llevaba ahora el sayal, era su padre. El lugarteniente general de policía lanzó una mirada fugaz al monje, que contemplaba el techo con insistencia, como si deseara que se olvidaran de él. De hecho, la llegada de Sartine parecía haberlo sumido en graves tormentos, atemperados, desde luego, por la de su encantadora acompañante.

—No se trata de una investigación corriente —dijo el lugarteniente general de policía, al que no le gustaba que se discutieran sus decisiones—. ¡Se ha celebrado una misa negra en un lugar público, un cementerio! ¡Y la celebración ha acabado con un doble crimen!

—No hay crimen que no sepamos dilucidar solos —replicó Volnay de forma cortante—. Y no veo qué podría aportarnos una persona como la señorita. —Se inclinó, desabrido, hacia esta última y añadió—: Dicho sea sin ánimo de ofender.

Los dos hombres situados frente a ella se habían acercado maquinalmente, mientras que Sartine retrocedía. El más joven parecía receloso; el mayor, admirado. Entre sus largas pestañas negras, la joven observaba al comisario de las muertes extrañas con disimulo. Su sobrio atavío era impecable, sus botas negras relucían y su chaleco entreabierto por arriba dejaba ahuecarse un pañuelo de batista. La delgadez de Volnay,

la fuerza tranquila que se desprendía de él y la finura de sus facciones atraían la mirada de las mujeres. Sin embargo, esta era frenada de inmediato por la frialdad que le servía de escudo para protegerse de los demás. El monje, por el contrario, adoptaba una actitud abierta y sus ojos reflejaban una sabiduría infinita.

—No me ofendéis —dijo ella—. He oído cosas mucho peores.

Estiró despreocupadamente una pierna e inmediatamente se adivinó, bajo la tela, la curva perfecta de esta.

—Ahora creo en Dios —murmuró el monje, extasiado.

Sin alterarse por el comentario, Helena esbozó una ligera sonrisa. A la luz de las llamas, el color de sus ojos había cambiado y recordaba ahora el de un prado quemado por el sol del verano.

—¡Me alegro de oírlo! —masculló Sartine—. ¡Más vale tarde que nunca! —Miró al monje con una pizca de hostilidad—. ¡Creía que os sentíais más tentado por el culto al diablo!

Volnay se estremeció: la alusión era clara. La joven permaneció impasible, pero toda su atención estaba centrada en la respuesta que iba a dar el monje, el cual no decepcionó a su público.

—Contrariamente a los cortesanos de Versalles —dijo fríamente—, no siento ninguna atracción por un culto que me obligaría a besar el culo de los demás.

Sartine pareció a punto de explotar, pero la risa fresca de Helena se elevó en la habitación y disipó todas las tensiones.

—Sois tal como imaginaba —concluyó.

—Y peor aún —remató secamente Sartine, poniéndose la máscara antes de dirigirse hacia la puerta—. Os dejo, señorita. En cuanto a vos, señores, tendréis que escucharla, responder a todas sus preguntas y dejar que os acompañe a donde desee. Si no lo hacéis, os apartaré de esta investigación. ¿Me he expresado con claridad?

El lugarteniente los miró con aire altivo. El monje no dijo nada, pero un destello brilló en sus ojos serenos. Volnay se apresuró a asentir para evitar un enfrentamiento:

—Haremos lo que decís.

Sartine pareció sorprendido por esta rendición súbita. Miró un instante al comisario de las muertes extrañas con expresión recelosa y giró sobre sus talones, no sin haber saludado galantemente a la joven. Una ráfaga helada acompañó su salida. El monje soltó un juramento. Sartine, con su altanería habitual, no había cerrado la puerta. El comisario de las muertes extrañas fue a empujar el batiente, luego se volvió y caminó lentamente hacia Helena. La joven lo observaba con una expresión enigmática en el semblante.

—Tan joven y gozáis ya de la confianza del lugarteniente general de policía —murmuró pensativo—. ¿Me permitís preguntaros en qué consisten vuestras funciones en relación con el señor de Sartine?

Se mantenía perfectamente erguido ante Helena, que no apartaba los ojos de él. Se calibraron en silencio.

La joven hizo un mohín divertido.

—¡Desde luego que no!

Volnay frunció el entrecejo.

—Quizá podríais, entonces, ayudarnos facilitándonos las notas del señor de La Reynie

sobre el caso la Voisin.

–¿Con qué objeto? La Cámara Ardiente que juzgó aquellos hechos fue disuelta hace mucho tiempo.

–En efecto, pero sería interesante para nosotros conocer el asunto –insistió el comisario de las muertes extrañas– y saber cómo se organizaban esas misas negras, a quiénes reunían, cómo se desarrollaban...

Helena asintió lentamente con la cabeza. Un mechón de finos cabellos le cayó sobre los ojos sin que ella se tomara la molestia de apartarlo.

–Comprendo. Lo que os interesa es sobre todo el modus operandi. Dicen que la Voisin no solo era envenenadora, sino que también practicaba abortos. Extraía la sangre, el hígado y el corazón de las criaturas para hacer sus mixturas.

El monje la contempló con curiosidad.

–Sabéis muchas cosas para una persona de vuestra edad.

–Me he pasado el día leyendo las notas del lugarteniente La Reynie –contestó ella con toda naturalidad.

El monje cruzó de nuevo con el comisario una mirada cómplice. ¿Quién podía alardear en el reino de haber leído las notas de La Reynie? Eso confirmaba también que Sartine temía otro caso...

–Los que offician la misa –prosiguió Helena clavando los ojos en ellos– lo hacen por dinero. Los que asisten suelen ser personas que han caído en desgracia y buscan recuperar el favor de su monarca. Ya sabéis cómo son los cortesanos: no viven ni respiran sino para ser vistos por el rey. Solo su luz los ilumina. Solo su sol los calienta.

–Los cortesanos son unos ignorantes –masculló el monje–. Solo saben dos cosas: la hora a la que se levanta el rey y la hora a la que se acuesta.

Helena lo obsequió con una sonrisa encantadora.

–Decidme, señorita –preguntó fríamente Volnay–, ¿estáis informada de cosas que el señor de Sartine no se haya dignado poner en nuestro conocimiento?

La joven arqueó delicadamente una ceja mientras parecía sopesar su respuesta con ayuda de una telaraña.

–Que yo sepa, no –respondió por fin en un tono neutro–. Dicho esto, es muy posible que el lugarteniente general de policía haya omitido hacerme partícipe de ciertos datos del problema si los considera confidenciales...

El comisario de las muertes extrañas se dignó por fin hacer un gesto aprobador con la cabeza.

–¿Y se puede saber cuáles son las aptitudes que el lugarteniente general de policía Sartine encuentra en vos?

–Pues... –Helena se interrumpió para pensar–. Sé montar a caballo, disparar con pistola, luchar con espada y daga. Me interesan las matemáticas y sé el nombre de todas las estrellas del cielo. Hablo inglés, italiano, alemán, latín, griego y arameo...

El monje levantó una ceja con expresión de interés y la felicitó.

–Es fantástico, señorita.

–Eso no es todo...

–¿Qué más?

–¡Soy un poco bruja!

Se produjo un silencio de estupefacción que el monje rompió riendo a carcajadas.

–¡Me encanta! ¡Me encanta!

Volnay dio un paso adelante.

–¿Dónde habéis aprendido todo eso? No se enseña esas cosas a las jovencitas.

–¿Es en un convento donde habéis aprendido esas lenguas? –intervino el monje–. ¿En el de la Madeleine de Traisnel, por ejemplo?

Helena rio, burlona.

–Ese convento está de moda, pero ahí solo forman a mujeres coquetas. ¿Acaso os lo parezco yo? Bailar, cantar y tocar la espineta, eso es lo que les enseñan a esas encantadoras cabezas de chorlito; dicho sea, señor, sin ánimo de ofender a vuestra cotorra. –La joven hizo una pausa y se quedó pensativa–. No quieren que las mujeres aprendan, simplemente se les enseña cómo aparentar que lo saben todo sin saber nada. Canarias, en eso es en lo que las convierten, en canarios enjaulados. –Se volvió hacia Volnay para añadir en el mismo tono–: Dicho sea también, señor, sin ánimo de ofender a vuestro pájaro enjaulado.

Y, como para hacerse perdonar, se levantó para ir a acariciar las plumas de la cotorra, que se puso a parlotear ruidosamente. Padre e hijo se miraron. En unos minutos, Helena había hecho saltar por los aires la condición femenina sometida de su siglo y retroceder los límites del pensamiento.

«Se parece a Chiara», estuvo a punto de decir el monje, pero se contuvo para no reavivar la pena de amor de su hijo. Chiara había regresado a sus tierras de la Toscana hacía seis meses, y si su hijo recibía noticias suyas, no le hablaba de ello.

–Volviendo al caso de los Venenos –prosiguió Helena en un tono deliberadamente neutro–, está claro que Luis XIV no podía permitirse ver a su favorita, la señora de Montespan, acusada de semejantes crímenes. El miedo al escándalo era demasiado grande. Además, habría sido humillante para él reconocer haberse equivocado tanto con su amante. Por orgullo, ni siquiera la hizo caer en desgracia y se comportó como si fuera absolutamente inocente, visitándola a diario para dar el pego.

–Ignoro si, en el transcurso de esas entrevistas, el buen Rey Sol le hablaba de los niños degollados durante las misas negras –masculló el monje.

El comisario de las muertes extrañas lanzó una fugaz mirada a la joven, que no parecía desconcertada ni sorprendida del cariz que había tomado la conversación. No obstante, el policía consideró oportuno darla por terminada, pues podía resultar peligrosa en presencia de una desconocida.

–Luis XIV comprendió el peligro de todas esas revelaciones y se apresuró a ordenar que cerraran el caso –dijo–. Gracias a eso, la mayoría de los sospechosos o acusados salieron bien parados.

–Los reyes no tienen ni moral ni vísceras –concluyó el monje.

Helena lo miró largamente con interés. El comisario de las muertes extrañas se estremeció. El monje hablaba demasiado y le decía a cualquiera lo que pensaba. Algunos iban a prisión por declaraciones como esa y no pasaba una semana sin que Volnay temblara por su padre. Como si hubiera percibido la inquietud del comisario de las

muerter extrañas, la joven se volvió hacia él.

–Tranquilizaos, no estoy aquí para espiaros y repetir vuestras palabras al señor de Sartine. Estoy aquí para ayudaros. –Se inclinó hacia el monje–. Supongo que el cadáver de la muchacha muerta está en vuestro sótano.

Él asintió lentamente con la cabeza sin apartar los ojos de Helena.

–Quisiera verla –dijo esta.

–He hecho unos dibujos de ella. Son muy precisos –intervino el comisario de las muerter extrañas.

–Nada sustituye un rostro real, y no hay que perder demasiado tiempo, ¿no es así?

El monje palideció ligeramente.

–¿Es realmente de alguna utilidad?

Ella se puso en guardia.

–Creo que mi petición no tiene nada de desmesurado. Me habéis aceptado en vuestra investigación ante el señor de Sartine. Respetad las condiciones del acuerdo y todo irá bien. ¡Apartaos un paso de ellas y os escocerá!

III

El monje, la mujer y otras cosas del diablo

Los últimos jirones de día desaparecían cuando el monje y la joven llegaron a la calle de la Lanterne, chapoteando en un barrizal frío que dejó rastros grises en las botinas de color crema de Helena. El cierzo transformaba el aire en mil agujas aceradas. Se adentraron a toda prisa en el callejón del Loup-Pendu.

–Me he mudado hace poco aquí –explicó el monje– para estar más cerca de mi... del comisario de las muertes extrañas. Eso facilita la vida, y además, aquí dispongo de un doble sótano muy fresco al que se accede por dos escaleras, una de las cuales da directamente a mi dormitorio. ¡Es tremendamente práctico! Por lo demás, en estos sótanos puedo conservar los cadáveres varios días en buenas condiciones.

Sacó un manajo de llaves e introdujo la más grande en la cerradura de la puerta de roble, gruesa, claveteada y reforzada con acero. «Una puerta difícil de derribar», consideró Helena. El propietario del lugar era a todas luces prudente, o quizá desconfiado, aunque lo uno no impedía lo otro.

Los restos de un fuego agonizaban en una vasta chimenea de mármol rojo del Languedoc. El monje reavivó las llamas y encendió suficientes velas para expulsar la penumbra de la estancia. Las cortinas de sarga carmesí estaban corridas. Junto al fuego, un bonito escritorio de palisandro, cubierto de papeles, delataba la afición del propietario del lugar a la pluma. En la pared, pinturas en lienzo o estampas bajo cristal reproducían temas galantes ejecutados con gracia. Pastores y pastoras se entregaban en ellos al delicioso juego de confesar sus sentimientos; sin embargo, en otros, personajes con aspecto de cortesanos mostraban más claramente sus deseos y parecían reclamar a sus compañeras lo que les correspondía. Un tapiz de vivos colores cubría la pared norte y un ribete de madera dorada remataba la puerta de una estancia contigua, que debía de ser el dormitorio. Al sur se encontraba una cocina donde las plantas aromáticas trepaban hasta las cacerolas de cobre.

Todo indicaba buena posición, gusto por lo bello y cierta ligereza. Los ojos de Helena se deslizaron por un cuadro que representaba a un grupo de jóvenes perdidos en un parque arbolado. Según el humor de quien lo contemplaba, invitaba, bien a la alegría, bien a la melancolía. Una pareja de enamorados se iba por una alameda cogida del brazo, graciosos y frágiles a la vez. La mirada dura y atenta de un hombre completamente vestido de negro los seguía. Otras personas poblaban el cuadro con su juventud y su despreocupación. Sin embargo, si observabas con atención, las cabezas inclinadas, las miradas de reojo y los cuerpos tensos parecían señalar las tensiones exacerbadas de unas relaciones amorosas complejas. Helena se percató entonces de que en ese cuadro

todo estaba hecho para ocultar el verdadero tema. Sobre un tapiz de hierba verde, un joven le cogía la mano a una adolescente de nuca exquisita. La posición del busto de esta denotaba un movimiento de retroceso, pero era muy posible que fuese fingido, pues la mano de su compañero apenas estrechaba su esbelto talle. Por un instante, creyó reconocer en el perfil del joven que guiaba a su compañera las facciones del monje con menos años.

La muchacha se entretuvo delante del cuadro, pero el monje no parecía deseoso de comentar esa pintura y condujo a la visitante hasta el segundo sótano.

—Aquí tenemos a nuestra joven muerta —dijo Helena en un tono indiferente, una vez ante el cadáver—. Qué extraño, cualquiera diría que está dormida... —La examinó con curiosidad, pero sin acercarse a ella, y se volvió hacia el monje—. ¿Qué hacéis con los cuerpos que os traen?

El monje levantó una ceja.

—¿Qué queréis que haga? Tomo la temperatura y examino el color del cuerpo, la rigidez o la flexibilidad de los miembros, el estado de los ojos y de la mandíbula, la inflamación, la hinchazón, el atascamiento de las vías, el estado de los esfínteres, las manchas, las equimosis, las heridas, úlceras, fracturas, luxaciones, hernias y caídas, los derrames de sangre y otros líquidos por la boca, la nariz o las orejas, incluso por el ano y la vagina...

Tenía una voz cálida con inflexiones serenas y cultivadas, una entonación de matices elegantes. Ante ella, rebosaba de una vida insolente. Helena lo escuchaba con atención y un destello de admiración en la mirada. El monje se dio cuenta y concluyó, modesta pero teatralmente:

—En resumen, observo todo aquello que puede parecer que se aleja de un estado normal y regular.

Inclinando la cabeza, ella lo recompensó con una sonrisa radiante.

—Admiro vuestra ciencia nueva —dijo.

—No tiene importancia. Yo siempre he ido por delante de mi época —contestó el monje, pavoneándose—, pero no es un gran mérito, porque va con retraso en todo.

Una risa cristalina brotó de la garganta de Helena, que recorrió la habitación con la mirada y se acercó a una mesa de experimentos, en el primer sótano.

—¿Qué es esto? ¡Qué aparato tan extraño!

—Se trata de un microscopio compuesto; lo inventó en 1590 Zacharias Jansen. La versión que veis es más evolucionada y le debe mucho a los trabajos realizados por Robert Hooke el siglo pasado. Estas combinaciones complejas de lentes, cuidadosamente pulidas, permiten un aumento de hasta trescientas veces el tamaño inicial, pero yo creo que se puede mejorar.

—¡Trescientas veces! ¿Cómo es posible?

—Gracias a la ciencia... Esto me permite estudiar todos los indicios encontrados en el escenario de un crimen.

—¿Y qué examináis ahora?

El monje se mordió los labios. Se trataba del hilo de lana descubierto esta misma mañana por su hijo en el lugar del crimen.

—Es un experimento que estoy haciendo con los tejidos —respondió con aplomo—. Pero

eso no es nada. ¡Dadme vuestra mano!

Ella lo miró a los ojos y se desenguantó con lentitud. El monje se estremeció por dentro. Quitándose el guante, Helena daba la impresión de desnudarse. La joven le tendió una mano suave y tibia, de dedos largos y finos. El monje retiró el hilo de lana y acercó el índice de la joven al lugar que este había ocupado.

–Poned un ojo aquí y veréis los surcos impresos en la yema de vuestro dedo. ¡Es mejor aún que una huella de pasos! Trabajo en la producción de una sustancia que permita tomar las huellas dejadas por los dedos en el lugar del crimen. De esta forma, una vez detenido un sospechoso, podré tomarle una huella impregnando su dedo de tinta y poniéndolo luego sobre un papel o, simplemente, sobre una placa de cristal como esta, para comparar después las dos huellas.

–¡Admirable! ¡Siempre y cuando atrapéis al sospechoso correcto!

–No forzosamente. Pensad que también puedo demostrar su inocencia. Mirad.

Cogió una plaquita de cristal, puso encima el dedo índice y apretó con fuerza.

–Haced lo mismo.

Helena obedeció no sin vacilar.

–¡Perfecto! –El monje colocó la placa de cristal en sustitución del trozo de tela–. Ahora, mirad...

–¡Ah, qué interesante! Son muy distintas y, por lo tanto...

–Vais bien encaminada. La huella de nuestros dedos revela nuestra identidad. Un día se tomarán esas huellas en los lugares donde se han cometido crímenes para compararlas con las de todos los criminales que ya se tienen archivadas.

–Decididamente, sois un gran sabio –dijo Helena.

El monje disimuló su satisfacción tras un murmullo modesto.

–Solo me preocupa una cosa: ¡harán falta muchas placas de cristal y etiquetarlas con cuidado!

La joven le dirigió una mirada irresistible.

–Seguro que encontraréis la manera...

Él asintió con la cabeza.

–¡Por supuesto, pero en otra vida! Los gatos tienen siete. ¿Por qué no puede tener el monje dos o tres?

Helena se puso a caminar de nuevo por el laboratorio. Debido a la presencia de los cadáveres, el monje había apagado la mayoría de los hornillos, pero algunos aún ocultaban muchas maravillas en proceso de cocción.

–El señor de Sartine dice que buscáis el secreto de la eterna juventud...

–Como todo el mundo, señorita, como todo el mundo...

–Si lo encontraréis, avisadme, ¡me interesa mucho!

–¡Os haré precio de amigo!

Helena se detuvo ante una masa que revelaba los contornos de un cuerpo humano. El monje frunció el entrecejo. Bajo la tela que lo cubría, se encontraba el cadáver del guarda del cementerio.

–¿Y a quién tenéis aquí? –preguntó la joven despreocupadamente.

–A uno de mis parroquianos de paso –respondió él con seriedad–. A veces tengo

huéspedes...

La sonrisa se borró por completo del rostro de Helena.

–¿No será el cuerpo del guarda del cementerio que habéis encargado a dos oficiales del Châtelet que retirasen al amanecer de su casa, arrebatándoselo a su desconsolada viuda?

«¡Demonios! –pensó el monje–. ¡Tengo que dejar de subestimar a esta joven dama con el pretexto de que es guapa!».

–En efecto, señorita, en efecto...

–¿Y qué habéis descubierto?

Se había acercado al cuerpo y su mano rozaba la sábana que lo cubría.

–Murió de miedo –dijo rápidamente el monje.

Ella retiró la sábana con decisión y se inclinó sobre el hombre.

–Yo diría más bien que murió congestionado –dijo ella con calma.

–¿En serio? –El monje se había acercado–. Ah, tenéis razón –dijo, inclinándose también–. Con esta penumbra, he debido de mirar mal.

El rostro atento de Helena se encontraba a unos centímetros del suyo, por encima del cadáver. De golpe, su perfume lo invadió. Exhalaba aromas de muchas cosas olvidadas, como la sensualidad del ámbar, la melancolía de la rosa, el frescor del helecho... Sin modificar su posición, la joven se volvió lentamente hacia él.

–¿Y si hiciéramos las paces para trabajar juntos de verdad? –dijo, articulando cada sílaba.

Él la miró, fascinado por los puntitos dorados que brillaban en sus ojos.

–Estaría encantado –respondió rápidamente–. A este hombre lo han asfixiado.

Ella asintió.

–Debió de sorprender a los celebrantes de la misa negra...

–Sin duda, y estos optaron por asfixiarlo en lugar de estrangularlo para no dejar marcas. Sorprendente, ¿no?

–Tienen mucha sangre fría.

–¡Hay que tenerla para matar a una niña!

Una corriente de aire helado entró por un tragaluz y barrió la habitación. El monje notó que un escalofrío recorría a la joven.

–Vais a moriros de frío aquí –dijo en un tono paternal–. Subamos, voy a prepararos una bebida caliente y seguiremos charlando con más comodidad.

Una sonrisa traviesa apareció en el semblante de Helena.

–¿Y de qué vamos a hablar, señor erudito?

El monje estiró la sábana con un gesto seco.

–¡Pues de vos!

Unos instantes después, se hizo a un lado para dejarla entrar en la estancia que le servía a la vez de salón y cocina. Ella pasó ante él rozándolo. El mismo perfume cálido de hierbas y flores silvestres emanaba de ella, realzado por el ámbar gris. El monje aspiró el aroma con agradecimiento, como se aspira un ramo recién cogido.

Helena recorrió la habitación y se detuvo al pasar delante del clavecín, cuyas teclas rozó con los dedos.

–¿Sabéis tocar? –preguntó.

El rostro del monje se ensombreció.

–No. Perteneecía a mi mujer antes de su muerte.

–Ah, os pido perdón.

–Tocaba divinamente –continuó él, como si no la hubiera oído–. También cantaba. Un ángel no habría cantado mejor que ella.

Se produjo un silencio profundo que finalmente el monje rompió.

–Esto está helado. Voy a encender el fuego.

Hábilmente, reavivó el hogar hasta que una llama lamió los leños secos añadidos. Luego acercó a la chimenea un gran sillón con mullidos cojines.

–Acomodaos, os lo ruego.

Ella se sentó con un suspiro de placer y luego contempló sus pies con expresión desolada.

–He caminado por la nieve y tengo los pies mojados –se quejó–. Llevo unas botinas demasiado finas. ¿Tendréis la bondad de ayudarme a quitármelas?

El monje asintió gravemente y apoyó una rodilla en el suelo. Sin titubear, ella le tendió un pie calzado mirándolo directo a los ojos. Los dedos del monje deambularon un instante, acariciando el cuero mojado.

–Habría que engrasarlos –observó en un tono neutro.

Tiró lentamente, sorprendido por la suavidad inesperada del cuero y la facilidad con la que el pie salió de la botina. Un tobillo enfundado en seda apareció. El monje lo retuvo un instante entre sus manos antes de depositarlo delicadamente en el suelo.

La joven le tendió entonces con toda naturalidad el otro pie calzado. El monje pestañeó brevemente y repitió la operación, pero esta vez conservó unos segundos más el ligero tobillo de la joven entre las manos, como para examinar mejor sus frágiles contornos.

Helena permaneció inmóvil y callada, pero un estremecimiento la recorrió. El monje se levantó y dio un paso atrás. Si estaba turbado, se guardaba mucho de demostrarlo.

–Tenéis que tomar algo caliente y consistente a la vez, porque supongo que no habéis cenado.

–Suponéis bien.

–Voy a buscar primero algo de abrigo.

Volvió enseguida con una manta de lana. La joven se acurrucó sobre los cojines calentados por las llamas y se enrolló sin decir palabra en la manta, dejando sobresalir únicamente los pies, apoyados en la base de la chimenea. El monje se emocionó ante esa estampa, pero no por ello olvidó preguntar lo que le inquietaba.

–No paro de hacerme preguntas desde la visita de Sartine. Que el lugarteniente general de policía se interese tanto por este asunto para enviarnos a uno de sus más valiosos agentes revela que está asustado.

–Es un buen análisis, pero ¿quién os dice que soy uno de sus más valiosos agentes? –replicó ella–. En todo caso, Sartine teme un resurgimiento del culto satánico.

–¡Sartine razona con los pies –se burló el monje– y no se atreve a estornudar por miedo de peerse!

–¿Qué queréis decir con eso?

–Sartine es prudente. En este asunto, no quiere comprometerse...

–Me ha prevenido contra vos...

–¡Acabáramos!

Hubo un silencio antes de que el monje preguntara con una pizca de dureza en la voz:

–Pero ¿por qué me lo decís?

La joven se levantó y, cubiertos los pies solo con las medias, se acercó sin hacer ruido hacia el fuego.

–El señor de Sartine dice lo que quiere y yo me formo mi opinión por mí misma. Como vos, señor, no tengo ni dios, ni señor, ni tribuno. –Una sonrisa iluminó su rostro–. «A falta de saber lo que está escrito allá arriba, no sabemos ni lo que queremos ni lo que hacemos, y nos guiamos por nuestro capricho, que llamamos razón, o por nuestra razón, que no suele ser sino un peligroso capricho que unas veces acaba bien y otras mal...».

El monje aplaudió entusiasmado.

–¡Diderot! ¡Elegís bien a vuestros autores!

Se dirigió hacia un rincón de la cocina lleno de plantas secas: hojas de laurel, ramilletes de tomillo y perejil, salvia, perifollo y cebollino. Alineados en columnas conquistadoras en los estantes, los tarros encerraban tesoros aromáticos: pimienta, melisa, clavo, canela o coriandro. De un cesto de mimbre sobresalían algunas verduras un poco arrugadas. Escogió varias con cuidado y descolgó de la pared una cacerola de cobre.

–¿Veis? –dijo, vertiendo delicadamente el vino de Borgoña–, es un plato sencillo, pero delicioso. Después de haber cocido estas coles rojas con caldo, dos cuartos de manzana reineta seca y una cebolla, echo un vaso de vino tinto por col. –Con una sonrisa un poco forzada, añadió–: Es un plato de pobre, pero yo lo he sido con demasiada frecuencia y mis ansias de libertad sin duda van a hacer que me mantenga en esa condición hasta el fin de mis días.

–Sin embargo, sois de elevado linaje –señaló ella con despreocupación.

El monje se estremeció ligeramente.

–Es evidente que estáis bien informada, y no dejáis de sorprenderme, pues no me ocultáis nada de lo que sabéis.

–¿Por qué iba a ser de otro modo?

–Porque trabajáis para Sartine y él es un trapacero.

–No deberíais decir siempre lo que pensáis –le reprochó Helena en un tono afable–. Ya fue causa de vuestra desgracia en el pasado...

–No ha sido mi forma de pensar lo que ha provocado mi desgracia –replicó él–, sino la forma de pensar de los demás.

–Cierto.

–Por ejemplo, un día escribí en uno de mis libros: «Yo creo en mí; el resto, lo verifico». Eso se interpretó como un ataque contra Dios y la Iglesia. Para estar tranquilo, debería haber escrito: «Yo creo en Dios; el resto, lo verifico».

Mientras hablaban, el monje trajinaba como tenía por costumbre y un delicioso aroma se extendió por la casa. Había puesto dos leños más en la chimenea y un fuego infernal crepitaba, pero hacía tanto frío fuera que la temperatura seguía siendo muy baja en la casa.

–Ya está a punto. Voy a traéroslo.

Después de saborear la comida en silencio, la joven dijo, suspirando:

–Es tarde, tengo que irme a dormir si quiero acompañaros mañana en vuestras indagaciones.

–Es noche cerrada –protestó el monje–. Las calles no son seguras. Pasaremos por casa del caballero de Volnay y os escoltaremos los dos hasta vuestra casa.

–Es muy amable por vuestra parte, pero no me dan miedo las calles de París por la noche.

–No me gusta nada esa moda actual de las máscaras –señaló el monje–. Una mujer guapa como vos, y sola por añadidura, sin duda será importunada por jóvenes ebrios. Me niego a dejaros ir sola.

Ella lo miró un largo instante.

–Muy bien, sea, aguardaré el día aquí. Este sillón y esta manta son muy confortables. Poned unos leños más en el hogar y pasaré una noche maravillosa.

–Puedo ofreceros una cama en mi habitación. Yo dormiré en el sillón.

–El sillón está muy bien para mí –dijo ella en un tono definitivo.

El monje pareció reflexionar.

–Voy a prepararos una tisana para que descanséis –dijo por fin–. Poseo el secreto de las hierbas que relajan los nervios.

Unas guirnaldas de hierbas aromáticas y olorosas colgaban del techo como las trenzas de la cabellera de un hada. Seleccionó unas cuantas con precaución y las puso en infusión.

Unos minutos después de que Helena se hubiera bebido la tisana, su voz se debilitó y los ojos se le cerraron. El monje la contempló a la luz vacilante del hogar. Una dulce lasitud parecía apoderarse de ella al calor de las llamas. El monje esperó unos instantes para que se durmiera del todo y entonces se levantó.

–¡Manos a la obra! –murmuró para sí mismo.

Y empezó a registrarla.

Sentado en silencio en un taburete, el monje contemplaba a Helena dormida. Su expresión oscilaba entre la duda y la ternura mientras admiraba los rasgos puros de su rostro, las largas pestañas negras y la cabellera, que alternaba mechones castaños y rojizos. La joven no dormía plácidamente. Su sueño era agitado y sus labios se entreabrían a veces para dejar escapar palabras ininteligibles, pero que parecían expresar miedo y desazón. Intrigado, el monje se inclinaba entonces para escuchar, pero no entendía nada, como si, durmiendo, ella hablara en una lengua que le era desconocida, aunque los sonidos pertenecían sin duda alguna a los países de ultramar.

Un soplo helado se deslizó entre sus tobillos y la despertó. Helena abrió un ojo. El comisario de las muertes extrañas cerraba en ese momento la puerta tras de sí.

–¿Qué ocurre?

–Ha amanecido –dijo tranquilamente Volnay.

El policía disimulaba su sorpresa. ¿Por qué había pasado la joven la noche allí?

Como el frío había invadido la habitación, se acuclilló ante la chimenea. Las brasas

brillaban débilmente; alguien había alimentado el fuego durante la noche, estaba claro. Lanzó una mirada recelosa al monje, inmóvil en su taburete, y atizó las ascuas antes de añadir un leño. Cuando las llamas claras se elevaron, se levantó y alargó las manos por encima del hogar para calentarse.

—¿Tenéis un poco de agua para asearme? —preguntó Helena, levantándose del sillón y estirando los pliegues arrugados de su vestido.

—Os la llevaré a mi dormitorio después de haberla calentado —respondió galantemente el monje, levantándose. La chimenea estaba provista de unos ganchos con una marmita colgada, donde el anfitrión vertió un jarro de agua—. Enseguida estará a punto —dijo con entusiasmo.

Su hijo alzó los ojos al cielo antes de sumirse en la contemplación de las llamas. No se sustrajo a esta hasta que el agua estuvo caliente, y la puerta del dormitorio, cerrada detrás de Helena. Entonces el monje se acercó a él.

—Anoche le di una tisana de mi invención —susurró—. Se durmió como una bendita y pude registrarla sin que se despertara.

—¡Ah!

A todas luces, el procedimiento escandalizaba al comisario de las muertes extrañas.

—No te preocupes —precisó el monje, malinterpretándolo—, ha sido todo muy decente. ¡No tengo ninguna intención de enseñarle mi hisopo!

—Eso espero —dijo secamente su hijo—, aunque no comprendo la razón de ese acto.

Su padre se permitió una sonrisa divertida.

—Una muchacha de una belleza salvaje es introducida por Sartine en la pareja de investigadores que formamos. Considerándote impermeable a sus encantos, lo intenta conmigo. ¡Si hubieras visto cómo me pidió que la descalzara!

—¿Te pidió que la descalzaras?! —exclamó Volnay.

—Sí, con el pretexto de que tenía los pies mojados. Resumiendo, miradas abrasadoras, cumplidos... Por muy vanidoso que sea, tengo la edad que tengo y sé perfectamente que esa joven belleza quiere ante todo asegurar su poder sobre mí. ¿Por qué? Eso es precisamente lo que pensaba descubrir registrándola.

—Y no has encontrado nada —concluyó fríamente su hijo.

—¡Nada, aparte de un amuleto que lleva en el cuello y una daga bien afilada! El amuleto es una piedra de bendición, llamada abraxas, muy apreciada en Egipto y Persia. ¡Todo esto no es normal! ¡Y qué decir de ese gracioso pie que me puso entre las manos...!

—Cálmate —dijo Volnay sin abandonar su frialdad—. No tiene ni la mitad de años que tú.

—¡Pero sabe más de la mitad que yo! Dijo que hablaba arameo.

—¿Y qué? —dijo su hijo, que no veía la relación.

—El arameo era una lengua emparentada con el hebreo, la de las tribus nómadas de Caldea, antes de imponerse como la lengua administrativa del Imperio babilonio y más adelante del Imperio persa hasta Egipto. Había suplantado al hebreo en Israel antes de Jesucristo, el cual predicaba también en arameo. —Se interrumpió un instante y susurró como para sí mismo—: Pero ¿quién sigue hablando arameo en nuestros días?

Su espalda se encorvó ligeramente. Se inclinó hacia delante como si se dispusiera a predicar, pero en realidad hablaba consigo mismo. En la larga soledad de la prisión, el

monje había tomado la costumbre de confrontar sus opiniones en voz alta con un doble de sí mismo creado por él. Parecía haber olvidado la presencia de su hijo, aunque este le prestaba toda su atención.

—Durmiendo hablaba en una lengua que me es desconocida, pero cuyas raíces me resultan familiares. Y cuando dormimos solo se expresa nuestro no-consciente. ¿Significa eso que hablaba en su lengua materna?

—¿Qué es ese no-consciente del que hablas? —preguntó Volnay.

Los ojos del monje chispearon con malicia.

—¡Ah, es una teoría mía que me aparta un poco de mi querido Aristóteles! Cuando estamos despiertos, nuestra conciencia también lo está, ¿de acuerdo? Y cuando dormimos, deja de estarlo. Ahora bien, nuestros sueños están siempre cargados de significado. Conclusión: ¡hay en nosotros una conciencia no despierta!

El comisario de las muertes extrañas se encogió ligeramente de hombros.

—Es una teoría interesante, pero no es durante el sueño cuando investigo.

—Te equivocas. La actividad de vigilia de la mente mientras nuestro cuerpo está inerte te sorprendería. ¿Y quién podría dirigir esa vigilia sino nuestro cerebro? Un cerebro liberado entonces de todos nuestros pequeños límites y del deplorable corsé de nuestras reglas... Piensa que el sueño es el único momento de nuestra vida en que no tenemos que rendir cuentas ni a nuestra conciencia ni a nuestra razón. ¡El sueño es en esos momentos como un niño al que sus padres han dejado de vigilar!

Sus ojos centelleaban y él mismo se movía con excitación.

—Resumiendo —prosiguió el monje, viendo la falta de interés de su hijo—, creo que durante la noche la mente de Helena la devuelve a una época de su infancia. ¿A ti no te pasa nunca?

Volnay palideció imperceptiblemente.

—¡Yo no tengo tiempo de soñar! —respondió severamente—. Y tampoco lo tengo para descubrir quién es esa mujer. ¡Es una espía de Sartine y no tenemos más remedio que admitirla como compañera de investigación, puesto que tal es la voluntad del lugarteniente general de policía! De todas formas, si ella no estuviera aquí, Sartine haría que nos siguieran y espíaran sus agentes. ¡Al menos así tendremos menos gente pisándonos los talones!

Volnay se interrumpió porque la puerta del dormitorio acababa de abrirse y la joven reapareció. Si había oído su conversación, no lo dejaba traslucir.

—¿Tenéis novedades? —preguntó.

—Sí —respondió con frialdad el comisario de las muertes extrañas—. Pedí que los fiscales y los comisarios de barrio me notificaran todas las desapariciones de jovencitas durante la semana que precedió al asesinato. Al amanecer me he enterado de que se habían producido tres. Abrigaos bien, vamos a salir. Nuestra víctima quizá sea una de ellas.

IV

Jóvenes desaparecidas y otras cosas del diablo

Fuera, el frío los asaltó de frente. El monje movió enérgicamente los brazos para entrar en calor y se paró delante del perro.

–¡Buenos días!

Volnay se acercó a él.

–Este perro me sigue desde ayer. Como le di de comer...

Helena le lanzó una mirada sorprendida. El monje se percató y se echó a reír.

–¡Pues sí! –dijo–. Nuestro comisario de las muertes extrañas no es tan insensible como quiere aparentar.

La ciudad ya no aparecía sino con los colores blancos y grises del invierno. En el cielo bajo, las columnas de humo de las chimeneas se enroscaban sobre los tejados como gigantescas serpientes que trataran de estrangular a sus presas. Empezaron por ir a la dirección más cercana y tomaron la calle de Saint-Yon para llegar a la de Saint-Jacques, atestada de tiendas de librerías, grabadores y vendedores de láminas. La proximidad de la Sorbona había llevado a los que ejercían esas profesiones, así como a numerosos impresores, a instalarse allí.

La nieve parecía haber envuelto las calles en una guata acolchada. Solo sonaban en el aire frío el carillón de las campanas de las iglesias circundantes y los juramentos de los carreteros. Pasaron por delante del establecimiento de un escritor público que intentó venderles una carta de amor por cinco sueldos y luego por el puesto oloroso de una vendedora de buñuelos.

–¡Agua va! –gritó una voz por encima de ellos.

Evitaron por los pelos el contenido del cubo de excrementos destinado a la evacuación de las necesidades de toda una familia. Casi enseguida, Volnay señaló el escaparate de una librería.

–Debe de ser esta, porque el informe policial indica que se encuentra entre dos establecimientos de grabadores.

El comisario de las muertes extrañas empujó la puerta. Reinaba en la tienda un ambiente de estudio, casi austero. Los anaqueles estaban llenos de libros cuidadosamente ordenados. Incluso el mostrador estaba atestado. Un hombre con unos anteojos sobre la nariz salió a su encuentro. Su mirada se dirigió hacia el monje, que, para combatir el frío, se había puesto sobre los hombros una piel de lobo. Eso, combinado con el sayal, le daba un aspecto extraño, casi salvaje, aunque conservaba en los labios una sonrisa amable.

El librero se expresaba en un lenguaje muy pulido y con una pizca de suficiencia. La

comunidad de los libreros y los impresores se reducía a unos cientos de miembros. Para entrar en ella, había que cursar estudios clásicos, certificados por el rector, y superar un examen profesional ante un jurado de la cámara real y sindical, en la calle del Foin-Saint-Jacques. Estas profesiones, vinculadas a la universidad, estaban muy bien consideradas. El comisario de las muertes extrañas le presentó sin éxito el retrato de la joven muerta en el cementerio y, hecho esto, se despidieron del pobre padre desconcertado.

Tanto en invierno como en verano, una enorme multitud de ociosos, rentistas y criados salían a hacer mandados por todo París. La ciudad congregaba a seiscientas mil almas y llevaba desde Francia y el resto de Europa a todos cuantos se sentían atraídos por lo que brillaba. Circular por las calles comerciales resultaba agotador en medio del gentío y sobre el suelo helado. Un joven con una carreta de la que tiraba él mismo les propuso llevar a la joven. Volnay y su padre empezaron a caminar, pues, uno a cada lado del vehículo, que abría dos surcos negros en la nieve fresca.

Un mundo equívoco y abigarrado se agolpaba a su alrededor. Las voces chillonas de los vendedores callejeros atravesaban de cuando en cuando el guirigay de la multitud. Portadores de agua avanzaban hábilmente por entre ella sin derramar una gota de su precioso líquido. Los vinateros vendían su vino peleón por pintas y los rateros pasaban restregándose peligrosamente contra la gente. El monje pilló a uno con la mano en el bolsillo de su hijo.

—¿Tanto te pica el cuello que quieres que te cuelguen? —le dijo al descreído—. ¿O acaso necesitas simplemente que te estiren la columna?

Lo apartó brutalmente y el hombre se apresuró a salir por piernas. Desde su carruaje, Helena había seguido la escena con atención.

—Curioso policía el que deja escapar a los ladrones —se burló.

—No es tarea mía atrapar a los que roban para comer —contestó fríamente el comisario de las muertes extrañas.

—Veréis, joven dama —intervino el monje con filosofía—, el problema de este reino es que sus recursos son grandes, pero sus beneficiarios poco numerosos. —Y añadió muy serio—: ¡Nosotros lo tenemos en cuenta en nuestras intervenciones!

Prosiguieron su camino avanzando, para protegerse del lanzamiento de heces, bajo las plantas en saledizo de casas irregulares. El nombre de ciertos lugares era muestra por sí solo del estado de suciedad en el que se hallaban: calle Merdière, Pipi, Merderon... Por el camino, el monje sacó varias veces la bolsa para dar unas monedas a niños y a mujeres, pobres como ratas de iglesia, que mendigaban. Helena lo elogió por ello.

—No tiene importancia —contestó él con modestia—. ¡Es el dinero de Sartine!

—Está bien empleado, pero no bastará.

El monje se detuvo.

—Eso es indiferente, señorita. Profeso un amor fraternal por todas las clases de la sociedad y más en particular por las que sufren.

Se apartaron para dejar paso a un cortejo fúnebre cuyo coche llevaba las armas de una gran casa. Los caballos engualdrapados de negro y moaré plateado caminaban con paso trabajoso y pesado, seguidos de carruajes adornados con velos oscuros. Los transeúntes se santiguaron. Una mujer gritó porque le estaban aplastando los pies. Creyeron que se

trataba de un descuidado sorprendido en plena faena y hubo peligrosos movimientos de la muchedumbre, pues, instintivamente, esta se precipitaba en tales casos tras el ladrón para atraparlo. Llamaban a eso detenciones «por clamor público».

El carretero los sacó de aquel atasco tomando una calleja menos frecuentada, poblada tan solo por curiosos frioleros y pescaderos que voceaban para avisar a la gente de la llegada de su mercancía. En los peldaños helados de las iglesias dormían o morían pobres diablos.

En una piedra dura incorporada a la fachada de la primera y la última casa de cada calle estaban grabados el nombre de esta y el número del barrio. Pero ninguna casa tenía número propio y el comisario de las muertes extrañas preguntaba a los transeúntes y se guiaba por las indicaciones cuidadosamente anotadas por el escribano: rótulos de comercios o de fondas, iglesias, fresco, estatua... Volnay conocía a un ujier que había deambulado así un día entero antes de encontrar su destino.

Una vez que hubieron llegado a la carpintería buscada, despidieron al carretero tras haberle pagado y entraron en un patio de tierra batida rodeado de casas altas que lo privaban casi por completo de luz. Estaba lleno de tablas de madera amontonadas. Algunos niños sucios y harapientos jugaban con clavos sobre la tierra helada. Una mujer con la cara picada de viruelas, los dedos entumecidos por el frío y calzada con zuecos hacía la colada en una pila. El carpintero, un hombre de cejas y barba grises, vestido con un traje raído y medias remendadas, fue a hablar con ellos, pero el dibujo lo dejó indiferente.

—No es ella —dijo en un tono hosco—. De todas formas, no corro el riesgo de volver a verla si se ha ido con el bribón de Pierre, con el que yo le prohibía tratar. ¡Si vuelve, le daré una paliza mayor de la que ha recibido en su vida!

El monje y su hijo cruzaron una mirada cómplice y giraron sobre sus talones, seguidos de la joven. A su espalda oyeron jurar a un oficial, y al carpintero decir:

—¡Tienes una multa de veinte sueldos!

Siempre atento, el monje ofreció galantemente el brazo a Helena para ayudarla a caminar sobre el suelo resbaladizo, aunque sus apoyos parecían tan firmes como los de él.

—El padre de la tercera desaparecida es un astrólogo —dijo el comisario de las muertes extrañas—. Vive en la calle Canettes, parroquia de Saint-Sulpice.

—¡Entonces no tenemos más que confiar en nuestra buena estrella para llegar a su casa! —señaló maliciosamente el monje.

—En realidad, no. Según las indicaciones que tengo, su casa se encuentra entre el establecimiento de un peluquero y el de un sombrerero.

El cielo estaba poniéndose negro y las casas, cuya planta superior sobresalía de la inferior, oscurecían aún más la calle. Tuvieron que recurrir a las indicaciones desabridas de los vecinos hasta que supusieron que habían llegado a su destino.

Era una casa de paredes de piedra ennegrecida por el tiempo, con un piso y una curiosa torrecilla adosada que la sobrepasaba en altura. Subieron media docena de peldaños para acceder a la entrada. Después de llamar a una pesada puerta claveteada, una voluminosa sirvienta de semblante arisco fue a abrirles. El comisario de las muertes

extrañas se presentó y la mujer los hizo pasar a un vestíbulo mal iluminado por una estrecha ventana. A su izquierda se adivinaba la cocina, y a la derecha, un salón para recepciones. La sirvienta bostezó y se santiguó cuatro veces con el pulgar delante de la boca para impedir que el diablo entrara por ella.

—Está en su maldito gabinete, en la torre, como de costumbre —masculló—. Os dejo subir solos, a mí me duele la rodilla.

Cuando se volvió de espaldas, el monje observó, divertido, que tenía las caderas y el trasero tan anchos que parecían reforzados.

La escalera era empinada y los peldaños estaban resbaladizos a causa de la humedad que impregnaba el lugar. Helena dio varios traspiés y, bien el padre o bien el hijo, que la escoltaban, la sujetaron en el último momento, el uno con solicitud, el otro con contrariedad. Se encontraron ante una puerta de hierro cerrada con llave. El comisario de las muertes extrañas llamó enérgicamente.

—¡Señor, abridnos, por favor! ¡Soy el caballero de Volnay, comisario del Châtelet!

Aguzaron el oído, pero no oyeron nada. El policía iba a llamar de nuevo cuando el ruido de una llave en la cerradura lo detuvo. Un rostro completamente arrugado apareció a la altura de su hombro. La cabeza, sin un solo pelo, parecía un huevo incubado durante demasiado tiempo. Los ojos del hombre estaban profundamente hundidos en sus órbitas y una bolsa del tamaño de un melocotón adornaba cada párpado inferior. Les dirigió una mirada azorada.

—¡Señor! ¿Venís por mi hija? Estoy muy preocupado...

Entraron con prudencia. La habitación era redonda y estaba iluminada por una gran ventana abierta en el tejado. Un cortinaje ajado reproducía personajes mitológicos y calentaba un poco las paredes de piedra. Volnay lo miró atentamente. La escena representaba a Heracles recién nacido mamando de la diosa Hera con tanta fuerza que le hacía daño y provocaba su rechazo. Un chorro de leche salpicaba entonces el cielo y formaba la Vía Láctea.

El fuego que ardía en una pequeña chimenea no lograba caldear la estancia glacial, de manera que una nube de vaho se formaba en sus labios cuando respiraban.

—¿Es vuestra hija la joven que he representado en este dibujo? —preguntó el comisario de las muertes extrañas, sacándolo de su alforja.

Un grito de dolor le respondió.

—Está muerta, ¿es eso? ¿Mi pobre Sophia está muerta?

—Es ella —murmuró lúgubrementemente el monje.

El astrólogo había caído de rodillas y, desesperado, se arañaba la cara. Helena lo tomó con delicadeza por los hombros y, ayudada por el policía, lo levantó. Lo hicieron sentarse ante su escritorio en espera de que se calmase. Entonces, cosa sorprendente, Helena lo rodeó con sus brazos y lo estrechó largamente contra sí mientras él lloraba. Después se apartó despacio de él. El hombre, conteniendo los sollozos, dijo:

—Los astros me lo habían anunciado, pero yo no quería creerlo.

—¿Los astros? —preguntó el monje con una súbita curiosidad.

—El día de su desaparición, su tema era desastroso. Enseguida comprendí que iba a suceder una enorme desgracia.

Volnay tomó por fin la palabra, y el sonido de su voz era tan grave que todo el mundo lo escuchó atentamente:

–¿Cuándo desapareció?

El astrólogo sorbió por la nariz.

–Ayer, a primera hora de la tarde. La esperamos hasta la noche y entonces fui a avisar a la patrulla.

–¿Vio alguien algo?

–No, nadie. Estaba sentada en la escalera, como le gustaba hacer, y al cabo de un momento ya no estaba...

El rostro del comisario de las muertes extrañas era inexpresivo, pero en su mirada brillaba una firme determinación.

–Señor, os aseguro que no descansaré hasta que encuentre al asesino de vuestra hija.

El hombre no contestó. Contemplaba sus zapatos con la más profunda desesperación. Mientras tanto, Helena se había acercado al escritorio, sobre el cual, junto a un libro sobre el Apocalipsis, había un mapa pintado con diferentes colores. Se inclinó para mirarlo.

–Señor, ¿no será por azar el mapa de la constelación de Cáncer?

El astrólogo volvió a sorber por la nariz y levantó la cabeza.

–Sí..., sí...

Se levantó y se acercó a ella con paso vacilante. Sus largas manos delgadas y amarillentas se movieron sobre el mapa.

–Al oeste encontraréis la constelación de Leo, y al este, la de Géminis. En los relatos de los griegos antiguos se cuenta que Hércules aplastó con el talón al cangrejo que osaba morderle los pies mientras luchaba contra la Hidra.

–En las civilizaciones mesopotámicas –señaló la joven–, dicen que Cáncer representa la puerta que cruzan las almas que han permanecido un tiempo en las estrellas a fin de renacer con forma humana.

–Exacto, señora, exacto –murmuró el astrólogo, asombrado por su ciencia.

Los ojos del monje se achicaron. Los conocimientos expresados por Helena le entusiasmaban, lo cual hacía que le intrigara más aún.

–¿En qué consiste vuestro trabajo? –preguntó Volnay.

El hombre se frotó enérgicamente los ojos enrojecidos. El comisario de las muertes extrañas se fijó en que llevaba en un dedo una sortija con un enorme y magnífico rubí engastado.

–Las estrellas nos hablan –dijo el astrólogo–. Los planetas influyen en nuestros actos, incluso en nuestros sueños...

Los ojos del monje brillaron de curiosidad.

–¿De qué manera?

El astrólogo lo observó con atención, incómodo por el sayal de su interlocutor, atuendo que no predisponía a escuchar el tema de su especialidad.

–La luna, los planetas y sus conjunciones ejercen una fascinación tanto en nuestra vida como en nuestros sueños. Así, Mercurio nos persigue en la búsqueda de placeres, mientras que Saturno engendra sueños de muerte... –Miró con ojos súbitamente

apagados el tapiz que tenía enfrente—. Sí, sombríos son los sueños de Saturno, que nos arrastran a los rincones más oscuros y hasta el borde de profundos precipicios para escuchar los cantos de la muerte...

—Las estrellas predisponen, no determinan —puntualizó el monje—. ¡El hombre conserva su libre albedrío!

—Os equivocáis —dijo el astrólogo—. Los astros influyen tanto en nuestros pensamientos como en nuestros actos.

—En absoluto —replicó el monje—. El hombre sabio dirige sus estrellas; el loco se pliega a ellas. —Su mirada se topó con un papel lleno de signos y cifras—. ¿Qué es eso? —preguntó—. ¿A quién pertenece esa carta astral?

El astrólogo se conturbó.

—A una persona del barrio —respondió con voz tensa.

Ante la mirada insondable del comisario de las muertes extrañas, hizo desaparecer la carta bajo un montón de papeles.

—¿Desde dónde observáis las estrellas? —preguntó el monje con curiosidad.

—Os lo mostraré.

El astrólogo subió por una escala que llevaba a una pequeña plataforma iluminada por un gran tragaluz. Sobre esta había instalado un anteojo.

—Un bello artilugio —apreció el monje.

Tras haber echado un último vistazo al escritorio del astrólogo, su hijo se reunió con ellos sin hacer ruido, pero se quedó en el último barrote de la escala porque la plataforma era demasiado pequeña para que cupieran los tres. El señor Marly acarició amorosamente el anteojo. Parecía haber olvidado la muerte de su hija.

—«Como mortal, sé que nací un día, pero cuando mi mirada sigue el recorrido circular de las innumerables estrellas, mis pies dejan de tocar el suelo; imploro a Zeus que me obsequie con ambrosía, el alimento de los dioses».

—Ptolomeo... —murmuró el monje, reconociendo al autor.

Encaramado en la escala, Volnay se sintió ridículo y comenzó a bajar de espaldas procurando no desnucarse. Fue recibido en el suelo por la mirada irónica de Helena. Sin preocuparse de ella, se dirigió rápidamente a la mesa del astrólogo y levantó los papeles para examinar la carta astral que su anfitrión se había apresurado a esconder. Hecho esto, volvió a dejarlo todo en orden. Por un instante, sus dedos titubearon sobre el libro del Apocalipsis, como si algo en él lo atrajera. Luego, su mano se apartó y, sin responder a la pregunta muda de Helena, volvió hacia el pie de la escala. Arriba, su padre hablaba sin parar con el astrólogo citando a Platón, para quien la contemplación de la bóveda estrellada hacía que el alma del hombre estuviera en armonía con el orden divino.

—¿Os importaría bajar? —preguntó, seco, el policía.

Por encima de él, los dos hombres callaron, tras lo cual el monje empezó a bajar con agilidad.

—¿Sabes que fueron los babilonios los que inventaron la astrología? —le preguntó a su hijo al llegar al suelo.

—Fueron ellos los primeros que tuvieron la idea de una tabla de interpretación de las cualidades atribuidas a cada uno de los astros —se apresuró a añadir el astrólogo, a

medio camino de bajada. Puso pie en tierra con una gracia desmañada y continuó—: Porque hay que comprender en un instante preciso la correspondencia entre la posición de los astros y los acontecimientos que se desarrollan aquí abajo.

En ese momento, el comisario de las muertes extrañas tomó de nuevo la palabra para interrogar al astrólogo sobre las costumbres de su hija y sus amistades. Cuando hubo terminado, dijo:

—Señor, volveremos a pasar dentro de una hora. Tendréis que acompañarnos para reconocer formalmente el cuerpo de vuestra hija. Mientras tanto, ¿podemos examinar su dormitorio, tal como requiere la investigación?

El pobre padre los contempló con una expresión vacía hasta que, de pronto, un destello de comprensión apareció en sus ojos y finalmente asintió.

—Mi sirvienta os acompañará.

El comisario de las muertes extrañas hizo una seña discreta a sus compañeros y se retiraron. Al pie de la escalera encontraron a la mujer, que parecía esperarlos.

—¿Algo no va bien? —preguntó con aire desconfiado.

—Tened la bondad de mostrarnos la habitación de Sophia —dijo el comisario de las muertes extrañas en un tono que no admitía réplica.

La habitación, estrecha, estaba amueblada con una mesa que servía a la vez para el trabajo y el aseo y un gran arcón para sus efectos personales. Junto a la cabecera de la cama, sobre una repisa, había una vela medio consumida. El comisario de las muertes extrañas la encendió, pues la estancia estaba muy débilmente iluminada por una minúscula ventana sin cortina que daba a un patio amurallado, sobre el cual el cielo parecía cernirse como una tapadera gris.

El policía recorrió rápida pero profesionalmente el lugar, pasando un dedo sobre un estante para comentar:

—Ni una brizna de polvo...

Se arrodilló para mirar debajo de la cama, se puso de pie y, levantando el colchón de lana, lo palpó con mano experta.

—La cama está limpia y bien aireada. No se puede decir nada acerca de la higiene de esta joven o de su sirvienta.

El monje, por su lado, examinaba unos libros cuidadosamente colocados en el estante, algunos encuadernados en piel y con el canto veteado con esponja, pero la mayoría de la Bibliothèque Bleue, esos libros impresos con poco presupuesto, protegidos solo por una cubierta de papel azul, que relatan cuentos y leyendas o aventuras épicas.

—En vista de su estado —constató—, los ha leído decenas o cientos de veces para evadirse de estas cuatro paredes grises...

Hojeó algunos e hizo un imperceptible gesto de sorpresa antes de dejar el que tenía en la mano como si tal cosa. Helena observaba a los dos hombres sin decir nada. El comisario de las muertes extrañas examinó la mesa. Encima había un aguamanil para el aseo, un peine, una pluma con su tintero y algunos papeles.

—Páginas escritas en latín..., ejercicios de conjugación. Nada significativo, pero era alguien instruido.

El monje y él registraron a continuación el arcón, donde encontraron algunos efectos

sencillos que no denotaban ninguna coquetería. Finalizado el registro, el policía llamó a la sirvienta.

–Mirad el arcón y luego la habitación, y decidme si falta algo aparte de la ropa que vuestra joven señora llevaba puesta.

–¿Le ha ocurrido algo? –preguntó la mujer en un tono arisco.

No parecía muy afectada.

–¿Estabais encariñada con esa niña?

Ella se encogió de hombros.

–Sirvo aquí desde hace tres años. Me he acostumbrado a ella, pero está siempre en la luna.

–¿Cómo pasaba el día?

–Cuando era más pequeña, jugaba en el patio con piedrecitas o con su muñeca, pero se pasaba horas enteras encandilada delante del tapiz del salón. Ah, sí, también le gustaba despabilar los candiles y acompañarme al mercado.

–¡A fe que salir de esta casa lúgubre debía de ser un placer! –masculló el monje.

–No tenía muchas ocasiones. Su padre sale poco y, cuando lo hace, va solo. Así que su hija solo podía acompañarme al mercado o a hacer algunos pequeños mandados; aunque a veces se iba sin que la viéramos. Está muerta, ¿verdad?

–Sí –respondió el comisario de las muertes extrañas, observando su reacción.

Fue una pérdida de tiempo. Aquella mujer era de una insensibilidad pasmosa.

–¡Vaya por Dios! –masculló–. ¿Y de qué ha muerto, para que estéis todos aquí?

–Lo sabréis llegado el momento –respondió fríamente el policía–. No os marchéis de esta casa; tendremos que interrogaros.

–¿Y adónde queréis que vaya? –repuso–. Solo tengo este techo sobre mi cabeza. Duermo en un miserable camastro, pero más vale eso que nada...

Y salió sin parar de rezongar. El monje tomó la palabra para dirigirse a Helena y a Volnay.

–Saliendo a la izquierda, en el otro lado de la calle, hay una fonda. ¿No tenéis hambre?

–Pero...

–Id delante –dijo el monje en voz baja–. Yo me reuniré luego con vosotros.

El comisario de las muertes extrañas reprimió su sorpresa. Le lanzó una mirada incisiva a su padre y cogió del brazo a Helena.

–Venid –le dijo con voz grave.

Una vez solo, el monje volvió a coger el libro que había atraído su atención y se sentó pesadamente en la cama. ¿Era un defecto de impresión? El reverso de las páginas estaba en blanco, pero la chiquilla había escrito ahí su diario con una letra apretada. Frunció el entrecejo y empezó a leer.

Era el diario de una niña que no tenía a nadie con quien hablar y que contaba su vida, sus tristezas y sus esperanzas. Sus días eran largos y grises; sus juegos, ensimismados. El monje recorrió algunas páginas, dejándose invadir por la melancolía profunda que se desprendía de ellas.

Cuando Sophia era pequeña, una nodriza le daba de comer en la cocina llevándole la cuchara a la boca. El monje la imaginó ingiriendo con gravedad los alimentos y vigilando

por el rabillo del ojo a la nodriza solícita. Más adelante, Sophia aprendió a comer sola, pero incluso entonces la nodriza se quedaba delante vigilándola para asegurarse de que se lo comía todo. La nodriza pareció encariñarse con ella y le habló del resto del mundo: los bosques, los lagos, las montañas, los animales... A la edad de seis años Sophia empezó a reproducir, con una escritura torpe, todo lo que oía en un libro que le habían regalado y que tenía hojas en blanco. No le habló nunca de eso a su padre.

A veces, antes de dormir, su nodriza le leía la Bibliothèque Bleue y Sophia, maravillada, escuchaba sin rechistar cuentos poblados de ladrones y de aparecidos que atormentaban de noche a los vivos. Le gustaban también las historias de ogros que se comen a los niños, y no dejaba de temblar hasta que el protagonista escapaba a su terrible destino.

El monje la imaginó con los ojos desmesuradamente abiertos, mordisqueándose los labios al acercarse el desenlace. La noche de Adviento, su nodriza la obsequiaba con dos historias en lugar de una. Ella las escuchaba picoteando golosinas antes de ir a acostarse y prolongar en sus sueños las ingenuas aventuras escuchadas durante la vigilia.

El monje frunció la frente al recordar las noches en las que le leía a su hijo cuentos poblados de enanos, gnomos y espíritus traviesos. Un día, cuando regresó después de una estancia de varios meses en prisión, su hijo ya leía solo. Un estremecimiento nostálgico lo sacudió. El tiempo pasaba demasiado deprisa, se escapaba entre los dedos. Suspiró y reanudó la lectura.

A los siete años, la edad en que los niños empiezan a tener uso de razón, su padre decidió que Sophia ya no necesitaba nodriza. ¡Siete años! No era una señorita, solo una niña a la que le quitaban el único ser querido. ¡Siete años! El monje sabía que a esa edad los adultos turbaban el alma de los niños anunciándoles con gravedad que ya se encontraban en edad de pecar y de perder la inocencia.

Con la palma de la mano, el monje se frotó la frente, un gesto habitual cuando algo lo atormentaba. ¿Qué le había dicho él a su hijo a la edad de siete años? Se había limitado a darle un beso en la frente y a pensar fugazmente: «¡Qué deprisa pasa el tiempo!».

A los siete años, pues, despidieron a la nodriza de Sophia. Quizá se estaba encariñando demasiado con la niña. A partir de entonces, Sophia comió sola en la cocina. Lo anotó en su diario, con gravedad pero sin rebeldía, pues parecía buena y dócil. ¡Pero desde ese momento nadie volvería a ocuparse de ella hasta su muerte!

Con el libro en la mano, el monje se levantó y, de un solopaso, llegó a la ventana, desde donde escrutó el pobre horizonte que se le ofrecía a la niña. El patio parecía más la celda de una prisión que un espacio de juegos y libertad. Apoyó la frente en el cristal frío y se entretuvo, como ella habría hecho muchas veces, dejando que su aliento dibujara un halo fantasmal. Terminado el juego, se tumbó en la cama y contempló el techo. ¿Pasaría el tiempo así Sophia cuando no leía? ¿Imaginaría en ese techo personajes de cuento de hadas que irían a sacarla de su tediosa vida? ¿Cómo engañaba al aburrimiento esos días interminables en los que nadie le dirigía la palabra?

Cerró los ojos y reflexionó. Sophia no era una niña maltratada. Había tenido techo y comida. Su cuerpo no presentaba huellas de golpes. Era simplemente una niña ignorada.

Pero ¿quién era él para juzgar a los demás? ¿Qué había pensado de él su hijo cuando, so capa de difundir las luces de la mente por el mundo, había dejado escapar todos esos

preciosos instantes que nada podría hacer revivir jamás?

Una pesada tristeza lo invadió. Hubiera querido recuperar el tiempo perdido, pero no lo conseguía.

Era más de mediodía y toda una legión de artesanos, obreros y albañiles, mozos de cuerda y jornaleros buscaba su pitanza. De la mesa de los más ricos llegaban a las de los burgueses los restos de las cenas. Y lo que no se comían los burgueses acababa en los puestos callejeros, para los más pobres, en compañía de frutas estropeadas, carnes descompuestas y pescados apestosos. Los dos jóvenes no habían comido nada desde el día anterior. Un letrero de hierro forjado indicaba la presencia de la fonda. La escarcha había tejido alrededor guirnaldas heladas. Empujaron la puerta con alivio, provocando la recriminación de los comensales, que un viento frío barrió. Descubrieron entonces que se encontraban en una cervecería llena de una fauna ruidosa que fumaba en largas pipas de barro o bebía vino con un tufo agrio. Algunas chicas de vida alegre se congregaban en el local. El comisario de las muertes extrañas insistió en elegir una mesa junto a una ventana y, sin preocuparse de Helena, se sentó en la silla que deseaba ocupar. Enseguida miró hacia la calle y pareció satisfecho, pues desde allí veía la casa del astrólogo.

Helena echó un vistazo a las otras mesas. Servían un guiso negruzco del que emergían huesos y pequeños trozos de carne compacta. De común acuerdo, los dos comensales consideraron preferible limitarse a tomar una sopa y una tortilla.

—¿Queréis beber un poco de vino? —preguntó Volnay con una cortesía forzada.

—¿Por qué no? Pero vuestro monje tarda en venir —señaló la joven—. ¿Qué hace exactamente?

El policía se encogió ligeramente de hombros.

—Se impregna del lugar.

—¿Vos no?

—Yo ya he visto todo lo que tenía que ver.

—¿Y el monje no?

El comisario de las muertes extrañas rio brevemente.

—Oh, él ve las cosas que hay detrás de las cosas...

Ella lo observó atentamente. El comisario de las muertes extrañas sostuvo su mirada con calma, disimulando su turbación, pues acababa de darse cuenta de que los ojos de Helena parecían encerrar un fragmento de noche estrellada. Los recuerdos lo condujeron a otra mujer, Chiara, a la que había conocido el año anterior y que se había marchado. Las mujeres no le traían suerte.

—¿Cómo habéis llegado a trabajar para Sartine? —preguntó abruptamente.

Ella no pareció ofenderse por una pregunta tan directa, pero contestó con otra pregunta:

—Fuera del matrimonio, ¿qué opciones se deja a la mujer sino el convento o el burdel? ¡Yo he tomado otro camino!

«Tiene el mismo carácter que Chiara —pensó fugazmente Volnay—, pero menos inocente y mucho más peligroso... Chiara ha vivido en un estuche de terciopelo, ¡pero Helena lleva

una daga encima!».

No tuvo tiempo de llevar más lejos sus recuerdos. La puerta del local se abrió y apareció el monje.

–Bueno –dijo alegremente–, ¿cómo es el vino?

Su hijo le lanzó una mirada inquieta. La falsa vivacidad de su padre no lo engañaba y solo Dios sabía por qué se había demorado tanto en la habitación de la niña. El monje se sentó y dirigió a su alrededor una mirada de desconfianza. Los agentes de Sartine abundaban en las tabernas, observándolo y escuchándolo todo. Volnay interceptó su mirada y, haciendo un imperceptible gesto con la barbilla, le señaló a Helena. Aquello significaba claramente: «¡Lleva cuidado con lo que dices delante de ella!».

El monje permaneció imperturbable. Si bien la joven seguía siendo un misterio para él, no pensaba que fuera una espía y tuviese intención de informar sobre sus conversaciones.

Se hizo el silencio y se oyó silbar el viento a través de los cristales. Una camarera fue a llevarles sus escudillas y una gran hogaza de pan. Con sus caderas estrechas, parecía un gatito escuchimizado, pero su rostro era pícaro y su mirada estaba llena de seguridad.

–Aquí está la sopa de Sus Señorías –dijo.

No debía de tener muchas ocasiones de servir a personas de condición.

–¿Conocéis a los ocupantes de la casa de dos pisos con una torrecilla que se ve desde esta ventana? –le preguntó el comisario de las muertes extrañas.

Ella se inclinó ligeramente para mirar, dejando parcialmente al descubierto unos pechos a todas luces poco abundantes.

–¿El hombre que mira las estrellas?

–Ese mismo –dijo el joven, apartando los ojos mientras le ponía en la mano una moneda.

–¿Qué queréis saber? –preguntó ella, guardándosela prestamente.

–Todo lo que sepáis de ellos.

La mujer hizo una mueca.

–No es mucho.

–Vamos, vamos –dijo el comisario de las muertes extrañas clavando en ella una mirada penetrante–. En todos los barrios, los unos observan a los otros; ies incluso la principal ocupación de todo el mundo!

–Ya, pero su sirvienta pasa por delante de la fonda sin pararse y es menos habladora que una cotorra.

–Las cotorras son muy habladoras, joven –intervino el monje–. De hecho, pueden hablar como vos y como yo si se las educa...

Helena le puso una mano en el brazo para evitar que continuara. Decepcionado, el monje se concentró en su sopa, un caldo al que habían añadido guisantes, habas y trozos de pan de cebada.

–¿Y la niña? –preguntó Volnay.

–Ah, es muy graciosa y amable, aunque parece siempre un poco triste. Pero sale poco, si no es acompañada por la sirvienta.

–¿Conocéis al ama que cuidó de ella? –preguntó el monje.

–No, murió cuando ella tenía tres o cuatro años, creo.

–Hum... ¿y a quién ve?

–No tiene amigos en el barrio, aparte de un perro.

–¿Un perro?

–Sí, le da de comer cuando sale y él la sigue.

La mujer clavó en Volnay una mirada descarada, echándose hacia atrás para tratar de sacar pecho.

–Así es la vida, ¿no? ¡Sigues a quien te trata bien!

El comisario de las muertes extrañas le lanzó una mirada fugaz a su padre. Los dos acababan de pensar en el perro que aullaba desesperado delante del cementerio.

–¿Qué aspecto tiene ese perro?

–Pues es blanco cuando está limpio, con manchas marrones. A veces, cuando su padre no está y la sirvienta ha salido, ella lo mete en casa para lavarlo.

–¡Qué encanto de niña! –murmuró el monje, conmovido.

El policía se mordió los labios. Se parecía mucho al perro que había visto delante de la casa de su padre la noche de la muerte de Sophia, y de la suya la mañana siguiente. El inteligente y fiel animal había seguido a la carreta que transportaba el cuerpo de su pequeña ama. Suspiró con tristeza y la camarera lo miró con curiosidad. Percibiendo su vacilación, Helena tomó el relevo.

–Habládnos del padre. ¿Sale a veces o vienen a visitarlo?

La camarera se encogió de hombros.

–No se le ve deambular por el barrio y nunca entra aquí. Dicen que es tan avaro que no se atreve a escupir por miedo de tener sed. Si sale a veces, es caída ya la noche. También recibe a algunos visitantes, más bien al anochecer.

–¿Qué aspecto tienen esos visitantes?

La camarera hizo una pequeña mueca.

–¿Cómo queréis que lo sepa? Paso más tiempo sirviendo a los clientes que callejeando o mirando por la ventana. Y por cierto, tengo que remover la marmita. ¡No dispongo de mucho tiempo!

Volnay le puso otra moneda en la mano.

–¿De verdad no tenéis una ligera idea?

Ella se metió la moneda bajo el corpiño, levantó su nariz respingona y contestó con insolencia:

–¡Ni la más ligera!

El comisario de las muertes extrañas la agarró de una muñeca, pero Helena dejó escapar una risa divertida.

–Vamos, soltadla...

La camarera le lanzó una mirada cómplice y se apresuró a irse.

–El señor Marly, nuestro astrólogo, es un hombre muy casero –comentó el monje–, apenas sale de su gabinete...

–Salvo por la noche –señaló Volnay–. ¡Bastante raro tratándose de un astrólogo, que debería pasarla observando las estrellas! Voy a apostar a un agente cerca de la casa para que observe sus idas y venidas...

Todos meditaron unos instantes sobre este particular rebañando su escudilla. Luego, el comisario de las muertes extrañas prosiguió, dirigiéndose al monje:

–Tenemos que trazar el perfil de las personas que asistieron a esa misa negra.

–¿Trazar el perfil? –repitió Helena, sorprendida.

–La acción de la policía de Sartine se basa en el espionaje y la delación –explicó pomposamente el monje–. Volnay y yo desarrollamos teorías nuevas y más sutiles en materia criminal. La verdad no debe ser simplemente el resultado de una intuición, sino las conclusiones de la razón mediante el espíritu de observación, análisis y deducción lógica. Las certezas son siempre obstáculos para su aparición. –Levantó un dedo y añadió, con una sonrisa maliciosa–: Yo soy escéptico, dudo. ¡Y mi espíritu crítico me permite cuestionarme sin cesar y preservarme del error!

–Es simple lógica –lo cortó el comisario de las muertes extrañas, poco inclinado al énfasis–. Hemos observado que cada crimen tiene su propia firma, no solo en un plano material. Las motivaciones y los comportamientos de los criminales difieren de un individuo a otro.

–El estudio de los casos –insistió el monje, decidido a deslumbrar a Helena– demuestra que, por regla general, la víctima conoce a su asesino y que este suele ser un allegado. Me esfuerzo en llevar las cuentas. De diez casos resueltos por nosotros, ocho de los criminales conocían perfectamente a su víctima. De diez casos también, tres son fruto de adulterio o de rivalidades amorosas. Los demás son provocados por intereses pecuniarios u hostilidad acumulada. En cuanto al infanticidio, nadie está más expuesto a ser asesinado que un niño! –Limpió con un dedo el borde de su escudilla y continuó–: Los niños están expuestos, sobre todo, a ser asesinados el día de su nacimiento o en el primer mes de vida. Más adelante, malos tratos repetidos pueden también matarlos. –Un destello de piedad atravesó sus ojos–. Nadie está más indefenso que un niño y algunos adultos se aprovechan de eso. Los mismos que solo tienen valor para abusar de los más débiles que ellos... –Se inclinó hacia su vaso y lo vació de un trago–. Pero Sophia no era una niña maltratada –musitó–. Era, simplemente, una niña ignorada...

Un pesado silencio pareció derramar entre ellos una capa de plomo. Volnay fue el primero en reaccionar:

–El asesino no es forzosamente un canalla brutal, un vicioso obtuso o un vicioso inteligente. Podemos encontrarnos frente a individuos que, locos o no, cometen su crimen dentro de un esquema de pensamientos o convicciones muy preciso. En nuestro caso, el perfil ya está esbozado, porque el crimen se produjo durante el ritual muy particular de una misa negra. –Hizo una pausa y lanzó una mirada circular para asegurarse de que nadie los escuchaba–. ¿A quién se encuentra en las misas negras? A gente que pide favores terrenales a Satán. Poner en peligro la salvación eterna invocando al Bajísimo denota, por lo general, un deseo ávido de poder y bienes materiales.

–También puede ser cierta forma de desesperanza –se aventuró a decir Helena.

–O simple perversidad –murmuró lúgubrememente el monje–. ¡Y Dios sabe cuán perversa puede ser la naturaleza humana!

–No seas demasiado categórico –aconsejó Volnay–. Vivimos en un siglo en el que muchas personas se oponen al orden establecido, sea cual sea. Identifican erróneamente

el sacrilegio con una forma de libertad.

–Decir no a Dios para decir sí a Satán no es sino cambiar de amo –señaló el monje, sarcástico.

Vinieron a retirar las escudillas. Los comensales callaron y observaron divertidos a la joven camarera contonearse en vano delante del comisario de las muertes extrañas para atraer su atención.

–Cuando hablo de perversidad –dijo después el monje, retomando el hilo de la conversación–, es porque las misas negras pueden acabar tanto con los más vergonzosos desenfrenos como con sacrificios de niños de pecho.

–¡Sí, y como la Iglesia proscribe el asesinato y el pecado de la carne, se entregan a ellos! –concluyó el comisario de las muertes extrañas–. El satanismo se construye únicamente oponiéndose a toda dignidad humana, y negándola.

–Si queréis insinuar con eso que los participantes en misas negras son libertinos, perversos o incluso opositores al orden social –intervino Helena–, tenemos a muchos candidatos.

–En efecto –reconoció el policía–, pero todas las formas de sacrilegio son sistemáticamente observadas durante las misas negras. Detrás de eso hay horror, el horror absoluto. Precisaremos poco a poco el perfil de esos seres perversos con cada elemento nuevo.

La camarera volvió con una tortilla babeante a más no poder y los tres guardaron silencio mientras le hacían los honores. Pero fue cosa de un momento, pues las porciones no eran copiosas.

–¡A fe que no nos empacharemos! –exclamó el monje, chasqueado.

No obstante, siguió comiendo mientras contaba con vivacidad anécdotas divertidas sobre su vida pasada, afanándose en hacer reír a Helena ante la mirada impassible de Volnay, que dijo finalmente:

–Es hora de volver al trabajo. Id a casa del astrólogo y llevadlo a reconocer formalmente el cadáver de su hija. Yo tengo cosas que hacer en el Châtelet y después en cierto lugar.

Y, diciendo esto, miró con insistencia a su padre, que asintió con un imperceptible movimiento de cabeza.

Una vez fuera, el policía siguió con la mirada a su padre y a Helena. Pese a su diferencia de edad, formaban una pareja armoniosa que se alejaba charlando animadamente. Volnay pensó que su padre se deslizaba por una peligrosa pendiente.

V

El perro, la niebla y otras cosas del diablo

Una niebla espesa, cargada de humedad, se formaba en el callejón de l'Or. Estaba avanzada la tarde cuando el comisario de las muertes extrañas se adentró en él, después de haber pasado por el Châtelet a fin de dejar un informe para Sartine. Aquí, cada casa parecía construida sin tener en cuenta la posición de la casa siguiente y en algunos tramos la calleja se estrechaba tanto que a duras penas podían cruzarse dos personas. Siguiendo las indicaciones de su padre, Volnay se dirigió hacia la casa de la dama que leía el porvenir en el agua. La sensación de que lo seguían lo asaltó de nuevo. Era una presencia furtiva, apenas perceptible. Algo que no tenía nada de humano y se manifestaba de cuando en cuando antes de proyectarse en otra dimensión. Esta vez, sin embargo, sorprendió a quien iba a su caza.

–¡Ah, mira quién está aquí! Decididamente, eres todo un perro policía. ¿Acaso quieres entrar al servicio del señor de Sartine?

Se acercó al animal, que permaneció inmóvil. Solo movía la cola, como si acabara de encontrarse con un viejo conocido. Volnay le acarició la cabeza.

–Me acordé de ti en esa fonda y cogí este trozo de pan por si te encontraba delante de mi casa. No pensaba que me seguirías, discreto compañero. ¡Lo haces mejor que un espía! Voy a tener que buscarte un empleo en el Châtelet.

–¡Qué estampa tan conmovedora! –dijo una voz irónica–. ¡Así que nuestro comisario de las muertes extrañas no es tan insensible como aparenta!

Volnay levantó vivamente la cabeza para encontrarse ante el monje, risueño.

–¿Qué haces aquí? Tenías que llevar al padre de la niña a reconocer el cuerpo y mantener ocupada a Helena..., bueno, a la agente de Sartine, para evitar que me siga.

–¡No te preocupes! Ha ido a ver al comisario de barrio para averiguar si nuestro astrólogo figura en algún expediente.

–¿Tiene acceso a los expedientes de un comisario del Châtelet? –preguntó, perplejo, el comisario de las muertes extrañas.

–Eso parece. En cuanto a mí, por tu mirada en la fonda comprendí adónde vendrías después de tu visita al Châtelet... –Se interrumpió como si descubriera en ese momento la presencia del perro–. ¡Pero qué guau-guau más bueno! –dijo, frotándolo vigorosamente antes de rascarlo detrás de las orejas–. ¡Es realmente un guau-guau muy bueno!

Su hijo, exasperado, dejó escapar un suspiro.

–¡Por el amor de Dios, habla como una persona normal y deja de llamar guau-guau a ese animal!

Su padre puso cara de ofendido.

—Oye, pero ¿será este el perro de Sophia del que nos ha hablado la camarera de la fonda?

—Es muy posible. Corresponde a la descripción y me sigue desde la noche del drama.

—¡Inteligente animal! —se maravilló el monje—. Cuentan que hace tres o cuatro siglos, en la calle Marmousets de París, un barbero mataba de vez en cuando a un cliente de paso y luego echaba el cuerpo al sótano de su vecino pastelero, el cual lo transformaba en excelente pastel de carne. Los ladridos del perro de una víctima, que permaneció día y noche aullando con desesperación delante del establecimiento del barbero, atrajeron la atención y permitieron descubrir los procedimientos criminales de esos dos malvados comerciantes.

Su hijo meneó la cabeza.

—Hay algo turbador en la fidelidad de algunos de estos animales. ¡Anda, ven!

Volnay se dio una palmada en el muslo y el perro lo siguió.

—¿Ha reconocido el astrólogo a su hija?

—Sí —respondió el monje—, y ha sido penoso. Después lo hemos acompañado a su casa. Quería llevarse el cuerpo, pero me he negado. Mandaré que traigan un ataúd a mi casa.

—Sí, es mejor que no vea el cuerpo de su hija abierto.

El monje agachó la cabeza, como un niño pillado en falta.

—No le he hecho la autopsia. ¿Para qué? No nos aportará nada nuevo, y tendré muchos cadáveres más para seguir practicando.

Su hijo lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—La decisión es tuya —dijo por fin en un tono neutro.

Decididamente, su padre no se comportaba en nada como era habitual en él. El monje levantó vivamente la cabeza.

—¡Pues sí, la decisión es mía!

El policía meneó la cabeza, pensativo.

—No he querido preguntarte delante de Helena por qué te habías quedado en casa del astrólogo, pero, conociéndote, debía de haber una razón.

—Había visto que la víctima llevaba un diario en el libro que hojeaba y quería sustraerlo para poder leerlo con más detenimiento, pero no delante de nuestra nueva amiga.

Su hijo pareció tranquilizarse. El comportamiento de su padre volvía a parecerle lógico.

—¿Y has encontrado algo en el diario?

—Nada más que una infancia gris y solitaria.

Su tono lúgubre alertó de nuevo a Volnay.

—Bueno —dijo este último para distraer a su padre—, ¿qué te parecen el astrólogo y su sirvienta arisca?

El monje no respondió directamente, sino que le señaló una construcción con tejado de forma irregular.

—Aquí encontrarás a un augur que examina el hígado y las entrañas. Los mesopotámicos realizaban este tipo de augurio, al igual que los griegos, que codificaron su estudio en tablillas de arcilla. En Mesopotamia también se estudiaba el aspecto que adquiriría la mezcla del agua y el aceite...

–¿El agua? ¿Como tu amiga?

–Sí. Ella también estudiaba el humo quemando incienso, pero abandonó esa práctica porque le provocaba tos. –Resbaló sobre el suelo helado, pero se agarró milagrosamente de la manga de su hijo y prosiguió su erudita perorata como si tal cosa–: En Grecia estudiaban los murmullos de las hojas de roble. En la Roma antigua interpretaban todos los signos como mensajes de los dioses. Rayos, truenos... itodo les hablaba! Los augures interpretaban el vuelo de los pájaros y el apetito de los pollos sagrados, y leían asimismo en sus entrañas. A algunos se les ocurrió incluso leer el futuro en las vísceras humanas. Roma, impresionada, condenó esas prácticas instituyendo la ley de las Doce Tablas que proscribía el uso de la magia.

–¡Y ahora seguimos mirando el cielo, pero por la noche y para observar las estrellas!

El monje lo miró con satisfacción.

–Has entendido adónde quería ir a parar: a nuestro astrólogo. ¡Es un augur! En nuestros días, la astrología se ha impuesto a todas esas formas antiguas de adivinación. El conocimiento cada vez más profundo de los movimientos cíclicos de los planetas y las estrellas les ha dado una sensación de poder. ¡Sensación efímera! ¡Nos encontramos ante un hombre que lee en las estrellas el destino de los hombres, pero no es capaz de predecir la muerte dramática de su hija! En cuanto a su sirvienta, no ha parecido muy sorprendida al enterarse de tan dramática noticia. ¡Nos encontramos ante una mujer sin corazón!... Por cierto –dijo, haciendo chascar los dedos–, ¿te has fijado en la carta astral que nuestro astrólogo se ha apresurado a esconder cuando he mostrado interés por ella?

–Sí –respondió despreocupadamente Volnay–, le he echado un vistazo mientras vosotros estabais conversando y he tomado nota de la fecha de nacimiento del tema.

–¡Eres digno hijo de tu padre! ¿Puedo verla? ¿Dónde la has escrito?

–Aquí –dijo el comisario de las muertes extrañas señalándose una sien con el dedo índice.

Su padre le lanzó una mirada de orgullo y admiración.

–¿Y bien?

–Es una fecha de nacimiento que muchas personas conocen en el reino de Francia, puesto que es la del rey.

El monje, excitado, dio unos pasos sobre el suelo cubierto de hielo.

–Ah..., comprendo por qué lo ha escondido. Hacer la carta astral del rey es un delito castigado con la prisión. ¡Un crimen de lesa majestad! La astrología está penada con la muerte cuando atañe al destino del rey o de sus hijos.

–¡Sobre todo si pretende prever la fecha del fin de su reinado!

El monje se detuvo ante una casa cuya entrada, más estrecha que el resto del edificio, recordaba la proa de un barco hendiendo la niebla.

–Aquí es adonde vine ayer siguiendo los consejos de mi bella amiga, señora de las aguas. Te acompaño. No podrá negar que tiene lo que ayer me vendió. ¡Para animarlo a decir quiénes son sus clientes, cuento con tu poder de persuasión! Y con que tiene, en un jarrón, flores de cáñamo y amapolas, raíces de eléboro y semillas de girasol...

–¿Y...?

–¡Y con todo eso, mezclado con mandrágora y grasa de humano sin bautizar, se hace el

ungüento de las brujas!

El comisario de barrio era alto y corpulento, pero tenía la cabeza tan pequeña, las piernas tan largas y los brazos tan cortos que todo su cuerpo parecía desproporcionado. Unos gruesos párpados ocultaban de vez en cuando sus ojos, pero sus labios, cuyas comisuras apuntaban hacia arriba, sugerían un perpetuo buen humor. Se presentó a Helena con el nombre de Cornevin y leyó con atención el papel que le había tendido la joven. Cuando levantó la cabeza, su mirada era de respeto.

—¡Demonios, señora, una presentación del mismísimo lugarteniente general de policía! Estoy, ni que decir tiene, a vuestra entera disposición. ¿Qué puedo hacer para ayudaros?

—Quisiera información sobre la calle Canettes.

—Es una calle bastante tranquila. Aunque hay algunos rateros que roban en los domicilios y ladrones de hebillas de zapato en la iglesia de Saint-Sulpice...

—¿Ladrones de hebillas de zapato?

—Sí, algunas tienen cierto valor, y cuando la gente está arrodillada es bastante fácil quitárselas. —El comisario hizo una pausa—. No tenemos constancia de que haya mucha violencia en ese barrio. Por supuesto, algunos maridos les pegan con rudeza a sus mujeres, o algunos artesanos a sus aprendices, pero nunca llegan demasiado lejos.

La joven se pellizcó delicadamente la arista fina y estrecha de la nariz.

—¿Conocéis a un astrólogo llamado Marly?

—¿Marly, decís? Un astrólogo...

El comisario de barrio se levantó pesadamente y fue hasta una mesa, junto a la ventana, donde había una pila de libros de registro.

—Hubo un asunto con la hija del astrólogo, una niña de unos doce años muy amable, aunque una pizca melancólica. Vino por iniciativa propia para denunciar que alguien le pegaba a un perro. ¿Os dais cuenta? —dijo el comisario con una risita disonante—. Le pregunté si esa persona era propietaria del susodicho perro y me respondió que sí, pero que no le daba nunca de comer, que se limitaba a darle golpes y patadas.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Helena, interesada.

Cornevin se volvió hacia ella con un registro en las manos y expresión afligida.

—¿Qué queríais que hiciera? Dos días después, un hombre vino a denunciar que habían intentado robarle el perro. Había llamado a un oficial de la patrulla, que lo acompañaba con la chiquilla en cuestión, la hija del astrólogo. ¿Cómo se llamaba...?

—Sophia —dijo en voz baja Helena, mirando a través de la ventana.

Constató que la oscuridad empezaba a invadir las calles.

—Sí, exacto. Un nombre encantador, pero que no le pegaba mucho. Veamos los registros... —El policía se puso a pasar páginas con el entrecejo fruncido—. ¡Ah, aquí está! Quizá no conozcáis el procedimiento. Mi escribano registra todas las denuncias. Voy a leerlos sus declaraciones.

Helena se inclinó, atenta. El hombre comenzó la lectura, siguiendo con el dedo las líneas a medida que iba leyendo.

—«El siete de marzo de 1758, a las dos de la tarde, en nuestra comisaría y ante mí, consejero del Rey y comisario del Châtelet, ha comparecido Legrand, oficial de la patrulla

de guardia en las inmediaciones de la iglesia de Saint-Sulpice, el cual nos dice haber sido requerido por un particular que sujetaba a una jovencita de unos trece años que, según él, lo había maltratado y empujado al arroyo. Razón por la cual los han conducido a nuestra comisaría. Interrogado el particular, llamado Berger-Rabot, ha dicho que hoy estaba ocupado enarcando un tonel en su patio cuando la llamada Sophia se ha acercado a él para gritarle en un tono muy insolente: Dejad de pegarle a vuestro perro. ¡Él no es malo, pero vos sí! A lo que él ha respondido que no era asunto suyo y le ha ordenado que se fuera. Ella se ha negado y ha empezado a desatar al perro. Él le ha quitado entonces la cuerda de las manos. En respuesta, la citada chiquilla lo ha empujado y derribado, haciéndole daño en la espalda. Él ha gritado entonces: ¡Patrulla! ¡Guardias! Y, al oírlo, un oficial de la patrulla que estaba de guardia no lejos de allí ha ido a socorrerlo».

El comisario se acercó un dedo a la boca, lo lamió y pasó la página.

–«Habiendo examinado a la llamada Sophia y viendo que presentaba rastros de golpes en la cara, yo, comisario del Châtelet, le he preguntado si él le había pegado. Habiendo reconocido el citado Berger-Rabot haberla empujado también, he ordenado la puesta en libertad de la chiquilla y los he enviado a los dos a su casa tras haberlos amonestado y reconvenido por su conducta mutua».

Juntó las manos y le dirigió a la joven una sonrisa amable.

–¡Aquí acaba el asunto! Como veis, es muy poca cosa. ¿Por qué os interesáis por esta encantadora niña?

–Porque está muerta.

Cuando el monje y el comisario de las muertes extrañas salieron del establecimiento del comerciante griego, la niebla cubría poco a poco las sombras grises del crepúsculo. Al verlos, el perro movió el rabo.

–Guau-guau bueno –dijo el monje.

Su hijo, irritado, dejó escapar un suspiro y llamó al animal con un chasquido de dedos.

–¡Ven!

El perro obedeció dócilmente.

–He conocido a personas poco locuaces, pero este comerciante griego se lleva la palma –dijo Volnay.

–Lo cierto es que, ante la amenaza de la cuestión de tormento –replicó el monje–, ha hablado celerius quam asparagi cocuntur, ien menos tiempo del necesario para cocer los espárragos!

–Y nos ha confesado haber vendido su poción a una prostituta del arrabal de Saint-Marcel –dijo Volnay–, e incluso conocer la taberna donde ejerce en invierno. Iremos mañana.

–Esperemos que no haya demasiadas prostitutas –suspiró su padre–. ¡No me veo confesándolas a todas!

Al salir del callejón de l'Or, vieron unas sombras informes deslizarse rápidamente sobre los adoquines helados. Esas largas siluetas vestidas de negro y tocadas con sombreros de ala ancha caminaban una detrás de otra en un orden perfecto. Un breve lamento escapó de la garganta del perro.

–Esa gente viene del callejón de l’Or –dijo el comisario de las muertes extrañas–. Me pregunto qué hacía semejante grupo allí... ¡Sigámoslo!

La noche lo invadía todo. Los artesanos se aprestaban a poner listones de madera para bloquear las contraventanas de sus establecimientos. En los comercios, los empleados preparaban sus camas en las mesas sobre las que trabajaban de día. La niebla se espesaba lentamente. El monje y el policía seguían a distancia la extraña procesión.

–¡Hace un tiempo de perros! –masculló el monje–. ¿A santo de qué seguimos a una gente que no sabemos ni quién es? Seguro que van a una fiesta...

El comisario de las muertes extrañas titubeó. Su instinto de policía lo había empujado a seguir a los hombres de negro. Pese a no ser un habitual del callejón de l’Or, frecuentado sobre todo por su padre, sabía que era raro cruzarse allí con un grupo de gente. Lo visitaban personas solas y recelosas para hacer sus compras u obtener alguna prestación inconfesable. Se guardaban mucho de ir acompañadas.

–Me intrigan –insistió con obstinación–. Sigámoslos un poco más para ver adónde van.
–¡A ti no te funciona bien la cabeza! –masculló el monje, pensando que su hijo se había vuelto loco.

Pero, como de costumbre, hizo lo que él decía, comprobando discretamente que el perro seguía acompañándolos. Apreciaba ese lazo animal y familiar con la joven Sophia y, sin darle demasiadas vueltas al asunto, le gustaba conservarlo.

Caminaron en silencio detrás de la extraña procesión, recorriendo estrechas y tortuosas calles bordeadas de casas con la planta baja de piedra y los pisos de madera en saledizo. La niebla y la oscuridad dificultaban el seguimiento y los obligaban a acercarse a fin de no perder de vista a los hombres de negro. Al cabo de un rato, la guata grisácea que flotaba en el aire pareció solidificarse y borró todas las formas. Así pues, al comisario de las muertes extrañas no le extrañó constatar, al doblar una esquina, la desaparición de los sospechosos, engullidos de un bocado por la noche.

–¡Voto a Dios! –exclamó el monje.
–No blasfemes –lo amonestó Volnay–. Está prohibido jurar utilizando el nombre de Dios o el del rey. ¡Y castigado con la muerte, no lo olvides!

No desaprovechaba ninguna ocasión de aleccionar a su padre, pues, de ellos dos, era el que parecía comportarse a veces como un niño.

–Mira –dijo–, allí hay un cementerio. Vayamos a ver.
–No sabemos quiénes son esos –protestó el monje–. Sabes tan bien como yo que se recomienda no pasar por los cementerios durante las horas de oscuridad.

–¡Vayamos a ver de todas formas!

Entraron sin hacer ruido en el lugar fúnebre y avanzaron entre las tumbas. La niebla parecía emanar de la tierra, del alma de los muertos, brotar de entre las piedras. Poco impresionado por la atmósfera, el perro deambulaba de derecha a izquierda, olfateando y levantando la pata en algunos sitios ante la mirada desaprobadora de Volnay. Los dos hombres fruncieron los ojos para escrutar los alrededores. Más lejos, la noche parecía recorrida por movimientos furtivos, y al cabo de un momento el ruido seco de un pico que muerde la tierra helada los orientó. Unas siluetas oscuras se congregaban alrededor de una tumba recién excavada. El comisario de las muertes extrañas se acercó a ellas dando

grandes zancadas. Sus botas aplastaban la nieve reciente con un ruido sordo, levantando polvo blanco cada vez que pisaban. Empuñaba decidido la pistola, y no le temblaba la mano. Por su parte, el monje había desenfundado su daga. Los hombres de negro no se movieron, paralizados por la sorpresa.

–¡Soy comisario del Châtelet! –dijo Volnay–. ¡Estáis arrestados! ¿Sabéis que por la noche las penas por los delitos son el doble? ¡Os exponéis a ser colgados por esto!

El hombre alto que parecía encabezar la pequeña tropa dio un paso adelante. Emanaba de él una autoridad tranquila.

–Señor, soy anatomista. No desentierro los cadáveres como hacen algunos para extraerles el cerebro con vistas a elaborar pociones mágicas, sino a fin de llevar más lejos los límites de la ciencia.

–Vuestras finalidades no me interesan –contestó Volnay con una rectitud glacial–, iyo me atengo a los hechos!

El monje lo asió vivamente del brazo.

–¿Has perdido el juicio o qué? ¡Son científicos!

El anatomista asintió y señaló con el dedo a tres jóvenes desgreñados.

–Estos son mis discípulos. Y ellos dos... –añadió, apuntando con el dedo a dos hombres de semblante más hosco–, ellos dos se sienten menos atraídos por la ciencia que nosotros. Mucho me temo que les interese más el provecho que los progresos de la medicina. Es preciso decir que los cadáveres se pagan a treinta libras la pieza. No obstante, me son leales...

El monje puso una mano sobre el hombro de su hijo.

–Muchacho, no nos corresponde a nosotros interponernos en el camino de la ciencia.

El anatomista dio un paso vacilante en dirección al monje.

–¡Vos! ¿Sois vos quien pienso? –Se acercó más para observarlo–. ¡Dios mío, sí, sois vos! ¡Os creía muerto! Entonces, ¿es verdad lo que dicen? ¿Trabajáis para la policía, micer Guillaume de...?

–¡Nada de nombres, amigo, nada de nombres! Trabajo para descubrir a los culpables de crímenes horribles y empleo para ello toda mi ciencia. ¡Por lo demás, sigo considerando que el rey y su corte son unos mamarrachos!

El anatomista rio.

–¡No habéis cambiado, por lo que veo, y me alegro! –Reflexionó un instante, tras lo cual llamó a un hombre bajo y fornido–. Nos encontramos en una situación compleja. Debemos demostrar nuestra sinceridad a este policía; si no, nos llevará a la cárcel. Sé que eres reacio a dar el nombre de tus clientes, pero es preciso por el bien de todos. Exceptuando, claro, a los médicos o profesores como yo...

El hombre vaciló.

–Veamos –insistió el anatomista–, ¿no has provisionado a ningún cliente, exceptuando a científicos como yo, en las dos últimas semanas?

–Esto no va así –masculló el hombre–. Me citan en un sitio y allí cargamos el cadáver en un coche. No sé lo que hacen después con él. Dicen que algunos magos utilizan el corazón o el cerebro para hacer pociones o sortilegios. ¡Pero la mayoría son estudiantes de medicina que prefieren practicar con muertos antes que con vivos! Luego arrojan los

restos al Sena y conservan la grasa de los cuerpos para calentarse en invierno.

–Bien –dijo el anatomista sin alterarse–, ya tenéis la información que deseáis. Podemos despedirnos los unos de los otros.

Pero Volnay no había bajado el cañón del arma.

–Más despacio, señor, las respuestas me dejan insatisfecho. ¡Y sigue estando entre nosotros el cadáver de un guarda de cementerio!

–¿Qué guarda de cementerio? ¡Ah!, esa historia... –El anatomista se volvió de nuevo hacia el desenterrador de cadáveres–. ¿No es la que nos contaste hace un rato en la taberna?

El hombre asintió lúgubrementemente con la cabeza.

–¡Y preferiría no repetirla!

El anatomista suspiró.

–Me temo que no tenemos elección, y además, ¡no estás obligado a dar los nombres!

El desenterrador de cadáveres adoptó un aire obcecado, pero, ante la mirada resuelta del comisario de las muertes extrañas, obedeció.

–Nosotros, los desenterradores de cadáveres, nos reunimos a veces para tomar unas pintas. Anoche vacié unas jarras con un colega. No sé si estaba borracho, pero me contó una historia muy rara. –Hizo girar maquinalmente el pico en el aire–. La noche del domingo al lunes fue a trabajar con sus ayudantes a un gran cementerio. Desentierran un cadáver sin hacer ruido y cuando han acabado echan a andar, pero resulta que se topan con otro cadáver sin enterrar. Quieren volver sobre sus pasos, pero hay otras personas cerca y los han visto. Creyendo que se trata de la policía, mis colegas se ponen en guardia con sus picos y palas. Pero los otros están tan sorprendidos y asustados como ellos, en parte también por los fuegos multicolores que escapan del lugar donde han cavado. ¡Total, que todos escapan rápidamente, cada uno por su lado!

El comisario de las muertes extrañas se quedó pensativo. La historia parecía verosímil y, en todo caso, explicaba la interrupción de la misa negra y el abandono de los dos cadáveres en el cementerio. ¡Después de todo, esa explicación compensaba con creces el desplazamiento! Bajó el cañón del arma.

–Marchaos –dijo.

El anatomista lo saludó con el sombrero.

–Señor, gracias por vuestra contribución a la ciencia.

El monje y su hijo miraron alejarse a toda prisa a los hombres de negro sin más comentarios.

–Probablemente irán a otro sitio –dijo el monje, divertido.

–Probablemente –contestó secamente su hijo.

Con el perro tras ellos, salieron discretamente del cementerio. La niebla parecía adquirir una consistencia cada vez más densa y engullía las casas de la calle una tras otra.

–¿En qué dirección irías tú? –preguntó el policía.

–Hacia la derecha.

–Entonces iremos hacia la izquierda –dijo Volnay, que tenía una confianza muy limitada en el sentido de la orientación de su padre.

El monje masculló entre dientes algo ininteligible, pero siguió a su hijo. Notó entonces

como un soplo caliente en el muslo y se dio cuenta de que, para no perderlo, el perro iba prácticamente pisándole los talones.

–En nuestros días –dijo el monje para romper el silencio de la noche–, cada vez se interesa más gente por la anatomía. ¡Incluso a las mujeres les apasiona! La condesa de Coigny no viaja nunca sin un cadáver en su baúl.

–¿A la derecha?

–No, a la izquierda.

–¡A la derecha!

Anduvieron por sórdidas callejuelas, incapaces de orientarse en la espesa guata que los rodeaba. Diez minutos más tarde, el comisario de las muertes extrañas se detuvo.

–Noto el olor de los muelles –murmuró.

–¡Te dije que era hacia la izquierda!

Los dos hombres se miraron en silencio. Atrofiados sus sentidos por la oscuridad y la niebla, no sabían exactamente dónde estaban, y encontrar el camino no sería cosa fácil.

–Volvamos enseguida a casa –dijo el monje, temblando–. ¡Nos vamos a morir de frío!

Con un gesto, su hijo le hizo callar.

–¡Escucha!

Opaca y silenciosa un momento antes, de pronto la noche parecía despertar y bullir con una vida inquietante.

–Hay gente detrás de nosotros –susurró el comisario de las muertes extrañas–, y dudo que se trate de una patrulla haciendo la ronda. ¡Vayamos de prisa hacia los muelles del Sena y pongamos distancia entre ellos y nosotros!

Tropezando en el suelo sin pavimentar, llegaron al muelle y continuaron lo más lejos posible del río. De repente el ruido de una carrera los sobresaltó. El policía acercó la mano a la pistola, pero no tuvo tiempo de completar el movimiento. Una forma negra se estrelló contra él con un suspiro inarticulado y Volnay, profiriendo un reniego desacostumbrado en él, cayó pesadamente.

Con una vivacidad sorprendente, el monje se abalanzó sobre el agresor y lo inmovilizó en el suelo. Cuando se inclinaron sobre él, el policía y su padre descubrieron a un hombrecillo rollizo, de mofletes temblorosos, vestido como un correcto burgués. Parecía empapado de sudor, como después de una larga carrera, y despedía un fuerte olor a mono.

–¡No, no! ¡No me matéis! –gimoteó.

El monje y el comisario de las muertes extrañas se miraron.

–Soy comisario del Châtelet –dijo Volnay–. No tenéis nada que temer de nosotros. ¿Quién sois?

–Me llamo Lefranc. Soy maestro asador en la calle Postes.

–¿De quién huis?

El hombre les dirigió una mirada despavorida.

–¡Han empezado a perseguirme y me han obligado a ir hacia los muelles!

Por encima de la respiración jadeante del hombre, Volnay percibió otro ruido, una especie de pasos amortiguados y el golpeteo de unos palos contra el suelo con una regularidad de metrónomo.

–Son muchos –dijo el policía–, quizá un centenar...

Empezaban a distinguirse unas siluetas fantasmagóricas que avanzaban en fila apretada. Horribles y deformes narices de papel adornaban sus caras.

–Apalean hasta matarlos a cuantos encuentran a su paso –susurró Lefranc.

–No es posible –dijo el policía, aunque bajando la voz–. ¡Ese grupo lleva máscaras de Cuaresma y algunas mujeres forman parte de él!

–¿Existe aún hoy en día un mínimo sentido común? Esos excesos hacen gemir a todas las almas piadosas –se lamentó el burgués.

–Voy a hablar con ellos –decidió Volnay sacando la pistola–. Soy policía.

En ese instante, un grito atravesó la noche. Se oyeron unos golpes sordos y un largo lamento se elevó en el aire frío antes de extinguirse en un último suspiro.

–¡Policía o no, yo en tu lugar no me movería! –dijo el monje.

Su hijo asintió escuetamente con la cabeza.

–¡Tienes razón, no nos enfrentamos a un grupo de estudiantes que juegan a asustar a los burgueses, sino a unos asesinos! –Entrecerró los ojos, tratando de traspasar la oscuridad y la niebla–. Deben de salir las noches de mal tiempo, cuando hay pocas patrullas de arqueros haciendo la ronda. Y se ponen máscaras de Carnaval por si, de todas formas, se encuentran con alguna...

–¡Ya llegan! ¡Sálvese quien pueda! –gritó el hombre echando a correr.

–¡Esperad! ¡Permanezcamos juntos! –dijo el policía.

El otro ni siquiera aminoró la marcha. El ruido de la carrera del burgués se perdió en la noche; detrás de ellos, el grupo avanzaba.

–No nos quedemos aquí –dijo el monje–. ¡Imitemos a nuestro poco valeroso compañero! Como decía Demóstenes: «¡Quien huye puede seguir combatiendo!».

–Me pregunto si es realmente la mejor solución –replicó Volnay.

Se levantó, no obstante, y siguió a su padre.

–Conocen el lugar, van más deprisa que nosotros –señaló el monje–. ¡Demontre! ¡El perro no está aquí!

–¡Tranquilo, creo que es mucho más listo que nosotros! ¡Vamos!

Echaron a correr a ciegas. Solo oían el ruido inseguro de su carrera y su respiración jadeante. Tropezaban de vez en cuando con obstáculos inesperados, pero les parecía más lógico arriesgarse a partirse la crisma que quedar a merced de los palos de sus perseguidores. El monje maldijo porque acababa de perder su piel de lobo. Delante de ellos se oyó un grito horrible, seguido del ruido apagado pero claro de golpes amortiguados. Se detuvieron en seco. El monje se rascó la barba.

–Acabamos de perder a nuestro maestro asador. Vienen por delante.

–Es lo que me temía –murmuró Volnay en un tono lúgubre–. Como en las cacerías, obligan a las presas a ir hacia los otros cazadores. Deben de situarse a ambos lados de los muelles para atraparlas. Si no encuentran ninguna ahí, amplían la batida por las calles adyacentes.

–Y nadie sobrevive para contarlo –terminó el monje–. Subamos a las calles.

–Si hay cómplices emboscados ahí, nuestro fin es seguro.

Ruidos de voces sofocadas se oyeron delante de ellos. Por detrás, las siluetas

fantasmagóricas se acercaban.

–¡Esto no augura nada bueno! –constató el policía sin perder su sangre fría.

–¡El agua! ¡Saltemos al río! Es el único sitio donde no nos seguirán.

–¡No sobreviviremos! Bien pensado, prefiero intentar subir desde los muelles, pero hay mucha pendiente y con la nieve no será fácil.

–Intentemos encontrar un sitio donde haya anillas.

Volnay apoyó la espalda en la pared y juntó las manos para que el monje pusiera un pie.

–¿Encuentras un asidero?

–¡No! ¡No veo nada! Esto resbala demasiado. Deberíamos haber escogido el agua.

El ruido de pasos firmes se acercaba. Una capa de hielo parecía agarrotar los músculos del monje mientras sus pies buscaban una hendidura donde apoyarse.

–Es demasiado tarde, padre. ¡Encuentra algo o van a hacernos picadillo!

–No... ¡Una anilla! ¡Córrete un poco hacia la derecha sin soltarme! ¡Eso es!

–¡Date prisa!

Los asesinos se acercaban. Habían iniciado un movimiento circular al oír a los dos hombres. Sus palos azotaban ya el aire.

–¡Cógete de mi mano, rápido!

Volnay retrocedió unos pasos. Una breve ojeada le permitió distinguir a unos metros de él las siniestras siluetas de mirada ciega, parapetadas tras su horrible máscara de papel con una nariz desmesurada.

El policía corrió hacia delante y saltó; la mano de su padre se cerró en torno a la suya.

–¡Agárrate de la anilla, deprisa!

Mientras lo hacía, un golpe en la pierna le hizo gritar de dolor.

–Voy a ponerme de pie sobre la anilla –dijo el monje–. Si me caigo, estoy muerto. Así que, adiós tal vez...

Volnay maldijo y, con la mano libre, sacó la pistola.

–Voy a despejar un poco el ambiente por aquí abajo –dijo, jadeando–. ¡Cuidado, disparo!

La detonación atravesó el aire. Un grito de agonía traspasó la noche. Los palos dejaron de agitarse y los perseguidores retrocedieron. No estaban acostumbrados a encontrar una resistencia tan firme. Volnay soltó el arma y, agarrándose de la anilla con las dos manos, intentó trepar hasta ella. Por encima de él, el monje profirió un grito triunfal.

–Las piedras sobresalen, ofrecen puntos de apoyo. ¡Ya está! He llegado. Ahora tú. Voy a quitarme el hábito y te lo lanzo.

Volnay se puso en pie también sobre la anilla, desollándose las manos al agarrarse a los irregulares salientes de la piedra helada. Notó que el hábito le rozaba la cabeza y levantó las manos para asirlo. Debajo de él, el silbido de los palos se había reanudado.

–¿Aguantas bien? –preguntó.

–¡Qué va! ¡Soy viejo y débil!

Soltando reniegos, el monje empezó a izarlo mientras Volnay se esforzaba en descargar el peso de su cuerpo en los salientes de la piedra. Sin aliento, el comisario se desplomó por fin junto a su padre.

–Estoy muerto –dijo este último con un incontrolable castañeteo de dientes–. Muerto de frío.

Volnay lo ayudó a ponerse el hábito.

–¡Qué locura!

Detrás de ellos, oyeron a sus perseguidores tratando de subir.

–Larguémonos de aquí –dijo el monje–. ¡No me apetece ver su fea cara bajo las máscaras de papel!

Tras una loca carrera, se encontraron ante la puerta de la casa del monje. Sobre sus hombros, el hábito parecía haberse convertido en una armadura de hielo. Para su gran sorpresa, la puerta no estaba cerrada con llave. Los dos hombres entraron prudentemente y descubrieron a una Helena sonriente, sentada junto a un buen fuego.

–¿Qué hacéis aquí?

Ella se levantó.

–Os esperaba...

–¿Cómo habéis entrado?

–¡Os robé una llave!

–¿Cómo os habéis atrevido?

–¡Vos bien que me drogasteis para hacerme dormir!

–Ah, bueno, eso... –murmuró el monje, incómodo–. Era una simple decocción...

Una tos cavernosa escapó de la garganta del monje. Helena se volvió hacia él, preocupada.

–Dejemos ahora nuestras disputas, estáis empapados. Quitaos los dos la ropa y sentaos junto al fuego, voy a traeros unas mantas.

Tiritando, los dos hombres obedecieron.

–¿Qué es eso? –preguntó Helena.

Acababan de rascar la puerta.

–¡Increíble! –exclamó el monje–. Ha vuelto.

Volnay se apresuró a abrir y el perro se coló con toda naturalidad entre sus piernas para tumbarse con un suspiro de satisfacción ante el hogar, después de haberse sacudido.

–Un compañero de cuatro patas –dijo el monje–. Os lo explicaremos después.

–¿No será por casualidad el perro que Sophia quería proteger? –preguntó Helena–. Su propietario presentó una denuncia contra ella y me he enterado de todo el asunto...

–Sí –admitió Volnay–. Seguro que era él el que aullaba desesperado en la puerta del cementerio. Nos sigue desde que trajimos el cuerpo de su ama, pero al parecer tiene más debilidad por mí que por el monje.

–¡En absoluto! –replicó este último–. Lo que pasa es que...

–¡Callad y quitáoslo todo! –dijo con autoridad la joven–. Voy a buscar unas mantas.

El monje volvió la cabeza hacia su hijo.

–¿He oído bien? ¿Nos ha dicho que nos lo quitemos todo?

Un minuto más tarde, como si conociera la casa al milímetro, Helena volvió y se detuvo un momento ante los dos hombres, que llevaban solo las calzas y se frotaban mutuamente al calor de las llamas. Con mirada experta, apreció sus anchas espaldas, su torso musculoso y su vientre plano. Al percatarse, el monje sacó pecho. Helena,

sonriendo, les tendió una cálida manta de lana a cada uno. Incómodos, el monje y el policía se cubrieron con ella antes de quitarse la última prenda. Entonces Helena se puso a frotarlos como si fueran caballos, empezando por el de más edad. No tardó, sin embargo, en hacer una pausa.

–Oh, perdón –dijo alegremente el monje–, idespertáis la naturaleza que hay en mí!

Helena lo miró un instante.

–¡Qué honor! ¡Terminad, pues, de secaros solo! –dijo, y se volvió hacia el policía–. ¡Os toca a vos!

Para su sorpresa, Volnay se dejó hacer, y hasta parecía gustarle el paso vigoroso de las manos por su cuerpo. Instruida por la experiencia, Helena se limitó a frotarle la espalda y los hombros, aunque deteniéndose en él quizá más de lo necesario. Decidieron después que la joven ocuparía el dormitorio y los dos hombres dormirían, atiborrados de tisanas y envueltos en mantas, junto al fuego, que fue alimentado con esmero.

–¡Que ningún maleficio o pesadilla venga a turbar vuestro sueño! –dijo Helena, contemplándolos con expresión afable–. ¡Buenas noches, y dormid!

VI

La Voraz y otras cosas del diablo

Cuando Volnay abrió un ojo, fue para descubrir a Helena trajinando junto al fuego. El monje, despierto, la contemplaba extasiado.

–No me encuentro muy bien. ¡Tengo una fiebre de caballo! Joven, ¿tenéis la bondad de traerme la botella que veis allí? –Un acceso de tos le desgarró los pulmones. El monje suspiró y prosiguió–: El agua de París está putrefacta. Solo bebo agua de fuente después de haberla hervido con raíz de regaliz y dejado reposar. –Se interrumpió para estornudar–. Después paso el agua por un embudo taponado con un ramillete de tomillo seco. –Otra serie de estornudos lo sacudió de la cabeza a los pies–. Añado un poco de vinagre y de aguardiente –añadió en un susurro–. Le da mejor sabor.

Desconcertada, Helena se volvió hacia Volnay, que se había sentado.

–¿Delira?

–No lo creo, no. ¡Hace de verdad todo eso!

–Instalémoslo en el dormitorio –dijo la joven.

El mobiliario de este consistía en una cama baja con un colchón de plumas cubierto de mantas de lana blancas, una estufa de loza, un secreter de madera de nogal y una mesa de trabajo. En un estante se codeaban unos bronceos femeninos tumbados y unos infolios encuadrados en piel del Diccionario enciclopédico. Una ventana alta estaba oculta por pesadas cortinas de terciopelo rojo que daban calor a la habitación.

–Está muy enfermo –insistió Helena, después de haber ayudado al monje a acostarse–. Habrá que llamar a un médico.

El comisario de las muertes extrañas alzó los ojos al cielo.

–Nunca aceptará que se acerque uno a su cama.

–¡No está en condiciones de vapulearlo! ¡Daos prisa!

Rezongando, Volnay se apresuró a vestirse y, a media mañana, volvió con un médico del barrio que no tenía muy mala reputación. Este, seco como una estaca, vestido con una especie de túnica con grandes mangas y con una hermosa peluca empolvada en la cabeza, se apresuró a esbozar un cuadro de conjunto de la situación.

–Todo París está enfermo, es la acción conjunta de la niebla, la nieve y el aire insano. No hay muchas casas en el barrio donde no se sangre o se hagan poner lavativas.

–Purgad a estos, sangrad a aquellos –se burló el monje entre dos accesos de tos.

–Mi señor paciente, haría mejor en no malgastar sus fuerzas. ¿Retenéis los alimentos que ingerís?

–Pardiez, sí, si son buenos.

–Sus ad vomitum! –El médico apuntó con un dedo acusador al monje–. ¡Espero que no seáis de esas personas que se atiborran! Respeto para el enfermo inocente, pero

vergüenza para el enfermo que sacrifica su salud a sus vicios.

–La indigestión del rico venga la dieta forzada del pobre –señaló el monje–; pero, en este caso, simplemente he cogido frío.

–Bien, bien... A juzgar por el estado de mi señor paciente, que me parece de una edad avanzada...

El monje soltó una exclamación de protesta.

–Mi señor paciente –prosiguió el médico, dirigiéndose ahora a Volnay, al que parecía considerar el único digno de escucharlo– tiene visiblemente fiebre alta y los pulmones cargados, como demuestra de sobra su tos. Su sangre debe de estar espesa, incluso acrimoniosa. Una buena sangría lo liberará de sus humores acres. Pero, para completar mi diagnóstico, debo probar su orina...

–¡No os molestéis! –dijo el monje.

–Primero, tosed y escupid en este pañuelo, por favor. Hum... –Se volvió hacia Volnay con aire apenado–: Escupitajos de espuma sanguinolenta, hay motivos para sangrarlo abundantemente.

–Nada de sangrías, eso lo debilitaría.

El médico le lanzó al policía una mirada poco afable.

–¡Cuestionar la Facultad es negar la razón! Per scientiam ad salutem aegroti: la salvación del enfermo pasa por la ciencia. Para empezar, es preciso alinear la cama en paralelo a las vigas para acelerar la curación; después, ventilar este dormitorio todas las mañanas a fin de limpiarlo del producto de la respiración de la noche. Haced lo mismo por la noche para evacuar la del día. Se trata, en efecto, de dos principios contrarios que se oponen, exponiendo al ocupante del cuarto a esa lucha malsana de la que será la principal víctima. ¡Empecemos de inmediato!

Fue hasta la ventana y la abrió de par en par. Un viento helado entró en la habitación y arrancó una exclamación de estupor a Helena.

–¡El sueño! –exclamó el doctor con entusiasmo–. ¡El sueño! –Y levantó los brazos para balbucir–: «A las cinco en pie y comida a las nueve, a las cinco cena y cama a las nueve, alargan la vida hasta los noventa y nueve».

–Vuestro enfermo estará muerto de frío dentro de nada –dijo el comisario de las muertes extrañas, cerrando la ventana con un gesto brusco–. Señor, gracias por vuestros servicios, os acompaño.

El doctor abrió la boca para protestar, pero el comisario de las muertes extrañas lo asió del brazo con firmeza para conducirlo a la puerta. Antes de que esta se cerrara, los dos hombres oyeron claramente al monje gritar desde su habitación:

–¡Fuera el médico de agua dulce!

Volnay no esperó a la siguiente ocurrencia para empujar el batiente de la puerta, pero el monje gritaba lo bastante fuerte para que se le oyera desde fuera:

–¡Lisiado del cerebro! ¡Necio de tres pisos!

Helena, a solas con el enfermo, se inclinó hacia él y le acarició una mejilla.

–Parad de gritar de esa forma, vais a quedaros sin voz.

El monje estornudó y contestó:

–Me horroriza esa ralea. ¡En Francia, aparte de los soldados, los médicos son las únicas

personas habilitadas para matar! Algunos de ellos ni siquiera ven a sus pacientes; se limitan a responder en latín a las misivas en las que estos describen sus síntomas. ¡Ni le pasaría por las mientes a ese erizo de castaña que me ha visitado tomarme el pulso y la temperatura, o percutir sobre mis pulmones! –Se interrumpió para toser y prosiguió con voz ronca–: El único remedio que conoce es abrir las ventanas y sangrar a su paciente. Si hubiera sobrevivido, después me habría prescrito una purga, seguida de la ingestión de caldo y leche de burra todas las mañanas. Está muy de moda...

–No os sulfuréis –lo reconvino Helena, compasiva–. Os conviene descansar.

–Id a buscar mis hierbas a la cocina –dijo débilmente el monje–. Os explicaré lo que hay que hacer.

Apuntó con la barbilla a su hijo, que los observaba, callado, desde el umbral de la habitación.

–Llena esa estufa hasta arriba y ponme una manta más. Tengo que sudar. Cuando lo hayas hecho, rellena con tela las rendijas de la ventana para que no entren corrientes de aire.

La joven llevó en un paño un puñado de hierbas. El monje se incorporó para mirarlas.

–Coged esta, una pizca de esa y una hoja de esta otra. Añadid esta y dos hojas de aquella desmenuzadas. ¿Está todo aquí? Hervid agua en una cacerola grande, echad las hierbas y dejadlo reposar unos instantes. –Tosió y luego continuó con sus instrucciones–: Tamizad con una tela el líquido y traedme dos tazones bien llenos con miel. Echad el resto en una botella y dejádmela junto a la cama. Antes de iros, poned unos buenos leños en la chimenea. Es importante que toda la casa está bien caldeada.

–Voy a buscar a alguien que cuide de ti –decidió su hijo–. A dos pasos de aquí hay una lavandera que se ocupa de nuestra ropa. Actualmente tiene poco trabajo y se alegrará de pasar el día caliente y bien remunerada.

Una vez sola con el monje, Helena buscó una tela nueva y se puso a escribir encima ABRACADABRA. Repitió esa palabra abajo suprimiendo la última letra y así sucesivamente hasta que solo quedó la «A» inicial, formando un triángulo invertido, una especie de embudo por el que fluiría el mal reduciéndose.

–Tiene gracia –dijo el monje, interesándose en la obra–. ¿Sabéis que esa célebre fórmula mágica, abracadabra, procede de una contracción de las palabras hebreas abreq ad hâbra, que significan...

–Lanza tu rayo hasta la muerte.

–Oh... –El monje le dirigió una mirada respetuosa–. ¡Siempre se me olvida que sois casi tan sabia como yo! ¿Quién os ha enseñado eso?

–Mi madre.

Helena, sin decir nada más, le puso la tela alrededor del cuello e hizo un nudo.

–Os curaréis enseguida –añadió entonces–. ¡Es un triángulo mágico!

Volnay no tardó en regresar con una mujer de unos cuarenta años, de natural jovial y amplia sonrisa desdentada. Helena les dijo que el monje se había dormido.

–Muy bien –dijo su hijo, aliviado. Se volvió hacia la lavandera–. Ocupaos de él hasta que volvamos. Esto es por vuestro trabajo; tendréis otro tanto a nuestro regreso. Si se despierta, haced todo lo que os pida aunque os parezca sorprendente.

Era más de mediodía cuando el comisario de las muertes extrañas y la joven salieron del domicilio del monje, dejando a este al cuidado del perro y de la lavandera. La nieve, que había empezado a caer lentamente, les irritaba los ojos.

—A la prostituta que buscamos la llaman la Voraz —dijo Volnay—. ¡No me atrevo a imaginar lo que traduce ese término en su oficio!

Helena le lanzó una mirada divertida. El tono ligero del policía era nuevo para ella. ¿Era capaz de bromear como el monje? Consideraba a Volnay severo y rígido, pero ahora parecía relajarse con ella. Le contó en un tono jocoso algunas anécdotas pintorescas sobre el barrio que recorrían, llegando incluso a hacerla reír, y le ofreció galantemente el brazo en los tramos difíciles.

A medio camino, se levantó viento. Ateridos de frío, Helena y Volnay se acercaron instintivamente uno a otro buscando protección. Animada por esta nueva complicidad, la joven se apoyó en su brazo más de lo necesario. Anduvieron por calles estrechas y malolientes, bordeadas de inmuebles con fachadas infectas y pequeños comercios de los que salían voces escandalosas. Una población abigarrada y en continuo movimiento se apiñaba allí. Mozos de cuerda se mataban a trabajar transportando cargas casi tan pesadas como ellos. Traperos, ganapanes, buhoneros y pequeños deshollinadores con la cara irreconocible a causa del hollín de las chimeneas se empujaban en la calzada helada. En algunos puestos vendían el arlequín, un mosaico de comidas que nadie quería ya. En otros ofrecían guisos, y en otros, despojos. A pesar del aspecto poco apetecible, todo seguía siendo caro para los habitantes de los alrededores.

En una esquina, se cruzaron con un furgón en el que arqueros de la patrulla cargaban a un coloso de mirada embrutecida y a un viejo asustado. De los labios del coloso asalvajado escapaba como una melopea.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja Helena, que se había detenido.

Volnay la miró con calma. Ni siquiera la nieve podía hacer olvidar los destellos dorados de sus grandes ojos verdes.

—Meten revueltos, para llevarlos al hospital de Bicêtre, a locos, vagabundos, epilépticos y viejos —explicó.

—¿En ese moridero?

—¡Agradecédselo al rey y a su celoso servidor, el señor de Sartine!

Ella le dirigió una mirada triste, pero no contestó. Volnay había pensado que se enfadaría, pero, por el contrario, ella se le acercó más aún, como buscando a su lado un apoyo que no podía esperar encontrar en otro sitio.

Cuando llegaron al arrabal de Saint-Marcel, había parado de nevar y un sol anémico intentaba calentar un poco el mundo a sus pies. Allí, la pobreza se veía tanto en los rostros enjutos como a través del movimiento de los cuerpos, inmensamente doloridos, rotos por el cansancio. Se notaba tanto la falta de alimentos como la brevedad del sueño y las manos encallecidas por los trabajos más penosos. La gente no llevaba zapatos, sino zuecos, y prendas de vestir desparejadas, con botones y bolsillos arrancados. La rudeza de sus vidas no les impedía recurrir al vicio. Vieron a dos hombres jóvenes haciendo indecencias con una prostituta bajo un porche. Pese al frío, también seguía satisfaciéndose el placer en la calle, rápida y brutalmente. Helena lanzó una mirada a

Volnay, que desvió la suya.

En la taberna descrita por el comerciante griego a Volnay había tres grandes mesas. Una de ellas estaba sembrada de restos de comida y, cual ratas hambrientas, hombres, mujeres y niños vestidos con ropa remendada se encargaban de limpiarla comiendo ávidamente. Sus vientres hundidos, su tez blanca y sus ojos brillantes lo decían todo de su miseria. Solo Dios sabía dónde pasarían después la noche.

En otra mesa, unos obreros intentaban olvidar el cansancio a golpe de vinos servidos en vasos de gres, y el humo de su pipa añadía un toque de madera al olor rancio de la bebida.

En la última mesa, la atmósfera era más tensa. Jugaban a las cartas bebiendo e increpándose. Junto a los jugadores afortunados se agrupaban mujeres de ademanes provocativos. De cuando en cuando se alzaban voces y jarras o unos puños golpeaban pesadamente la mesa. Se intuía que bastaba un gesto o una palabra para que prendiera el fuego y hubiera una riña.

Volnay asió a la joven del brazo y la llevó a un rincón donde medio tonel hacía las veces de mesa.

—Vaya zorra imponente —dijo en voz bien alta un jugador, mirando descaradamente a Helena.

El comisario de las muertes extrañas le dirigió una mirada glacial y se sentó levantando la capa para dejar sobresalir la punta de la espada. Las risas cesaron y los hombres se pusieron a susurrar observándolos de soslayo. Su vestimenta delataba su condición, y solo los gentilhombres y los militares estaban autorizados a llevar espada. Se preguntaban qué se le había perdido a una pareja como aquella allí. El policía pidió y les sirvieron por ocho sueldos dos pintas de vino, y por veinte, un trozo de carne salada.

Mientras comía, Volnay observó por el rabillo del ojo a las personas de la mesa de juego. Había a todas luces entre ellas varias prostitutas que le dirigían miradas pícaras. Ninguna parecía tan mayor como para ser la Voraz, a la que el comerciante griego describía como una mujer de unos cuarenta años. El policía se fijó en una chica de maneras más cuidadas que las de sus compañeras. Su rostro, salpicado de pecas en la nariz y los pómulos, estaba enmarcado por una corta cabellera roja. Su vivacidad, sus ojos de color avellana, dos bonitos hoyuelos y una encantadora barbilla afilada hacían pensar en una ardilla. Con un gesto discreto, el comisario de las muertes extrañas la invitó a su mesa.

La prostituta hizo un imperceptible ademán de sorpresa y, tras un breve momento de vacilación, fue hacia ellos entre las rechiflas de los jugadores. Las palabras «puta» y «tunanta» se repetían ahora en las conversaciones sobre la pareja. La chica se detuvo ante ellos con las manos en la espalda, mordisqueándose los labios. Volnay la observó. De cerca, parecía muy joven, casi frágil, con su ropa de mala calidad: una casaquilla de color violeta, una falda de rayas rojas y unas medias de lana gris. Joyas de fantasía tintineaban en sus muñecas. Sus ojos dejaban asomar un brillo de inquietud que no llegaba a atenuar su sonrisa incitante.

—Sentaos —dijo amablemente Helena—. ¿Cómo os llamáis?

—Aquí me llaman la Ardilla —respondió ella, arrugando nerviosamente su falda

descolorida.

—Sentaos —dijo Volnay—. No os deseamos ningún mal. Busco a una de vuestras compañeras, una a la que llaman la Voraz. ¿La conocéis?

La chica adoptó una expresión astuta.

—¿Por qué la preferís a ella? ¡No está en su primera juventud!

—Pero tiene otras cualidades —replicó Volnay guiñando un ojo.

La Ardilla lo miró con desconfianza.

—¿Es para los dos?

No parecía encontrarle mucho sentido a que una pareja tan distinguida buscara a esa mujer. Volnay se percató de lo endeble de su argumento, sin que se le ocurriera otro mejor. Fue Helena quien acudió en su auxilio.

—Mi marido tiene la agujeta anudada y no está en condiciones de complacerme en la cama.

La agujeta, además de la cinta con herrete en los extremos utilizada para sujetar prendas de vestir, era uno de los nombres que se daba al sexo de los hombres. La Ardilla puso cara de preocupación.

—¡Oh! ¿Es que le han echado mal de ojo?

—Lo ignoro, pero me ha confesado que la Voraz es la última mujer con la que pudo llevar a buen término el asunto. —Le lanzó una mirada traviesa a Volnay—. ¡Mi marido parece muy serio, pero en realidad es un mujeriego!

El policía no se inmutó.

—Los dos confiamos —prosiguió Helena— en que la Voraz pueda desanudarle la agujeta.

La comprensión apareció en el semblante de la chica.

—Pero —dijo, todavía recelosa— para eso no os necesita a vos.

—Es que —confesó Helena bajando los ojos con aire de incomodidad— me gustaría ver cómo lo hace para hacerlo yo también...

La prostituta asintió con la cabeza. La explicación le parecía clara ahora. Frecuentaba el vicio desde hacía suficiente tiempo para que ya nada la sorprendiera.

—Puedo llevaros donde está ella, pero os costará unas monedas, porque durante ese tiempo perderé a algunos clientes.

—Seréis bien retribuida —intervino Volnay—, pero fuera, porque no quiero atraer la atención hacia mi bolsa en esta taberna.

—Sois un hombre sagaz —aprobó ella, mirándolo pensativa—. Si vuestra señora esposa lo permite, después de que hayáis estado con la Voraz, yo podría enseñarle cómo se reanima la llama de un hombre antes de despabilarla de nuevo. —Su mirada se detuvo en el agraciado rostro del comisario de las muertes extrañas—. Os sorprendería lo que puedo enseñarle —añadió, pasándose la lengua por los labios.

El policía se levantó y fue imitado por Helena.

—¡Estoy convencido! Recoged vuestra capa y vayamos a buscar a la Voraz.

El tiempo había empeorado, pero, a la luz de la luna, los copos de nieve parecían polvo de plata. Volnay miró a Helena y la encontró guapa. Al lado de ella, la prostituta se tambaleaba ligeramente, como si la bebida y el frío la dominaran de repente. El policía las cogió del brazo a las dos para ayudarlas a caminar sobre el suelo helado. Atónita por

tanta delicadeza, la Ardilla le dirigió una mirada de sorpresa.

El inmueble sucio y desvencijado donde entraron exhalaba un tufo a podredumbre fuerte y penetrante. La basura formaba un montón apestoso en la entrada. En la planta baja había un taller de carpintería hormigueante de vida.

–¡Pindonga! –masculló un aprendiz, empujándolos, con una podadera en la mano.

–No conozco a este hombre –murmuró la Ardilla con la cabeza gacha.

Detrás de una puerta oyeron la pelea de una pareja, seguida de unas bofetadas sonoras y gritos. Sin decir nada, empezaron a subir una escalera muy empinada cuyos peldaños crujían tanto, amenazando con hundirse, que los obligaba a agarrarse a las paredes. Helena se cogió con naturalidad de la mano de Volnay y, por un instante, el policía notó que su perfume lo invadía. En el segundo piso, en cuanto recobró el aliento, la Ardilla señaló una puerta bajo la que se filtraba una débil luz. Metida en su papel, Helena se acurrucó contra Volnay. El policía, prestando atención, distinguió ruidos sordos y unos jadeos significativos.

–Ah –dijo la joven prostituta–, está en plena faena. Habrá que esperar. ¡Con los hombres, nunca se alarga mucho!

Volnay se encogió ligeramente de hombros. Helena sonrió, se apartó de él y cruzó los brazos sobre el pecho, con los ojos clavados en el suelo. De pronto se oyeron unos gritos:

–¡Zorra! ¡Desecho de casquería!

–No la mima –comentó sobriamente la Ardilla.

Empezaron a oírse golpes sordos, seguidos de exclamaciones:

–¡Bribona! ¡Apestosa! ¡Toma!

Helena se estremeció violentamente, como si fuera a ella a quien acababan de pegar. Con un gesto instintivo, Volnay acercó la mano a la espada.

–Dejadlo –dijo la Ardilla en un tono neutro–. A los hombres les gusta pegar a las mujeres. Eso les ayuda a creerse más fuertes que nosotras.

La puerta no tardó en abrirse, mostrando una cara de rata de una edad indeterminada. Sorprendido de encontrar a tanta gente en el rellano, el hombre los miró abriendo mucho los ojos.

–¡Maldita tunanta! –dijo en un susurro, antes de precipitarse escaleras abajo golpeándose un hombro con la pared.

–¡Siguiente! –gritó una voz chillona–. ¡Y cerrad la puerta o pillaré algo malo!

El comisario de las muertes extrañas entró, seguido de las dos mujeres.

–¿Sois vos la Voraz?

Ella los miró un instante. Debía de haber sido guapa antes de que la tiranía del tiempo alterara y endureciera sus facciones. Sus párpados entornados dejaban asomar un brillo astuto, casi artero.

–¿A quién tengo que frotarle el culo? –preguntó por fin.

Volnay reprimió una sonrisa. A su lado, Helena adoptó un aire de indiferencia. El policía sacó la moneda prometida de la bolsa y se la tendió a la Ardilla.

–Gracias –dijo esta, haciendo un remedo de reverencia–. Si volvéis a necesitar mis servicios, ya sabéis dónde encontrarme cuando no estoy ocupada.

–Lo recordaré –contestó educadamente Volnay.

La empujó con suavidad hacia el exterior y cerró la puerta tras ella.

–A los dos –dijo, volviéndose hacia la Voraz.

–A los tres más bien –señaló la prostituta.

–No es lo que creéis. Soy comisario del Châtelet y vengo a interrogaros sobre vuestra participación en una misa negra que acabó con el asesinato de una niña en un cementerio.

Con tono firme, el policía había preferido empezar por la conclusión que por la pregunta. El golpe produjo su efecto. El semblante arrugado de la Voraz se quedó completamente blanco, como si acabaran de dejarla sin una gota de sangre. La mujer abrió la boca, la cerró cómicamente y dijo en un murmullo:

–¿Cómo? ¿Qué decís? ¡No, no! ¡Yo no he hecho nada de eso!

Volnay clavó duramente su mirada en la de ella.

–¡Vamos, lo sé todo! ¡Que comprasteis ese producto al comerciante griego del callejón de l'Or y que administrasteis la comunión en ese cementerio! Vuestros cómplices han hablado. Si no queréis ser acusada de asesinato, tenéis que decírmelo todo.

–¡No fui yo! ¡No, yo no! ¡Fue ese maldito cura!

–¿Cómo se llama?

–¡No lo sé! ¡Lo llaman el cura danzarín! ¡Es un diablo, no está un momento quieto!

–¿Y los demás? –preguntó Helena–. Había tres hombres y dos mujeres en ese cementerio, además de la víctima...

–¡No los había visto nunca!

El tono de su voz era desesperado.

–¡Basta! –dijo Volnay, agarrando del codo a la mujer–. Vais a acompañarme al Châtelet.

La arrastró hasta la puerta, pero, al llegar ahí, ella dejó de oponer resistencia y se abalanzó hacia delante, empujando al policía. Con la energía de la desesperación, se precipitó por el hueco de la escalera. Se oyó un grito, seguido del ruido sordo de un cuerpo al estrellarse contra el suelo. Volnay y Helena bajaron a toda prisa. La Voraz yacía en el rellano del primer piso, con el cuerpo descoyuntado como un pelele. El policía se arrodilló junto a la prostituta.

–Se ha partido la nuca –murmuró lúgubrementemente.

La joven se agachó a su lado. Detrás de ellos, las puertas se entreabrían y aparecían rostros huraños que contemplaban el espectáculo asustados. Volnay miró con curiosidad a Helena.

–El sacerdote recita la misa al revés, la prostituta da la eucaristía, y nosotros encontramos huellas de pies de otros dos hombres y una mujer que asistían a la misa. Dicho esto, ¿cómo lo sabíais vos, si nosotros no os lo hemos mencionado?

–Me lo dijo Sartine. Recordad que le hicisteis un informe...

Esta vez, Volnay no desvió la mirada, sino que la clavó en sus inmensos ojos verdes con reflejos moteados en dorado. En silencio, se plantaron cara, sin querer ninguno de ellos ceder el primero.

–Es cierto –dijo por fin el policía en un tono neutro. La cogió de la mano y la ayudó a levantarse–. Venid, hemos de avisar a la patrulla. Después nos iremos a casa. Está

anocheciendo y no me gusta dejar al monje enfermo y solo.

Bañados por la luz grisácea de un crepúsculo temprano, los dos jóvenes se alejaron del barrio populoso del arrabal de Saint-Marcel y volvieron a la morada del monje.

–Ha dormido unas horas –informó la lavandera cuando preguntaron por el enfermo–. Nada más despertarse, me pidió que le preparase otra tisana y le aplicase en las sienes un unguento para hacer que baje la fiebre. Después se volvió a dormir, pero he tenido que despertarlo cuando unos señores han venido por el cuerpo.

–¿El cuerpo?

Volnay se acordó de pronto de los embalsamadores que tenían que lavar a Sophia y meterla en el ataúd.

–Ah, sí, esos... No me acordaba de ellos.

–Luego se ha dormido otra vez –añadió la lavandera. Hizo una pausa mordiéndose los labios–. Debo deciros que, mientras dormía, me ha parecido oír una conversación, pero, cuando entré en el dormitorio, había cesado y vuestro padre se encontraba solo, como extasiado...

–La fiebre debía de hacerle delirar –sugirió Helena.

La buena mujer se volvió hacia ella.

–De todas formas, es raro, porque parecían dos voces, la suya y otra femenina. En la puerta le he oído llamarla Sophia. El perro se ha puesto como loco. He tenido que sacarlo al patio, pero incluso ahí ha seguido rascando la puerta...

El comisario de las muertes extrañas, con cara de preocupación, sacó unas monedas de su bolsa.

–Gracias por todo. Es posible que mañana todavía necesite sus servicios.

–Ya sabéis dónde encontrarme.

La mujer se guardó el dinero dando las gracias y se fue. Una tos desgarradora se elevó en el dormitorio. Helena acudió de inmediato y, cuando Volnay llegó, estaba sentada en la cama acariciándole una mano al monje.

–¡Ese es exactamente el tipo de cuidados que hace las delicias de mi padre! –dijo sin pensar.

–¿Vuestro padre?!

Helena lo contemplaba con ojos de sorpresa. Volnay puso cara de contrariedad. ¡Se le había escapado!

–No pensaba que Sartine fuera tan discreto –murmuró el monje.

–Lo es –repuso Volnay–. ¡La acémila soy yo!

Una sonrisa iluminó el rostro de Helena.

–¿Vuestro padre?! –repitió. Y se echó a reír–. ¡Eso explica muchas cosas!

–Sartine es el único que está al corriente de nuestro parentesco –dijo secamente Volnay–. Cuento con vos para seguir manteniéndolo en secreto.

–Pero ¿por qué? –preguntó Helena.

–Es preferible para los dos –intervino el monje–. ¡En mi juventud dije e hice muchas tonterías!

–¡Si solo hubiera sido en tu juventud! –dijo, suspirando, su hijo.

La risa clara de Helena llenó de nuevo la habitación, resonando alegremente entre las

paredes frías. La joven se levantó, echó su espléndida cabellera hacia atrás y los contempló con cara divertida.

–¡Jamás el refrán que reza «de tal palo tal astilla» ha demostrado ser más falso! ¡En cualquier caso, os habéis burlado bien de mí, pareja de embaucadores! Bueno, voy a traeros algo de comer –dijo, antes de salir.

El monje la acompañó con la mirada hasta la puerta. Volnay, irritado, meneó la cabeza, pero su padre sonrió.

–¡Esta muchacha es admirable! ¡Me gustaría tenerla por hija!

–Desde luego, tu hijo te tiene sin cuidado –masculló Volnay.

El monje lo miró estupefacto.

–Pero ¿por qué dices eso?

–¿Acaso te ocupaste alguna vez de mí cuando era pequeño?

El monje sofocó un acceso de tos seca.

–¡Eso es falso!

–Me decías que ibas a venir a jugar conmigo, y yo te creía como un idiota y esperaba horas a que levantases la cabeza de tus malditos libros.

–¡Pero iba! Y te enseñé a leer y escribir...

–¡Me enseñaste a leer para librarte de mí poniéndome en las manos uno de tus dichosos libros!

Su padre adoptó una expresión entristecida.

–¡Me das pena, hijo mío!

Se interrumpió porque Helena había vuelto con una hogaza en las manos.

–Hemos comprado esto en el camino de vuelta –explicó–. Es un buen pan blanco de harina de trigo. Tenéis que recuperar fuerzas.

–Me quedan nueces –dijo con voz débil el monje–. Me comería con gusto unas pocas con sal blanca.

–¡Ahora mismo os las traigo!

El monje le guiñó un ojo a su hijo.

–Estoy descubriendo los placeres de estar enfermo con una mujer joven y guapa ocupándose de mí...

–¡No abuses! Y ahora, cuéntame con detalle tu sueño...

–¿Mi sueño? Pero ¿ha sido realmente un sueño?

VII

El sueño del monje y otras cosas del diablo

Todo empezó con una especie de presencia invisible, pero insistente, que le hizo abrir los ojos. Se esforzó en mantener la calma para distinguir lo imaginario de lo real. Sentada en el borde de la cama, frágil y pálida, las manos posadas en actitud formal sobre las rodillas, Sophia lo contemplaba con aire grave. Observó que parecía un poco perdida, pero ello no ocultaba un ápice su belleza sutil. Sus cabellos rubios le ceñían la cabeza como un casco dorado, y sus ojos azules tenían la pureza de los glaciares. El monje pensó que si, a su edad, hubiera sido compañero suyo de juegos, se habría enamorado perdidamente de ella.

–Estáis muy enfermo, tenéis fiebre –dijo Sophia.

El monje no se movió, como si la chiquilla fuera un pájaro al que un solo movimiento, aun furtivo, podía hacerlo echar a volar.

–¿Dormís? –preguntó.

–No, no duermo. Simplemente cierro los ojos para descansar de la vida.

–Deberíais dormir –dijo ella con mucha seriedad–. No tenéis en absoluto buen aspecto...

–Estos tiempos son muy duros para permitirme dormir –contestó el monje.

Se oyó un gemido detrás de la puerta.

–¿Qué es eso?

–Vuestro perro. Nos ha adoptado, a mi hijo y a mí.

Sophia se puso a batir palmas, encantada.

–¡Cómo me alegro! ¿Puedo abrirle?

–Vale más que no, hay una dama en la otra habitación. ¡No debe veros!

El monje se incorporó hasta sentarse en la cama. Sophia llevaba un vestido de terciopelo azul claro que le sentaba muy bien pese a la palidez de su semblante. Una capa le cubría los hombros.

–¿No tenéis frío?

–He encontrado estas prendas en vuestro armario. Estaban bien dobladas. Espero que no os contraríe.

–Perteneían a mi esposa, nadie se las pone ahora.

–Oh, lo siento.

–Así es la vida.

–Me quedan un poco grandes, pero me dan calor, sobre todo la capa. He pasado tanto frío en vuestro sótano...

–Lo siento en el alma, creía que estabais muerta.

–Pero me pusisteis una gruesa manta encima –señaló ella–. Fue un detalle. Yo os oía, ¿sabéis? Parecíaís muy triste por verme muerta. ¿Quién sois?

El monje frunció los ojos para pensar.

–Digamos que soy una especie de filósofo adelantado a su tiempo y de sabio un poco loco. Ayudo a mi hijo, que es policía. Está encargado de investigar vuestra muerte.

–Ah, entonces, ¿estoy muerta de verdad? –dijo con un aire de desconcierto, como asustada–. ¿Qué va a pasarme?

El monje intentó tranquilizarla.

–Supongo que vais a acceder a la luz. Es la meta de todos.

Sin decir nada, Sophia se levantó y fue hasta la ventana.

–El cielo está muy gris –murmuró–. ¿Estaré todavía aquí mañana? ¿Pasaré el invierno y oleré de nuevo las lilas y las rosas?

–Siempre estaréis en mí –respondió gravemente el monje–. Macte animo! Generose puer, sic itur ad astra. –Y lo tradujo para estar seguro de que ella lo entendía–: ¡Ánimo, noble criatura! Así es como nos elevamos hacia las estrellas.

Sophia se volvió hacia él, y su sonrisa, teñida de melancolía, flotaba en el aire.

–No he tenido tiempo de aprender –murmuró–, y tenía tantas cosas que dar.. –Pensativa, se mordisqueó los labios antes de volver hacia él despacio, con las manos a la espalda–. ¿Tenéis más hijos aparte de este?

El monje se emocionó.

–No, pero es el orgullo de mi vejez; aunque él no lo sabe.

–¡Lo importante es que sepa que lo queréis!

En ese instante, el sol pareció tocarla con uno de sus anémicos rayos. El monje vio en ella una palidez que le recordó la noche del cementerio.

–¿Quién os ha matado? –preguntó.

–Tantas personas... –susurró Sophia, como ausente–. Si supierais...

En ese momento se oyó un ruido de pasos y luego una voz preocupada:

–Señor, ¿estáis bien?

Sophia le puso un dedo sobre los labios para indicarle que callara.

–Tengo que desaparecer. ¡Volved a dormiros! ¡No, de hecho, vos ya dormís y yo estoy muerta!

VIII

El cura danzarín y otras cosas del diablo

El monje terminó su relato, sentado como un rey en su sillón junto al hogar. Llevaba una magnífica bata de indiana, de colores vivos y motivos orientales, que le daba el aspecto de monarca de un país exótico. Helena y su hijo lo escuchaban a sus pies, como fieles súbditos.

–¿Y eso es todo? –preguntó Volnay.

–¡Demonios, sí! –dijo el monje–. Volví a dormirme, pero su presencia era de lo más real, te lo aseguro. ¡Mira, hasta el perro tiene todavía el pelo erizado!

El policía miró al inteligente animal. Este jadeó brevemente, con la lengua colgando, antes de emitir un ladrido.

–¿Qué quieres decirme? –preguntó, muy serio, el comisario de las muertes extrañas.

El perro movió las orejas en su dirección.

–Veo que mi cotorra es más explícita que tú...

Volnay contempló de nuevo al perro. Su pelaje era blanco, pero con algunos mechones rojizos.

–¿Este animal no era de otro color cuando me he ido?

–La buena mujer que ha cuidado de mí ha considerado que estaba demasiado sucio y lo ha lavado. ¡Y él se ha puesto como loco!

Volnay masculló algo y se acercó al fuego, complaciéndose en calentarse los dedos entumecidos sobre las llamas.

–Todo esto es muy misterioso, pero no estoy seguro de ser el más indicado para interpretar tus sueños.

–Los sueños le llegan al hombre por vías muy extrañas –observó Helena–, y no creo que tengan nada que ver con la disposición de las estrellas. Me parece que es más bien una vía exterior, aunque no ajena a nosotros mismos, la que nos habla sin que queramos oírla.

–Me parece muy interesante vuestra visión de los sueños –dijo el monje–. Hace poco soñé con abejas. ¿Sabéis lo que significa? ¡Ganancias para los pobres y nada para los ricos! ¡Pero, cuidado, si en el sueño la abeja os pica, eso indica un próximo fracaso! –Sofocó una tos seca–. En fin, volviendo a nuestro asunto, no estoy seguro de que la aparición de esa niña pueda ser calificada de sueño. Tengo más bien la impresión de que Sophia me hablaba desde el más allá.

Volnay y Helena cruzaron una mirada de complicidad.

–Esa pequeña se me ha aparecido –prosiguió el monje, sin percatarse aparentemente de su inquietud–. No sé por qué, pero me ha hablado, ¡estoy seguro!

–Debe de ser porque la entierran mañana –sugirió Helena–. Todo esto os altera.

El comisario de las muertes extrañas suspiró y trató de cambiar de tema.

–Está bien interesarse por la víctima de un asesinato, pero es más importante centrar la atención en los asesinos. Estás tan fascinado por la pequeña Sophia que ni siquiera nos has preguntado por nuestras pesquisas.

Volnay le contó entonces el episodio de la Voraz y el monje, con los ojos brillantes, profirió varias exclamaciones.

–Bien, la justicia ha impuesto su castigo –concluyó–. ¡La prostituta ha pagado por su participación en esa siniestra misa negra! ¡Ahora le toca a ese cura danzarín!

La expresión de Volnay se ensombreció. No acababa de habituarse al insólito comportamiento de su padre, por lo común tan comedido, lógico y reflexivo cuando tenían entre manos una investigación.

–Ya nos ocuparemos de él, anochece pronto y estoy cansado. Además, para eso quizá necesite algunos agentes. Y mañana por la mañana es el entierro de Sophia. Al final, su padre lo ha dejado de nuestra cuenta. ¡No se ocupa más de ella en la muerte que en la vida! Vendrán a retirar el ataúd del sótano mañana alrededor de las diez. –Dirigió la mirada hacia Helena–. Voy a quedarme a velar a mi padre. Si queréis, podéis pasar la noche en mi casa, que está a dos pasos de aquí.

De pronto se dio cuenta de que no sabía dónde residía la joven, ya que hasta el momento se había quedado a dormir en casa de su padre.

–Prefiero quedarme aquí, con un sillón tengo bastante. Id vos a descansar, yo lo velaré.

–No hace falta, no está con un pie en la tumba.

–Está enfermo y todavía débil, tiene que quedarse alguien con él.

–Claro, por eso voy a quedarme yo.

Se desafiaron con la mirada.

–Es mi padre –dijo despacio Volnay, en un tono que tenía un matiz peligroso–. Permaneceré a su lado.

El monje intervino para decir con delicadeza:

–No, hijo mío, vete a casa. Necesitas descansar porque llevas mucho sueño atrasado. Helena se quedará conmigo. ¡Además, la cotorra necesita tu presencia!

El joven se puso tenso.

–Padre, no pienso...

–Al contrario, piensas demasiado. Vete enseguida a descansar y dale las buenas noches a la cotorra de mi parte.

Habitualmente impasible, el rostro de Volnay pareció expresar toda una serie de emociones enfrentadas; luego, como aturdido por un golpe asestado con demasiada violencia, se dirigió hacia la puerta titubeando ligeramente. Antes de salir, se volvió como si acabara de recordar algo.

–¡Tú, ven aquí! –le ordenó al perro.

Este lo miró y luego se volvió para mirar al monje. Parecía perplejo. Al final, decidió tumbarse a los pies del propietario de la casa. Volnay se fue, cerrando bruscamente la puerta tras de sí.

–¿Por qué habéis echado a vuestro hijo? –preguntó Helena.

El monje adoptó un aire contrito.

–Cuando estoy enfermo, prefiero la compañía femenina.

–Ya habéis tenido a Sophia –le señaló ella con ingenuidad.

–¡Sí, pero vos sois real!

Volnay había salido furioso de casa de su padre. Entró en la suya, encendió el fuego y retiró la cálida tela que cubría la jaula de la cotorra, con la que entabló su conversación habitual.

–¡Ese viejo egoísta solo tiene ojos para la tal Helena! ¡Ah, se me llevan los demonios! ¡Esa mujer está echándole el guante y él no se da cuenta de nada, demasiado feliz de pavonearse ante ella, que lo escucha desplegar su ciencia!

Esta vez, la cotorra guardó silencio.

«Debería haber intentado besarla», pensó Volnay, pero no le dijo nada a la cotorra.

Estuvo un rato dando vueltas por la casa antes de decidirse a salir. Sus pasos enfurecidos lo llevaron a la taberna donde había conocido a la Ardilla. Si la Voraz conocía al cura danzarín, quizá la joven prostituta también lo conociera. La entrada del comisario de las muertes extrañas despertó de nuevo la curiosidad y desató los comentarios. La Ardilla estaba allí, rodeando con sus brazos los hombros de un jugador afortunado. El comisario de las muertes extrañas pidió de beber y se esforzó en tomarse el vino peleón sin hacer muecas. Tras unos instantes de vacilación, la joven prostituta se acercó a su mesa y se quedó plantada delante de él, con las manos tras la espalda, balanceándose.

–Corren muchos rumores por el barrio –susurró–. Dicen que un policía brutal visitó a la Voraz y que ella está muerta.

–Cayó de cabeza por el hueco de la escalera intentando huir y se partió la nuca al golpearse con los peldaños.

La Ardilla tragó saliva con dificultad.

–¡Da igual! No quiero tener ninguna relación con vos. Me interesa conservar mi reputación en el barrio.

Volnay asintió con la cabeza. Sabía que en un barrio todo el mundo se conoce y que, si alguien perdía su reputación, toda la comunidad podía alzarse contra él y hacerle la vida imposible.

–Si se supiera que he sido yo quien os ha llevado a su casa... –continuó la Ardilla, estremeciéndose.

–¿Qué diríais de un luis de oro? –preguntó Volnay, que siempre sabía encontrar los buenos argumentos.

Un destello de codicia veló la mirada de la Ardilla.

–¡Dos! –dijo precipitadamente–. Despedidme de malos modos como si os molestara, salid y venid a mi habitación dentro de una hora. La segunda calle a la derecha, subiendo hacia la sombrerería. Contad tres puertas y subid al último piso. He dibujado un pájaro en mi puerta para que los clientes la encuentren más fácilmente.

–¿Un pájaro? ¿Sabéis que yo tengo una cotorra? Sabe hablar...

–¡Qué me decís! El mío, como veréis, es de lo más normal. Ahora, apartadme, llamadme bribona y decidme que me largue.

El policía se encogió de hombros, le dio un empujón y la apartó bruscamente, insultándola, lo que provocó chanzas y amenazas en la mesa de los jugadores. Volnay se puso a continuación la capa sobre los hombros y se levantó, lanzando hacia la mesa una mirada glacial con la mano en la empuñadura de la espada. Esa advertencia muda evitaría que lo siguieran por la calle.

Fuera, la noche parecía soportar todo el peso de la nieve. El viento jugaba a proyectar hacia el cielo surtidores de espuma blanca. Volnay pestañeó y, a través de las ráfagas, se esforzó en encontrar la dirección indicada. Pasó de largo y al llegar a la esquina se escondió para asegurarse de que nadie lo seguía. Luego volvió prudentemente sobre sus pasos, con todos los sentidos alerta. Entró en el inmueble de la Ardilla y subió sigilosamente la escalera hasta la puerta de la joven, en la que reconoció el tosco dibujo anunciado del pájaro.

Se arrebujó en la capa y se sentó en el último peldaño de la escalera, con los brazos apretados alrededor del cuerpo para calentarse, intentando hacer caso omiso a los efluvios nauseabundos que impregnaban el lugar. Al cabo de una hora escasa que le pareció interminable, un paso ligero le hizo aguzar el oído. Se asomó con precaución por encima de la barandilla y distinguió en la penumbra una sombra menuda. No tardó en precisarse la silueta de la Ardilla. Subía despacio, haciendo una pausa en cada rellano para no quedarse sin aliento. Nadie la seguía. Cuando estuvo frente a él, con los ojos brillantes, Volnay encendió una cerilla.

—Por fin llegáis...

La nieve había dejado huellas blancas en su pelo. Volnay se contuvo para no sacudirlo. La Ardilla rebuscó en su bolsillo, sacó una gran llave y la introdujo en la cerradura.

—Voy a encender una luz —dijo, pasando delante de él.

Muy pronto, el pobre resplandor de una vela se reflejó contra la pared, mostrando un cuchitril tan estrecho que Volnay tuvo la sensación de que abriendo los brazos tocaría la pared a ambos lados. La única ventana estaba tapada con papel engrasado y en la habitación hacía un frío atroz. Además de un camastro cubierto con dos mantas de lana, solo un baúl para los enseres, una mesa pequeña y una silla amueblaban la vivienda. El comisario de las muertes extrañas entró. Sonriendo, la joven cerró con llave.

—¿Hace falta? —preguntó Volnay, sorprendido—. No pienso quedarme.

—Monseñor estará más tranquilo si nadie puede entrar —señaló con finura.

El policía asintió con la cabeza para expresar su aprobación, pero mantuvo las distancias cuando la joven se sentó en el catre. Estaba tan delgada que parecía tener los costados cosidos. Su falda levantada dejaba entrever un par de botines negros y unas medias de lana gris remendadas. Alargó la mano.

—Mis dos luises, por favor.

Volnay le puso uno en la palma y acercó la silla.

—Tendréis el otro si me informáis bien.

—No era eso lo acordado —se quejó ella.

—Ahora sí. Busco a un cura que seguramente ha colgado los hábitos. Lo llaman el cura danzarín. ¿Habéis oído hablar de él?

La Ardilla rio.

–Era un buen amigo de la Voraz, pero es tan cura como vos y yo. Era pertiguero, pero lo echaron porque bebía demasiado, isobre todo vino de misa! Es una mala persona. Merodea por el barrio y dicen que trabaja con los ladrones de cadáveres.

–¿Tiene amigos?

La Ardilla se encogió de hombros.

–Nadie lo soporta. ¡Te mira mal y te echa mal de ojo! Aquí, eso se teme. ¿Sabéis que el demonio pasó por la taberna de la que venimos hace diez años?

–¿De verdad? –dijo Volnay, escéptico pero divertido.

–Sí, cuentan que, una noche de tormenta, un hombre vestido de negro entró en la taberna e invitó a beber a todos los clientes hasta muy entrada la noche. Llevaba la bolsa bien llena. El tabernero se fue a dormir después de haberla metido debajo de la almohada. ¡Por la mañana, cuando la abrió, solo contenía carbón y estiércol!

–¡Y de eso dedujo que era el diablo quien le había pagado!

Volnay pensó que habían estafado muy hábilmente al tabernero, pero no dijo nada.

–Volvamos a nuestro cura danzarín. ¿Sabéis dónde vive?

Ella negó con la cabeza.

–No tengo ni idea.

–En ese caso, os quedaréis sin el segundo luis.

–¡Un momento! –Frunció cómicamente el entrecejo y torció su bonita boca en un mohín de decepción–. ¡Qué duro sois conmigo! ¿No os habéis preguntado nunca por qué le llaman el cura danzarín?

Volnay, humillado, tuvo que reconocer que no.

–¡Pues porque danza! –dijo en tono triunfal la Ardilla–. Conozco una taberna donde tocan música para bailar. Siempre que he ido, lo he visto. Puedo llevaros. Llegaremos una hora antes de medianoche. Ahora, imi moneda! –añadió, alargando la mano.

–Os la daré cuando veamos a nuestro hombre. ¡Podrías muy bien haberos inventado esa historia!

Ella fingió enfurruñarse.

–¡Policía malvado!

Pero Volnay no estaba de humor para bromas.

–Vamos –la apremió, levantándose.

La Ardilla no se movió. Su mano arrugaba y estiraba nerviosamente los pliegues de su falda. Por un instante, la media que cubría su tobillo brilló débilmente a la claridad de la vela.

–¡De acuerdo! –dijo precipitadamente, poniéndose en pie de un salto y tropezando para caer en brazos de Volnay.

El joven la sujetó instintivamente, rodeándole la cintura con los brazos. Ella aprovechó para pegar sus labios a los de él. Volnay la apartó con suavidad, inmediatamente después de recibir el beso. Su corazón estaba en otra parte suspirando por Chiara, que se había marchado después de habérselo roto.

–No soy bastante buena para vos, ¿es eso? –dijo la Ardilla.

–Eso no tiene nada que ver –la tranquilizó él. Y era verdad, pues a Volnay no le enorgullecía especialmente hacer honor a su rango y solo lo guiaban las ideas de

igualdad y fraternidad—. Poneos el abrigo –dijo—. Nos vamos.

La joven dio un paso atrás y, levantando la mano, rozó con la yema de los dedos la fina cicatriz que iba desde el rabillo de su ojo derecho hasta la sien.

–Alguien se ha portado muy mal con vos. Espero que quien os hizo esto sufra el fuego de la justicia divina...

El comisario de las muertes extrañas la miró de pronto con atención.

–Habláis bien para ser una chica de la calle –observó—. Debéis de haber recibido educación. ¿Cuál es vuestro origen?

Encantada de que por fin el policía se interesara por ella, la joven prostituta se mostró locuaz.

–Mi abuelo era fabricante de medias, y mi padre, sastre. Se casó con mi madre, que tenía un puesto en el mercado de Saint-Martin. Mis padres eran muy severos conmigo y un poco menos con mis dos hermanos. Nos hicieron aprender a leer y escribir, a contar y algunas cosillas más que resultan útiles. –Miró alrededor, titubeó un poco y volvió a sentarse en el camastro—. Para mi desgracia, cuando tenía catorce años conocí a un muchacho apuesto, aparentemente honrado y sincero. Era oficial perfumista y me hizo la corte con suficiente sentimiento y convicción para llegarme al corazón. Logró vencer todas mis reticencias hasta poseerme y quitarme la virginidad. Después empezó a presumir de ello en el barrio y la noticia no tardó en llegar a oídos de mis padres.

El policía meneó la cabeza. En un barrio todo se sabía y los rumores corrían a veces tan deprisa como un caballo al galope, mancillando y destruyendo las reputaciones.

–Me echaron a la calle sin escucharme. Mi enamorado me acogió en su buhardilla, pero se cansó de mí y tomó la costumbre de compartirme con uno de sus amigos. Yo no me atrevía a negarme por miedo a que me echara y a acabar, sola y sin trabajo, en la cárcel. Una noche, ese muchacho vino con dos amigos y trajo un pastel de carne y un tonelete de vino. Comimos, bebimos y luego abusaron de mí. Me pegaron tan fuerte que los vecinos vinieron a quejarse y amenazaron con llamar al oficial de la patrulla. Entonces me echaron a la calle y acabé la noche en el pórtico de una iglesia. En ese momento me juré que no volverían a poseer mi cuerpo sin pagarme el precio que vale –la joven agachó la cabeza–, aunque no sea mucho...

Un escalofrío la recorrió. La Ardilla frotó las manos una contra otra para entrar en calor. Volnay se quitó la capa para ponérsela sobre los hombros y se sentó a su lado.

–Vos valéis más que todo el oro del mundo –dijo amablemente.

Ella abrió la boca y olvidó cerrarla, sorprendida por tanta atención desinteresada hacia ella. El comisario de las muertes extrañas, por su parte, sabía que, en la ciudad, una joven sin familia ni protección corría fácilmente el peligro de caer en la prostitución. Las más afortunadas conseguían ser contratadas en la industria, donde las obreras estaban bien pagadas, aunque ocupaban los empleos de inferior categoría; pero eso requería tener ciertos conocimientos. Las demás, si no vendían su cuerpo, tenían que dedicarse a los pequeños oficios callejeros, como vender ropa usada en los mercados, alfileres, carbón o madera en las calles. Algunas se dedicaban en ocasiones a coser y zurcir, cuando encontraban un compañero que conocía a suficientes personas para conseguir trabajo.

–Vamos, contadme la continuación –la animó Volnay.

–Al amanecer –prosiguió la Ardilla, animada, estrechándose contra él–, fui a mendigar un mendrugo de pan a una panadería. El panadero me propuso darme todos los días una hogaza de pan a cambio de mis favores. Por la noche, salía un rato del horno para pasearme por las calles y poseerme deprisa y corriendo bajo un porche o en un patio cuando tenía ocasión. Hice lo mismo con varios comerciantes del barrio mientras reunía lo suficiente para alquilar un cuartito. –Recorrió con la mirada la triste habitación–. Aquí es todo pequeño. No tengo casi nada y mi alojamiento huele mal, pero tengo un techo para dormir todas las noches y puedo comer dos veces al día. ¡Es mucho mejor que nada! –Abrió la mano y contempló con arrobó el luis de oro, que centelleaba débilmente–. Es la primera vez que tengo unos ahorros. Voy a comprarme ropa de más abrigo y una buena manta, y a pagar unos meses de alquiler por adelantado. ¡Quizá hasta pueda poner una ventana de verdad!

Conmovero a su pesar, Volnay le preguntó:

–¿Qué edad tenéis?

–Dieciséis años. ¿Y vos?

Sus ojos de color avellana lo miraban con curiosidad.

–¡Casi diez más!

–¿Sí? ¡Parecéis mayor!

Una sonrisa apenas esbozada iluminó el semblante pálido del comisario. Ella, azorada, se sonrojó.

–No es eso lo que quería decir. No parecéis mayor, es solo que sois un poco... serio.

La joven se calló, estupefacta. Volnay reía a carcajadas, sorprendido y encantado de tanta frescura. Le dio la sensación de que parecía mucho más joven cuando se dejaba llevar y empezó a confiar en llegarle al corazón, pues le gustaba mucho.

El comisario de las muertes extrañas bajó la cabeza y pareció concentrarse en la contemplación de los botines de la Ardilla. La distancia que mantenía con los demás no lo privaba de emociones y sentimientos. Aunque conmovido por la historia de la muchacha, no quería dejarlo traslucir.

–Venid, Ardillita –dijo con mucha dulzura–. Tenemos que irnos. ¡Tapaos bien! No quiero que cojáis frío.

Salieron bajo la bóveda estrellada, siluetas solitarias en la noche glacial, y caminaron con prudencia uno al lado de otro a través de las calles nevadas. La calle Bordelles seguía al otro lado de la muralla de Felipe Augusto y de las aguas pútridas del Bièvre por la calle Mouffetard, atravesando el burgo de Saint-Médard. A Volnay, el olor de las curtidurías, los desolladeros y las casquerías que la bordeaban le revolvió el estómago, pero a su compañera no pareció incomodarla.

La multitud se amontonaba en una especie de granero-taberna, al fondo del cual se alzaba un estrado donde unos violinistas le daban al arco desenfrenadamente, arrancando a su instrumento un sonido triunfal. Bajo los farolillos bailaba, saltaba y gritaba una multitud abigarrada. Los bailarines iban mal vestidos, con prendas en su mayoría remendadas. Sus zapatos o zuecos golpeaban el suelo de tierra batida, levantando unanube de polvo, a un ritmo sordo que reproducía el de un corazón latiendo

aceleradamente.

–Te entran ganas nada más entrar, ¿verdad? –dijo la Ardilla.

–¿De qué?

–¡De bailar y estrecharse uno contra otro!

Acompañó esta declaración de una mirada ardiente, pero Volnay se encogió de hombros. Hacía falta algo más que eso para inflamar el corazón del comisario de las muertes extrañas.

–Demos juntos una vuelta por la sala para intentar localizar a nuestro hombre.

–¿Sin bailar?

–Sí, sin bailar.

–Entonces, cogedme de la mano como si fuéramos juntos y sonreíd. ¡Tenéis demasiado aspecto de policía!

El le cogió la mano, muy pequeña comparada con la suya. Estaban tocando una gavota de dos tiempos, bastante ágil, y los bailarines formaban una hilera para seguir el movimiento vivo y alegre. De esa forma era más fácil distinguir a los hombres presentes y la Ardilla meneó la cabeza.

–No está aquí.

–¿Estáis segura? Mirad otra vez, por favor. No tengáis prisa.

–Os digo que no está.

–¿Y entre aquellos?

Señaló con la barbilla a unos hombres que no bailaban. Con los ojos oscurecidos por el deseo, miraban con crudeza a las chicas más bonitas que se contoneaban.

–No –confirmó ella–. Ya os lo he dicho, ¡el cura danzarín baila! Quizá podríamos esperarlo comiendo algo.

Señalaba, en un rincón de la sala, una mesa que acababa de quedarse libre. Volnay miró un instante sus costados sin carnes y asintió. Por diez sueldos cada uno, les dieron una sopa, carne hervida, un trozo pequeño de queso y medio vaso de un vino agrio que te encogía las encías. La Ardilla comió con apetito y alegría. Parecía satisfecha de la velada y lanzaba de vez en cuando una mirada lánguida hacia el comisario, muy buen mozo después de todo. Y cada vez que una mujer con los ojos pintados rozaba a su compañero, fruncía el entrecejo a modo de advertencia, indicando claramente que era de su propiedad.

Volnay se relajó y contó una anécdota que corría por la ciudad. Un médico muy conocido se pavoneaba en la Ópera antes de una representación, acompañado de dos bailarinas. En broma, una de ellas le quitó la peluca y la otra exclamó: «¡Oh! ¿Qué has hecho? ¡Acabas de quitarle su reputación!».

La Ardilla no podía parar de reír y Volnay, encantado, la acompañó hasta que la mano de la joven cubrió la suya. El policía se estremeció y la retiró antes de echar un vistazo a su alrededor.

–¿No ha venido?

Desilusionada, la Ardilla negó con la cabeza.

–¿Seguimos esperando?

–Se hace tarde.

—¿No queréis bailar ahora tampoco?

—No.

—¡Estoy segura de que nunca lo habéis intentado!

Sin responder, él se levantó y le tendió la mano para indicar que se marchaban. De pie, cara a cara, se miraron en silencio. A la Ardilla le resultaba difícil sumergirse en la mirada sin fondo del comisario. Este se volvió y le abrió paso con decisión entre la muchedumbre.

Al salir se encontraron con un grupo de gente enmascarada que parecía bebida. Soltaron algunas rechiflas dirigidas a la chica. Con una mano, Volnay cogió del brazo a la Ardilla, y con la otra acarició la empuñadura de su espada, gesto que no pasó inadvertido y enfrió el ardor de los burlones.

—Las calles no son seguras. Os acompañaré a casa.

Ella lo miró, ensimismada, antes de contestar en un tono neutro:

—Si lo deseáis...

Caminaron uno contra otro para protegerse del frío y del cierzo que silbaba. Al llegar al inmueble de la Ardilla, Volnay se detuvo.

—¿No subís? —preguntó la joven.

—No.

Ella se mordió los labios.

—¿No os gusto?

—No es eso.

—¿Es porque soy una prostituta, entonces?

—¡En la corte de Versalles se prostituyen mucho más que en las calles de París!

Se quitó el guante y acarició con la yema de los dedos la mejilla enrojecida por el frío de la joven, que se estremeció.

—Valéis mucho más de lo que creéis.

—Entonces, ¿por qué no subís un rato conmigo? Cuidaré de vos —dijo en un tono lleno de esperanza.

—¡El frotamiento de dos epidermis una contra otra no lo resuelve todo! ¿Qué queda después de eso?

—Hay algo más que los cuerpos —dijo ella—. Está el amor...

Volnay, desengañado, dio un paso atrás.

—El amor es un juego pensado para engañar, ¿por qué vamos a jugar a él?

Le cogió la mano y depositó en ella el segundo luis de oro. Luego, movido por un extraño impulso, retrocedió para besar esa mano rozando la punta de los dedos con sus labios, como habría hecho de haber sido una marquesa.

—Pero si no hemos encontrado al cura danzarín —dijo, sorprendida, y se sonrojó.

—Vos no habéis tenido la culpa.

—¿Volveré a veros? —preguntó la chica con una voz súbitamente endeble.

—Sí. Volveré a vuestra casa mañana por la noche, a las nueve. Probaremos suerte de nuevo. Hasta entonces, informaos, pero discretamente. No llaméis la atención. Si encontramos a nuestro cura danzarín, os ganaréis otros dos luises de oro.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¡Seré rica!

Se puso de puntillas y, antes de que él pudiera reaccionar, depositó en sus labios un beso helado.

–¡Hasta mañana, entonces!

Volnay la contempló alejarse y, después incluso de que la puerta del inmueble se hubiera cerrado tras ella, permaneció un rato inmóvil, pensativo bajo la nieve que caía y lo cubría todo.

IX

Sartine y otras cosas del diablo

Al amanecer, Volnay se puso en camino hacia el Châtelet. Debía informar sobre los asesinatos de los muelles y aprovecharía para visitar a Sartine. El lugarteniente general de policía era un personaje notable en el reino y no era aconsejable ignorarlo.

Pese al frío que hacía en la habitación, Sartine llevaba un chaleco sin mangas. Por una vez, recibió cordialmente a su colaborador y pareció satisfecho con las primeras explicaciones del comisario de las muertes extrañas.

—Entonces, habéis podido identificar a la víctima. ¿Sophia, decís?

Para su sorpresa, Volnay lo vio acercarse a su escritorio y coger el dibujo de la joven víctima que él le había dejado. De modo que Sartine lo tenía a mano...

—Así que ese es su nombre —murmuró el lugarteniente general de policía, contemplando, pensativo, el retrato—. Sophia...

—Eso no es todo —prosiguió el comisario, disimulando su estupor ante la actitud desacostumbrada de Sartine—. He encontrado a la prostituta que daba la eucaristía en esa misa negra.

Y a continuación contó toda la historia.

—¿Cómo habéis podido dejar escapar a esa mujer? —vociferó Sartine al final del relato—. ¡La próxima vez, llevad con vos a unos arqueros de la patrulla! ¡Este asunto podría estar ya resuelto, de no ser por vuestra torpeza!

El comisario de las muertes extrañas encajó sin rechistar esos injustos reproches y habló del segundo sospechoso, aunque sin mencionar la pista de la Ardilla.

—¿El cura danzarín? —repitió Sartine—. ¡Vaya sobrenombre! ¡Bailará mejor aún en el extremo de una cuerda! Voy a poner a mis agentes tras sus pasos. Vos no os inmiscuáis en esto; concentrad todos vuestros esfuerzos en averiguar la identidad de los otros tres participantes. Dos hombres y una mujer, ¿no es así?

El comisario de las muertes extrañas asintió. Sartine se sentó encima de su mesa, con una pierna balanceándose en el vacío y mirándolo con aire pensativo.

—Decidme, ¿ese astrólogo trataba bien a su hija?

Volnay alzó una ceja en ademán interrogativo.

—¿Era un buen padre? ¿Le pegaba? —insistió el lugarteniente general de policía.

—No lo creo. Simplemente, no se ocupaba de ella, como mucha gente en nuestros días.

—Ya, comprendo. —Sartine vaciló—. Pero ¿tenía una habitación propia? ¿Tomaba tres comidas al día?

—Sí, tenía un techo y estaba alimentada —respondió Volnay, cada vez más asombrado por la insistencia de su superior y lo extraño de sus preguntas.

El lugarteniente general de policía le dio la espalda y fue hasta la ventana, donde se

quedó de pie. Volnay lo observó a hurtadillas y se fijó en que la tez marfil viejo de Sartine había dejado paso a una palidez extrema. Habitualmente incisivo, una especie de languidez parecía acompañar ese día todos sus movimientos.

–He soñado con ella.

–¿Perdón? –dijo Volnay, estupefacto.

–Anoche soñé con Sophia –dijo Sartine en voz baja–. Venía a hablar conmigo. –Se volvió hacia Volnay con cierta incomodidad, actitud también poco frecuente en él–. No es más que un sueño, me diréis, pero parecía tan real... ¿Cómo iba vestida en el cementerio?

–Ya sabéis que la encontramos desnuda.

Sartine pareció embarazado.

–¡Claro, claro! Es curioso, en mi sueño llevaba prendas más apropiadas para una mujer que para una niña de su edad.

–¿Qué os dijo? –preguntó el comisario de las muertes extrañas, entrando en su juego.

–Me contó que estaba buscando a su perro.

Pese a la baja temperatura de la habitación, Volnay notó un sudor frío correrle por la espalda. A Sartine no le pasó inadvertido que se ponía tenso.

–Veo que esta historia del perro despierta algo en vos. ¡Contádmelo todo! ¡No me ocultéis nada!

El comisario de las muertes extrañas le recordó entonces los gemidos y lamentos del perro delante del cementerio la noche del crimen.

–Sí, me acuerdo –dijo Sartine–. Me habíais descrito muy bien el ambiente de esa noche.

¡Pues claro! El policía sabía que su superior iba un día a la semana a contarle al rey todo lo que pasaba y que le gustaba sazonar un poco los relatos para captar mejor la atención de Luis XV.

–Ese inteligente animal me siguió después.

–¿Cómo?!

Volnay reprodujo toda la historia, así como los descubrimientos de Helena en casa del comisario de barrio. Sartine iba de un lado a otro de la habitación, extrañamente agitado, deteniéndose solo para aspirar rapé y estornudar a continuación.

–¡Se me ocultan cosas!

–¡No era más que un perro! ¡No será él quien nos conduzca hasta los asesinos!

–¡Da igual!

Sartine estrujó nerviosamente su pañuelo de encaje.

–Quiero saberlo todo de este caso, ¿me oís? ¡Todo!

Reprimió un escalofrío y se acercó al fuego, que ardía alegremente en la chimenea. El comisario de las muertes extrañas hizo lo mismo, alargando a la vez que él las manos hacia las llamas para calentárselas. Así, uno junto a otro, Sartine adoptó un tono confidencial.

–Lo más curioso es que yo no conocía esa historia del perro. ¿De dónde me la he sacado, entonces?

–La mente nos juega a veces malas pasadas –dijo Volnay–. Mi padre tiene sus teorías al respecto y afirma que cierta voz, desconocida y familiar a la vez, intenta hablarnos

mientras dormimos.

–¡Vuestro padre está loco! ¡Yo no me refiero a eso!

Titubeó, echó un vistazo por encima del hombro, como si temiera ser espiado, y susurró bajito:

–Dicen que el alma de los difuntos vaga cuarenta días...

Por un instante, la razón de Volnay vaciló, dominada por un miedo súbito. Después de su padre, Sartine...

–No lo creo –murmuró.

El lugarteniente general de policía le lanzó una mirada acerba.

–¡Vos y vuestro padre no creéis en nada más que en lo que podéis demostrar!

El comisario de las muertes extrañas asintió secamente con la cabeza.

–¡Exacto!

Sartine se abismó en la contemplación de las llamas claras que danzaban en el hogar.

–Es vuestra fuerza, Volnay, pero también vuestra debilidad. Vuestra mente carece de espiritualidad. ¡No estáis abierto como yo a lo invisible y lo inesperado!

El comisario de las muertes extrañas se mordisqueó los labios, pensativo. La conversación con su superior tomaba un giro sorprendente. Incluso habría podido ser peligrosa con otro, pero Volnay sabía fehacientemente que Sartine ya no albergaba ninguna duda sobre su impiedad y la de su padre. El lugarteniente general de policía se volvió bruscamente hacia él, con expresión asustada.

–Volnay, ¿y si el alma de Sophia hubiera vuelto para vengarse de sus asesinos?

X

El entierro y otras cosas del diablo

La luz pálida del día penetraba a través de los postigos cuando el monje abrió los ojos. Sus remedios parecían haberle liberado el pecho de los malos humores que lo habitaban. La leche caliente y la miel envolvían aún su paladar en una ganga dulzona. Para calmar su sed, tomó un vaso de la tisana de composición propia que no faltaba junto a su cabecera. Después encendió la vela y, al no oír ningún ruido en la casa, salió de su cama tibia para alimentar la estufa y coger el libro de Sophia.

De nuevo bajo las mantas, pasó las páginas con impaciencia. La niña anotaba sus sueños que recordaba por la mañana. Conocedor de las Sagradas Escrituras, el monje sabía que estas enseñan que «Dios se sirve de los sueños para que el hombre pueda ver a través de las tinieblas». No era ese el caso de Sophia. Los relatos de su nodriza y las historias de las que se había alimentado habían grabado en su imaginación la sombra horrible de ogros que atacaban a los niños para devorarlos, o cosas todavía peores. La caída de la noche la asustaba, pues, según los relatos, anunciaba la salida de los espectros de sus tumbas y su deambular hasta el canto del gallo al amanecer. El monje frunció el entrecejo, atento a distinguir en aquellas páginas lo real de lo imaginario a fin de descubrir hechos que hubieran impregnado su mente.

La torre en la que vivía recluso su padre, el astrólogo, le inspiraba los más vivos terrores. Sin saber muy bien por qué, Sophia la consideraba un lugar peligroso que encerraba horribles verdades. El monje intentó separar los momentos de sueño de los momentos de realidad. Solo subsistía una angustiosa impresión de miedo a lo desconocido y la desagradable sensación de que la torre de su padre ocultaba un peligro innombrable. En cualquier caso, le estaba terminantemente prohibido entrar allí.

El pasaje siguiente era más doloroso. A la edad de once años, Sophia acompañó a su padre a la tienda de un grabador. Mientras los dos hombres hablaban sin prestarle la menor atención, la niña fue hasta el taller, donde trabajaba un joven aprendiz. Este levantó los ojos hacia ella antes de invitarla a ver más de cerca su trabajo. Mientras ella admiraba el grabado, el aprendiz le cogió una mano y la acercó a su entrepierna. Bajo los dedos de Sophia, algo muy duro palpitó y se movió como una monstruosa serpiente. Turbada e incómoda, Sophia retiró raudamente la mano. Pese a su ignorancia de la vida, intuía confusamente que el muchacho intentaba abusar de ella.

–Esto debe de estar muy mal –susurró.

El chico soltó una risa dura.

–Pues vuestro padre hace lo mismo con vuestra madre –se burló.

Al pensar en su pobre madre, las lágrimas acudieron a los ojos de Sophia, que escapó. Después dejó constancia de su turbación en el diario. Esa incursión inesperada en el

mundo de los adultos no despertó en ella ningún deseo, simplemente cierta conmoción y una aversión profunda por los hombres, que abusaban de su corta edad para hacer cosas deshonestas.

El monje dejó el libro para secarse los ojos. En la promiscuidad de inmuebles, comercios y talleres, sin vigilancia de los padres, que dejaban deambular a sus hijos mientras ellos trabajaban, ese tipo de cosas era moneda corriente. Frunció la nariz con repugnancia. A veces la naturaleza humana lo asqueaba tanto que estaba dispuesto a olvidar el sentimiento de fraternidad.

Pasó una página. Por fortuna, la terriblemente seria Sophia dejaba a veces volar la imaginación, como cuando contaba haber vertido un tintero en la pila de agua bendita de la iglesia.

El monje rio, pero súbitamente la realidad se impuso con toda su frialdad. Esa mañana enterraban a la niña. Se oyeron unos golpes discretos en la puerta, que se entreabrió al contestar él. Los bonitos ojos con motas doradas de Helena brillaron en la semipenumbra.

—¿Estáis despierto? Os he traído pan tierno y leche, pero no tengo tiempo de calentárosla.

El monje dejó vagar despreocupadamente la mirada sobre ella.

—¿Y adónde vais, querida amiga?

Ella titubeó.

—Al entierro de Sophia.

El monje apartó de golpe las mantas.

—¡Os acompaño!

—No creo que sea muy razonable —lo reprendió la joven.

El monje ni siquiera se tomó la molestia de contestar y empezó a desnudarse. Helena dejó escapar un pequeño grito de desaprobación y cerró de inmediato la puerta. Una vez bien abrigado, el monje se puso a dar vueltas por la casa.

—¡No encuentro mi llave! ¿Cómo es posible? Yo la dejo siempre en la cerradura, es la mejor forma de no perderla. ¡Ah, las llaves, las llaves! —Tocó el manajo que llevaba en la cintura—. No importa, tengo otra. ¡La buscaré después!

Fuera, sus pies pisaron una capa de nieve recién caída. Un fuerte viento le azotó la cara y le arrancó lágrimas de los ojos. Se detuvo, olfateando el aire.

—¿Quién es el mamarracho que viene a orinar delante de mi puerta?

Helena se reunió con él y le puso sobre los hombros una gruesa capa de lana.

—¡Yo no, os lo aseguro!

El monje sofocó una tos seca.

—¡Demonios! No os estaba acusando, pero mirad vos misma esa mancha en la nieve.

—¿El perro quizá?

—No. He salido al mismo tiempo que él y se ha alejado enseguida dando brincos sin siquiera levantar la pata. ¡En fin, dejémoslo! ¿Dónde están los encargados de llevarse el ataúd? Ah, ahí vienen. Creo que voy a ir a tomarme mi poción para protegerme del frío.

Ella lo miró con malicia.

—¿La que preparáis con aguardiente?

El entierro tenía lugar a última hora de la mañana en el pequeño cementerio de Saint-Sulpice. El féretro había partido del domicilio del monje para hacer una primera parada en casa del astrónomo, a fin de que este se recogiera por última vez en la intimidad ante los restos mortales de su hija. Por su parte, el comisario de las muertes extrañas había ido con un poco de antelación para observar mejor a los asistentes al entierro y tomar nota del orden de llegada. A veces se enteraba uno de más cosas delante de un ataúd que en el transcurso de una conversación.

Delante de la verja había una aglomeración de gente y Volnay apretó el paso para averiguar lo que ocurría. Cuando vio cuál era la causa, un intenso frío lo invadió y las palabras de Sartine sobre Sophia volvieron a su mente. En un cartel estaba escrita esta simple frase: «Prohibida la entrada a Dios en este lugar».

Volnay sintió una vez más su razón atacada por lo irracional. Lo dicho por Sartine le había sorprendido y estremecido. Y hete aquí que una mano desconocida acababa de escribir esa advertencia que sonaba como una provocación.

«Prohibida la entrada a Dios en este lugar»... Los satanistas eran gente discreta, ninguno de ellos se divertiría provocando en esos términos. Esa prohibición planeaba más bien como una amenaza insensata y desesperada. El comisario de las muertes extrañas contempló con atención los rostros de los curiosos congregados. Por su expresión, parecían ofendidos e indignados. Ninguno de ellos sonreía. No se bromeaba con la muerte.

Volnay tomó rápidamente una decisión, avanzó entre la muchedumbre y, tras sacar la daga, descolgó el cartel. Hecho esto, se volvió y, sin decir nada, observó con sus ojos azul claro y gris a la gente que lo rodeaba. Ese comportamiento olía a policía. La gente agachó la cabeza y se dispersó murmurando.

En ese momento, una procesión se acercó y se santiguaron con respeto ante ella. El señor Marly y su sirvienta caminaban delante, seguidos de una pariente vieja y algunos vecinos. Pese a su debilidad, el monje se había empeñado en ir y Helena lo llevaba del brazo. Volnay vio a la joven saludar a un hombre alto de maneras estudiadas y supuso que se trataba del comisario de barrio. De modo que él también había querido rendir homenaje a la pequeña Sophia... El comisario de las muertes extrañas conocía de oídas a ese hombre, más inclinado a la conciliación que a la represión. Con interés, tomó nota también de la presencia de la camarera de la fonda.

El comisario de las muertes extrañas examinó a todos los asistentes uno tras otro, grabando sus rasgos en su memoria. Su atención fue atraída de golpe por la actitud extraña de un hombre que rezaba ante una tumba, a cincuenta pasos de allí. El comisario de las muertes extrañas se fijó en que, en realidad, este parecía seguir la ceremonia por el rabillo del ojo. El hombre era alto, de espaldas anchas, con un aire brutal en sus facciones marcadas por la viruela. Una larga espada colgaba en uno de sus costados. Cuando el sacerdote bendijo el féretro, él se santiguó discretamente.

Una sonrisa fría iluminó al comisario de las muertes extrañas. Había sucedido muy rápido, pero no lo suficiente para escapar a la atención acerada del policía. La señal de la cruz católica iba primero hacia el cielo y luego hacia la tierra, antes de tocar el hombro izquierdo y después el derecho, el de «El que bendice desde la cruz». El hombre que

estaba ante la tumba se había santiguado en horizontal antes de subir al cielo y de terminar con una bajada en dirección al infierno. La señal de la cruz invertida de los satanistas...

Volnay se desplazó despacio hacia una alameda adyacente, procurando no perder de vista al hombre con el rostro picado de viruelas. Cuando este se volvió para marcharse del cementerio, el policía lo siguió discretamente antes de llegar a la calle. Mantuvo una distancia prudente entre él y el sospechoso, recurriendo a los pilares de las casas para esconderse en caso de que el otro mirase hacia atrás.

Al girar su hombre en una esquina, Volnay apretó el paso para no perderlo, pero tuvo la mala fortuna de resbalar sobre una placa de hielo. Maldiciendo, se levantó con presteza y dobló la esquina. La reverberación del sol lo deslumbró. Frunció los ojos y dio unos pasos vacilantes antes de rendirse a la evidencia: ¡el satanista había desaparecido!

El sol caía sobre el lugar con rayos grises y débiles.

–Sit tibi terra levis –murmuró el monje echando un puñado de tierra en la tumba–. Que la tierra te sea ligera.

Acompañado de Helena, fue de los últimos en salir del cementerio. De pie entre dos tumbas, la camarera de la fonda lo miraba a hurtadillas. El monje se dio cuenta y se acercó a ella después de haber cruzado unas palabras con Helena. Esta dudaba si ir con ellos cuando Cornevin, el comisario de barrio, le propuso ir a calentarse ante un buen fuego a una fonda cercana.

–Tengo que hablar con vos –añadió para convencerla.

Eso decidió a Helena. El comisario de barrio la condujo entonces a través de un dédalo de calles que parecía conocer como la palma de su mano. La nieve pisoteada por los transeúntes, los caballos y los coches se había convertido en un barro negruzco que, mezclado con los excrementos que no paraban de arrojar a la calle, manchaba los bajos de la ropa. Con un suspiro de alivio, Cornevin empujó la pesada puerta de una fonda que resultó ser placentera. Con mirada aprobadora, contempló una pierna de cordero mechada con ajo, que giraba en el espetón mientras el encargado de asarla la regaba regularmente con su jugo.

Una mujer menuda y locuaz los condujo a una mesa, no lejos de la chimenea donde ardía un fuego infernal, antes de llevarles una jarra de un vino claro y aromático.

–Este lugar es muy agradable –dijo el comisario de barrio–. Sirven este delicioso vinito de Suresnes...

–Deseabais decirme algo –le recordó Helena con una ligera sonrisa.

El hombre suspiró y se frotó la cara con las manos. Parecía súbitamente abatido.

–Pues, veréis, para seros sincero, estoy obsesionado con la pequeña Sophia. Incluso he soñado con ella...

La joven prestó atención de inmediato. Así que, después de haber entrado en los sueños nocturnos del monje, ahora Sophia lo hacía en los de otra persona. La niña parecía haber dejado huella en todos aquellos con los que se había cruzado, viva o muerta.

–¿Por qué?

El policía frunció los ojos y las arrugas de su frente se acentuaron.

–Recordaréis el asunto del perro que me brindó ocasión de verla dos veces. En ambas ocasiones, la escuché y la traté con benevolencia. Así que creo que, en cierta medida, confiaba en mí, puede que incluso le inspirara alguna simpatía. No era una niña corriente...

Helena se inclinó un poco más hacia él. La emoción se traslucía en su rostro, y ella recordó lo mucho que le había afectado el anuncio de la muerte de la chiquilla. Puso suavemente una mano sobre la suya y, con una sonrisa, lo invitó a continuar.

–Lo que no os conté es que volví a verla otra vez. –Hizo una pausa para humedecerse los labios–. No os hablé de ello porque en aquel momento me pareció un detalle insignificante.

–¿Fue a pedir algo?

–No exactamente. Parecía asustada, y me habló de un hombre que parecía seguirla o vigilarla cuando salía a la calle.

Les sirvieron, y el comisario de barrio empezó a comer el ave de su plato con los dedos, rompiendo los huesos con destreza. Varias manchas de grasa pasaron a decorar su vestimenta.

–¿Qué le dijisteis? –preguntó Helena sin tocar su plato.

Cornevin lanzó una mirada al asador y volvió a dirigir su atención hacia la joven, deteniéndose un instante en la curva de sus labios antes de rehacerse.

–Le aconsejé que no saliera sola. Incluso fui a callejear por las inmediaciones de su casa a la hora en que ella salía para ir al mercado, pero no me llamó la atención ningún hombre.

Chupó, pensativo, un hueso y miró atentamente a Helena.

–¿Puede ayudaros esto en vuestra investigación?

La joven meneó la cabeza y su bonita cabellera castaña con reflejos rojizos se desparramó sobre sus hombros.

–Desgraciadamente, no.

El comisario de barrio soltó el hueso con aire contrariado.

–Lástima, me habría gustado ayudaros. Continúo, no obstante, a vuestra disposición. –La envolvió en una mirada paternal–. De todas formas, id con cuidado, toda esta historia no me dice nada bueno. ¡Qué pena! Saint-Sulpice era un barrio tan tranquilo...

El monje y la camarera caminaban lentamente por las calles del cementerio bordeadas de hierbas petrificadas por la escarcha. El monje le había ofrecido el brazo a la joven, que lo aceptó tras unos instantes de vacilación, poco habituada a la galantería de los hombres.

–¿Queréis que vayamos a beber una copa o a comer algo a un sitio donde estemos más calientes? –propuso el monje, conteniendo un acceso de tos.

–Gracias, pero no tengo tiempo. He de volver enseguida al trabajo. Además, esto está tranquilo y nadie puede oírnos.

–¿Tenéis algo que decirme?

La camarera asintió con la cabeza.

–¿Recibiré algún pago si os doy alguna información interesante?

–¿Cómo sabéis lo que podría interesarme o no?

Ella adoptó una expresión astuta.

–Me he dado cuenta de que trabajáis para la policía. Buscáis al asesino de la pequeña Sophia, ¿verdad?

–En efecto –reconoció el monje–. ¿Qué tenéis que decirme?

La chica temblaba. Caminaban a través de las tumbas heladas, y jamás la muerte había encontrado una urna blanca como aquella.

–¡Ayer vi a Sophia!

El monje se estremeció.

–¿Mientras dormíais?

–No. Iba a trabajar a la fonda y, al pasar por delante de la casa del astrónomo, la vi sentada en la escalera de entrada, con su perro a los pies.

–¿Su perro?

–Sí, ese animal sucio que siempre la seguía. Estaba tumbado delante de ella. Sophia levantó la cabeza y me dirigió una mirada triste.

–¿Y qué hicisteis?

–Me santigüé antes de salir por piernas. Corrí sin volverme hasta la fonda. Cuando miré por la ventana, ya no estaba. –Se mordió los labios–. Tenía miedo de que su espíritu viniera a atormentarme; pero ¿por qué a mí?

El monje no respondió. Miraba hacia delante un punto imaginario, con ojos sombríos. Finalmente, como haciendo un esfuerzo, desvió la atención de ese punto y se volvió a medias para mirarla.

–Quizá era una niña que se le parecía –sugirió sin convicción.

–No –contestó la camarera en un susurro–, era ella. –Se santiguó rápidamente y añadió–: ¡Pobre criatura! ¡El descanso eterno le es negado y vaga como un alma en pena!

–Todos somos almas en pena –murmuró el monje.

Pensativo, el monje regresó a su casa. El perro le hizo fiestas y le tendió una pata. Él se la cogió y la sacudió gravemente; luego lo acarició y le rascó la cabeza, detrás de las orejas. A continuación se puso a preparar una complicada decocción a base de aguardiente, nuez moscada y azafrán. Aún le dolía la garganta y de vez en cuando sentía como si le ardieran los pulmones. Escupió para vaciarlos, cargó la chimenea de leños bien secos y se sentó para contemplar las llamas. Sombríos pensamientos lo atormentaban. Se cogió la frente entre las manos. El calor que despedía el hogar no dejaba de recordarle las misas negras y las llamas del infierno, pero el hielo que rodeaba su corazón y cubría las calles lo llevaba a pensar en Sophia, en su pequeño cuerpo, endeble y rígido, dentro de ese ataúd demasiado grande, y en su alma, que ahora vagaba por las calles en una inmensa soledad.

Una corriente de aire helado recorrió la habitación. Sintió un escalofrío, pero no se volvió, acostumbrado ya su oído al paso ligero, casi deslizante, de Helena.

–Ya estáis aquí –dijo.

Y su tono no expresaba nada más que esa simple constatación.

–¿Cómo estáis? –preguntó ella con voz inquieta–. No ha sido muy razonable salir, aunque os encontrarais mejor.

–La noche me ha devuelto calma y vigor. Estoy bien.

Se obstinaba en observar el fuego sin mirarla.

–¿Qué pasa? –preguntó Helena.

–Esta mañana, cuando me he despertado, el perro estaba tumbado junto a la chimenea y no ha manifestado la necesidad de salir. Os he preguntado si le habíais abierto para que hiciera sus necesidades y me habéis respondido que no.

–Sí, le hicimos salir al patio.

–Y no ha orinado ni defecado –señaló el monje–. Es raro, ¿no?, teniendo en cuenta que no había salido desde el día anterior.

–En efecto, porque la casa estaba limpia. Se ha aguantado...

–A no ser que sí hubiera salido. Pero, en ese caso, ¿quién le abrió?

Helena titubeó.

–Quizá vuestro hijo pasó por aquí.

El monje le dirigió una mirada fría.

–No sé a santo de qué... –dijo, y se sumió en una cavilación silenciosa.

–¿No tenéis hambre? –le preguntó Helena al cabo de largos minutos.

El monje dio un respingo.

–¡Demonios, ahora que lo decís...! –Fue hasta la cocina y, una vez allí, exclamó–: ¡Por la cola de Neptuno! ¿Ya no queda ni una miga de ese riquísimo pan blanco?

–Es lógico, teníais hambre.

El monje lanzó una mirada recelosa en dirección al perro.

–No recuerdo haber comido tanto.

Helena rio.

–Después de sospechar del perro, no me metáis a mí en esto, por favor. ¡Yo no lo he tocado!

–Entonces ha sido este inteligente animal –dijo alegremente el monje–. ¡Mi hijo presume de su cotorra charlatana, pero yo tengo un perro que sabe hacer girar la llave en la cerradura, abrir la puerta y cortar pan!

–Yo tengo otra explicación –se burló Helena–. ¡Durante la noche, los duendes saquean las despensas de las casas donde viven!

–¿Duendes?

–Sí, pero, tranquilizaos, su intención no es mala. Bien, salgamos a comprar algo con que sustentarnos.

Helena había comprado un collar de cobre para el perro. Se lo puso sin problemas, pero, asombrosamente, el animal se negó a salir. Tuvieron que arrastrarlo literalmente hasta la calle.

–Este perro se comporta de un modo cada vez más raro –constató el monje, intrigado–. Espero que su ama no venga a visitarlo también a él en sueños.

El animal profirió un breve gáñido y luego se puso a aullar. Todo su cuerpo parecía presa de temblores. Fue necesaria toda la paciencia de Helena para calmarlo. Al final los

siguió dócilmente, sin echar frecuentes miradas atrás.

En el mercado de Saint-Jacques, unos vendedores se daban de puñetazos con revendedores que les quitaban el sitio. El monje hizo caso omiso de ellos y llevó a su compañera hacia los puestos de los ateridos comerciantes, hasta el escaparate de un carnicero. Este compraba las sobras de platos del día anterior de las casas ricas para llenar grandes lebrillos y venderlos al público. Pero también tenía buenos trozos de carne. Helena escogió uno de cerdo. Una vez de vuelta en su caldeada casa, el monje se apresuró a entrelazar hábilmente tomillo y hojas de laurel. Helena volvió de la cocina con un plato de habas.

–¡Mmm..., habas! –dijo alegremente el monje–. ¡Qué buena idea! Según Pitágoras, el pescado es fosforescente y, por lo tanto, afrodisíaco, mientras que las habas son caloríficas.

Ella le dirigió una mirada cómplice.

–¡Que nos aproveche!

Una vez puestas a cocer la carne y las habas, Helena se sentó y golpeó ligeramente el suelo con el talón arqueando las cejas.

–¿Cuál es la fecha de nacimiento de Sophia? –preguntó de buenas a primeras.

Él se la dijo. La joven lo miró, sorprendida.

–¿Cómo lo sabéis?

Lo había leído en el diario de Sophia que había caído en sus manos y que empezaba así: «Me llamo Sophia y nací...».

–¡Sé porque soy! –contestó él lacónicamente.

Helena arqueó delicadamente una ceja.

–Y yo sé que lo habéis leído en el libro que os trajisteis subrepticamente y que Sophia utilizaba para escribir su diario.

–¡Demonios, poseéis el tercer ojo!

Ella estiró las piernas hacia el hogar y los ojos del monje siguieron despreocupadamente ese movimiento por debajo de los pliegues del vestido. Permanecieron así, sin hablar, atrapados por el dulce calor del fuego. El monje la miró, consciente de que ella fingía no notar sus miradas. Pensamientos sin nombre se agitaban en su interior. La noche no cesaba de caer y ella seguía allí, pensativa junto al fuego, mientras que el alma de él se ofuscaba. Sorprendido de oír una voz en el fondo de su corazón, el monje escuchaba.

«¿Qué sucede en mi alma?».

Se levantó y, sin hacer ruido, se situó detrás del sillón donde Helena se perdía en sus pensamientos. Como hipnotizado por su nuca blanca, se inclinó hacia ella. Una voluptuosidad más ardiente que el infierno le hizo estremecerse de la cabeza a los pies.

«He perdido el juicio –pensó, incorporándose–. ¡Aquí estoy, excitado como un carmelita junto a una mujer que tiene la mitad de años que yo!».

Pero sabía perfectamente que no se trataba de eso. Un sentimiento más profundo maduraba en él y lo acercaba inexorablemente a Helena. Pese a ser consciente de esa agitación a su espalda, la joven no se había movido.

–¿Qué os sucede, amigo mío? –preguntó.

Él puso freno a su azoramiento decidiendo afrontar el aire helado de la noche.

–Nada, necesito tomar un poco el aire. Me llevaré al perro.

–No es muy prudente, todavía no estáis curado.

–Me abrigaré bien...

Fuera, el frío era tan intenso que la sangre le subió a la cara, enrojeciendo sus mejillas como un par de bofetadas.

«¡Vacuos pensamientos los míos! –se reprendió–. ¡La miro con ojos de joven loco!».

Se había levantado un viento que azotaba a su espalda los faldones del sayal. Junto a él, el perro se había puesto a gruñir sordamente.

–¡Entrad en casa ahora mismo!

La luz enmarcaba la silueta fina de Helena. Dócilmente, el monje entró.

–¡Qué tiempo más endiablado! –murmuró, antes de encorvarse para estornudar.

–¡Un tiempo para que un monje hereje no salga a la calle! –La joven le tendió su pañuelo–. Tomad...

–¡Muchas gracias! ¡El aire es muy frío!

Se volvió para sonarse, pero ella percibió su respiración irregular y notó la tensión en sus hombros.

–Venid junto al fuego –insistió Helena–. ¿Queréis que os caliente un poco de esa poción contra la tos? La carne estará a punto enseguida.

Se había puesto a ir de un lado a otro, llenando la casa de ruidos y movimientos, como para ahuyentar los malos recuerdos o los pensamientos demasiado íntimos.

–¿Cómo os hicisteis monje? –le preguntó después, mientras él bebía a sorbitos su remedio muy caliente, con el perro tumbado a sus pies.

Los ojos de su interlocutor brillaron.

–Quisieron hacer de mí un miembro del clero porque era el segundo de los varones de mi familia y, según la costumbre, el primogénito está destinado al oficio de las armas. Yo solo sentía hacia la religión una simple curiosidad intelectual. Cuando descubrí la diversidad de religiones existente en el mundo y el mal que reinaba en la tierra, mi escepticismo se incrementó. Sí, consideraba al hombre el único responsable de sus propios males, puesto que es él quien crea y mantiene a sabiendas el infierno en la tierra. Pero, como habéis podido comprender, era menos sensible al catolicismo enseñado que a la audacia de pensamiento de nuestros filósofos. ¡En realidad, ardía de un fuego reformador muy anticipado! –Se rebulló en el asiento y prosiguió en un tono más exaltado–: Mi hermano mayor, el pobre, que era apacible por naturaleza, murió en combate. Yo me apresuré a cambiar los hábitos por el uniforme para ir a vengarlo. ¡No os imagináis en qué estado de deterioro se encontraba el ejército! Se reclutaba, por la fuerza o recurriendo a la superchería, a los más pobres y desesperados de la sociedad. Los grados se compraban y eran los más necios los que estaban al mando de nuestras tropas. De hecho, nada ha cambiado hoy. Bajo Luis XIV, buenos oficiales plebeyos conseguían sobresalir. Hoy es algo imposible. Con la salvedad del excelente mariscal de Sajonia, todos nuestros generales y mariscales son unos necios y unos lisiados mentales. ¡Con ellos, nunca nos retiramos, pero retrocedemos siempre! Resumiendo, en el ejército me cansé de los combates y recibí las enseñanzas de un médico. De regreso en París, me

apasioné por la anatomía y diseccioné todos los cadáveres que me fue posible para formarme. –Se interrumpió para añadir un poco de miel a la taza–. Después me fui a Padua, donde enseñaba Giovanni Battista Morgagni, que practicaba autopsias con mucha regularidad. ¡Actualmente tiene setenta y ocho años! Él descubrió que toda enfermedad que observamos en las personas de acuerdo con los síntomas habituales deja lesiones en el organismo. Desde entonces, las lesiones cadavéricas nos permiten conocer las causas de la muerte por enfermedad. Es lo que yo digo siempre: ¡abrid los cadáveres y sabréis más de ellos!

Los extraños ojos verdes de Helena centellearon alegremente.

–¿Qué habéis hecho para llegar a ser tan sabio? –preguntó, acariciándole afectuosamente la mano.

El monje dejó la taza.

–He estudiado sin descanso hasta domar las ciencias. A la luz de las lámparas es como mejor se trabaja. ¡No conozco mejor recompensa que un dato descubierto tras una dura noche sin dormir!

–Vos habéis sido una luz en este siglo donde sigue habiendo tanta oscuridad...

–¡He ido demasiado lejos! ¡No sé parar! ¡Esa ha sido la causa de todos mis problemas!

–¡Contadme!

–Un día empecé a escribir sobre lo ridículo de los privilegios, cuestionando la distinción de las funciones y la superioridad de unos y otros. Partía del principio de que lo que es pequeño puede ser grande. Por prudencia, manejaba la ironía, la única arma posible frente a la monarquía policial. Ofrecer de sí mismo una imagen más necia que la del otro, convertir una aparente torpeza en el colmo de la habilidad y parecer que uno ensalza lo que critica cuando en realidad se burla de ello, eso es la ironía. Adquirí así mucho prestigio y me gané muchos enemigos. Algunas mujeres me amaron. Y se fueron, cansadas de la vacuidad de mis pensamientos. Pero una de ellas se quedó. La desposé y muy pronto trajo a mi hijo al mundo. Desgraciadamente... –Metió los dedos entre la barba, como buscando ahí las palabras–. Cuando nuestro hijo tenía cuatro años, ella murió a consecuencia de una fluxión en el pecho. Al dolor de llorar a mi querida esposa se sumó la pesada tarea de educar a mi hijo.

–Habéis sido sin duda alguna un buen padre.

–No estéis tan segura –se lamentó–. Dispersé mi alma por toda Europa cuando tenía un hijo maravilloso que me esperaba en casa. –Bajó la cabeza–. Falté a mis deberes de padre y todavía me guarda rencor por eso.

–¡Vamos! –replicó Helena–. Ahora está a vuestro lado.

–Sí, pero con él tengo la impresión de no poder recuperar el tiempo perdido. Es como si se me escapara arena entre los dedos.

La joven se sentó en el brazo de su sillón, a la manera de una niña, y le rodeó el cuello con sus largos brazos. Su cuerpo era tan flexible como el de un gato y, al igual que ese animal, lo miraba con sus grandes ojos de reflejos dorados.

–¿Por qué vinisteis a Francia a trabajar con él?

El monje suspiró.

–Era un viajero cansado, como Ulises, y no tenía ninguna Ítaca a la que regresar.

–Y además deseabais acercaros a vuestro hijo...

–Lo echaba mucho de menos.

–¡Y, por supuesto, no se lo decís!

–Me comprendéis tan bien, querida mía...

Acercó una mano de la joven a su boca. Sus labios esbozaron un mohín clemente y ella lo dejó besar delicadamente la punta de sus dedos. En ese instante, una ventolera entró aullando por la puerta. El comisario de las muertes extrañas entró y se quedó paralizado al descubrir la escena.

–¿Os molesto? –preguntó con sequedad.

Las manos de Helena se apartaron del cuello del monje.

–¿Qué os ocurre? –preguntó tranquilamente la joven.

Volnay le lanzó una mirada del color del hielo.

–Vuestra conducta con mi padre me parece inapropiada.

Helena se levantó con calma y le dio la espalda sin contestar.

–Hijo mío, te equivocas –protestó el monje–. Evocábamos simplemente los sentimientos filiales.

–¡Nunca los había visto tan tiernamente evocados! –replicó Volnay–. ¡En todo caso, no conmigo, desde luego!

–¡Eres injusto!

–¡Estoy consternado de verte hacer de seductor con una intrigante que podría ser tu hija!

–Hijo mío, ves Padua en lugar de Pisa y haces una montaña de un grano de arena.

¡Para ti, caga lo mismo un buey que mil moscas!

La puerta se abrió de nuevo bruscamente. El comisario de las muertes extrañas y su padre cruzaron una mirada de sorpresa. ¡Era la segunda vez en su vida que Sartine irrumpía en casa del monje, y en el espacio de tan solo unos días!

–Ah, os encuentro a todos reunidos. ¡Excelente! –exclamó el lugarteniente general de policía–. He ido a vuestra casa, Volnay, pero no estabais.

–¿Qué pasa? –preguntó el comisario de las muertes extrañas.

Estaba todavía pálido a causa del altercado con su padre y Helena. Un tanto sorprendido, Sartine lo observó unos instantes antes de desplegar una sonrisa sarcástica.

–Hemos encontrado a vuestro cura danzarín. Sigue danzando, pero, tal como yo había predicho, en el extremo de una cuerda.

XI

Un fiscal y otras cosas del diablo

Volnay subió al coche detrás de Sartine. En el interior encontró a un tercer pasajero.

–Os presento al fiscal Siltieri –dijo simplemente el lugarteniente general de policía–. Es él quien instruye el caso con... hummm... con toda la discreción requerida.

El fiscal era un hombre alto y enjuto, de mejillas hundidas, barbilla prominente y mirada ardiente. Al comisario de las muertes extrañas le desagradó nada más verlo a causa de sus maneras secas y altivas.

–Ya iba siendo hora de que nos viésemos –le dijo a Volnay en un tono acerbo–. El señor de Sartine me ha contado que dejasteis escapar a la prostituta que participó en esa misa negra.

–Primero tuve que encontrarla –contestó con frialdad el comisario de las muertes extrañas–. El único indicio que tenía era un cadáver en un cementerio. Esa mujer se desnucó después al caer por una escalera, pero no por ello perdí el hilo de la investigación, puesto que buscaba al cura danzarín.

–Desgraciadamente, no os ha esperado para colgarse –dijo con sarcasmo Siltieri–. ¡Ha llegado el momento de que intervenga!

–¡Sin duda sabéis hacer las cosas mejor que yo!

Siltieri le dirigió una mirada malévola.

–Pues sí, tengo cierta experiencia en la materia. Instruyo expedientes de brujería desde hace diez años. Me las he visto con esos maestros de la perversidad, padres de la mentira y servidores del demonio que rezan al diablo en vez de a Dios. Esos machos cabríos fornicadores remedan la eucaristía y rinden un culto febril a Satanás. Recitan el introito al revés para negar la virginidad e incitar al desenfreno. Todo en ellos es grotesco. Sus flatulencias reemplazan el incienso. Cantan Gloria in profundis Satani en lugar de Gloria in excelsis Deo. El *Ite missa est* es sustituido por un *laus Satani*. –Se santiguó febrilmente–. ¡Dios es testigo de que en otros tiempos la represión habría sido más severa, con los tribunales de la Inquisición!

Sartine se rebulló, incómodo.

–Corresponde a la justicia del rey administrarla, no a los tribunales de la Iglesia.

–¡Sí, pero hubo un tiempo en que colaboraban! Recordemos que nuestro buen rey el difunto Luis XIV conminó a brujos y brujas a abandonar su reino sin dilación y ordenó castigar ejemplarmente a los que practicaban la magia.

–Mi policía pone en ello todo su empeño –replicó Sartine en un tono agrio.

–¡No el suficiente! ¡No el suficiente! ¡Siguen ahí, intentando que tomemos una brizna de paja por una viga!

Volnay se estremeció interiormente. ¡Siltieri, encargado por la justicia de instruir el

caso, era un nostálgico de los tribunales de la santísima Inquisición! Eso lo situaba sin lugar a dudas en el bando del partido devoto y en contra del de la marquesa de Pompadour, bandos que libraban una lucha feroz entre los bastidores del poder. Los dos policías guardaron silencio durante el resto del trayecto, dejando que el fiscal continuara un monólogo febril sobre la necesidad de purificar la herejía mediante el fuego.

El coche siguió una red de callejas tenebrosas del arrabal Saint-Marcel antes de detenerse ante un inmueble desvencijado de la calle del Puits-de-l'Ermitage. Unos arqueros de la patrulla que los esperaban los condujeron a un piso de techos altos donde hacía un frío glacial.

El cura danzarín había sido un barbián desgarrado, alto y flaco, más seco que un palo. Vestido con un chaleco negro de sarga de mala calidad y un calzón de piel remendado, ahora se balanceaba en el extremo de una cuerda, con la lengua fuera. El comisario de las muertes extrañas lo contempló un instante en silencio antes de ponerse a recorrer la habitación, tomando nota mental de cada objeto o mueble que había en ella: un tapiz deteriorado, un baúl para los efectos personales, una mesa y cuatro sillas...

El espectáculo que se ofrecía a sus ojos en lo que parecía ser la cocina resultaba bastante edificante.

—¿Qué pensáis de todo esto? —le preguntó Sartine.

Volnay no tuvo tiempo de contestar, pues el fiscal se plantó en medio de la habitación y tomó la palabra con voz potente.

—Mi opinión está formada. ¡He visto en el pasado tantos indicios de este tipo! Vedlo vos mismo: hostias negras, el cadáver de un gato negro, cirios negros. En cuanto a la presencia de ese crucifijo, no temáis, probablemente sería pisoteado en el transcurso de una sesión. Es imposible que no lo hayan oído salmodiar sus conjuros. Debe de haber cómplices en este inmueble. ¡Que los arqueros de la patrulla lo registren todo!

Sartine dirigió una rápida mirada a Volnay y le hizo una seña al oficial de la patrulla. Unos hombres salieron precipitadamente de la vivienda.

—¡Ah! —dijo Siltieri, precipitándose hacia una esquina de la habitación—. ¡Un bastón de brujo! «¡Bastón blanco, bastón negro, llévame a donde debes, por el diablo!».

El comisario de las muertes extrañas se acercó despacio.

—Es un bastón de marcha. Mirad, está ferrado en la punta.

—¿Ignoráis entonces que estos malditos brujos mandan poner a su bastón un herraje con la hoja de acero para degollar a su víctima, a fin de incrementar su poder?

Volnay prefirió no responder.

—¡Que alguien descuelgue a ese hombre! —ordenó el lugarteniente general de policía para intentar ser útil.

—¡Un momento! —intervino el comisario de las muertes extrañas—. El escenario del crimen ya ha sido suficientemente alterado. La patrulla ha pisado todas las huellas. ¡Debo hacerme una idea de los asesinos!

Cogió una silla y se subió a ella para examinar el cuello de la víctima. Abajo, Siltieri se encogió de hombros.

—No hacen falta ni huellas de pasos ni indicios. Todas las pruebas están aquí, delante de vuestros ojos. ¡Hasta hostias negras y triangulares! ¡Las hostias de tres puntas, como

esos herejes las llaman! ¡Esos son los primeros ingredientes para hacer una parodia de misa donde todo está invertido y pervertido!

–Eso no me dice quién ha matado a este hombre –señaló tranquilamente Volnay tirando del gancho.

–Se ha colgado él solo, movido por el arrepentimiento, o bien, probablemente, sus acólitos han considerado que necesitaban otro sacrificio...

–Yo creo que sus cómplices o los promotores se han asustado –se aventuró a decir el comisario de las muertes extrañas–. Han debido de enterarse de que encontramos a la prostituta que asistió a la ceremonia y de que andábamos tras el rastro del cura danzarín. Dado que el señor de Sartine, aquí presente, puso a todos sus agentes a trabajar para localizarlo, estoy seguro de que la búsqueda no ha pasado inadvertida.

Al lugarteniente general de policía se le oscureció el semblante. El comisario examinó la viga de la que colgaba el cura danzarín.

–El gancho está aquí desde hace mucho –constató este último–. No ha sido puesto para la ocasión.

Se inclinó y cogió las manos del hombre.

–No hay marcas de cuerdas. No han sido atadas y luego desatadas.

–Eso confirma la hipótesis de que se ha matado él –intervino Sartine–. Si sabía que lo buscaban...

Volnay negó con la cabeza.

–No forzosamente. Podía estar ya muerto por estrangulación antes del ahorcamiento o simplemente sin sentido. El monje nos lo dirá. –Examinó a continuación las uñas del muerto–. Hummm..., hay piel debajo de algunas uñas. Ha debido de arañar a sus agresores. Veamos la longitud de sus zapatos. –Sacó del bolsillo un cordel con varios nudos–. Esta corresponde a una huella tomada en el lugar del crimen, al igual que la de la Voraz. ¡Ya van dos! Todavía me quedan tres por encontrar...

Después de bajar de la silla, echó un vistazo a los zapatos del cura danzarín, que colgaban en el vacío.

–¡Vaya, era cojo! –señaló maquinalmente.

–¿Qué decís? –preguntó Siltieri.

–Mirad los tacones de sus zapatos: uno está completamente deformado en el lado derecho, señal de que se apoyaba en él más que en el otro.

–¡Una prueba más! –exclamó el fiscal.

–¿Perdón?

Siltieri soltó un resoplido despreciativo.

–¿Ignoráis también que los individuos de cierto tipo están más predispuestos que los demás a convertirse en agentes del diablo? ¡Cojos, tuertos, tartamudos, jorobados, comilones y bebedores!

–Y babosos –completó Volnay muy serio–. Voy a hacer un boceto del escenario –dijo, retrocediendo.

Sacó de un bolsillo papel y carboncillo y se puso a dibujar la habitación. Sartine, a su pesar, se acercó para admirar la seguridad y el acierto de la mano del comisario. Mientras tanto, un arquero de la patrulla trajo del dormitorio del cura danzarín un libro

del que Siltieri se apoderó con un rugido triunfal.

–¡Estamos en el antro del demonio! ¡Mirad esto!

Sartine se acercó y le echó una prudente ojeada al libro antes de retroceder raudamente.

–La lista de los principales demonios fue establecida hace mil doscientos años por la Iglesia en el canon siete del concilio de Braga –explicó Siltieri con fervor–. Todos estos nombres abyectos me son, desgraciadamente, familiares: ¡Adramelec, gran canciller de los Infiernos además de dios del crimen! Aquí está representado en su forma de pavo real. Astarot, demonio y tesorero de los Infiernos, que cabalga a lomos de un dragón y lleva en la mano una víbora, pues le gusta transformarse en serpiente. Ayperos, que está al mando de treinta y seis legiones y conoce el pasado y el futuro. Astarté, con cabeza de becerra, demonio hembra del desenfreno. Behemoth, demonio cuya fuerza reside en los riñones. Belial, el crimen y el vicio reunidos...

Sartine y los arqueros se santiguaron estremeciéndose mientras Siltieri pronunciaba con frenesí su extraña letanía. Sin prestarle atención, el comisario de las muertes extrañas terminó el dibujo y pidió que llevaran el cuerpo del cura danzarín a casa del monje. El cadáver acababa de ser bajado y cargado en un coche cuando los arqueros de la patrulla volvieron de registrar el inmueble. Empujaban sin miramientos, delante de ellos, a una pareja aterrorizada. Capas de grasa superpuesta parecían hacer las veces de cuello y barbilla en el hombre, chaparro y mal proporcionado. Imposible imaginar dos personas que casaran menos, pues la mujer era más delgada que una ramita.

–Hemos encontrado cirios negros en su casa –dijo el oficial de la patrulla enarbolando triunfalmente la prueba.

–¡Sacrilégio! ¡Herejía! –exclamó el fiscal–. ¡Que los lleven al Châtelet!

La mujer se arrojó a sus pies.

–¡Piedad, monseñor! ¡No hemos hecho nada malo! Somos honrados proveedores de velas para un comerciante del Marais.

–¿Y lo proveéis también de cirios negros?!

–No, eso son encargos de nuestro vecino. Hay que vivir...

–Confessionem esse veram, non factam vi tormentorum! –exclamó Siltieri–. Las confesiones han sido espontáneas y no obtenidas bajo el efecto de la tortura.

La mujer se agarró con desesperación a las piernas del fiscal.

–¡Piedad! ¡Nosotros solo fabricamos cirios y velas!

En el rostro de Siltieri apareció una sonrisa malévol.

–¡Cantaréis otra canción cuando os pongan los borceguíes! Mientras tanto, mañana visitaremos esa tienda a la que surtís. ¡Tengo curiosidad por saber qué vamos a encontrar ahí! ¡Vamos, al Châtelet! ¡Al Châtelet!

El fiscal se volvió hacia el comisario de las muertes extrañas sin hacer caso de los gritos de terror proferidos por la pareja a la que se llevaban a la fuerza.

–Ya veis lo sencillas que son las cosas –añadió–. ¡La gente de mala ralea se junta! ¡Estos blasfemos y agentes sacrílegos del mal entregarán a sus cómplices en cuanto se los someta a la cuestión de tormento!

–A través de las misas negras no solo se expresa el gusto perverso por el sacrilégio,

sino toda la crueldad y la inhumanidad de un mundo para el que la vida del otro no es nada. Estas personas no han llegado a eso.

El fiscal se encogió de hombros.

–Las cosas son menos complejas de lo que vos suponéis: se trata de herejía.

Dicho esto, le volvió la espalda, saludó a Sartine y salió echándose un extremo de la capa por encima del hombro con un gesto seco. El comisario de las muertes extrañas dijo que quería subir a casa de los sospechosos arrestados. Estos debían de dormir dentro de un gran armario sin puertas, sobre un jergón extendido sobre la tabla. El piso era oscuro y olía a cerrado. Lo iluminaba un tragaluz, tapado con una tabla corredera. En las cenizas del fuego se enfriaban unas cebollas y unos rábanos. Volnay recorrió la miserable vivienda sin encontrar más que lo necesario para hacer cirios negros. Poco convencido de que se tratara de un caso de brujería, volvió donde estaba Sartine. En ese momento, uno de los arqueros de la patrulla soltó una exclamación de sorpresa.

–¿Qué hacen todos esos aquí?!

El comisario de las muertes extrañas se reunió con él en la ventana y echó un vistazo a la calle, donde la población se congregaba, roja de cólera y profiriendo invectivas.

–En un barrio, las noticias vuelan –murmuró–. Tienen aspecto hostil. Claro que la policía está arrestando sin contemplaciones a personas que son sus vecinos o sus amigos...

Sartine se unió a él y lanzó una mirada fugaz antes de enjugarse la frente, nervioso, con su pañuelo de encaje.

–Mirad a esa chusma, Volnay. Si no nos acompañaran veinte arqueros de la patrulla, nos haría picadillo. En nuestros días, ya no podemos hacer una ejecución pública sin que se insulte al verdugo, ¡y nuestros hombres no consiguen ni poner a un miserable en la picota sin que les tiren piedras!

El comisario de las muertes extrañas permaneció callado. Había percibido el miedo de Sartine. No era falta de valor, pues el hombre poseía un gran temple, sino temor de lo que representaba la muchedumbre, las grandes masas incontrolables. Sartine sabía muy bien que la ley del número pertenecía al pueblo. Este lo ignoraba, pero un día contaría y se daría cuenta de que era así. Sartine odiaba a la muchedumbre porque lo tenía bajo control, excepto a ella.

La muchedumbre, pensaba Volnay, es como el agua. Nada la detenía cuando cedía el dique. ¿Y qué era, al final, el dique? ¿Unos miles de hombres uniformados, ellos mismos hijos del pueblo? La muchedumbre no era consciente de su fuerza, ni tenía dirección.

«Un día, yo o algún otro la prenderemos como una antorcha y la lanzaremos contra la monarquía».

–¡No nos quedemos aquí!

La voz seca y cortante de Sartine devolvió a Volnay a la realidad. Una piedra acababa de romper ya un cristal y rodaba por la habitación. El pueblo había distinguido la peluca y el rostro empolvado y maquillado del lugarteniente general de policía.

Bajaron precipitadamente la escalera y se metieron en el coche bajo una lluvia de piedras. Los arqueros de la patrulla, desbordados, retrocedían desordenadamente.

–¡Mantened las posiciones! –gritó el oficial–. ¡Mantened las posiciones!

Una piedra lanzada certeramente le hizo callar. Aquello dio pie a la desbandada. Varios

arqueros dispararon.

Volnay maldijo.

–¡Vamos! ¡Vamos! –le ordenó Sartine al cochero.

Este hizo restallar el látigo y vociferó de forma brutal detrás de los caballos. Gritos de miedo y rabia se elevaron entre la multitud. El coche dio un bote antes de ser zarandeado. Volnay comprendió que acababan de pasar por encima de un cuerpo humano. Unas manos aparecieron en la portezuela del carruaje y luego una cara. Sartine golpeó en la frente al hombre, que se soltó. En su lado, Volnay vio a un asaltante meter el busto en el coche. Tenía un cuchillo en la mano. El comisario de las muertes extrañas sacó la pistola.

–¡Disparad! –gritó Sartine.

El dedo de Volnay se agarrotó en el gatillo.

–¡Disparad!

El hombre lo contemplaba como alelado, apuntando con el cuchillo en su dirección. En ese momento, el coche cogió velocidad y giró bruscamente, haciendo que el hombre perdiera el equilibrio y cayera.

–¿De qué os sirve llevar un arma si no la utilizáis? –le echó en cara Sartine, disgustado.

Volnay guardó tranquilamente la pistola.

–No había necesidad de hacerlo.

El lugarteniente general de policía, tras mascullar algo, se encerró en un mutismo hosco del que no salió hasta que se hubieron alejado del barrio.

–Nuestros hombres van a regresar al Châtelet, esperemos que la muchedumbre no los acompañe.

Volnay esbozó una sonrisa sombría.

«Un día, el pueblo no se conformará con perseguirlos hasta su cuartel, sino que entrará en Versalles».

–¿Os divierte esto, Volnay? –gruñó Sartine–. ¡Esperáis ver un día nuestros cuerpos patear en un poste! ¿De verdad creéis que no sé cuáles son vuestras convicciones?

El comisario de las muertes extrañas no respondió. Sartine sabía demasiadas cosas sobre su pasado para darle gato por liebre. Eso, además, le daba poder sobre él. Esa circunstancia y su eficiencia en las investigaciones explicaban que un servidor del Estado tan celoso como Sartine mantuviera en sus ocupaciones a un opositor secreto del régimen monárquico.

–Yo no deseo la muerte de nadie –dijo en voz baja Volnay–. Y quisiera resolver este caso. La prostituta, el sacerdote renegado... Nos faltan todavía tres participantes, ¡y a esos me gustaría cogerlos vivos!

–El fiscal Siltieri no tardará en identificarlos entre todos los descreídos que ha mandado detener.

Volnay negó con la cabeza.

–No lo creo. Las tres personas que asistieron a la misa negra debían de ser las que la encargaron. Son gente de un nivel y una condición diferentes de los desdichados que van a sufrir tortura. Yo hablé con la Voraz y puedo aseguraros que no tenía ni la imaginación ni la inteligencia necesarias para tal cosa. Pero el fiscal Siltieri es un fanático de mente

estrecha. ¡Ha pillado a unos pobres bribones que estaban donde no debían en el peor momento posible y cree que le ha tocado el haba del roscón! Va a someterlos a la cuestión de tormento y a hacerles confesar todos los crímenes que quiera. Postquam depositus fuit de tormento. ¡Confesiones hechas a fuerza de tortura, como diría el monje!

Sartine sacó el rapé, pero el traqueteo del coche sobre los adoquines le impidió introducir el tabaco en las fosas nasales sin hacer un estropicio. Con un gesto irritado, se sacudió la ropa sembrada de polvo.

–Si fuerais más rápido, no tendríamos a Siltieri encima –masculló el lugarteniente general de policía–. ¿Qué vamos a hacer ahora?

–¿Y si pasáramos por casa del monje? –propuso Volnay.

Para su sorpresa, Sartine aceptó.

El monje los contempló con mirada satisfecha. Dada su faceta de comediante, no le desagradaba tener como público a una autoridad tan alta como el lugarteniente general de policía. Puesto que Helena se hallaba ausente, la presencia inesperada de Sartine lo llenaba de contento.

–He procedido a desvestir el cuerpo –comenzó en un tono docto– y he observado la presencia de importantes equimosis. El hombre se ha defendido, y ha sido algo reciente, pues el color de las equimosis es rojo vivo el primer día. –Frunció delicadamente el entrecejo antes de proseguir–: El ahorcamiento produce una presión que provoca una compresión del cuello, lo que impide a los vasos llevar la sangre al cerebro y a la tráquea. Por último, los músculos del cuello se ven afectados por la caída, pero la altura de esta ha sido escasa, por lo que me han dicho los agentes de la patrulla. He observado que hay marcas de estrangulamiento, pero están situadas mucho más abajo de lo que lo estarían en caso de ahorcamiento. Además, las marcas no son las que deja una cuerda, son más anchas, probablemente de una media o algo de ese tipo... En cualquier caso, un material más flexible que la cuerda...

–¿No ha podido ser estrangulado con las manos? –preguntó Sartine.

El monje se volvió hacia él con los ojos brillantes.

–¡Interesante pregunta, señor lugarteniente general de policía! Pero la respuesta es negativa, pues el estrangulamiento por vía manual exige más presión y, en consecuencia, las marcas serían mucho más claras y los daños musculares más importantes. Eso por no hablar del estado de la garganta...

–No es necesario –se apresuró a decir Sartine–. ¿Afirmáis, entonces, que el cura danzarín fue estrangulado con una media y después colgado de un gancho para hacer pensar en un suicidio?

–Yo no afirmo, idemuestro! Ah, ¿qué es esto?

El monje abrió con precaución la bolsita que el cura danzarín llevaba alrededor del cuello.

–Sal... Se lleva alrededor del cuello como prevención contra el maligno. El cura danzarín debía de temer que el diablo se lo llevara consigo después de invocarlo...

El lugarteniente general de policía se volvió hacia Volnay.

–¿Habrán matado los participantes a sus cómplices porque sabían que los habíamos

localizado?

El comisario de las muertes extrañas se encogió ligeramente de hombros.

–Quizá lo habrían hecho de todas formas. Estoy convencido de que la prostituta y el cura no eran más que peones en su juego, simples instrumentos para respetar un ritual. Una vez ejecutado este, ya no los necesitaban para nada.

–¿Pensáis que quienes encargaron esa misa son de más noble condición?

Volnay descifró la pregunta muda de Sartine: ¿podría estar implicada la corte? Si tal era el caso, el partido devoto se frotaría las manos, pues eso le permitiría asestar un golpe a todos los que no compartían sus opiniones.

–No me imagino a la corte de Versalles involucrada en este crimen –dijo el comisario de las muertes extrañas.

–Haces mal –intervino el monje, para desesperación de su hijo–. Los grandes de este mundo acuden a las adivinatoras y los echadores de cartas. Compran pociones mágicas y runas. Y es de dominio público que la condesa de Polignac recurría a buscadores de tesoros. En cuanto al duque de...

–Hablamos de un crimen –lo cortó sin miramientos Volnay–. Y existen suficientes capillas privadas en los castillos y las mansiones particulares para evitar que los grandes de este mundo se ensucien las botas por la noche en cementerios helados. –Dejó escapar una sonrisa sarcástica–. A menos que nuestro amigo Siltieri descubra que el vendedor de velas surtía de cirios negros a algún señor...

Sartine exhaló un suspiro irritado, pero su atención fue atraída por el monje.

–Veamos qué llevas en los bolsillos –decía este último dirigiéndose al cadáver. El monje enumeró uno a uno los objetos encontrados en el cuerpo–: Un pañuelo, una llave, una tabaquera de madera..., oh...

Tenía entre los dedos un anillo con un ojo engastado.

–Qué horror... –dijo Sartine, frunciendo la nariz con asco.

–No temáis –lo tranquilizó el monje–, debe de ser un ojo de comadreja. Es un amuleto que actúa como protección si os hacen un maleficio para anudaros la agujeta. ¡Es algo siempre molesto para los hombres! –Rio antes de reanudar la enumeración–: Un almanaque, un par de dados, un cuchillo, un billete de lotería y una inscripción en latín en un...

–¡Dejadme ver! –dijo Sartine, que alargó la cara al leer–: Contra me ad incarte cla, a filii a Eniol, Lieber, Braya, Braguesca... ¿Qué es esto?

–Una fórmula mágica para ganar a los dados –explicó el monje–. Ya se vendían cuando yo tenía veinte años y os confirmo que no funcionan en absoluto.

Una tos que pareció desgarrarle el pecho lo interrumpió.

–Perdonadme –le dijo al lugarteniente general de policía–, ¿tendréis la amabilidad de pasarme el vaso de agua que está detrás de vos?

Mientras el otro se volvía, el monje escondió rápidamente bajo el hábito una hoja de papel doblada. Volnay lo miró fijamente, pero no dijo nada.

–No hay ningún vaso detrás de mí –dijo secamente Sartine, y lo miró de nuevo a la cara con aire enojado.

–Ah, perdón –dijo el monje–, es esta maldita fiebre. La botella está a tu lado, hijo. Si

tienes la amabilidad...

Volnay le sirvió un vaso que su padre bebió con avidez.

–Decíamos, pues –continuó después de haberse secado los labios con la manga–, un cuchillo, un recibo de alquiler y dinero. –Contó minuciosamente–. Tres libras y doce sueldos, para ser exactos.

Sartine cruzó los brazos y los contempló con cara de pocos amigos.

–Todo esto no nos lleva a ninguna parte. Siltieri va a hacer que sometan a la cuestión de tormento a esa pareja y conseguirá que den nombres...

–Estoy más que seguro de que, bajo tortura, hablarán –dijo Volnay con calma–, pero no creo que sepan gran cosa. Fabricaban cirios negros para el cura danzarín, pero solo él sabía dónde entregarlos...

Se interrumpió. Por encima de su cabeza se oía un aullido que helaba la sangre. Sartine se estremeció.

–¿Quién grita con esa desesperación?

–No es nada –se apresuró a responder el monje–. He recogido a un perro, pero a veces parece como si se volviera loco...

–¡Eso es de vivir bajo el mismo techo que vos! –replicó Sartine.

El monje torció el gesto, pero, con mucha sensatez, prefirió no contestar.

–Lo cierto es que estamos todos muy nerviosos –concluyó Volnay, conciliador.

Sartine miró con perplejidad al comisario de las muertes extrañas, cuya impasibilidad y calma eran legendarias.

–No nos habíamos enfrentado a un caso tan difícil desde hace mucho –añadió el monje–. Y esta víctima era una niña deliciosa, y tristísima...

–¿Cómo sabéis eso? –preguntó el lugarteniente general de policía.

–¡Porque me lo ha dicho ella!

Sartine lo miró como si se hubiera vuelto loco.

–¡Esta Sophia os ha hecho perder el juicio!

El monje le dirigió una mirada cómplice.

–Esa chiquilla se nos aparece a todos. ¡No descansará hasta que encontremos a su asesino!

–Así que vuestro hijo os ha contado nuestra conversación privada –constató Sartine, lanzando una mirada de enojo a Volnay.

–Oh, no hay nada de malo en ello –dijo el monje–. Como tampoco lo hay en soñar. Desde la Antigüedad, los hombres intentan encontrar una explicación a sus sueños. Artemidoro de Éfeso contaba ya montones de cosas interesantísimas al respecto. Al parecer, en Babilonia los sacerdotes soñaban con el Sol, señor de la visión, e iban al templo de los sueños para descifrarlos.

–Todo eso no lo convierte en una ciencia –señaló el lugarteniente general de policía en un tono acerbo.

–Os equivocáis, la oniromancia es la ciencia de la adivinación a través de los sueños. Nos corresponde a cada uno descifrar la revelación ambigua de estos y convertirnos en intérpretes de nuestros sueños.

Sartine lo contempló con un aire sarcástico.

–No me digáis que un espíritu tan racional como el vuestro se ocupa de esas pamplinas.
–¡Mi espíritu racional, como vos decís, se interesa por todo cuanto está inexplicado!

Una vez cerrada la puerta de la casa tras el lugarteniente general de policía, Volnay le preguntó con impaciencia a su padre:

–Bueno, ¿qué has escondido para que no lo viera Sartine?

El monje sonrió astutamente.

–¿Te has fijado en mi presencia de ánimo? El vaso de agua, Sartine vuelve la cabeza y... ¡hop!

Parecía un niño presumiendo de haber gastado una broma con éxito. Volnay meneó la cabeza, aterrado por las gracias de su padre.

–Ha sido una imprudencia. Si Sartine se hubiera dado cuenta, no quiero ni imaginar las consecuencias... Sabes que no nos tiene mucho aprecio y que con él estamos siempre en el filo de la navaja...

–Es posible, pero prefiero que esta investigación avance sin interferencias exteriores. Ah, sí, queda asado de cerdo, si quieres un poco. Helena y yo no te hemos esperado para hacerle los honores...

–No tengo hambre.

–Como quieras.

El monje desdobló cuidadosamente la hoja y la acercó al fuego.

–Mi vista ya no es lo que era, hijo mío. ¿Puedes darme esa lupa que está encima del escritorio?

Volnay obedeció.

–¡Ah! –dijo el monje con tono triunfal–. Una lista de entregas de los cirios con los nombres de las calles y las fechas. ¡Me encanta la gente ordenada!

Su hijo se acercó y leyó por encima de su hombro.

–Tres direcciones nada más en las últimas semanas –observó–. ¡El comercio no es tan lucrativo como antes!

–¡Y la primera calle que aparece es Canettes, donde reside nuestro astrólogo! ¡Dios mío, el cura danzarín surtía de cirios negros al padre de la víctima!

–La coincidencia es inquietante, pero no saquemos conclusiones apresuradas –dijo Volnay–. En esa calle viven cientos de personas.

–La segunda dirección corresponde a un barrio de Versailles. ¡A Sartine no le gustaría esto! Como no especifica el sitio, ¡es como buscar una aguja en un pajar! Pero, bueno, ¡es Versailles! –Acercó más los ojos a la lupa–. La tercera dirección es el Palacio Real, sin otra indicación. Debe de ser un lugar de cita...

El comisario de las muertes extrañas examinó el papel y se lo devolvió a su padre. Cruzó a continuación los brazos sobre el pecho y dejó vagar su pensamiento lejos de allí. Cuando habló, su tono era firme y decidido.

–Mañana por la mañana iremos a interrogar sin contemplaciones al astrólogo. Llevaremos a unos arqueros de la patrulla para que registren la casa. ¡En este asunto tengo desde el principio la desagradable sensación de pasar al lado de algo evidente!

–Eso ocurre con frecuencia –explicó su padre–. Una parte de tu mente ha descubierto

algo de la solución, pero tu mente consciente no quiere oír hablar de ello por razones diversas y variadas. Así luchan en nosotros el que cree saber y el que sabe.

La expresión del comisario de las muertes extrañas era indescifrable, pero un ligero movimiento de hombros indicaba su incredulidad ante las osadas tesis de su padre. Por un instante reinó el silencio, hasta que un leño, al consumirse, se desmoronó en el hogar y los sobresaltó a ambos. El monje se agachó para atizar el fuego y añadir leña. Al levantarse, asió de la muñeca a su hijo y bajó la voz.

—No le he dicho nada a nuestro superior, pero ha surgido otro misterio. —Se humedeció nerviosamente los labios antes de continuar—. Mientras bajaban al primer sótano el cadáver del cura danzarín, me dirigí al segundo a buscar mi instrumental. Ahí había trasladado el cuerpo del guarda del cementerio para salarlo a fin de que no olierá. Mi enfermedad me impidió realizar esa tarea. Resumiendo, bajé al segundo sótano y..., oh sorpresa..., ya no había cadáver.

Volnay dio un respingo.

—¿Lo sabe Helena?

—Sí. La he enviado a ver al comisario de barrio para que denuncie... el robo. Un cadáver no es algo que pase inadvertido.

Con las manos tras la espalda, el comisario de las muertes extrañas se puso a andar de un lado a otro como para dar amplitud a sus pensamientos.

—¿Para qué se roba un cadáver? —preguntó, y se dispuso a responder él mismo a su pregunta—. Se roba para que no se reconozca la identidad de la víctima o para ocultar la causa de la muerte. Ahora bien, cualquier persona sensata debería pensar que a ese cadáver que está en el sótano del ayudante del comisario de las muertes extrañas se le ha practicado la autopsia y ha sido identificado.

El monje asintió.

—Por supuesto, también se roban cadáveres para alimentar a los médicos que quieren progresar en materia de anatomía. Estos están dispuestos a pagar buenas sumas por ellos. ¡Pero para eso hay cementerios! Los desenterradores de cadáveres no se atreverían a entrar en mi sótano. Y además, ¿cómo podrían saber que ese cadáver se encontraba ahí?

—Están los hombres que vinieron a buscar el cadáver de Sophia —señaló Volnay—. Quizá vieron el otro cuerpo, pero no habrían podido llevárselo delante de ti.

El monje bajó la cabeza.

—¿No los acompañaste? —preguntó, atónito, su hijo.

—No tenía valor para ver el cuerpo de esa pequeña, y además, sabes perfectamente que estaba enfermo y en cama. Ellos se ocuparon de todo: lavarla, vestirla y meterla en el ataúd.

—¿Y los dejaste solos en tu laboratorio? ¡Tú!

Su padre se encogió de hombros.

—Trabajan para mí desde hace dos años. Conocen mi laboratorio y se guardarían mucho de tocar nada porque me conocen y me temen.

—Qué raro —dijo el policía frunciendo los ojos—. Tiene que haber una explicación lógica. ¡Algo que no se nos ocurre!

–A lo mejor no han robado nada –murmuró, pensativo, el monje–. Esto podría ser cosa del diablo, pero Sophia tenía un corazón puro. Es posible, después de todo, que se haya convertido en un ángel y que su cuerpo haya desaparecido.

Volnay lo miró preocupado, pero se calló. Llevado por la costumbre, inspeccionó el lugar, como si se tratara del escenario de un crimen, antes de menear la cabeza.

–Una misa negra en un cementerio ya es de por sí algo desacostumbrado. Una niña desnuda que aparece muerta sobre una lápida y que atormenta los espíritus de los vivos, el guarda del cementerio al que asesinan y cuyo cuerpo desaparece... Decididamente, todo esto se sale de lo normal. –El comisario de las muertes extrañas reflexionó antes de continuar–: El guarda del cementerio no fue estrangulado realmente...

–Sí –contestó raudamente el monje–. Como dije, lo privaron de aire mediante compresiones sucesivas para no dejar marcas...

El joven frunció el entrecejo.

–A Sophia no la mataron así. Las marcas en su cuello eran poco pronunciadas. Por lo demás, con tus reparos a practicarle la autopsia, no realizaste las averiguaciones necesarias. No sabemos si murió de frío o por estrangulamiento.

–Es verdad –dijo el monje, atribulado–. Es verdad...

–¿Y si el asesino no fuera el mismo? –preguntó Volnay.

Su padre entrecerró los ojos, tratando de adivinar los pensamientos de su hijo.

–¿Insinúas que dos hechos diferentes se produjeron aquella noche en aquel lugar?

–Tal vez. No olvides que la misa negra probablemente fue interrumpida. Pero ¿quién lo hizo? ¿A quién se le ocurre pasear solo de noche por un cementerio?

–Pues al guarda –dijo el monje.

Volnay se impacientó.

–Si a ese guarda no lo mataron los celebrantes de la misa negra, ¿quién, aparte de toda esa gente, puede merodear por un cementerio durante las horas de oscuridad?

El monje se dio una palmada en la frente.

–¿Cómo puedo haberme obcecado tanto, con lo inteligente que soy? ¡Pues claro! ¡Los desenterradores de cadáveres! Pero, por lo que nos dijeron, ellos no han matado a nadie!

–Eso es lo que les contaron a los esbirros del anatomista, a no ser que estos se inventaran esa historia para que los dejara irse.

–¿Quieres volver de noche al cementerio donde encontramos a Sophia? –preguntó su padre.

–Sin duda Sartine ha apostado allí a hombres suyos, y después de lo que ha pasado, creo que el lugar será evitado durante unos cuantos años. –Tras un momento de vacilación, añadió–: Supongo que Helena va a pasar aquí la noche.

–Dios mío, si quiere...

–¿Es que no tiene casa? –dijo, irritado, Volnay.

El monje abrió los brazos en un gesto de desesperación cómico.

–No somos íntimos...

–¡Pero a este paso no tardaréis mucho en serlo! Buenas noches, padre.

Volnay salió. Nevaba en medio de un silencio mágico. De pronto vio a Helena avanzar

hacia él por el callejón. El viento parecía luchar con los pliegues de su largo vestido, produciendo crujidos de seda. Daba la impresión de que había cierta languidez en sus gestos. Al verlo, sonrió.

–Helena...

La joven, temblando, se detuvo frente a él.

–¿No os quedáis?

–No. Mi padre os contará los últimos acontecimientos del día. Debo irme a casa para reflexionar en paz. ¡Tengo la sensación de no ver lo evidente!

Ella lo miró con curiosidad.

–¡No es propio de vos!

Unos copos de nieve se adherían a sus magníficos cabellos. Con un gesto delicado, Volnay los cogió como si fuesen flores.

–Sois muy atento –señaló ella.

–Y vos muy guapa.

La cogió por la cintura y la atrajo hacia sí. Recibió en la cara el aliento de Helena, que despertó en él recuerdos olvidados. Su boca encontró la de ella. La joven se dejó hacer, pero no le devolvió el beso.

–Perdonad –susurró–, pero prefiero a vuestro padre.

El policía dio un respingo y retrocedió, como si acabaran de abofetearlo.

Cuando Helena entró, encontró al monje con la frente apoyada en la ventana que daba al callejón.

–¿Qué hacéis delante de la ventana?

–Observo a las almas solitarias...

Volnay, abrumado, regresó a su casa a paso lento. Reavivó el fuego y sacó al pájaro de la jaula.

–Pues sí, cotorra, aunque no te lo creas, ¡he intentado besar a Helena!

El pájaro levantó la cabeza.

–Y no ha sido porque me atraiga –continuó el policía–. Desconfío de esa espía cuya presencia Sartine me ha impuesto. Simplemente he pensado que, si estaba entre mis brazos, dejaría de tomarse tantas confianzas con mi padre. –Se puso a alisar cuidadosamente el plumaje de la cotorra–. Pues bien, mis temores eran fundados, ¡anda detrás de mi padre! ¡Y tiene el descaro de decírmelo!

El resplandor de las llamas se reflejaba en el canto dorado de los libros. Lo contempló un instante y volvió a centrar su atención en el pájaro.

–Sin embargo, si, como sospecho, esa mujer es una aventurera, ¿por qué me ha hecho esa confesión? No lo entiendo.

–No lo entiendo –repitió la cotorra.

XII

El fuego y otras cosas del diablo

La luna no era sino un río de plata sobre los tejados. Cornevin, el comisario de barrio, se plantó delante de Volnay. Se había acercado demasiado al fuego. Su semblante había adquirido un color de piedra cocida, y sus cabellos, de ceniza.

–La casa empezó a arder después de medianoche. Vine enseguida y después pensé en avisaros.

–Habéis hecho bien –contestó Volnay.

El otro se volvió hacia las ruinas humeantes.

–La gente ha echado bolas de nieve al fuego mientras traían al lugar del incendio bombas arrastradas por caballos.

–¿Cómo ha prendido el fuego?

–¡Quién sabe! Hay muchos incendios en París. Una chimenea mal deshollinada, el viento que atiza, las estructuras de madera del inmueble... La nieve ha impedido que el fuego se extendiera a las casas contiguas.

Su atención fue atraída por una carreta que llegaba al paso prudente de un caballo de pelaje gris, abriendo grandes brechas en el suelo nevado.

–Ah –dijo el comisario de barrio–, ya está aquí...

–Sí, le avisé antes de venir –dijo Volnay.

Recordaba el beso que le había negado Helena y su confesión sobre su padre. Sus facciones se endurecieron. El monje bajó tranquilamente del vehículo y avanzó hacia ellos recitando:

*¡Ayer, siendo ya noche cerrada,
un gran fuego extendió sus llamas,
pero con cuidado y diligencia,
fue amortiguada su virulencia!*

–¡No me digas más! –dijo su hijo.

Contemplan en silencio las ruinas calcinadas, que despedían un suave calor.

–Voy a necesitar un poco de ayuda –dijo por fin el monje–. Tengo que sacar los cuerpos de la casa, si es que los hay.

–¿Para qué? –preguntó, perplejo, el comisario de barrio.

Volnay y su padre cruzaron una mirada cómplice.

–Para identificar a las víctimas –respondió el comisario de las muertes extrañas– y averiguar la causa de su muerte.

El comisario de barrio los miró, pasmado.

–¡Pero, si hay alguien, ha muerto quemado!

El monje rio con condescendencia.

–¡Ah, si todo fuera así de sencillo!

Y, sin más, se dirigió hacia los restos de la casa.

–Dadle unos hombres –dijo el comisario de las muertes extrañas– y vayamos a hacer algunas preguntas al vecindario para saber si han visto algo.

–Pero ¿para qué?

Volnay lo miró con severidad.

–¡Pues para hacer nuestro trabajo!

Al amanecer, Helena entró en el despacho de Sartine, en el Châtelet. Este estaba calentándose delante del fuego, que iluminaba su rostro con reflejos incendiarios bajo la peluca empolvada y rizada. La joven se quitó con naturalidad la capa de piel para dársela a un criado. Cuidaba sus visitas al lugarteniente general de policía y en esta ocasión se había puesto un bonito vestido de terciopelo rojo. La pieza del estómago, triangular, estaba adornada con cintas escalonadas. El corte y la tela subrayaban la redondez de sus pechos, ceñidos por el corsé. Unos volantes de precioso encaje remataban las mangas del vestido, totalmente cubierto de cintas y flores artificiales.

Un destello de interés apareció un instante en los ojos de Sartine, que recuperaron de inmediato su frialdad habitual.

–¿Ninguno de ellos sospecha de vos? –preguntó abruptamente.

–El monje no puede ser más encantador conmigo, pero Volnay desconfía de mí.

–No me sorprende. Mi comisario de las muertes extrañas no se deja manejar –dijo con una mezcla de despecho y orgullo–. En cuanto al monje –prosiguió con una mueca–, es un sabio comediante, siempre dispuesto a desplegar la cola como un pavo real delante de las mujeres guapas. Pero no lo subestiméis, su inteligencia es notable. En contrapartida, y ese es su punto débil, el orgullo que le producen sus capacidades es inconmensurable. No dejéis de halagarlo y os adorará.

–¡Sé cómo manejarlo, no os preocupéis!

Sartine asintió con la cabeza, satisfecho, y luego su mirada se ensombreció.

–Nuestro caballo de Troya está donde debe estar, muy bien, pero la prostituta y el cura danzarín están muertos, el padre de Sophia debe de haberse quemado con la casa... ¿Qué pista queda?

–Un hombre de comportamiento sospechoso durante el entierro de Sophia.

–Sí –gruñó Sartine–, otro al que Volnay ha dejado escapar. ¡Tiene a media docena de mis agentes buscándolo sin parar en el barrio donde lo perdió! Me pregunto si no sería más sensato echar mi red en el callejón de l'Or o en otros sitios de ese tipo y someter a la cuestión de tormento a todos esos nigromantes, alquimistas, echadores de cartas y vendedores de filtros. ¡Que se aguanten los honrados comerciantes, seguro que entre ellos hay uno o dos culpables!

–El resultado no estaría asegurado, pero no dudéis ni por un momento que todo París hablaría de ello. Mantened a vuestros investigadores. ¡No vendáis el caballo para comprar avena!

El lugarteniente general de policía la miró unos instantes en silencio.

–No es mi intención, como habréis notado. Helena, ya no sois una niña y conocéis los engranajes del poder. Me han impuesto al fiscal Siltieri. ¡Un hombre que está cerca de la Iglesia, pero lejos de Dios! Un hombre del partido devoto. Ese partido cuenta con el apoyo del Delfín, hijo del rey, y se opone al de la marquesa de Pompadour, cercana a los enciclopedistas. Para afianzarse ante el rey, los devotos quieren asustarlo con un escándalo sin precedentes protagonizado por herejes.

Sartine se calló. La personalidad atormentada y morbosa del rey lo asustaba secretamente. Convencido de ser monarca por derecho divino y habiendo enraizado en él un miedo terrible a la muerte y la justicia divina, era, no obstante, incapaz de resistirse a sus pulsiones y sus vicios. Solo el goce del momento le interesaba. Una vez pasado este, se convertía de nuevo en un pelele sin alma en manos de la Iglesia. En cuanto a la favorita, la marquesa de Pompadour, aislada y ocupada en contraatacar a los devotos con el clan filosófico, se apagaba poco a poco, devorada por el cansancio y la enfermedad.

–Mi situación es extremadamente complicada –prosiguió el policía con una voz tensa que era inusual en él–. ¡Me veo en la doble obligación de tapar este asunto y de resolverlo! ¡El fiscal Siltieri, en cambio, tiene por único objetivo hacer el máximo ruido posible y enviar a la horca a cualquiera que pille con la mano dentro del saco, sea culpable o inocente! –Se sentó en el borde del escritorio y suspiró–. ¡Necesito un arresto y Volnay solo me trae cuerpos!

–Ha partido de nada y ha encontrado ya varias pistas –objetó Helena.

Sartine clavó en ella una mirada imperiosa.

–No vayáis a sucumbir a su encanto, no es eso lo que os pido. Volnay tiene una concepción de la justicia muy particular y le falla estrepitosamente el sentido de la jerarquía. Vos estáis con él y el monje para informarme de todo lo que me ocultan. Lo de ese perro, por ejemplo... ¿Qué razón podían tener para no mencionármelo?

–¡Quizá temían que lo sometierais a la cuestión de tormento!

Ante la impertinencia de su visitante, una rara sonrisa iluminó el rostro de Sartine antes de desaparecer con increíble rapidez, haciendo incluso dudar de su aparición.

–Resultados, ¿me oís? ¡Quiero resultados a toda costa! ¡Es posible que detrás de todo esto esté en juego la suerte política de Francia!

Fue a sentarse tras la mesa y empezó a tamborilear con los dedos sobre el tablero. Se le habían puesto los ojos vidriosos.

–Este asunto no puede ser más feo –murmuró–. ¡Y pensar que ha tenido que caer precisamente sobre Sophia!

La joven lo miró atentamente.

–¿Sabéis algo sobre su nacimiento que yo ignoro?

Sartine la miró sin decir palabra. Su mirada era dura e implacable.

–¿He dicho yo algo semejante? ¡Ateneos a los hechos y no forméis hipótesis!

El monje había encendido las velas en el sótano y se frotaba las manos para calentárselas. Ante él, una masa informe y negruzca yacía sobre una mesa.

–Bueno, ¿qué? –preguntó el comisario de las muertes extrañas.

–Dos cuerpos. Una mujer y un hombre. Están completamente carbonizados, pero el cuerpo femenino podría muy bien ser el de la sirvienta; en cuanto al cuerpo masculino, tiene la misma estatura que nuestro astrólogo. Además, mira su mano. Me fijé en ese enorme anillo con un rubí cuando le hicimos la primera visita. Lo lleva, así que es él.

Volnay frunció el entrecejo y miró fijamente el cadáver del astrónomo.

–¿Qué pasa?

El comisario de las muertes extrañas se encogió de hombros.

–No lo sé. Tengo una sensación rara, pero no sabría decir de qué se trata. Esa piedra...

–Seguramente es de gran valor. Cada piedra tiene sus particularidades. Dicen que el rubí da perseverancia a los indecisos...

Mientras daba unos pasos por el sótano, el comisario de las muertes extrañas acariciaba un alambique con la yema de un dedo, ordenaba sin darse cuenta lo que le parecía que estaba desordenado encima de la mesa...

–Deja de tocar mis cosas –dijo el monje–. ¡Sabes perfectamente que me horroriza!

–¡Tú y tus manías con el orden! –refunfuñó Volnay. Perdido en sus reflexiones, se volvió hacia su padre–. Todo se complica –dijo–. Una niña asesinada, el guarda del cementerio estrangulado, la prostituta que se desnuda y nuestro cura danzarán que se balancea en el extremo de una cuerda –recapituló–. Añadamos dos cadáveres quemados..., el astrólogo y su sirvienta...

–No he encontrado ningún rastro de violencia en estos cadáveres –dijo su padre–. En fin, teniendo en cuenta su estado... –Señaló con un gesto de repugnancia los restos carbonizados–. ¡Estoy acostumbrado a que estén menos... estropeados!

En la puerta de la iglesia de Saint-Sulpice, un temblor sacudió de arriba abajo el cuerpo de Helena. Se detuvo y esperó a que se le pasara, cerrando los ojos para calmar los latidos desacompañados de su corazón. Un quedo lamento la sobrecogió, no obstante, cuando penetró en el lugar sagrado. Este no le resultaba ni agradable ni familiar. Le gustaba tan poco el Cristo que se retorció en la cruz como los santos de las vidrieras que agonizaban entre atroces sufrimientos.

Sus pasos resonaron lúgubrementemente sobre las baldosas frías. A la luz trémula de los cirios que se consumían, se dirigió hacia un rincón de la iglesia donde bancos y sillas estaban dispuestos unos frente a otros. En el centro, en un asiento más elevado, destacaba el cura, que hacía repetir el catecismo a unos niños.

Helena esperó pacientemente a que terminara. Cada vez más intrigado por su presencia, discreta pero atenta, el cura le dirigía miradas curiosas. Cuando la vio coger una bolsa que parecía llena de dinero contante y sonante, terminó rápidamente y despidió con un gesto a los niños que lo escuchaban en actitud grave y de recogimiento. Con aire devoto, el cura se acercó a ella. Había llegado a esa edad intermedia en la que, a falta de ejercicio y de la higiene de una vida controlada, los músculos dejan paso a las carnes antes de transformarse definitivamente en grasa. Era, no obstante, un hombre sagaz. Helena sabía que había montado en su parroquia una fábrica de muselina.

–Señora, soy el cura párroco, ¿puedo hacer algo por vos?

La visitante exhibió su sonrisa más bella esforzándose en no mirarlo de frente, pues,

debido a que tenía los ojos muy juntos, no sabía muy bien cómo sostener su mirada.

–Podéis. ¿Sería posible que habláramos en privado?

Con un gesto, él la invitó a acompañarla a la sacristía. Una vez allí, ella le enseñó la carta de recomendación de Sartine, cosa que le impresionó hondamente.

–Os agradezco que me recibáis habiendo venido de improviso, padre –dijo Helena, guardando la carta.

–Por Dios, señora, contáis con títulos de recomendación que obligan... ¡Figuraos! ¡El lugarteniente general de policía en persona! Ha trabajado mucho en nuestra ciudad para su aprovisionamiento y el comercio de grano. Eso sin mencionar la seguridad pública. ¿Qué puedo hacer para serviros?

Helena ocultaba tras una máscara amable extraños pensamientos. El comentario anodino de Sartine la había alertado: «¡Y pensar que ha tenido que caer precisamente sobre Sophia!». Y la agresividad del lugarteniente general de policía cuando ella le había preguntado por el nacimiento de Sophia le confirmaba su sospecha. ¡Le ocultaban algo!

–Deseo alguna información sobre la familia Marly –dijo en un tono neutro–. Ya sabéis, el astrólogo de la calle Canettes...

–El señor Marly, sí, ya sé. Se habla un poco de él en el barrio... –El cura soltó un resoplido desdeñoso–. ¡Recurrir a las estrellas para predecir el futuro! ¡Como imaginará, a un hombre así no lo veo en misa!

–¿Lleva mala vida?

–No, que yo sepa –respondió el cura, levantando una ceja–. Se mantiene al margen tanto de las diversiones mundanas como de la misa. Pero la astrología... –Se santiguó–. ¡Pretender conocer la suerte de los mortales contemplando las estrellas es blasfemo! Nuestra suerte solo está en manos de Dios. –Su boca hizo un mohín sarcástico–. Pero, por desgracia, vivimos en un siglo de superstición. Todavía hay padres que me traen a su hijo a bautizar con un trozo de pan negro alrededor del cuello para alejar la mala suerte.

–La que me interesa es sobre todo la hija del astrólogo –precisó Helena–. Sé que las parroquias llevan admirablemente sus archivos –prosiguió, adoptando un aire zalamero–. El señor Marly ha vivido siempre en el barrio y sé la fecha de nacimiento de su hija. Quisiera comprobar si fue inscrita en vuestra parroquia cuando nació o cuando la bautizaron.

–¡No puedo negaros nada! –dijo con empalago el eclesiástico–. ¿Cuál es la fecha de nacimiento?

–El doce de enero de mil setecientos cuarenta y siete.

–Voy a buscar en nuestros archivos de los registros parroquiales.

–Estoy segura de que todo está consignado ahí.

Una sonrisa de suficiencia iluminó el rostro del cura.

–Señora, los archivos parroquiales son, junto con los registros de las comisarías de policía, lo que se lleva con más rigor en Francia. ¡Dentro de tres siglos aún se podrá leer en ellos toda la historia de nuestro país!

El cura regresó veinte minutos después con un volumen encuadernado en piel negra.

–Perdonadme. El libro estaba perfectamente archivado, pero el lugar era de difícil acceso. –Con el reverso de la manga, quitó el polvo–. Hummm..., el año mil setecientos

cuarenta y siete... Enero, me habéis dicho... ¡Así que no tenía doce años cuando murió esa pobre niña!

—¿Cómo sabéis eso?

El eclesiástico le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Ignoráis que en un barrio todo se sabe? —Se mojó el índice y el pulgar antes de empezar a pasar las páginas—. Enero..., aquí está... —Leyó, siguió avanzando con el entrecejo fruncido—. No, no figura. Voy a mirar por seguridad el mes de febrero.

Helena esperó pacientemente, viendo aparecer poco a poco la decepción en el rostro de su interlocutor.

—No, no está, pero quizá fue inscrita en otra parroquia. Yo estaba aquí en esa época, pero no la recuerdo. —Se rascó una mejilla, pensativo—. Entonces Marly no era astrólogo. Asombrosamente, era maestro joyero.

Helena frunció delicadamente las cejas. Recordaba el enorme y raro rubí montado en el anillo que llevaba el astrólogo.

—¿Maestro joyero? —repitió para señalar su interés y animarlo a continuar.

—Sí, se casó con una mujer que era sirvienta de una persona de calidad de la corte. Creo que fue a la muerte de su esposa, dos años después de la llegada al mundo de su hija, cuando vendió el negocio para consagrarse a las estrellas. La pena, probablemente, y sin duda una pizca de locura...

—La niña, entonces, perdió a su madre siendo muy pequeña.

—En efecto.

—¿Y no fue inscrita y bautizada en vuestra parroquia?

—No.

Helena se inclinó un poco hacia delante y la mirada del cura rozó su pecho antes de refugiarse en sus ojos.

—Decidme, padre, ¿sabéis a qué persona de calidad servía la madre de Sophia?

Su interlocutor se rebulló, nervioso.

—¡Dios todopoderoso! ¿Creéis acaso que en los barrios de París sabemos lo que sucede en la corte de Versalles?

La joven se encogió indolentemente de hombros.

—¡A fe que sí!

Puso una bolsa sobre la mesa. Los escudos tintinearón con un ruido metálico que hizo dar un respingo al cura.

—Me gustaría hacer un donativo para los pobres de vuestra parroquia —dijo, pero mantuvo los dedos apretados en torno a la bolsa.

El cura se aclaró la garganta, incómodo.

—Señora, me ponéis en una situación delicada...

—¡Dios confía en vuestro criterio!

El hombre se retorció las manos. Pese al frío que hacía en la habitación, una gota de sudor resbaló por su sien. Helena contempló el surco húmedo que había dejado. Era el del miedo.

—¿Esto quedará entre nosotros?

—Os lo juro por Jesucristo —respondió ella en un tono uniforme.

–No eran más que rumores...

–Por supuesto.

El cura bajó más la voz y, cuando habló, esta se había vuelto casi inaudible.

–Era una bailarina de la Ópera, en la época todo París estaba a sus pies. La llamaban Ángel Bello.

Habían subido del sótano. Mientras su hijo cargaba la chimenea de gruesos leños, el monje desplegabá con precaución una manta que contenía sus descubrimientos de la noche.

–Hurgando en los escombros con el comisario de barrio, he encontrado este libro. Estaba en una hornacina de piedra que lo ha protegido. Solo se ha estropeado la cubierta. –Sus ojos brillaban de placer mientras acariciaba las páginas con la yema de los dedos–. Este libro no ha ardido. ¡Una suerte, porque da algunas recetas para inflamar los sentidos de la amada! –Empezó a hojearlo con un placer evidente–. Esta receta es un poco complicada, ya que exige calentar excrementos de cocodrilo y de antílope, bilis de macho cabrío salvaje..., en fin, no sigo. ¡Me costaría bastante encontrar todo eso! Esta me parece más asequible, pero aun así requiere los cabellos de un muerto, semillas de cebada enterradas en su tumba, sangre de garrapata de un perro negro... No, realmente... Ah, mira esto para recuperar el vigor: «Frótate el miembro con espuma de la boca de un semental...». –Levantó la cabeza para encontrarse bajo la mirada inquisidora de su hijo–. Naturalmente, yo no necesito todo esto –se apresuró a añadir–. Me mantengo joven y muy vigoroso...

–Espero que no sea Helena quien te excita tanto –señaló fríamente Volnay.

El monje pestañeó brevemente.

–En nuestro registro de las ruinas –se apresuró a continuar–, el comisario de barrio ha encontrado también otro libro. Este estaba dentro de un cofrecillo de hierro, seguramente escondido en una pared. Debía de tener cierto valor para que lo escondieran tanto.

–¿Qué es esto? –preguntó su hijo señalando con un dedo inquisitorial la cubierta del libro.

–Sellos demoniacos: Lucifer, emperador; Belcebú, príncipe; y Astarot, gran duque de los Infiernos... Y este caballero que lleva lanza y cetro se llama Abigor. Está al mando de sesenta legiones de demonios y goza de gran prestigio entre los jefes guerreros por su ciencia militar. Y aquí está Bael, jefe guerrero con tres cabezas: de gato, de hombre y de sapo. Y aquí, Ayperos, el león con cabeza y patas de oca y cola de liebre. Y por último, con un halcón en la mano, Balam, rey de los Infiernos que lo sabe todo tanto del pasado como del futuro...

–Tus conocimientos de lo oculto nunca dejarán de asombrarme –dijo su hijo en un tono agridulce.

El monje, incómodo, se encogió indolentemente de hombros.

–¡Ya sabes que siento curiosidad por todo!

Volnay le lanzó una mirada impávida.

–Así que nuestro astrólogo se interesaba por las fuerzas del Infierno. ¿Sería él el instigador de la misa negra en la que pereció su hija?

–¡No necesariamente! –protestó el monje–. Uno también puede interesarse por Satán por curiosidad intelectual o incluso para combatirlo mejor...

–¿Y la sirvienta? No, yo la vi santiguarse al bostezar cuando llegamos a su casa. Y uno hace eso para impedir que el diablo entre por la boca y se apodere de tu alma. Pero el astrólogo... Quizá le compraba cirios negros a un hombre que participó en el asesinato de su hija y leía libros en honor de los demonios... Por cierto, ¿qué dice ese libro?

–Está en latín. Yo lo domino bastante, pero es una obra esotérica y complicada. Necesitaré tiempo para leerlo y comprenderlo. ¡No importa, porque, para acabar de recuperarme, tengo que quedarme en casa bien abrigado y beber tisanas!

–¡Con una joven y guapa enfermera! –completó muy serio su hijo.

La nieve caía en pequeños cristales blancos y fríos. Abofeteada por el cierzo, Helena tenía la cabeza hundida entre los hombros. Solo la levantó antes de pasar por la esquina de la calle Saint-Jacques. Unos transeúntes la empujaron sin pronunciar una palabra de disculpa porque se había parado de golpe. La sensación de una presencia detrás de ella la atenazaba. La joven se resistió a la tentación de volverse como había hecho ya varias veces sin resultado. La multitud se apiñaba, anónima, tiritando. Todas las caras se parecían, muchas expresando las mismas dificultades para vivir. Por un instante, titubeó. No era una persona quien la seguía, sino más bien una sombra..., algo fluido que traspasaba la masa compacta de la gente en la calle.

Helena tomó la calle de la Lanterne, donde encontró de nuevo la calma y el silencio amortiguado que producía la nieve. Allí se detuvo. Notaba el peso de una mirada en su espalda. Lentamente, se volvió. El corazón le dio un vuelco. Una luz lechosa bañaba ahora la calle, difuminando las formas de una irreal silueta endeble. ¡Era Sophia! Tenía un aire un poco perdido con sus vestiduras demasiado amplias, y sus grandes ojos tristes la miraban como si leyeran en su interior. Por un instante, el sol atravesó las nubes y Helena cerró los ojos, deslumbrada por la reverberación sobre la nieve. Cuando los abrió, Sophia había desaparecido.

Helena entró sin llamar. Volnay la miró, disgustado, y se disponía a hacer algún comentario cuando de pronto cambió de idea al ver su semblante ceniciento.

–¿Qué os sucede? ¡Se diría que acabáis de ver un fantasma!

La joven se apoyó en la puerta, con el pecho agitado.

–¡He visto a Sophia!

El monje se acercó precipitadamente a ella.

–¡Ah, vos también! –Se volvió hacia su hijo–. Conmigo y la camarera de la fonda, ya somos tres. ¿Vas a seguir tomándome por loco?

–Un momento –dijo Volnay, asiendo de un brazo a Helena–. ¿Dónde la habéis visto?

–En la calle, a dos pasos de aquí.

El policía salió corriendo y el monje suspiró.

–La reacción de mi hijo es perfectamente lógica y racional, pero sé que no lo llevará a ninguna parte. ¡Solo se ve a Sophia cuando ella quiere!

Al cabo de diez minutos, el regreso de Volnay le dio la razón.

–No hay nadie –dijo–. ¡Lo habéis soñado!

Helena le dirigió una mirada de complicidad al monje. Había aprendido a conocer los mecanismos intelectuales del comisario de las muertes extrañas, basados en la observación, la reflexión, el análisis y, por último, la síntesis. No había lugar para todo lo que entraba en el terreno de lo irreal. Para él, un hecho irracional significaba simplemente que la explicación era más difícil de encontrar.

–Habéis estado mucho tiempo ausente –observó el policía–. ¿Dónde estabais?

–En mi casa. ¡Necesitaba un buen baño!

Volnay olfateó el aire como si quisiera comprobar la veracidad de la respuesta y expresó su escepticismo levantando las cejas.

–¿Y dónde residís?

Un destello burlón atravesó la mirada de Helena.

–¿Estáis sometiéndome a un interrogatorio, comisario? Mi dirección no os incumbe en absoluto, a menos que tengáis la esperanza de hacerme una visita...

Volnay, molesto, apartó la mirada.

–¡Ni por asomo!

El recuerdo del beso robado a Helena lo atormentaba tanto como la actitud de la joven.

–¡Vamos, vamos! –dijo el monje en un tono conciliador–. ¡Dejad de pelearos!

Llamaron a la puerta. Un golpe tímido primero, repetido al poco con algo más de seguridad.

–¡Espero que no sea otra vez Sartine! –se quejó el monje.

Helena desplegó una sonrisa forzada.

–¡Para saberlo, lo mejor es abrir! –dijo secamente el comisario de las muertes extrañas.

Un extraño individuo hizo su aparición en el umbral de la casa. Tenía la cara redonda y risueña, la boca llena de dientes picados y un aliento que tumbaba de espaldas. Con un gesto amplio, saludó a Volnay y al monje, tras lo cual se inclinó casi hasta el suelo ante Helena llamándola Vuestra Gracia.

–Ah, uno de mis agentes –dijo el comisario de las muertes extrañas–. Pasad y acercaos al fuego para calentaros, Gaston, antes de contarme lo que os trae hasta aquí.

El hombre no se hizo de rogar y, después de haberse quitado los guantes, paseó encantado las manos por encima de las llamas.

–Ah, ¿qué estáis haciendo ahí? –preguntó, agachando la cabeza.

–Huevos a la brasa –respondió el monje–. Os daré uno si nos dais buenas noticias.

–¡Con mucho gusto, señor monje!

Pareció entonces descubrir la presencia del animal junto al fuego.

–¡Ah, ahora tenéis un perro! ¡Qué animal más bonito! –Se volvió hacia Volnay–. He pasado primero por vuestra casa, y, al no encontraros, he venido hasta aquí. ¡He tenido suerte de que no estéis en el Châtelet!

–¿Qué tenéis que decirme? –preguntó el comisario de las muertes extrañas, sirviéndole un vasito de aguardiente para que entrara en calor.

El agente vació este de un trago, se limpió la boca con el reverso de la mano y dio las gracias amablemente.

–He encontrado el rastro de vuestro hombre, el de la espada en el costado. Alto, rubio,

pelo de estopa, ancho de espaldas, aire brutal y cara picada de viruelas... Puede que existan otros, pero este responde punto por punto a vuestra descripción.

–¿Habéis averiguado dónde vive?

–Ay, comisario, por desgracia, no. He localizado al hombre en una taberna, pero al salir se ha ido a caballo. Por más que he corrido, lo he perdido enseguida.

El monje suspiró.

–He vuelto a la taberna para preguntar a la gente –prosiguió el agente– y he tenido que pagar unas rondas para animarlos a hablar. Por cierto, ahora que sale a la conversación este asunto, señor caballero, si pudierais hacer algo respecto a mis gastos... ¡Siempre tengo que esperar meses para recuperar el dinero!

Volnay asintió con la cabeza y sacó la bolsa.

–Aquí tenéis, de parte del señor de Sartine.

–Oh, comisario, sois muy generoso. ¡Muchas gracias! –Se guardó las monedas y reanudó su relato–: Bien, pues en esa taberna me he enterado de que el hombre es un cliente habitual. Va a beber solo o, a veces, con alguna prostituta del barrio. Así que me he permitido apostar a un hombre en la taberna día y noche. Y si pudiera contar con un pequeño adelanto, porque allí nos vemos obligados a consumir...

–¿Lo que os he dado no es suficiente?

–¡Diablos, comisario, para mí sí, pero no estoy yo solo! ¡Nos turnaremos cuatro para que no se nos escape vuestro hombre!

La mano de Volnay se hundió de nuevo en la bolsa.

–No bebáis demasiado –le aconsejó–. Mis agentes deben mantener todos los sentidos alerta.

–¡Vuestros agentes, comisario, tienen los ojos y los oídos bien abiertos y nada puede escapárseles! –dijo Gaston–. Antes de marcharme, ¿puedo comerme uno de esos huevos a la brasa? –preguntó lleno de esperanza.

XIII

La abadía y otras cosas del diablo

Una vez que Gaston se hubo marchado, compartieron con placer los últimos huevos a la brasa quemándose los dedos y los labios.

–Todavía nos queda mucho que hacer –dijo el monje, descorchando una botella–. Vais a probar este vino de Burdeos, un regalo de mis amigos libreros de Livorno, los Madison, unas personas desbordantes de ingenio. ¿Qué hacéis esta tarde, querida?

–Seguiré con mis indagaciones.

–Muy bien –dijo el monje en un tono un tanto contrariado–, nosotros seguiremos con las nuestras. Está claro que últimamente nos tenéis abandonados. ¡Voy a enfurruñarme!

En respuesta a su pataleta, ella le dirigió una sonrisa encantadora.

–Pero, por el momento –dijo el monje, recuperando la alegría–, tengo un divertido enigma que plantearos. ¿Recordáis que anoche os conté lo que habíamos encontrado en los bolsillos del cura danzarín? –Bebió un trago de vino e hizo chascar la lengua con aire apreciador–. Para mayor tranquilidad, registré después el forro de la chaqueta del cura danzarín y encontré otro papel cuidadosamente escondido en el que figuran dos direcciones: una es el muelle de la Mégisserie, sin más indicaciones, y la otra es sin duda un lugar que conocía nuestro cura danzarín, pero no yo. Vedlo vos misma: «la foca, o la roca, del invierno».

–¡Nunca he oído hablar de ese sitio! Enseñadme el papel.

Mientras el monje iba a buscarlo, ella se llevó la copa a los labios. Bebió otro sorbo examinando el papel, con sus bonitas cejas delicadamente fruncidas.

–Yo no leo lo mismo que vos –murmuró por fin–. Las letras están mal trazadas y no estoy segura de que nuestro cura danzarín domine la escritura a la perfección. Pero lo que yo leo es más bien «la boca del infierno».

El monje saltó bruscamente de la silla.

–¡La boca del infierno! ¡Pues claro! Ese es el nombre que le dan a una abadía abandonada que se encuentra a unas leguas de París. El padre abad era tan intransigente que, según cuentan, unos monjes se arrojaron al pozo por desesperación y después volvieron para atormentar a los vivos. Perseguido por los aparecidos, el abad se ahorcó. Los últimos monjes se apresuraron a marcharse y nadie se atrevió nunca más a ocupar el lugar, pues se oían por la noche gritos y gemidos. La gente no tardó en imaginar que los demonios habían tomado posesión de la abadía y ni siquiera los pastores de la zona se atrevieron a acercarse más. –El monje le lanzó a Helena una mirada cómplice–. ¿Os dan miedo los demonios, querida?

–En absoluto –respondió ella–, puesto que hay uno en cada hombre.

Para trasladarse hasta allí, habían decidido coger la carreta del monje. Al paso prudente pero seguro de su caballo, salieron de París y llegaron a las colinas de Petit-Montrouge. Tomaron después, en dirección a la Beauce, una carretera rodeada de molinos de viento con el tejado de tablillas sobre una estructura de madera. El monje, encantado, se puso lírico y declamó:

—«En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero: “La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra”».

Helena rio y se acurrucó a su lado para protegerse del frío. Instintivamente, el brazo del monje le rodeó los hombros. En un cruce, tomaron un camino sinuoso cuyo estado fue empeorando a medida que avanzaban. Invadido por la maleza, el camino que llevaba a la abadía estaba anegado de barro y nieve. Las zarzas arañaban las ruedas del vehículo y el flanco del caballo. Más allá, cubiertas por una capa de nieve, las ramas de los árboles formaban una bóveda inmaculada bajo la que se internaron.

Tras un recodo, vieron la cima de un palomar y después las ruinas grises de la abadía, devoradas por las malas hierbas y cubiertas por una capa de hiedra. Flores de escarcha decoraban el borde del tejado de la iglesia, coronado por un modesto campanario. El monje se levantó para examinar los alrededores.

—Bien, hijo mío, ¿y a ti tampoco te dan miedo los demonios?

Volnay se encogió de hombros.

—¡No más que los hombres!

El monje rio, pero se quedó callado cuando cruzaron la puerta de la abadía.

—¿Te has fijado en que hay canteras cerca? —le preguntó el policía a su padre—. Cuando sopla el viento con fuerza, el ruido debe de ser impresionante. Quizá vengan de ahí los ruidos y gemidos que la gente cree oír.

El monje se volvió hacia Helena con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Veis? Este es mi hijo: itiene una explicación racional para todo!

Volnay saltó al suelo y sacó la pistola.

—Seamos prudentes. Podríamos estar en una guarida de bandidos o contrabandistas. Eso podría explicar también —añadió, lanzándole una mirada irónica a su padre— la fama del lugar. ¡Un sitio donde hay aparecidos es un sitio seguro para quien se esconde del orden real!

El monje se encogió de hombros y bajó también. Después alargó los brazos para ayudar a Helena. Recibió sin estremecerse su cuerpo fresco contra el suyo y lo mantuvo así un instante más de lo necesario, mientras los cabellos de la joven movidos por el viento le azotaban el rostro.

—A ver, ¿dónde están esos demonios? —le preguntó alegremente ella.

—¡Probablemente han ido a ordeñar las vacas!

La abadía constaba de tres cuerpos bajos y anchos que se apoyaban como un gran

animal adormecido contra el flanco sur de la iglesia. Devorados por el moho, los batientes de la puerta de la iglesia todavía aguantaban, y se abrieron con un fuerte chirrido. Los pasos de los tres visitantes resonaron lúgubrementemente en la austera iglesia, cuyo transepto estaba flanqueado a ambos lados por sendas capillas. Las vidrieras que decoraban la fachada iluminaban débilmente el recinto desierto. La nave tenía ocho tramos, cuyas bóvedas descansaban sobre columnas fasciculadas. En el techo habían anidado pájaros que sembraban el suelo de inmundicias. Fueron hasta el altar mayor, más elevado, impresionados a su pesar por la soledad imponente del lugar.

Dos puertas daban al claustro, una de ellas en la cabecera de la nave. Avanzaron en silencio, conmovidos por la fría belleza de la piedra en la perspectiva nevada. Entre los contrafuertes, dos arcos reposaban graciosamente sobre unas columnillas esculpidas. En una cavidad practicada en la pared, el abad debía de poder hacer sus lecturas públicas antes del oficio de completas. La sala capitular no les reveló nada, de modo que se dirigieron hacia el refectorio, sin olvidar el monje darle la mano a Helena. La hoja de la puerta giró sin hacer ruido, como si estuviera bien engrasada. Pestañearon, tratando de adaptar su visión a la semioscuridad reinante. El monje sacó un mechero y encendió la antorcha que había llevado.

Dieron unos pasos. Cuando la puerta se cerró a su espalda, la llama de la antorcha vaciló y el monje se detuvo. Un soplo contrario les venía de frente, desde el pasaplatos excavado en la pared contigua a la cocina, y el humo de la antorcha les producía picor en los ojos y les irritaba la garganta. El monje levantó cuanto pudo la antorcha e iluminó la estructura de madera de castaño que cubría el refectorio. Fue entonces cuando vieron las pinturas.

—¿Cómo han podido convertir los restos de una abadía en un lugar tan sacrílego? —murmuró Volnay, escandalizado.

—En materia de magia negra —dijo el monje—, se utilizan muchos rituales cristianos desviándolos de su sentido inicial. En este caso, se trata de un lugar sagrado al que se desvía de su objeto. —Movié la antorcha ante sí—. Para saber contra quién lucháis, debéis conocer a vuestro adversario, pues, como sabéis, otro de los nombres de Satán es el Adversario.

Satisfecho de su juego de palabras, el monje hizo una breve pausa, como si esperara unos aplausos. Decepcionado al no recibirlos, prosiguió:

—Como Zeus contra los titanes, el gran Ra en Egipto contra los dragones y tantas otras divinidades, también Dios tuvo que combatir a los que se rebelaron contra él. Eran ángeles dominados por el orgullo, a cuya cabeza estaba Satán. Él los combatió con los ángeles que le fueron fieles y los arrojó a las profundidades del abismo, la gehena. «¡Hete aquí, caído del cielo, astro brillante, hijo de la aurora!».

Se hizo un largo silencio. Todos contemplaban como hipnotizados las pinturas demenciales.

—Eso no es todo —dijo quedamente el monje. Sus dedos corrieron a lo largo de las paredes mientras se desplazaba, conduciéndolos ante otro fresco—. La caída va acompañada de la metamorfosis —prosiguió—. Mirad estos ángeles tan bellos que se cubren de escamas, cuernos y colas ganchudas. Qué castigo para esas espléndidas

criaturas que ambicionaban elevarse e instalarse por encima de las montañas de Dios.

–Animales... –murmuró Helena con la voz quebrada.

–Siete animales –precisó el monje–. El león, por su orgullo desmesurado; el cerdo, por su glotonería; el asno, por su pereza; el mono, por su impudor; el lobo, por su ferocidad; el rinoceronte, por su cólera; y el dragón rojo, por su codicia. Benedicite omnes bestiae et pecora, Domino: «¡Bestias salvajes y rebaños, bendecid todos al Señor!».

La joven estaba pálida. El monje, aparentemente sin reparar en ello, los condujo a la pared siguiente.

–El diablo tiene todos los vicios..., ¡como el hombre! –dijo sin más.

Helena dejó escapar un lamento al ver las imágenes que representaban todas las perversiones de la humanidad en su más crudo horror.

–Esta es la obra del hombre –concluyó el monje–. ¡Este infierno que llamamos mundo! –Y añadió en un tono seco–: ¡A veces resulta más cómodo decir que es la del diablo!

A un soplo de aire siguió un golpe contra el suelo. Helena acababa de desmayarse.

La rata se detuvo de pronto en la oscuridad. Volvió la cabeza. El suelo era devorado por un resplandor anaranjado que parecía invadir el mundo, arrojando contra las paredes, revueltas, sombras monstruosas. Con un chillido, se apresuró a desaparecer en un agujero.

Empuñando la antorcha, el monje abría la marcha. El comisario de las muertes extrañas lo seguía llevando en brazos a Helena como si pesara menos que una pluma. La dejó en la entrada de la iglesia, junto a la puerta, por debajo de la cual se colaba un viento cortante. Volnay la arropó con la capa y el monje le dio unas palmadas en las mejillas hasta que recuperó un poco el color. Helena abrió los ojos y volvió a cerrarlos de inmediato. El monje le tendió un frasco a su hijo.

–Voy a levantarle la cabeza. Intenta meterle unas gotas de esto entre los labios. Es licor de azahar que hago yo mismo.

Su hijo le lanzó una mirada de reproche.

–Es solo para combatir el frío –añadió precipitadamente el monje.

Cogió delicadamente la nuca de la joven. Helena abrió de nuevo los ojos. El monje la contempló con aire grave. Ángel desconocido, había en sus ojos destellos del esplendor de los cielos.

–Bebed –dijo Volnay con una dulzura inesperada.

Ella lo hizo y tosió.

–¿Os encontraréis mejor? –preguntó el monje–. ¿Qué os ha pasado? –Meneó la cabeza y continuó–: ¡Sí, todas esas escenas diabólicas son impresionantes! –Con la barbilla, señaló el exterior–. ¿Puedes ir a buscar una manta a la carreta? –le dijo a su hijo–. Nos iremos cuando Helena se haya recuperado del mareo.

Volvió a dirigir la atención hacia la joven, preocupado por su tez blanca.

–No creí que fuerais tan sensible, perdonadme. ¿Qué os ha asustado tanto de esas pinturas?

–Yo –respondió ella con un hilo de voz. Se incorporó a medias para asirle la muñeca–. Ayudadme a rezar a Dios.

–No puedo –contestó el monje–, ya no creo en él.

XIV

Un ritual y otras cosas del diablo

Desde su última visita, una capa blanca se había abatido sobre la casa de la Dama del Agua. Desorientados, el comisario de las muertes extrañas y el monje contemplaron el lugar con el perro a su lado. Discreto por naturaleza, bajo la nieve el callejón de l'Or se había hundido en una guata algodonosa que sofocaba incluso la respiración de los raros transeúntes. El tiempo parecía haberse detenido, congelado en un envoltorio de cristal.

–Es una suerte que Helena no haya manifestado intención de acompañarnos –dijo Volnay acercándose a la entrada.

–De todas formas –dijo el monje–, yo solo te permito a ti visitar a mi buena amiga la Dama del Agua. ¡Y a Guau-guau, claro!

La primera observación pareció tranquilizar a Volnay. A todas luces le agradecía que todavía albergara cierta desconfianza hacia la joven, sobre todo por sus relaciones con Sartine. Su padre no debía de haber considerado necesario que el lugarteniente general de policía se enterara de la existencia de las extrañas y antiguas relaciones entre él y la Dama del Agua. Satisfecho, empujó la puerta.

El techo era alto, y en la lámpara unas velas arrojaban sombras lúgubres sobre el suelo y contra las paredes. La propietaria del lugar y sus dos visitantes se acercaron al fuego para calentarse, pues la temperatura era glacial en la habitación.

–¡Qué perro tan bonito! –exclamó la Dama del Agua al ver al animal que los acompañaba–. Voy a darle un hueso para roer.

–Hablando de huesos que roer –dijo el monje–, tenemos algo para vos.

–¿Libros mágicos y desenterradores de cadáveres? –dijo su anfitriona después de haberlos escuchado–. ¡Qué no me habréis pedido, querido monje!

–Todo eso es moneda corriente aquí –bromeó este mirando de reojo a su hijo, de semblante impasible, antes de abogar por su causa–. Necesitamos ayuda. Como ya os he explicado, nos hallamos en la linde de la noche. ¡Necesitamos un guía!

–¿Un guía o un confidente? Un soplón, como tan elegantemente decís vos...

El monje la cogió del brazo con solicitud.

–Sartine no esperará indefinidamente. Si no avanzamos en la investigación, el fiscal Siltieri mandará a sus hombres al callejón de l'Or y esos no harán ninguna distinción entre magia blanca y magia negra.

La Dama del Agua titubeó. Echó un puñado de hierbas sobre las ascuas y un humo acre se desprendió del hogar.

–Dicen que algunos magos desentierran cadáveres para preparar filtros o pociones –murmuró–, pero yo creo que son más los que presumen de hacerlo para dar seriedad a sus trucos que los que lo hacen realmente.

Lanzó una breve mirada a los dos libros que el monje había dejado en una mesa baja, cerca de donde ellos estaban.

–En cuanto a esas obras –dijo incómoda–, no sé si...

–Echadle un vistazo a esta –propuso el monje–. ¡Hay toda clase de recetas que a los clientes del callejón de l’Or les entusiasmarían!

La Dama del Agua cogió el primer libro que el monje le tendía y lo hojeó con desconfianza. Enseguida se relajó y un rictus irónico apareció en sus labios.

–Veamos –dijo con indulgencia– cómo anudar la agujeta: «Coged una verga de lobo muerto, pronunciad el nombre de aquel al que queréis anudar la agujeta y atad la verga con un hilo blanco. El hombre será entonces tan impotente para realizar el acto de Venus como si estuviera castrado». –Le lanzó una mirada penetrante al monje–. ¡Tiene gracia que el mundo entero parezca a veces girar en torno a la agujeta de los hombres! –Sus dedos largos y finos recorrieron las páginas para detenerse al azar–. ¡Ah, mirad, aquí dice cómo reparar la virginidad perdida o entregarse al desenfreno con vigor toda la noche! –Alzó los ojos al cielo y reanudó la lectura meneando la cabeza con aire consternado–. ¡Todo recetas de la abuela para halagar la virilidad del hombre!

Con un aire burlón, le devolvió el libro al monje.

–¿Esto es todo lo que tenéis que enseñarme? ¿Recetas para desflorar a las doncellas?

El monje fue a dejar el libro, sonriendo, y le llevó el otro volumen.

–¿Sabéis que es extremadamente fácil conocer los pasajes preferidos de un libro de este tipo? –preguntó–. Porque, cuando se abre siempre por el mismo lugar, queda la marca. Mirad, lo hojeo y se abre por aquí. Lo cierro, repito la operación y se abre por la misma página. Probad...

La Dama del Agua se acercó con prudencia. Alargó una mano vacilante por encima del libro abierto y la retiró súbitamente, como si acabaran de morderla.

–¡Magia negra! –dijo, retrocediendo. Un escalofrío la recorrió–. Una magia muy poderosa...

En un rincón de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, Volnay observaba la escena en silencio. Las facciones de su rostro eran inescrutables. La Dama del Agua se acercó de nuevo muy lentamente al libro. Por un instante, su mano pareció flotar en el aire como el ala de un ángel, sin sombra alguna. Después se deslizó hasta el libro y fue invadida por la oscuridad.

–Dios mío –susurró–, ¿dónde habéis caído? –Sobreponiéndose a la repugnancia, pasó las páginas hasta llegar a la que le señalaba el monje–. Es un ritual de hechicería –susurró con la voz estrangulada–. Un hechizo a través de la sangre...

–¡Decidnos más! –la urgió el monje.

–¡No! ¡Yo no leo esta clase de libros! ¡Por nada del mundo me atrevería a pronunciar esas fórmulas, ni siquiera para mis adentros! No sé dónde os habéis metido, pero estáis ante... –vaciló antes de terminar en un susurro– Satán.

El monje le rozó el brazo.

–¿Cómo se realiza el ritual?

–Hace falta un mechón de pelo –respondió ella a regañadientes– o un trozo de uña de la persona a la que se desea hechizar. Para los hechizos a través de la sangre, más

poderosos, es necesaria una gota de sangre de la persona o de su descendencia. Una figurita de cera o una muñeca de trapo representa al hechizado. La bautizan y le asignan padrino y madrina. Después la pinchan con una aguja recitando determinada fórmula.

La Dama del Agua se apartó del libro y volvió al centro de la habitación, contemplándolos con aire preocupado. Mantenía lejos del cuerpo la mano que había tocado el libro.

—¿Hay alguna manera de romper el hechizo? —preguntó el monje.

—El maleficio solo puede ser deshecho por el propio brujo, pero debe transferirlo forzosamente a otra persona. Es una regla esencial de la magia negra: lo que ha sido formado no puede ser destruido, solo transmitido. En caso contrario, el maleficio recaerá sobre él. Es lo que se llama el choque de rechazo.

La Dama del Agua se dirigió hacia una gran pila llena de agua clara.

—Necesito purificarme en contacto con el agua. Venid, la leeré para vos.

Se dirigía al policía. Este no se movió ni un milímetro. Se acordaba de una sesión anterior en la que había visto en esa misma agua un crimen que iba a cometerse.

—¿Tenéis miedo?

Esa pregunta decidió al comisario de las muertes extrañas, cuyo orgullo no aceptaba semejante sospecha, a acercarse a ella. Su anfitriona agitó el agua con la punta de los dedos y le dijo:

—No pronunciéis ninguna palabra inútil y sobre todo no os santigüéis.

—¡Ninguna de esas dos cosas forman parte de mis hábitos! —contestó fríamente Volnay.

Sonaban quince campanadas en el convento de los benedictinos cuando Helena llegó a casa del antiguo inspector de policía que le hacía de informador. Con sesenta años cumplidos, este residía con su madre en un piso sencillo, pero limpio y bien cuidado, al que ella ya había tenido ocasión de ir. Mientras cuarenta y ocho comisarios controlaban París bajo la autoridad de un lugarteniente general de policía, veinte inspectores se encargaban de tareas más especializadas como la censura del teatro o los libros, la pederastia, los judíos, los servicios de limpieza, los extranjeros... Él había sido uno de ellos.

Para su sorpresa, el hombre le abrió la puerta con las manos llenas de espuma de jabón.

—Estoy lavándole el pelo a mi madre —explicó, un tanto avergonzado—. ¿Os importa que termine? A ella le encanta, y disfruta ya de tan pocas cosas, la pobre...

Helena lo acompañó hasta el fuego, junto al cual, en una silla de respaldo vertical, estaba una diminuta mujer completamente arrugada que ni siquiera se volvió al acercarse ella. Tenía los ojos cerrados y permanecía tan rígida e inmóvil que por un momento la joven temió que estuviera muerta. Luego vio elevarse suavemente el pecho y entreabrirse los labios. ¡Respiraba, y hasta canturreaba!

—Podéis hablar delante de ella —dijo el antiguo inspector—. Está sorda como una tapia y ya no razona.

Empezó a frotarle enérgicamente la cabeza, haciendo que la sangre subiera hasta la raíz del pelo. Helena le expuso brevemente el caso a su interlocutor.

–Vos estabais encargado de la vigilancia de las prostitutas y de las costumbres de los cantantes y las bailarinas de los teatros reales...

–Y también del control de los escritores, lo cual no era menos apasionante. Pero, en fin, las investigaciones sobre la vida amorosa de los grandes de este mundo son las que interesan al poder, a ser posible con anécdotas bien picantes. El buen señor de Sartine no es una excepción de la regla. Consigue que el rey lo mire con buenos ojos complaciéndolo todas las semanas con las costumbres deplorables de su época.

Con un gesto, hizo volar unas pompas de jabón por el aire. Helena siguió con los ojos la extraña danza de estas hasta el suelo.

–Y todo eso, ¿para qué? –prosiguió el hombre–. ¿Qué hacen en las alturas con todos nuestros informes? ¿Saber que tal recaudador de impuestos mantiene a una bailarina o una actriz y va todos los domingos después de misa a cierta casa de citas del Louvre? ¡Mantener a todo un ejército de agentes para eso es echar la casa por la ventana! –Se encogió de hombros con filosofía–. ¡Pero el poder siempre se siente fascinado por eso!

A Helena le pareció oportuno tomar de nuevo las riendas de la conversación.

–¿Conocíais a la Voraz?

Él frunció el entrecejo.

–Sí, una prostituta de muy bajos instintos. Dejaba que le pegaran, pero, llegado el caso, ella también pegaba rudamente a los hombres que se lo pedían. ¡Ricos negociantes recibían buenos azotes por la noche después de haber vapuleado a sus empleados durante el día! ¡Pero, creedme, los primeros disfrutaban más que los segundos!

–Cada uno disfruta como puede –dijo la joven en un tono neutro–. ¿Conocíais a sus amistades?

El antiguo inspector se encogió de hombros.

–Toda la chusma y algunos burgueses que gustaban de ir con ella. No tenía ningún protector en particular.

Las pulseras tintinearón en las muñecas de Helena al agitar su mano para poner fin a la conversación.

–Dejemos este asunto. Habladme ahora de Ángel Bello. Sé que hace doce años bailaba en la Ópera y tenía a todo París a sus pies.

–Eso es poco decir –dijo riendo el antiguo policía–. De todos los pecados, la lujuria es a la que más le cuesta al hombre resistirse. No conozco a uno solo de los grandes de este mundo al que no le encante mantener a una joven bailarina del cuerpo de la Ópera. –Sus ojos brillaron–. La belleza de Ángel Bello superaba con creces la de las demás. Los hombres se peleaban por poner su fortuna a sus pies. A los veinte años, ya se desplazaba en carroza con dos lacayos con plumero en la parte trasera.

–¿Quiénes eran sus amantes?

El hombre soltó una carcajada que fue imitada por su madre.

–¿Cómo queréis que me acuerde? ¡En este reino todo el mundo fornicación!

–¡Fornicación! ¡Fornicación! –gritó de pronto su madre.

Helena pensó fugazmente en la cotorra de Volnay, a la que tanto le gustaba repetir el final de las frases que oía. Esta mujer parecía un pajarillo herido, débil y sin sesera, pero alguna parte de ella seguía a la escucha del mundo que la rodeaba.

–Hace doce años, ¿quién podía serlo?

El otro agitó en el aire las manos mojadas.

–Ella los cogía y los dejaba. ¡Ya sabéis cómo son las mujeres! ¿Qué queréis que os diga?

Helena asintió con la cabeza. Se había preparado para la respuesta.

–Hace doce años, Ángel Bello trajo al mundo a una niña. ¿Sabéis quién es el padre?

–¡Nadie se vanaglorió de serlo en la época!

–Si vos no lo sabéis –dijo Helena–, recurriré a la partera. En ese entorno hacen falta mujeres discretas y competentes, y no abundan mucho. Dadme nombres.

Ante su tenacidad, el antiguo inspector le lanzó una mirada admirativa.

–¡Ah, eso sí es perfectamente posible! –Echó un vistazo a la bolsa que ella acababa de sacar–. ¿Tenéis las monedas de oro que reavivan la memoria?

El comisario de las muertes extrañas miraba sin pestañear el agua clara. Detrás de él, oyó a su anfitriona murmurar:

–¡Mantened los ojos abiertos y, sobre todo, no perdáis el control!

Al principio, Volnay no vio nada. Se inclinó un poco más y, de repente, pareció que el suelo se abría bajo sus pies y sintió vértigo. Una gigantesca hoguera ardía en medio de un claro y una ronda infernal se había formado alrededor. Sapos de enorme boca tocaban la flauta al revés, escarabajos cojos marcaban el ritmo y cangrejos de río hacían sonar sus pinzas.

Al son de esa música horrible, cada bailarín arrastraba tras de sí, gritando, a una bailarina desgredada y desaliñada. Después el fuego se apagó de golpe y solo la luna iluminó el claro lleno de humo. Los hombres se abalanzaron sobre el cuerpo crispado de las mujeres. En un instante, casullas y sotanas fueron arrancadas y los miembros se mezclaron en la más obscena de las orgías. Gruñidos y gemidos se elevaron hacia el cielo. De pronto, el fuego volvió a encenderse y se hizo un silencio temeroso y sumiso. Los cuerpos se separaron lentamente unos de otros. Los bailarines se levantaron para congregarse al pie de la hoguera, ante la cual había aparecido un trono negro. Sentado en él había un príncipe con cabeza de macho cabrío. Sobre sus rodillas se contorsionaba una de las bailarinas, entregada a sus caricias lúbricas. Cuando hubo acabado con ella, la apartó de un papirotazo. Entonces la multitud pareció abrirse en dos como si la hubieran cortado con una espada. Pálida y helada, una mujer la atravesó para ir directamente hasta el príncipe negro. Su cuerpo brillaba débilmente a luz de la luna y sus ojos chisporroteaban en la oscuridad con una alegría salvaje. De pronto Volnay la reconoció: ¡era Helena!

Helena vació sobre la mesa una bolsa llena de monedas y las extendió ante sí hasta que formaron un abanico dorado.

–Hace doce años asististeis en el parto a una joven bailarina de la Ópera conocida con el nombre de Ángel Bello. La niña fue entregada a un maestro joyero llamado Marly y a su esposa. ¿Lo recordáis?

La comadrona contempló el dinero, pasmada.

–Dios mío, señora, mi oficio me obliga a la mayor discreción. Además, ¿creéis que cuando me llaman para asistir en un parto a alguien de calidad me indican que es la amante de fulano o mengano?

Helena sonrió con ironía.

–¡En vuestro medio todo se sabe! ¡En Versalles todo se sabe! –Suspiró—. ¡La cosa llega a tal extremo que en nuestros días es imposible guardar un secreto!

«Y por supuesto –pensó fugazmente–, el señor de Sartine también sabe. ¡El problema es que él sabe pero no quiere hablar!».

–Marly..., la señora Marly, sí... –dijo la partera, pensativa. Sus dedos trémulos acariciaron las monedas–. Ángel Bello tenía diecisiete años –dijo rápidamente–. Guapa, pero con menos cerebro que un pájaro. Me llamaron al anochecer, cuando se puso de parto. Aquello no pintaba bien y me pasé allí toda la noche. Pero al amanecer... –Su mirada se tiñó de orgullo–. Al amanecer –repitió–, conseguí salvar a la criatura, una graciosa niña. Ángel Bello no quiso coger a su hija en brazos. A veces pasa... Me preguntó si conocía a alguien honrado que pudiera querer adoptarla. No tuve que responder, porque su dama de compañía dijo que ella deseaba un hijo con toda su alma, pero que la naturaleza le negaba la posibilidad de tenerlo. Esa dama de compañía se llamaba Marly... –La partera acercó con avidez las monedas hacia sí mirando, temerosa, a Helena–. Más adelante oí decir que la señora Marly había dejado el trabajo, seguramente con la niña y una pensión. Ya sabéis cómo van estas cosas... Después nadie volvió a hablar de este asunto.

La mujer empezó a contar las monedas.

–Una cosa más –dijo la joven, poniendo una mano sobre la suya–, decidme el nombre del padre.

La partera dio un respingo al notar el contacto de la mano de Helena. Bajo la palma, notaba cómo las monedas le dejaban su huella en la carne. Dominada por el miedo, cerró los ojos para concentrarse mejor.

–Os juro que no lo sé, pero al salir me crucé con dos hombres que habían estado a punto de llegar a las manos y a los que intentaban separar. ¡Uno de ellos era el señor de Sartine! En cuanto al otro, se trataba de micer Guillaume de...

Dijo el apellido y Helena se quedó muda al reconocer el nombre secreto del monje.

La Dama del Agua le tendió a Volnay un tazón humeante.

–Tisana de telaraña –anunció.

El policía retrocedió.

–¡Vamos, vamos! ¡Era una broma!

El monje rompió a reír y el comisario de las muertes extrañas se enfurruñó.

–¡Muy gracioso!

Sentado a horcajadas en una silla, junto al fuego, el monje apoyó la cabeza en las manos.

–Así que has visto un aquelarre en el que estaba Helena... –dijo pensativo.

–¡Tan claro como te veo a ti!

–Es extraño... Helena con el príncipe con cabeza de macho cabrío... –El monje levantó

el dedo índice para recitar doctamente—: «¡Amar ardientemente a un macho cabrío apestoso, acariciarlo con amor, juntarse y aparearse con él horrible e impúdicamente!». — Una sonrisa se formó en sus labios—. ¡No, no puede ser!

—Yo siempre he desconfiado de ella —masculló Volnay.

—¿Ahora crees en la adivinación? —se sorprendió su padre—. O sea, crees en ella cuando te conviene. —El monje meneó la cabeza—. Hay que saber interpretar las cosas que vemos. Helena quizá sea quien nos conduzca hasta la resolución de este enigma. En cuanto al aquelarre... —Se quedó pensando—. Si hay aquelarre, hay adoración de Satán. Eso confirma que nos enfrentamos a unos satanistas. Dime, ¿no has visto por casualidad brujas volando en escobas?

El comisario de las muertes extrañas negó con la cabeza.

—¡Lástima! —lamentó el monje—. ¡Me habría gustado saber qué aspecto tienen! He leído en alguna parte —prosiguió, rascándose la barba— que las escobas en las que montan representan la verga de Moisés. ¡Es un poderoso símbolo fálico!

La Dama del Agua meneó la cabeza sonriendo:

—¡Todo gira alrededor de eso!

El monje aprobó vehementemente y continuó:

—¿Sabes que las brujas no necesitan clases para volar en su escoba? Solo tienen que poner una vela en la punta y decir: «Palo blanco, palo negro, llévame a donde debes, en nombre del diablo».

—Tus lecturas son bastante curiosas —observó con sequedad Volnay.

La Dama del Agua y el monje intercambiaron una pícara sonrisa.

—¡Más de lo que imaginas, hijo mío —rio el monje—, más de lo que imaginas!

Sus hombros subían y bajaban mientras seguía riendo calladamente. Una vez que se hubo calmado, explicó:

—En *El asno de oro*, Apuleyo, un autor latino del siglo II, cuenta que Pánfilo se transforma en búho para ir al aquelarre. Para ello, se embadurna desde la punta del pie hasta la raíz del pelo con un unguento. De esa lectura nació cuando era pequeño mi afición a lo insólito... Bien, dejemos eso. ¿No has visto nada más? —le preguntó a su hijo.

—No, la escena se ha desvanecido bruscamente.

—Al amanecer todo desaparece de golpe —murmuró la Dama del Agua.

Volnay no contestó. Se acercó el tazón humeante a los labios y bebió un prudente sorbo.

—Entonces, ¿misa negra o hechizo? —preguntó, dejando el recipiente con aire contrariado.

—Ambas cosas —respondió su padre.

—¡Pero no encontramos en el lugar del crimen ninguna muñeca ni figurita de cera!

—¡Sí, estaba delante de tus ojos!

El comisario de las muertes extrañas lo miró con perplejidad. El monje se encogió de hombros.

—No, hijo mío, ni estoy loco ni chocheo. Y si tú estuvieras un poco más concentrado en el asunto y mantuvieras la mente más abierta —dijo con un placer evidente—, habrías adivinado ya de qué se trata.

Volnay abrió y cerró la boca sin pronunciar una palabra, como si acabara de ser objeto de un encantamiento. Por fin consiguió decir:

–¡Registré todo el escenario del crimen, de arriba abajo y de derecha a izquierda, y te digo que no había ninguna figurita de cera y ninguna muñeca!

El monje le dirigió una mirada triste.

–No la necesitaban, la muñeca era Sophia.

La nieve y otras cosas del diablo

Había empezado a nevar muy despacio mientras caminaban por el callejón de l'Or. Los copos de nieve caían con una gracia aérea. El monje levantó la cabeza como para aspirar el aire de la noche.

–La brujería –dijo– nació de la ignorancia y la miseria, pero también de una sublevación contra el orden establecido que la causaba. La misa negra no es sino una rebelión contra el culto a Dios y su Iglesia. En el satanismo todo está invertido, y la inversión es rebelión.

Se entretuvo tendiendo la mano para recoger nieve. Cada copo parecía poseer su propia estructura, maravilla arquitectónica más compleja de lo que se imaginaba.

–Una misa negra, un copo de nieve, un ritual de hechicería a través de la sangre, un copo de nieve –canturreó como si se tratara de un ritornelo–, una virgen no profanada, un copo de nieve y otros ruines maleficios...

–En mi opinión –dijo el comisario de las muertes extrañas encogiéndose de hombros–, la clave del enigma reside en la elección de Sophia como muñeca para practicar el hechizo. Cuando hayamos descubierto las razones, encontraremos a los culpables.

–¿Y qué llevaría a un padre a sacrificar a su propia hija? ¡Es impensable! –De pronto, el monje dio un respingo–. Salvo si no se tratara de su hija, sino de una criatura fruto de un adulterio... Pero ¿cómo saberlo ahora que nuestro astrólogo ha muerto?

Volnay se quedó pensando y al cabo de unos segundos tomó una decisión.

–Tengo que pasar por el Châtelet para hacer balance del asunto con Siltieri. Acompáñame.

El monje se sobresaltó.

–¿Yo? ¿Al Châtelet? ¡Tú quieres matarme!

Su hijo se encogió de hombros.

–No tienes prohibida la entrada, y además, Siltieri no te conoce.

Cuando los dos hombres llegaron al Châtelet, el monje no pudo evitar decir:

–Los calabozos son abominables y el aire es irrespirable porque no hay ninguna abertura al exterior y solo viene de arriba. Es todo tinieblas y contagio.

El Châtelet, además de albergar prisiones, era la sede de la policía y los órganos judiciales, por lo que se cruzaron con consejeros, fiscales, notarios, escribanos y alguaciles de varas a los que el monje, para divertirse, miraba con descaro. Antes de entrar en el despacho de Siltieri, Volnay dejó al perro a cargo de un arquero de la patrulla al que conocía. Titubeó un segundo y lanzó una mirada de reojo a su padre.

–Siltieri no es indulgente. Algunos incluso lo consideran bastante cerrado, así que no vayas a provocarlo o a burlarte de él. Lleva cuidado con lo que dices. –Dio otro paso y añadió–: No hables mal del rey, del papa o de la Iglesia, no jures y no menciones tus

experimentos de laboratorio.

De pronto se detuvo en seco y se volvió hacia su padre.

–En realidad, sería preferible que no dijeras nada en absoluto.

Los hicieron pasar al gabinete de trabajo de Siltieri, iluminado solo por la miserable luz de una ventana y por una vela. El fiscal los saludó secamente. Volnay presentó al monje como su ayudante y se interesó por los resultados del arresto de los vecinos del cura danzarín. De pronto, el semblante hosco de Siltieri se tornó radiante.

–He sometido a la cuestión de tormento a las personas que mandé arrestar ayer y han dado el nombre de un panadero.

–¡Magnífico! –exclamó el monje.

El fiscal no captó la ironía.

–El maldito hereje fabricaba hostias con harina, hierbas y orina.

–Espero que no todos los panaderos hagan lo mismo –murmuró el monje, sin preocuparse del entrecejo fruncido de su hijo.

Siltieri se acercó a él.

–Perdón...

–No, decía que eso me recuerda que reducen esa mezcla a polvo para envenenar los pozos.

El fiscal se volvió en actitud triunfal hacia el comisario de las muertes extrañas.

–¿Lo oís?

Volnay le lanzó una mirada furiosa a su padre.

–También he sometido a la cuestión de tormento al panadero –continuó Siltieri–. ¡Y ese no habla, canta! –El fiscal estaba exultante–. Los nombres caen uno tras otro y van a permitirnos descubrir toda la red de esos diablos.

El comisario de las muertes extrañas hizo un mohín dubitativo.

–Todo eso es gente del montón, pobres pelagatos que contribuyen a alimentar los comercios de falsa magia de los timadores que abundan en París. Sabéis muy bien que estos explotan la credulidad tanto del pueblo como de los burgueses y los nobles. Les prometen la inmortalidad o riquezas, les venden mapas del tesoro, fórmulas o cuadrados mágicos...

–¡Hacer un acto de magia es hacer creer al pueblo que puede rivalizar con Dios y el rey! –lo interrumpió Siltieri.

Volnay contempló al fiscal con una mirada neutra y le llamó la atención su semblante iluminado por una llama negra que lo quemaba por dentro. Su alma ardiente parecía salirse por los ojos.

«Un exaltado al servicio de Dios y del rey. La peor especie».

–Si creéis que todo esto no afecta a vuestra investigación –prosiguió Siltieri–, os equivocáis. Las malas personas que buscáis están más cerca de lo que pensáis. De los fabricantes de cirios, luego al panadero, del panadero, voy al molinero; luego, curiosamente, me desvíó hacia unos descreídos que se dedican a la venta de cadáveres... –Su mirada buscó la del monje–. ¡Cadáveres destinados casi siempre a herejes que creen leer en los cuerpos respuestas que no están en ellos!

El monje, impávido, no pestañeó. Volnay notó que el sudor le helaba la espalda. Era

evidente que había sido un error llevar a su padre al Châtelet. Siltieri sabía perfectamente quién era.

–Sortilegios, maleficios, fórmulas diabólicas, aquelarres... –rugió el fiscal, plantándose delante del monje–. ¡Voy a marcar con hierro candente a toda esta ciudad! Después haré quemar vivos a brujos y brujas, y usaré leña verde para prolongar su agonía. ¡Solo los que confiesen podrán ser estrangulados!

–¡Dios del cielo! –susurró el monje.

–¡Cuidado! –gritó el fiscal–. ¡Jurar en nombre de Dios, de Jesús o del papa constituye una blasfemia inspirada por el diablo y en Francia os cortan la lengua por eso! ¡Las blasfemias son indicios del crimen de brujería y, en ese terreno, el simple clamor popular me permite perseguir!

–Yo no he querido sacrificar a nadie sobre una lápida –señaló con calma el monje–. Estoy aquí para encontrar al culpable de esos crímenes.

Siltieri se quedó un momento desconcertado.

–Claro –dijo–, claro...

–Sospechamos del padre de esa joven víctima como posible culpable del crimen –añadió el monje.

–¿En serio? Ese astrólogo, ¿eh?

–Pero no tenemos pruebas, y será difícil encontrarlas teniendo en cuenta que murió anoche en el incendio de su casa.

–¿Ha muerto? ¿Igual que esa prostituta y ese cura danzarín? Son muchas coincidencias...

Siltieri no era el idiota rematado que pensaban.

–Sí, y entre las ruinas de su casa hemos encontrado unos libros terribles y prohibidos –contestó el monje, ante la perplejidad de su hijo.

Los citó santiguándose, un gesto que Siltieri apreció. Este último fue hasta su mesa de trabajo y mojó la pluma en un tintero.

–¡Así que ese maldito astrólogo era aficionado al satanismo! Ha recibido el castigo de Dios. A menos que sus cómplices...

Se puso a escribir aplicadamente con una letra apretada.

–Ordeno que se investigue en su entorno –dijo.

–No tenía amigos y su sirvienta también ha muerto en el incendio –señaló Volnay.

–¡Da igual! –dijo Siltieri–. ¡Seguro que encontramos a alguien a quien quemarle la planta de los pies para incitarlo a hablar!

El comisario de las muertes extrañas y su padre se miraron con ansiedad.

–Bien, vamos a marcharnos para continuar la investigación por nuestro lado –concluyó Volnay–. No dejaré de manteneros informado del desarrollo.

–Id, id...

Siltieri no levantó la cabeza cuando salieron. Los dos hombres no cruzaron una sola palabra hasta que estuvieron fuera del Châtelet, lleno de corrientes de aire helado. El perro caminaba a su lado, contento de verlos de nuevo.

–¡El tal Siltieri tiene cara de beber infusiones de rabos de cereza! –comentó alegremente el monje una vez al aire libre.

–¿Por qué le has contado esas cosas? –se quejó Volnay.

–¡Para que me mirara bien! ¡Creía que era eso lo que querías!

–Te había pedido que estuvieras callado.

–¡Eso me resulta muy difícil!

El comisario de las muertes extrañas suspiró hondo y un halo de bruma pareció salir de su boca.

–¿Era necesario ponerle al corriente de lo del astrólogo?

–Sartine lo sabe. Y de todas formas, eso no conducirá a Siltieri a ninguna parte, porque no lo considero más inteligente que nosotros, sino sin duda mucho más obtuso. Además, si no sabe nada del astrólogo es que no invierte mucho en espías.

Volnay asintió con la cabeza.

–De todas formas –dijo, haciendo una mueca–, habría preferido que te callaras. ¿Sabes como mínimo lo que es el silencio?

–Como dice Pascal, el silencio es la peor de las persecuciones: ¡un santo jamás se ha callado!

Su hijo alzó los ojos al cielo.

–¡Tú eres cualquier cosa menos un santo!

Una multitud obstaculizaba el paso hacia el Pont-Neuf. Anduvieron un poco entre el gentío antes de cruzarlo, observando lo que los rodeaba como era su costumbre. Vieron a un maestro joyero salir con su cliente de la tienda a fin de mostrarle el brillo de una sortija a la luz del día. Se la quitó del dedo medio de la mano izquierda para ponerla en el de la mano derecha de su cliente. Volnay miró distraídamente la maniobra y de repente se detuvo como si acabara de ocurrírsele una idea. Su respiración quedó en suspenso durante un segundo mientras comprendía por fin lo que lo atormentaba.

–¡Dios mío! ¿Por qué no lo he pensado antes? ¡Qué estúpido he sido!

Y con la mirada perdida, repitió en un murmullo, abrumado:

–¡Qué estúpido!

Helena se había refugiado en el arrabal de Saint-Jacques, donde, en un tétrico silencio, se apiñaban claustros, hospitales y conventos. De vez en cuando se oía sonar una campana, pero, aparte de eso, la espesa nieve parecía amortiguar todos los ruidos, lo que incrementaba la sensación de soledad y recogimiento del lugar. A la joven no le gustaba ese barrio, pero tenía la ventaja de que a nadie se le ocurriría buscar allí a alguien como ella.

Mientras subía la escalera de su inmueble, en la calle Marionnettes, Helena oyó a su espalda unos pasos ligeros y echó un rápido vistazo por encima de la barandilla. Detrás de ella, un hombre subía con cautela, procurando no hacer ruido. La joven se desplazó rápidamente hacia un rincón de su rellano y se quedó inmóvil en la oscuridad. Su mano se deslizó bajo el vestido y salió armada con una daga. El hombre pasó por delante de ella sin verla y se detuvo delante de la puerta. Helena dio dos pasos rápidos y le puso el filo del cuchillo en la garganta.

–No será necesario –dijo entonces Sartine.

El lugarteniente general de policía la había ayudado a encender fuego en la chimenea y alargaba las manos hacia las llamas. Su expresión era pensativa.

–¿Por qué habéis tenido que ir allí?

Suspiró y apoyó la frente en la campana de la chimenea.

–¿Quién os lo ha dicho? –preguntó ella. Y pensó: «¿La partera o el inspector?».

Un destello de orgullo atravesó los ojos de Sartine, que se había incorporado.

–Han sido vuestros malditos informadores, ¿no? –continuó Helena con desdén–. ¡Me hacéis seguir porque no confiáis plenamente en mí!

–¿Y ha sido un error? –preguntó él en un tono tranquilo–. De todas formas –añadió con voz neutra, sin lamentos inútiles–, no confío en nadie. –Sartine colocó en su sitio un mechón de la peluca antes de añadir–: ¡Sí, mis agentes están en todas partes!

Helena se estremeció. Había momentos en que aquel hombre le daba miedo.

–Conocisteis a esa mujer, ¿verdad? –preguntó.

–Era muy guapa –respondió él en voz baja–. Todos la queríamos, pero ella no era de nadie... –Y añadió con un suspiro–: Salvo del mejor postor, como debe ser...

Helena esperó.

–Sophia se le parecía mucho –añadió Sartine tras un silencio.

–Volnay me dijo que os habíais quedado su retrato. ¿Lo hicisteis por eso?

Él le lanzó una mirada vacía.

–Decididamente, mi comisario de las muertes extrañas es muy locuaz con vos; ¡a mí no me dice tantas cosas!

–Pero es leal.

Sartine meneó la cabeza.

–Solo se puede ser leal a un ideal, y yo no encajo con el del caballero de Volnay. –Sonrió–. ¡Y menos aún con el del monje!

Helena se puso tensa.

–No hay que decirles nada –prosiguió Sartine en un tono grave e imperioso–. Es preciso mantener el asunto en secreto. No es tanto Volnay quien me preocupa como el monje. No sé cómo podría reaccionar. –Miró a la joven a los ojos–. No tengáis ninguna duda de que, de mis dos investigadores, el monje es el más peligroso. Además, es un hombre terrible con un arma en la mano. ¡Jamás imaginaríais de lo que es capaz!

Helena pestañeó brevemente. Descubrir que Sartine temía al monje la llenaba de sorpresa y de espanto.

–¿Cuál de los dos era el padre de Sophia? –preguntó, pese a todo.

XVI

La lógica y otras cosas del diablo

Soplaba un fuerte viento. El monje cerró con dificultad la puerta de su morada tras de sí.

–¡Guau-guau está contento de volver a casa! –constató al ver al animal dirigirse a la chimenea.

–Hummm... ¡Bajemos al sótano, deprisa! –dijo su hijo–. Quiero ver otra vez el cadáver del astrólogo.

Mientras bajaban la escalera, el comisario de las muertes extrañas le explicó a su padre:

–La primera vez que vi el cuerpo noté algo raro, pero no acababa de saber qué era. Había en mi mente como una evidencia, una verdad que no quería salir a la luz. Y de pronto, al ver en la calle a ese joyero, todo se ha aclarado. Cuando, en el transcurso de una investigación, conozco a alguien, no me limito a mirarlo, lo observo y me impregno de mil detalles. El astrólogo llevaba una sortija de un tipo muy particular en la mano derecha. Esa sortija, entre otras cosas, nos ha permitido identificar el cadáver.

Habían llegado ante el cuerpo calcinado. El comisario de las muertes extrañas lo miró un instante, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

–¡Exacto! En este cuerpo horriblemente quemado e irreconocible, la sortija no está en la mano correcta.

Asintió con la cabeza.

–Cuando repetimos en alguien que tenemos enfrente el mismo gesto que hemos hecho en nuestra propia persona, la izquierda y la derecha se confunden. El que ha muerto no es el astrólogo. Ha querido hacérselo creer poniendo su sortija en la mano de un cadáver, pero se la ha puesto en la mano izquierda, no en la derecha.

El monje se quedó de piedra.

–Tienes toda la razón, la llevaba en la otra mano. ¡Lo recuerdo porque es con la que nos abrió la puerta! –Sus ojos brillaron de excitación–. Incendiaron esa casa después de haber metido dentro un cadáver con las mismas proporciones que el astrólogo. La sortija en el dedo tenía por objeto permitirnos identificarlo como el del señor Marly.

–Y desviar de esa forma nuestras sospechas. Con el descubrimiento de la Voraz, el astrólogo debió de sentir que el cerco se estrechaba en torno a él y decidió desaparecer.

Volvieron, pensativos, a la planta baja aventurando diferentes hipótesis. De pronto, el comisario de las muertes extrañas se detuvo. Sus ojos se achicaron mirando el suelo.

–Migas de galleta en el suelo... Esto viene de la cocina.

–¡Mis galletas! –exclamó el monje–. ¡Se han comido todas mis galletas! Debe de haber sido Helena...

–¿Qué he hecho? –preguntó una voz jovial detrás de ellos.

Helena empujaba la puerta para cerrarla.

–Nada, nada, querida –dijo el monje–. Nos preguntábamos quién se había comido las galletas...

–Yo no he sido, os lo aseguro –dijo ella tranquilamente, sacudiéndose la capa cubierta de nieve.

El comisario de las muertes extrañas la observó con atención. Estaba pálida y parecía cansada. Luego se volvió hacia su padre.

–Tienes cuatro llaves de esta casa. Llevas una encima, yo llevo otra y... –lanzó una mirada incisiva a la joven, que no se inmutó–, si no he entendido mal, le has dado una tercera a Helena.

–En efecto –dijo el monje, que había comprendido adónde quería ir a parar su hijo–. Y la cuarta llave está colgada aquí... –añadió, señalando un clavo en la pared de la cocina–. ¡Dios mío, ha desaparecido!

Volnay se volvió hacia Helena.

–¿Habéis sido vos?

–No.

–Claro..., pero... ¡siempre hay una explicación racional para todo!

El comisario de las muertes extrañas pareció ausentarse. Estaba inmóvil, pero sus pensamientos tomaban una velocidad vertiginosa. Helena y el monje vieron el azul de sus ojos teñirse de un gris con toques acerados. Sus párpados se cerraron y nada más se movió en él. El monje le indicó a Helena que no dijera nada, pues conocía el modo de proceder de su hijo. Cuando este abrió los ojos, el azul había invadido de nuevo sus ojos.

–Padre, ¿puedes coger el libro de Sophia, ese donde escribió su diario? Luego acompáñame.

El monje obedeció en silencio y, aunque no había sido invitada expresamente, Helena fue con ellos a casa de Volnay. La cotorra los recibió con un torrente de reniegos dirigidos a la joven. Parecía evidente que el pájaro consideraba a Helena responsable de las repetidas ausencias de su amo, a no ser que este hubiera pronunciado delante de la cotorra palabras referidas a ella.

–Cálmate, pajarito –dijo la joven pasando un dedo por los barrotes de la jaula–. Yo soy Helena...

–He... le... na... –dijo la cotorra–, zo... rra...

Helena se volvió hacia Volnay.

–Señor, ¿qué dice vuestra cotorra? –preguntó con frialdad.

Sin responder, el comisario de las muertes extrañas fue directo a su gabinete de trabajo y abrió un cajón de un mueble de palo de rosa.

–¿Os acordáis del cartel que colgaron en la puerta del cementerio y en el que ponía...

–«Prohibida la entrada a Dios» –completó el monje.

–¡Aquí está! –Lo puso delante de ellos, junto a la jaula de la cotorra–. Y ahora, padre, abre el libro donde Sophia escribió su diario y compara las dos letras.

El monje así lo hizo y se quedó de piedra. Toda la sangre parecía haberse retirado de su rostro.

–Dios mío –dijo, al borde del pánico–, la que ha escrito este diario y la que ha escrito esas palabras en el cartel que estaba en la entrada del cementerio son la misma persona: Sophia.

Mientras la cotorra parloteaba, Volnay no paraba de ir de un lado a otro del salón.

–Era todo de una lógica aplastante: tú, Helena y la camarera de la fonda veis a Sophia después de muerta. Su perro se vuelve loco en algunos momentos, como si sintiera su presencia. El cadáver del guarda del cementerio desaparece. Quisisteis achacarlo a los espíritus, ¡muy bien! –Se plantó delante de su padre–. Pero ¿no podías darte cuenta de que alguien vivía en tu casa? Desaparece comida en la cocina. Orinan delante de la puerta. Sacan al perro mientras tú duermes, te cogen una llave...

Por primera vez en su vida, el monje se quedó mudo, pues a su mente le costaba aceptar la verdad. Sin piedad, el comisario de las muertes extrañas prosiguió su diatriba contra su padre:

–¡Viven en tu casa y tiene que ser a mí a quien se le ocurra la idea de comparar el cartel del cementerio con el diario de Sophia!

–Pero...

–Para mí, esto significa una cosa: ¡Sophia no está muerta!

–¡Pero la hemos enterrado! –protestó el monje.

–¿Enterrado? ¡Tú no le hiciste la autopsia ni la metiste en el ataúd!

–¡La metieron los embalsamadores!

–¿Y tú qué sabes? –explotó su hijo–. ¡No estabas delante! Sophia había salido del sótano cuando vinieron los embalsamadores, y tú les pediste que se ocuparan del cadáver que estaba en el primer sótano, pero sin precisar que se trataba del de una niña, ¿a que sí?

El monje intentó recordar.

–Sí, es verdad –murmuró.

–Tienes la disculpa de que estabas enfermo –rezongó su hijo–. Los embalsamadores fueron al primer sótano y, al no encontrar allí ningún cadáver, miraron en el segundo. En vista de tu estado, debieron de pensar que te habías equivocado y metieron en el féretro el cuerpo del guarda del cementerio. Como, al igual que tú, el padre de Sophia tampoco quiso verla antes de que la enterraran, los embalsamadores clavaron el ataúd. Por eso no se descubrió el error. ¡Esto es lo que se llama chocheo!

Por primera vez desde que había empezado el episodio, Helena intervino para decir con dureza:

–No deberíais hablarle así a vuestro padre.

Volnay se quedó petrificado. El negro de sus pupilas pareció aumentar desmesuradamente, lo que indicaba una intensa cólera.

–¿Quién sois vos, intrigante, para permitirnos juzgarme? –rugió con una voz baja y ronca–. ¿Qué sabéis de nosotros y con qué derecho os inmiscuís en nuestros asuntos?

–¿Vuestros asuntos? –replicó ella con ironía–. ¡Libros, un pájaro sabihondo y un puñado de cadáveres! –dijo, barriendo la habitación con un amplio gesto de la mano–. ¡A eso se reducen vuestros asuntos y vuestra visión del mundo! ¡Así que, respetad a vuestro padre,

comprendedlo y escuchadlo para variar!

–¡Mi padre es un viejo loco!

Helena lo abofeteó. El sopapo resonó, seco, en toda la habitación. Con la mejilla enrojecida, Volnay la miró atónito. El monje abrió la boca y volvió a cerrarla cómicamente. Con los brazos caídos junto al cuerpo y ligeramente inclinada hacia delante, Helena desafió con la mirada al comisario de las muertes extrañas. Luego pasó muy despacio por delante de él y avanzó hasta la puerta sin apartar ni un instante de él sus extraños ojos de reflejos dorados. Una ráfaga de aire frío tumbó las llamas de las velas cuando ella salió sin pronunciar una palabra. El monje giró sobre sus talones.

–¿Adónde vas? –preguntó su hijo.

–El viejo loco se va a su casa.

–Padre...

El monje levantó la mano para detenerlo.

–No añadas nada, ya has dicho bastante por hoy.

Una vez solo, Volnay encendió el fuego y se quedó unos instantes contemplándolo sombríamente. Luego, como si acabara de tomar una decisión, se echó una capa sobre los hombros y salió sin hacer caso de los comentarios contrariados de la cotorra.

Al monje no le sorprendió encontrar a Helena en su casa. No era, sin embargo, la compañía que deseaba. Los reproches de su hijo lo habían herido profundamente y prefería estar solo para pensar.

–Pero ¿dónde se ha metido Guau-guau? –preguntó, sin salir de su asombro—. Pensaba que vendría a hacerme fiestas.

Fue entonces cuando se percató de la inquietud de Helena.

–¡El perro ha desaparecido! –dijo—. He buscado por toda la casa.

–¡Pero eso es imposible! Lo hemos dejado aquí para ir a casa de mi hijo y hemos cerrado la puerta con llave.

–En efecto.

El monje quiso bajar a los sótanos y después fue a la bodega, a su dormitorio y a la sala de estar, buscando por todas partes.

–¡No está! ¡Alguien nos lo ha quitado!

–Una cosa es segura. Lo único que podemos hacer es esperar a que nos lo devuelvan.

No se había atrevido a pronunciar el nombre de Sophia. Sin decir palabra, el monje fue a sentarse en su sillón favorito, ante el fuego que ardía alegremente, y se abandonó en silencio a la contemplación de las llamas.

Helena titubeó un instante. Sabía que la determinación con la que el comisario de las muertes extrañas realizaba sus investigaciones ocultaba un fracaso personal íntimo. Su padre sufría por él. Por amor a su hijo, para ayudarlo y aconsejarlo, había vuelto a su lado, pero este ya no era el niño que había conocido. Verse rechazado así debía de haberle partido el corazón.

Helena se acercó a él y, con la mayor naturalidad, se sentó sobre sus rodillas. El monje no reaccionó. Se rascaba la barba con aire pensativo, evocando recuerdos de tiempos felices o, en todo caso, así lo creía él.

–Os quiere –dijo Helena–, no lo pongáis en duda ni por un momento.

El monje asintió sin decir nada. La joven le puso una mano en el hombro. No ignoraba que, cual caballo de Troya, su intrusión en el dúo de investigadores suscitaba tensión, deseo y desconfianza. La pareja padre e hijo se encontraba al borde de la explosión y no era eso lo que ella quería.

–¡Qué terrible error he cometido! –murmuró de pronto el monje–. ¡Mi orgullo intelectual no se recuperará!

Helena sonrió. ¡Volvía a ser plenamente él!

–Os propongo algo mejor –le susurró al oído–. Debéis razonar como un hombre de ciencia. Una sucesión de hechos os ha llevado a donde estáis: la presencia de una droga desconocida, el cuerpo de una niña que os negáis a abrir porque todo vuestro ser se opone a hacerlo, vuestra enfermedad, la presencia de dos cuerpos en el sótano... y una investigación muy complicada.

–¿Llegaremos algún día hasta el final?

Helena apretó los labios y lo miró con cierta severidad.

–¡Es preciso! Yo siempre termino lo que he empezado, y no creo que vos seáis distinto.

El monje puso una mano sobre su rodilla.

–¡Sí, creo que nos parecemos mucho! –Sonrió a modo de disculpa–. En lo que respecta a nuestro carácter; en cuanto a lo demás, mi intención no es ofenderos...

Comprendiendo lo que quería decir, ella le dirigió una sonrisa indulgente.

–Seguís siendo un hombre muy apuesto y tenéis mucho encanto...

–¡Sois demasiado amable!

En ese momento entró Volnay. Lanzó una rápida mirada circular a la habitación, y advirtió la presencia de Helena sobre las rodillas de su padre y la mano de este sobre la joven, pero se abstuvo estoicamente de hacer ningún comentario.

–¿De dónde vienes, hijo? –preguntó el monje en un tono neutro.

–De casa de los embalsamadores –respondió Volnay, clavando la mirada en las manos que su padre acababa de poner sobre las caderas de Helena, como para provocarlo–. No ha habido suerte –prosiguió en un tono neutro, apartando los ojos–, nuestros hombres se han ido a cincuenta leguas de París para ocuparse de la tía de su patrón, que ha muerto. No volverán hasta dentro de tres días. Con este tiempo atroz, enviar a un arquero de la patrulla a caballo para preguntarles lo que nos interesa no nos será de mucha ayuda. Tenemos que desenterrar el féretro para quedarnos tranquilos.

–Pero...

–Sartine me ha dado autoridad para actuar. Además, como el padre de Sophia ha muerto, nadie se opondrá. Voy a ir a ver a nuestro amable comisario de barrio. Hasta ahora, me ha parecido bastante comprensivo. –Sus ojos se posaron fugazmente en Helena–. No vale la pena informar a Sartine por el momento. Quizá me haya equivocado y exista otra explicación para la similitud de la escritura del cartel y la del libro de Sophia.

Su tono no era muy convincente. Contrariamente a su costumbre, vaciló de nuevo.

–Bien, creo que voy a dejaros...

Por primera vez, Volnay parecía no cuestionar la presencia de Helena en la casa de su padre. No le contestaron.

–Buenas noches –dijo, dando media vuelta.

–Buenas noches, hijo mío –dijo el monje levantando la cabeza.

Cuando la puerta se cerró, Helena se levantó para añadir un leño al fuego y se quedó unos instantes delante del hogar, como dudando sobre la actitud que debía adoptar. El monje dirigió de nuevo la mirada hacia la joven y suspiró.

–Mi hijo me causa muchas preocupaciones, amiga mía.

–No os preocupéis por él. ¡Ha ido a contarle sus desgracias a la cotorra!

El monje no dijo nada. Contempló a Helena, pensativo, y alrededor de sus ojos se acentuaron las arrugas. Era un poco como cuando se descubre que un felino no es solo un bello animal, sino también un asesino.

–Se nos ha olvidado decirle lo de la desaparición del perro –constató–, pero eso puede esperar hasta mañana.

Hizo una pausa.

–Voy a acostarme –añadió, levantándose lentamente–. Quizá deberíais iros a casa... No es tarde y las calles todavía son seguras. Si queréis, os acompañaré.

Ella negó con la cabeza.

–No es necesario. Pero, si me lo permitís, me tomaré una de vuestras tisanas antes de marcharme.

–Por supuesto –dijo él, volviéndole la espalda–. Buenas noches. Cerrad bien la puerta con llave cuando os vayáis. Aunque parece que da igual: ¡aquí todo el mundo entra y sale como Pedro por su casa!

Tumbado en la cama, el monje cerró los ojos y se dejó invadir por el pesar y la melancolía. La vida pasaba demasiado deprisa. No había visto crecer a su hijo y ahora este lo rechazaba.

«El tiempo pasa y nos lleva consigo como hojas movidas por el viento».

El ruido de un cerrojo lo arrancó de sus pensamientos. Una breve corriente de aire barrió la habitación. Helena cerró la puerta del dormitorio y anunció en un tono definitivo:

–Vengo a dormir con vos.

XVII

Un féretro y otras cosas del diablo

Volnay no podía conciliar el sueño. Sacó del cajón del secreter la carta de Chiara y volvió a leerla por enésima vez. La joven le daba un año para reunirse con ella en Italia, aunque sin hacerle ninguna promesa. Al joven se le encogió el corazón. Seguía teniendo grabada a fuego la traición de Chiara.

Se acercó la carta a la nariz para aspirar su perfume, que se había evaporado hacía tiempo. De cuando en cuando le parecía percibir unas notas florales, que por efecto de su mente emergían a la memoria junto con algunos recuerdos, como el del día en que sus labios se habían encontrado en un beso profundo y sensual. Con la respiración entrecortada, apartó bruscamente la carta.

–¿Se puede saber qué se ha creído? –le preguntó a la cotorra.

Pero el pájaro permaneció callado en su jaula. Volnay se sintió ridículo. En lugar de quedarse contándole su pobre vida a la cotorra, se puso una gruesa capa y, armado hasta los dientes, se deslizó entre las sombras de la noche. Por unas monedas, encontró a un portafaroles que le consiguió un simón para llevarlo al arrabal de Saint-Marcel. Una vez allí, fue directamente a casa de la Ardilla. El olor de los albañales y las inmundicias lo asaltó nada más bajar del coche. Aspiró el aire helado y lo expulsó ruidosamente, como para limpiarse los pulmones de toda aquella pestilencia. Al verlo solo, bien parecido y correctamente vestido, unas prostitutas se aferraron a él como sirenas abandonadas. La penumbra apenas ocultaba la gruesa capa de maquillaje que coloreaba sus mejillas. En aquel barrio no llevaban medias de seda, sino de lana basta y remendadas cubriendo sus largas piernas. Volnay apartó de él con suavidad esos patéticos llamamientos al amor y siguió decidido su camino hacia el inmueble donde residía la joven prostituta.

La escalera le pareció tan empinada como la recordaba. La subió sin hacer ruido, deteniéndose hacia la mitad para recobrar el aliento. En la puerta reconoció el pájaro grabado con mano torpe y eso le hizo sonreír. Prestando atención, oyó los jadeos de un hombre, pero no oyó a la Ardilla. Volnay imaginó su cuerpo retorciéndose en el cuarto e inexplicablemente su corazón se ensombreció. Pensativo, bajó la escalera y afrontó de nuevo el frío, obligándose a dar la vuelta a la manzana a paso lento antes de volver a su punto de partida y subir otra vez la escalera. Una vez arriba, pegó la oreja a la puerta antes de llamar bajito. Unos pasos ligeros, el ruido de un cerrojo, y la puerta se abrió, acompañada de una queda exclamación inquieta:

–¿Te has dejado algo? Oh...

La Ardilla miró al comisario de las muertes extrañas, que permanecía, incómodo, en el umbral, y se ruborizó.

–¿Os molesto? –preguntó el joven.

Ella se puso colorada como un tomate.

–No, en este momento iba a acostarme...

Encima de la mesa había una jarra de agua y una palangana. Las salpicaduras indicaban el uso que se había hecho de ellas. La mirada de la Ardilla se encontró con la suya y la acompañó hasta la palangana y el cuartucho en desorden. La joven volvió a sonrojarse.

–¿Habéis...? –titubeó–. ¿Habéis venido para...?

–Para hablar –se apresuró a decir Volnay.

–Ah... –Imperceptiblemente, la Ardilla se relajó y repitió como para acabar de convencerse–: Para hablar conmigo... –Y añadió en un tono travieso–: ¡Es verdad que no sois como los demás hombres!

La joven lo invitó a sentarse en su jergón y ella misma se sentó a su lado, pegando el costado al suyo como buscando un poco de calor.

–¿Seguís necesitándome para vuestra investigación? –preguntó con curiosidad.

Tras un instante de vacilación, la razón se impuso y Volnay le describió con gran precisión al hombre que había visto en el cementerio.

–Es peligroso –la previno–. Si lo veis, seguidlo con mucha discreción para conocer sus costumbres: una casa a la que vaya o un lugar donde le guste divertirse, una taberna o un garito. Después, venid a avisarme.

Le dio su dirección y la del monje, y le explicó cómo llegar y dejarle un mensaje si no lo encontraba. Dicho esto, se sumió en una profunda inmovilidad, pues no tenía la menor idea de cómo seguir la conversación.

–¿Quién era la mujer que os acompañaba? –preguntó la Ardilla en un tono de falsa inocencia.

–Alguien que me han impuesto para esta investigación.

–Ah, entonces no es..., bueno..., no es vuestra...

–¡Dios me libre! ¡No es nada mío! –dijo Volnay sin vacilar.

La joven pareció alegrarse.

–¿Y no tenéis a nadie que se ocupe de vos?

El comisario de las muertes extrañas agachó la cabeza.

–Estoy solo. Creí haber encontrado el amor, pero me abandonó. Me quedaba mi padre, pero se ha perdido entre las faldas de una aventurera, y yo me pongo como un infeliz a hablarle a mi cotorra, que solo sabe repetir mis últimas palabras...

La Ardilla se inclinó hacia él y siguió con un dedo la cicatriz que se extendía desde el rabillo del ojo hasta la sien.

–Habéis hecho bien en venir –susurró–. Yo sé cómo alejar de vuestra mente los pensamientos sombríos.

Él negó con la cabeza.

–No he venido para eso. Simplemente necesitaba hablar con un ser humano, no con una cotorra.

Los labios de la Ardilla buscaron los suyos y, por un momento, Volnay notó su aliento tibio en la boca. Se dejó besar sin alegría ni reacción alguna. La chica retrocedió como si acabara de pegarle.

–Perdonadme –dijo.

Desorientada, lo contempló. Su conocimiento de los hombres no le era de ninguna ayuda con este. Finalmente, le puso una mano sobre el hombro.

–¿No tenéis, entonces, a nadie a quien recurrir?

Él negó con la cabeza.

–No tengo amigos... –dijo, y añadió en un susurro–, aparte de vos.

La Ardilla se inclinó un poco más hacia él. Sus dedos se deslizaron por sus mejillas y encontraron con sorpresa una lágrima amarga que dejó un surco plateado.

–Haríais mejor en volver a casa –dijo con una voz súbitamente asustada–. Lo que esperáis de mí, no puedo dároslo.

Al principio, el monje pensaba resistirse a la tentación. Luego se dio cuenta de que sus manos, repentinamente impacientes, corrían por el cuerpo de Helena como enloquecidas y de que estaba dejando sobre su vientre liso y suave la marca de decenas de besos. La joven estaba acostada a su lado y él saboreaba la dicha de saberla allí, su joven cuerpo todavía vibrante de energía junto a él. Sus labios cálidos y amados, ese aliento de vida, hacían que el alma del monje se estremeciera. El perfume de Helena parecía haber pasado por su sangre, que transportaba ahora en sus venas perfumes de otoño y primavera mezclados. La joven sopló suavemente sobre su rostro y en las ventanas de su nariz y dijo:

–En virtud de mi soplo, te inflamaré de amor.

El monje rio.

–¡Yo siempre amo con locura! ¡Cuando amas con mediocridad, te aburres! –Y añadió maliciosamente–: ¡Siempre he sabido que teníais trato con las brujas!

–¡Y yo que erais un hombre vigoroso!

La risa del monje se amplificó.

–¡Desde luego! –dijo.

Apartó la manta y se levantó.

–¿Adónde vais?

–A encender una luz.

Ella se incorporó sobresaltada y la manta resbaló de sus hombros.

–¡No, no vayáis!

Su tono era de pánico. Sorprendido, el monje rascó una cerilla y se volvió rápidamente antes de quedarse inmóvil. En un hombro de Helena acababa de ver fugazmente una flor de lis. ¡Así que estaba marcada con hierro candente! ¡Y no con la marca de los ladrones, sino con el emblema real reservado para los crímenes más graves!

Ella lo miró con una mezcla de odio y terror antes de taparse con presteza.

–¿Lo habéis visto?

El monje no respondió. La llama de la cerilla le quemó los dedos y la soltó con una exclamación de dolor.

–¿Qué habéis hecho para merecer semejante infamia? –preguntó con voz dolida.

–Maté a un hombre –respondió ella en un tono tranquilo e indiferente.

–Ah –dijo el monje retrocediendo un paso.

–No temáis, no voy a repetir mi proeza esta noche.

Él se acercó y se sentó en el borde de la cama, aunque manteniendo una prudente distancia con aquella forma tendida e inmóvil.

–Debíais de tener una buena razón –dijo por fin el monje, dispuesto a perdonárselo todo.

–¡Montones! Si vos supierais...

En la penumbra, él supo que la joven mantenía los ojos clavados en el techo.

–Vivíamos en París, donde mi padre era boticario. Mi madre lo ayudaba a preparar drogas, cocciones y destilados. Tenía verdadero talento para eso. Mi padre murió siendo yo muy pequeña y mi madre, que tenía buena fama, consiguió salvar el establecimiento. Tenía una mente curiosa...

Helena se interrumpió para volver lentamente la cabeza hacia él.

–Como vos –señaló.

El monje asintió con la cabeza y volvió a acostarse junto a ella, aspirando discretamente el perfume de su carne tibia.

–Intentaba comprender las propiedades de las plantas, las acciones entre ellas y los principios químicos –prosiguió Helena en un tono neutro–. Buscó explicaciones en libros antiguos, observando la naturaleza y preguntando a los más sabios.

Hizo una pausa.

–Quizá incluso os consultó a vos –añadió.

El monje percibió un movimiento en la oscuridad, ruido de sábanas arrugadas, y de pronto la joven apoyó la cabeza en su pecho.

–¡Qué de prisa os late el corazón! –dijo.

Él la rodeó con los brazos.

–Continuad con vuestro relato, querida.

Un ligero suspiro escapó de los labios de Helena.

–Mi madre era objeto de los celos de otros boticarios del barrio. Dado que el trabajo de laboratorio está reservado en exclusiva a los médicos, los profesores de química y los maestros boticarios, la denunciaron por no tener título; pero, como sabéis, la justicia es lenta, así que ella continuó ejerciendo. Sus investigaciones la llevaron a elaborar un elixir contra los vapores craneanos, luego elaboró un filtro de belleza, un filtro amoroso... Con el paso del tiempo, la clientela cambió. Su fama aumentó, pero no en los ambientes adecuados. La gente no venía solo para curarse, sino también en busca de esperanza. Ella quiso complacerlos y se sumergió en los libros mágicos de Paracelso y Agripa. Inventó una poción repelente para hacer huir a los indeseables y un filtro de juventud. – La joven se interrumpió y clavó en él una mirada penetrante–. Según las creencias populares, la brujería pasa de madres a hijas. ¿No os doy miedo?

El monje negó con la cabeza sin decir nada.

–Hacéis mal –dijo ella–. ¡Es posible que con un soplido fuera capaz de secaros la médula ósea!

Ante la falta de reacción por parte de su compañero, Helena hizo un pequeño mohín y reanudó su relato.

–La policía empezó a interesarse por mi madre y sus colegas la denunciaron de nuevo.

Su laboratorio fue asaltado por la policía, que encontró, como en el de todo boticario, plantas, polvos, pomadas, licores y drogas que un experto consideró «buenas o malas según la utilización que se hace de ellas y la dosis empleada». Los libros, sin embargo, la delataron, ya que contenían fórmulas mágicas. Se encontró, pues, encerrada en el Châtelet. La hicieron pudrirse en una celda infestada de ratas, con agua hasta las pantorrillas. Su salud se deterioró rápidamente. No resistió allí dentro ni siquiera un mes.

Con un gesto instintivo, el monje la estrechó contra sí. El calor de su joven cuerpo pareció unirse al suyo, adormeciéndolo insidiosamente.

—Cuando murió —prosiguió Helena—, me dejó sola y sin familia. Los amigos de mi padre se habían alejado hacía tiempo de nosotras y los nuevos amigos de mi madre, temiendo verse en problemas con la policía, huyeron de mí como de la peste. Me llevaron al hospicio, donde creí que iba a volverme loca.

Notó que la mano del monje le acariciaba los hombros y cerró los ojos. Era una mano tranquilizadora, la de un hombre recto y leal que no falla nunca.

—Un matrimonio de hortelanos buscaba un niño para adoptar —murmuró con la voz alterada por la emoción—. El marido me eligió. No era por caridad, sino para que les hiciera de criada. Yo tenía catorce años. Como había recibido una buena educación y ellos daban muestras de una ignorancia crasa, les gustaba humillarme, como si se tratara de una venganza por su miserable vida. El menor pretexto era bueno, una marmita mal limpiada bastaba para que el marido me colgara de la viga maestra de la habitación principal, a veces por los pies, cabeza abajo. Su mujer se conformaba con ponerme huevos recién cocidos en las axilas o clavarme agujas en la palma de las manos. Sus hijos contemplaban el espectáculo gritando de alegría.

El monje se agarrotó y aguardó la continuación con aprensión.

—Pasó un año, mi cuerpo se desarrolló y mis pechos afirmaron sus redondeces. Un día, lo que estaba escrito sucedió. El hombre me llevó con él, supuestamente para que lo ayudara a vender los productos de la granja en el mercado. A la ida, detuvo la carreta al borde del camino, me ató las manos a la espalda y me violó. Como me debatí, en castigo hice el resto del camino hasta el mercado a pie, en el extremo de una cuerda. Mientras estábamos en la feria, le robé un cuchillo. A la vuelta decidió violarme de nuevo. Entonces comprendí por qué me había elegido a mí en el hospicio.

Helena dirigió una mirada huraña al monje. En la penumbra, este vio brillar sus ojos como los de un gato furioso.

—No volvió a ver su casa —dijo en un tono glacial—. Lo convencí de que me dejara libertad de movimientos para hacerle gozar más. Excitado, aceptó, así que me senté a horcajadas sobre él antes de clavarle el cuchillo en el corazón. No acerté a la primera, así que tuve que hacer varios intentos. Gritaba más fuerte que los cerdos que mataba en la granja. Le clavé el cuchillo una y otra vez y esperé a que se desangrara. Fue el momento más feliz de mi vida.

El monje se sobresaltó. Más que ver, sintió sobre él la mirada burlona de Helena.

—¿Os habéis creído mi historia?

—Sí —dijo él.

—No hay que creerla —dijo ella en un tono de dulce reproche—. Pero de todas formas voy

a contaros la continuación.

Apoyó de nuevo la cabeza en su pecho. Esta vez, el monje le acarició el pelo como para calmarla.

—Regresé a la casa donde tanto me habían maltratado y le prendí fuego. Vi a la mujer y a sus hijos alejarse por los campos gritando y me aseguré de que no quedaba nadie en su interior. Una vez finalizada mi venganza, fui a París a pie mendigando. Allí, me detuvieron por robo y me llevaron ante el comisario de barrio. Me di cuenta de que lo turbaba. Le lancé unas miradas incitantes y me propuso arreglar el asunto y tomarme como sirvienta. Vivía solo con una cocinera que le hacía de criada para todo. La mandó a hacer unos recados y me poseyó, medio vestida, sobre la mesa de la cocina. Aquello debió de gustarle, porque me mantuvo en su casa.

—¡Qué cerdo! —exclamó el monje en un tono asqueado—. Un comisario del Châtelet...

—Un hombre, Guillaume —lo corrigió ella en un tono hastiado—. Simplemente un hombre... —Parecía cansada—. No era realmente malo, además. No me pegaba casi nunca y sus necesidades quedaban rápidamente satisfechas. Yo tenía una habitación en el desván y libros. Me enseñó a disparar con pistola y a manejar la espada. Un día le propuse que me utilizara para investigar un caso. Hice que me grabaran con hierro candente la marca de los criminales para introducirme en una banda de ladrones y asesinos y conseguí así que pudiera arrestarlos. Todo eso le impresionó mucho. Desde entonces, me volví indispensable para él, y un día, poco antes de morir, me presentó a Sartine... Podéis imaginar la continuación...

El silencio cayó brutalmente entre ellos.

—Lo de la flor de lis —dijo Helena al cabo de un momento—, no se lo digáis a vuestro hijo.

—¿De verdad me habéis mentido respecto a vuestra historia?

—¡Pues claro que os he mentido! ¿Por qué iba a contarle mi vida a cualquiera?

Para su gran sorpresa, el monje aprobó su proceder.

—Comprendo, yo también habría hecho lo mismo. Sin embargo, por lo que sé, parte de vuestra historia es cierta.

Estupefacta, ella lo miró.

—Vuestra madre me consultó en cierto momento de mi vida, efectivamente —explicó el monje con una dulzura infinita—. Yo no estaba en Francia en la época en que fue encarcelada. No me enteré de esa terrible noticia hasta un año más tarde. Su cuerpo había sido arrojado a la fosa común y yo no tenía un sitio donde recogerme. Sabía que tenía una hija y la busqué para asegurarme de que estaba bien, pero nadie supo informarme sobre vuestra suerte. —Suspiró y añadió en un tono fatigado—: Lo siento.

Helena se incorporó apoyándose en un codo y lo contempló, pensativa.

—La culpa no es vuestra —dijo por fin—. Sé que, si me hubierais encontrado, os habríais ocupado convenientemente de mí.

La mano de la joven recorrió impudicamente el cuerpo fino, nudoso y musculoso del monje, siguiendo las numerosas cicatrices que marcaban su piel con la huella indeleble de una juventud tumultuosa.

—Pero quizá podáis informarme —susurró.

–¿Sobre qué?

Ella le mordisqueó ligeramente el lóbulo de la oreja y preguntó en un tono provocativo:

–¿Hago el amor mejor que mi madre?

XVIII

La exhumación del cadáver y otras cosas del diablo

El alba apenas apuntaba, bañando en una tenue claridad cruces y angelotes con los pies helados. Las ráfagas de viento formaban remolinos de polvo de nieve entre las tumbas. Cual estatua del comendador, la alta y rígida silueta del comisario de las muertes extrañas se recortaba como una sombra espectral. A sus pies se amontonaban paletadas de tierra. El sol no había salido aún cuando retiraron la tapa del ataúd de Sophia. Volnay se acercó, muy tieso, y bajó los ojos. Impasible, se volvió a continuación hacia su padre.

–¡Míralo tú mismo!

El monje se acercó despacio, casi a su pesar. Lanzó una mirada prudente al féretro y su tez se tornó grisácea.

–Soy una acémila.

Acababa de constatar que se trataba, efectivamente, del cadáver del guarda del cementerio.

–¡Es lo menos que se puede decir! –machacó su hijo.

El comisario de barrio, Cornevin, se acercó también. Volnay debía a su solicitud la apertura de la tumba.

–Dios mío –dijo, palideciendo–, no es la pequeña Sophia.

Volnay se volvió con viveza hacia él.

–¡Mantenedlo en secreto! Nada de esto debe revelarse.

El otro tragó saliva con esfuerzo y asintió.

–De acuerdo, pero ¿me explicaréis de una vez qué significa esto? ¡Parece cosa del diablo!

–Claro, claro, pero no ahora...

Volnay asió de un brazo a su padre y lo condujo lejos de la tumba, al borde de la cual el comisario de barrio y los enterradores los observaban con curiosidad. Echó un vistazo para asegurarse de que se encontraban lo bastante lejos del grupito.

–Padre, hay una cosa que me parece inexplicable, y es que dieras a esta niña por muerta cuando no lo estaba. ¿Cómo es posible?

El monje se retorció las manos con desesperación.

–Sin duda fue debido a las propiedades de la sustancia que la obligaron a ingerir. En una dosis considerable, debe de ralentizar todas las funciones vitales, los latidos del corazón y, en consecuencia, cualquier signo de vida. Por lo demás, en tales circunstancias muchas personas no despertaran, pues solo la dosis hace que el veneno...

–Sí, y como no le hiciste la autopsia...

–¡Dios del cielo! ¡Menos mal que preferí no despedazar a esa pobre niña!

El monje se santiguó, cosa que sorprendió a su hijo.

–Sophia se hallaba sumida en un sueño a las puertas de la muerte, pero estaba viva –dijo Volnay con los ojos entornados–. La ceremonia debía de exigirlo. La ejecución estaba reservada para el final. Pero llegó el guarda del cementerio y hubo que matarlo. Lo asfixiaron con mucha sangre fría para no dejar huellas. Luego, los participantes se dispusieron a reanudar la ceremonia. Solo que no era su día, porque entonces llegaron unos desenterradores de cadáveres. Los participantes en la misa negra cedieron entonces al pánico y huyeron, dejando a Sophia sobre la lápida. La continuación la conoces. Los ayudantes del guarda fueron a ver los fuegos fatuos, encontraron el cadáver y alertaron a la patrulla.

El monje respiró hondo.

–Yo estaba muy afectado aquella noche –confesó–. El cuerpo de Sophia estaba helado y tenía unas marcas en el cuello. Eso, unido a la sustancia causante de su estado de hibernación, me indujo totalmente a error. En mi sótano también hacía frío. Y encima, me puse enfermo.

Un vaho se desprendió de sus pulmones junto con un largo lamento. Este no conmovió a Volnay, que miró furioso a su padre.

–¡Yo he tardado, pero he llegado a darme cuenta de que Sophia no había muerto! ¡Tú habrías llegado a la misma conclusión al mismo tiempo, si no antes, en condiciones normales! ¡Pero resulta que no estás en condiciones normales! ¡Esa chica, Helena, te ha sorbido el seso!

Por primera vez en mucho tiempo, el monje montó en cólera.

–¡Hijo mío, estás empezando a tocarme los timbales!

Sorprendido, Volnay abrió la boca de par en par y la cerró. Contempló un momento a su padre hasta que su atención fue atraída por la irrupción intempestiva de un hombre en su campo de visión. La peluca con bucles de color gris paloma de Sartine parecía volar de una tumba a otra. El lugarteniente general de policía, con el semblante inexpresivo, avanzaba a grandes pasos por la alameda. Alarmado, Volnay lo miró dirigirse con decisión hacia ellos, aplastando con los pies la nieve recién caída.

–¿Qué es esto? –murmuró el monje.

–Esto –dijo su hijo– son problemas.

Les llegaron desde lejos las imprecaciones de su superior, que acababa de verlos.

–Bombo y platillo –dijo, suspirando, el monje–. ¡Este hombre llena el mundo de ruido!

Una vez frente a ellos, Sartine ni siquiera los saludó.

–Entonces, ¿es verdad?

–Sí, señor –dijo Volnay en un tono neutro–. Enterraron al guarda del cementerio en su lugar. En mi opinión, Sophia está viva. También hemos descubierto que el señor Marly, su padre, tampoco ha muerto y que seguramente sea el responsable de todo este asunto...

El comisario de las muertes extrañas expuso cómo había llegado a esa conclusión. Sartine lo cortó sin contemplaciones.

–¡Decididamente, sois un desastre! ¡No solo dejáis que esa prostituta se os escape, sino que además perdéis el cadáver de la víctima, que encima ni siquiera está muerta!

¡Tan poco muerta como su padre, además, según vos! ¡Al final, en todo este asunto no ha muerto nadie aparte del guarda del cementerio! Pero ¿qué historia abracadabrante es esta? ¿De quién se están burlando? ¿De la policía del rey? –Se volvió hacia el monje y, poniéndose de puntillas, acercó la cara a un milímetro de la suya–. Y vos, ¿ni siquiera sois capaz de ver que una persona está viva? ¡Viejo loco!

–No soy viejo –replicó el monje–. Decididamente –añadió, volviéndose hacia su hijo–, esto de que soy viejo se ha convertido en el pan nuestro de cada día.

Sartine retrocedió emitiendo el sonido sibilante de las serpientes. Volnay no lo había visto nunca en ese estado.

–Mis policías –dijo con una voz en la que se traslucía una sorda amenaza– deben ser hombres de vida y costumbres rectas y de confesión católica cuando me prestan juramento. No es vuestro caso, lo sé muy bien. Os toleraba hasta ahora como un elemento extraño en el seno de un cuerpo absolutamente sano a causa de vuestra eficiencia, pero es preciso constatar que esta se ha esfumado. –Contempló un instante sus botas manchadas y levantó la cabeza–. Os retiro de esta investigación y os suspendo de vuestras funciones.

–¿Y quién se hará cargo de ella? –protestó Volnay–. ¿Ese idiota de Siltieri?

Sartine lo aplastó con su desdén.

–¡Qué mal me conocéis! ¿Tengo acaso fama de poner todos los huevos en la misma cesta?

–Ya, es Helena quien va a seguir investigando –dijo el comisario de las muertes extrañas con amargura.

El lugarteniente general de policía hizo un gesto irritado.

–¡Vuestro monje me la ha convertido! Ya no me servirá de nada en este asunto. ¡No! ¡Tengo otro as en la manga y ha llegado el momento de sacarlo! –Giró sobre sus talones y se alejó, pero de pronto se detuvo y se volvió–. ¡Por supuesto, ya no seréis retribuido, y deberéis hacerme llegar al Châtelet el sobrante de mi adelanto para gastos y justificarme convincentemente estos!

–Eso es una mezquindad –murmuró el monje cuando Sartine les volvió de nuevo la espalda–. ¡Quiere dejarnos sin fondos para echar tierra sobre el caso! –Y añadió como para sí mismo–: Menos mal que guardo un poco de nuestro presupuesto para cada investigación a fin de cubrirnos las espaldas. ¡Todavía no estamos perdidos!

Volnay lo miró atónito.

–¿Qué?

Su padre se encogió de hombros con fatalismo.

–¡Tú eres demasiado honrado, así que yo soy previsor por los dos! ¡Sin saberlo, Sartine financia nuestra vejez!

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Volnay rio. Su risa se elevó por encima de las piedras, ligera en el aire inmóvil. Era la risa clara de un niño que recupera a su padre. Parecía súbitamente liberado de una capa de hielo. Ante la mirada de los enterradores, los dos hombres se pusieron a darse palmadas felicitándose. Una vez expresada su alegría, se dirigieron hacia la entrada del cementerio bajo un sol que no calentaba nada.

–Padre, ¿qué ha querido decir Sartine con lo de que has convertido a Helena?

–No tengo ni la menor idea –respondió el monje–. ¡Conforme pasan los años, cada vez resulta más difícil comprender a Sartine!

–¿Helena y tú habéis...? Bueno... ya sabes lo que quiero decir...

–¡Hijo mío! ¡Pero si tiene veinte años menos que yo!

–Alguno más, padre, alguno más...

Caminaron en silencio entre las tumbas heladas, felices de aquella complicidad recuperada, hasta que el monje dijo:

–Hijo, ¿puedo hacerte una pregunta?

–Claro, padre.

El monje se humedeció los labios agrietados por el frío. Le temblaba ligeramente la barbilla.

–¿Tanto he envejecido que todo el mundo me trata de viejo chocho?

Lo dijo con una voz tan trémula que a Volnay se le encogió el corazón. Con un gesto instintivo, se detuvo y rodeó con los brazos a su padre.

–Sartine y yo somos unos imbéciles. ¡Por supuesto que no, papá!

El monje se emocionó: Volnay acababa de pronunciar la palabra más hermosa del mundo para sus oídos. Con naturalidad, cogió de la mano a su hijo y este, al que de adolescente tal cosa le horrorizaba, no opuso resistencia. Así fue como salieron del cementerio.

XIX

Sophia y otras cosas del diablo

Primero Sophia no veía nada, no oía nada. Fue una voz grave y metálica lo que la sacó de su letargo. Cada vez más receptiva, se esforzó en captar otros sonidos, al principio inaudibles; luego entreabrió los ojos e intentó centrar la vista. Una presencia trajinaba en la fría habitación. Por el rabillo del ojo distinguió una sombra que se movía en su campo de visión o un cambio de forma. Trató de distinguir los colores, pero el mundo seguía siendo gris. Volvió a dormirse.

Pasaron las horas, y cuando Sophia se despertó de verdad, la mañana del segundo día, fue para comprobar que se encontraba en un sótano glacial. Solo una lúgubre luz se filtraba por un lejano tragaluz. Afortunadamente, una gruesa manta la cubría por completo y, delicadeza suprema, bajo su cuerpo habían extendido otra. Movidio por la compasión, el monje incluso había puesto en esta ocasión una almohada bajo su cabeza.

Sophia intentó mover las extremidades, pero sin lograrlo. Evitando ceder al pánico, se concentró en una de sus manos hasta hacer funcionar los dedos uno tras otro. Cuando sacó una pantorrilla de debajo de la manta, el frío la atenazó. Todos sus movimientos parecían ralentizados. Al cabo de una hora, consiguió sentarse, tiritando, envuelta en la gruesa manta.

Si el infierno era un gigantesco laboratorio lleno de hornillos, frascos y retortas, Sophia debía de estar allí, pero, reflexionando sobre el asunto, no recordó haber hecho nada para merecerlo. Pensó entonces en el purgatorio, pues no consideraba que hubiera vivido lo suficiente para haberse ganado el paraíso. Pero ¿por qué no había nadie allí para recibirla? Perpleja, siguió dándole vueltas a la cuestión. Había habido una persona a su lado. Le parecía recordar un sayal como el de un monje. Le hablaba con amabilidad. Tenía que encontrar a ese hombre o ese espíritu.

Sophia se levantó, sofocando un gemido cuando sus pies desnudos entraron en contacto con el suelo helado. Ciñéndose la manta alrededor del cuerpo, empezó a explorar el lugar. No había visto nunca un sitio como ese. Se habría dicho que un sabio loco se había propuesto meter el mundo en probetas y alambiques. Con paso vacilante, intentó salir de aquel extraño lugar, pero la puerta del sótano estaba cerrada con llave.

«Es el purgatorio, en efecto —se dijo—. No se puede salir antes de hora, pero ¿dónde están las demás almas en pena?».

Se dio cuenta entonces de que habían dejado un trozo de pan blanco sobre una mesa, así como una frasca de agua. Tenía hambre, así que se comió el pan, sorprendida de que en la muerte hubiera que seguir alimentándose. Después sintió sed y bebió. Recorrió de nuevo el laboratorio y descubrió un segundo sótano. Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. El cadáver de un hombre yacía allí, y ninguna manta o sábana lo cubría.

Sophia retrocedió febrilmente y zarandeó en vano la pesada puerta. Con el corazón palpitante, volvió al segundo sótano. Allí encontró otra puerta, más pequeña y baja. Alargó la mano hacia el picaporte y descubrió que se movía. Una escalera muy empinada la condujo hasta un dormitorio. En él, sobre una cama de patas bajas, dormía un hombre. Lo contempló con sorpresa y finalmente pensó que parecía el desconocido que hablaba alrededor de ella mientras dormía. La habitación estaba caldeada y se sintió mejor, de modo que se animó a abrir un baúl donde encontró vestidos y manteletas, manguitos y cofias adornadas con encaje, medias, un par de chinelas y unas botinas. Contenta de su hallazgo, eligió para ponerse el vestido más abrigado, aunque era demasiado grande para ella, y unas medias de lana. Las botinas, en cambio, le quedaban bastante bien.

Una vez vestida, Sophia miró alrededor. Satisfechas sus necesidades primarias, se sentía vacía e inútil. Su atención fue entonces atraída, junto a la cabecera del durmiente, por un libro encuadernado en piel envejecida y veteada cuyo título era Elogio de la locura, de Erasmo. Lo cogió para hojearlo, pero lo encontró demasiado complicado y lo dejó enseguida.

Sin saber qué hacer, se sentó en el borde de la cama, saboreando su comodidad, el placer de sus nuevas vestiduras y la acogedora tranquilidad de la habitación. Al cabo de un rato, el hombre abrió los ojos. Estaban llenos de humanidad. Le habló y Sophia le contestó, aunque la conversación no tenía mucho sentido para ella. Movidada por un súbito impulso, le dijo con mucha seguridad que estaba soñando. Había llegado a pensar, en efecto, que era un ángel y que en la tierra nadie debía saber de su presencia. El hombre cerró los ojos y ella, rápida y silenciosa, salió por donde había entrado.

Sophia no volvió a bajar al sótano. Hacia la mitad de la escalera, una puerta daba a una minúscula bodega. Cerrando la puerta, tenía el sitio justo para extender sus dos mantas y taparse con ellas. Después de haber vaciado un bote de mermelada, se durmió, envuelta en la manta y con un sabor de frambuesa en la boca.

Se despertó de un sueño profundo que le pareció que había durado años y fue a la habitación donde había visto al monje enfermo. No encontró a nadie. La casa que recorrió estaba vacía y silenciosa, pero de pronto una masa de pelo se abalanzó sobre ella gañendo de alegría. Cayó al suelo y una lengua rasposa le lamió la cara. Loca de alegría, estrechó al perro entre sus brazos.

—Así que es verdad que estás aquí...

Lo tuvo un largo rato abrazado, calentando su cuerpo con su calor. Después le entró hambre; encontró un resto de buen pan blanco y lo compartió con el perro. Revigorizada, se animó y decidió salir para ver qué aspecto tenía el mundo después de la muerte.

La puerta estaba cerrada. Exploró la casa y encontró una llave colgada de un clavo en la cocina. La cogió, la hizo girar en la cerradura y salió. Después, con la mayor naturalidad, cerró la puerta con llave. El mundo era el mismo que en la vida de verdad. En la calle la asaltó el ruido. Los comerciantes cantaban las excelencias de sus productos y de vez en cuando le llegaba a los oídos la voz reconocible de los cocheros, rota de tanto gritar.

Caminaba despacio por la ciudad con una libertad recién adquirida. La habitaba una sensación de paz, aunque algunos recuerdos melancólicos bullían aún en su interior.

Sophia se puso en camino hacia la casa que la había visto crecer. No se sentía unida a ella en absoluto. Su vida allí había sido mortecina y aburrida a más no poder. No obstante, constituía un punto de referencia en una existencia, o más bien una no-existencia, que carecía de ellos. Sin emoción, vio de nuevo las piedras negras y la torre que se alzaba hacia el cielo. Se sentó un momento en los peldaños, perdida en sus reflexiones. Los malos recuerdos la hicieron estremecerse y se apresuró a alejarse. Se cruzó con la camarera, a quien le dirigió una mirada vacía que pareció aterrorizarla, pues se santiguó como para conjurar un mal de ojo. Sophia comprendió entonces que estaba muerta y se había convertido en una de esas aparecidas de las que su nodriza le hablaba antes de irse a la cama.

Testigo fiel de sus peregrinaciones, el perro la acompañaba moviendo la cola. Su estancia en casa del monje le había sentado bien. Lo habían lavado y frotado, cortado el pelo un poco de más, mimado y alimentado en abundancia. Encontrar después a su pequeña ama, o a la que había elegido como tal, parecía proporcionarle una energía desbordante.

Sin saber adónde dirigirse, Sophia decidió seguir al perro, que parecía saber perfectamente adónde ir. La condujo no lejos de la casa del monje, por un curioso dédalo de patios a cuál más pequeño a medida que avanzaban. En el tercero de esos patios se alzaba un árbol. Ella se entretuvo sacudiendo las ramas para que la nieve en polvo le cayera encima. El perro fue hasta la puerta de una casa a la que se entraba desde el patio y levantó una pata para orinar. Sophia rio y lo reprendió antes de imitarlo.

Cuando consideró que era hora de recogerse, se arrodilló junto al perro y le pidió que la llevara a la que ella consideraba ahora su casa o su lugar de tránsito hacia otra vida. El perro jadeó suavemente entre sus manos y la condujo no lejos de allí. Sophia sacó la llave del bolsillo y abrió. Fue a la cocina y compartió una galleta con su amigo de cuatro patas junto a las cenizas del hogar. Como se sentía cansada, besó al animal y entró en el dormitorio del monje. El perro gimió y rascó la puerta, pero acabó por callarse. Sophia bajó al sótano. Horrorizada, vio allí un cuerpo calcinado y se fue rápidamente a la bodega. Todavía temblando, se refugió allí. El lugar era tranquilizador, con sus jamones colgados, sus botes de mermelada, sus hierbas aromáticas y sus botellas lacradas y cuidadosamente ordenadas. Vio un cartel y un carboncillo junto a las botellas. Otro cartel recogía los nombres de los vinos y sus añadas. Se entretuvo escribiendo en el que estaba en blanco: «Prohibida la entrada a Dios», y pensó en colgarlo en la puerta de su madriguera, pero renunció a hacerlo. Ya encontraría otra manera de utilizarlo. Mientras pensaba en ello, el cansancio la invadió de repente. Cerró los ojos y sintió que su mente iba a la deriva antes de dormirse entre aromas de tomillo y laurel.

En la cabeza de un perro y otras cosas del diablo

Un blanco lechoso flotaba en las calles. Como de costumbre, al amanecer los empleados de los servicios de limpieza recogían inmundicias y cadáveres de la ciudad. Los panaderos de Gonesse invadían las calles con sus panecillos. Cientos de porteadores de agua recorrían los inmuebles para vender agua del Sena desinfectada con vinagre blanco. En el alba glacial, los dos investigadores regresaron andando de prisa al domicilio del monje. Este rumiaba todo el caso mentalmente antes de regurgitarlo en frases entrecortadas.

–Sophia oía nuestras palabras en su semisueño o su semimuerte y luego se despertó. Por suerte para ella, la había tapado con una gruesa manta. ¡Eso impidió que muriera definitivamente de frío en mi sótano!

–Habría podido morir de frío en el cementerio.

–Llegamos con gran rapidez y nos la trajimos. Además, la sustancia había ralentizado su metabolismo para hacerla entrar en una especie de hibernación, como si fuera un oso.

–Pero ¿cuándo se despertó?

–¡Creyó estar muerta! ¡Es una pobre niña de doce años a la que le han hablado del infierno, el paraíso y el purgatorio! Vino a visitarme a mi habitación porque hay un acceso directo desde allí hasta el segundo sótano. Se vistió con ropa de tu pobre madre que encontró en un baúl y me habló. En mi estado febril, creí que se trataba de un espectro y no la saqué de su error. Después pasó el tiempo entre el sótano y mi dormitorio, haciendo incursiones a la cocina para alimentarse.

–Y probablemente haciendo eso fue como se dio cuenta de que no estaba muerta...

–Es verosímil. También fue a su casa acompañada del perro, pero se limitó a sentarse delante de la puerta. Algo le impidió entrar.

–¿Fue ella la que prendió fuego a la casa de su padre?

El monje frunció el entrecejo.

–¡Me preguntas demasiado!

Una vez que hubieron llegado a la casa del monje, la registraron minuciosamente y descubrieron que Sophia había dormido en la pequeña bodega, donde encontraron el bote de mermelada vacío.

–¿Dónde se habrá metido? –se lamentó el monje.

–Entra y sale a su antojo –señaló Volnay–. Sin embargo, esta noche no ha vuelto, porque me has dicho que, después de la desaparición del perro, pusiste una campanilla en tu puerta, por dentro, para que te avisara si volvía.

–Con este frío, quizá esta vez sí que haya muerto.

–A no ser que...

–¿Qué estás pensando?

–El perro la acompaña. Si ella no sabe adónde ir, puede seguir a ese inteligente animal.

El comisario de las muertes extrañas cruzó los brazos, apoyó la barbilla en una mano y entornó los ojos, en la actitud que adoptaba a veces para pensar mejor.

–No sé meterme en la cabeza de Sophia –confesó al cabo de un momento–, así que voy a intentar penetrar en la de su perro.

–Tienes toda la razón, hijo mío. Platón señala que el perro sabe distinguir a un enemigo de un amigo, siendo el enemigo aquel al que no conoce, lo cual supone, si no cierta sabiduría, cierta memoria. En cuanto a Aristóteles, en *De anima* atribuye algunas cualidades intelectuales a las especies animales, sobre todo a las que no se limitan a procrear, sino que alimentan a sus crías e incluso llegan a desarrollar una forma de colaboración social. Dice, además, que en la especie humana algunos no van tan lejos y, tras haber procreado, abandonan a su mujer y su progenitura.

Los paréntesis del monje podían ser interminables, por lo que Volnay lo cortó afablemente:

–El perro no la llevará, pues, a casa de su antiguo amo, donde solo recibía golpes.

–Aunque la fidelidad de estos animales a veces es conmovedora. Son como esos niños a los que sus padres pegan, pero que intentan desesperadamente manifestarles su amor.

–Sí, bien. El perro conoce su barrio. Quizá haya sitios donde encuentra más fácilmente comida; en los patios de las fondas, por ejemplo... También siguió a Sophia hasta el cementerio al que la llevaron para la misa negra; pero ¿por qué iba a volver allí? Por último, te siguió hasta tu casa, pero también me siguió a mí hasta la mía, y luego a los dos hasta el callejón de l'Or... ¡Sí! ¡Entró con nosotros en casa de la Dama del Agua y allí encontró un buen fuego! ¡Y ella hasta le dio de comer!

–¿Acaso crees que el estómago gobierna a Guau-guau? –replicó su padre, ofendido.

–¡Deja de llamarlo así y ponle un nombre como Dios manda!

El monje frunció el entrecejo.

–¡Buena idea! ¡Lo llamaré Aristóteles!

Volnay alzó los ojos al cielo e inmediatamente tomó una decisión.

–Abrígate, vamos a ir a mi casa y, si allí no encontramos nada, iremos al callejón de l'Or.

–Bien, voy a dejarle una nota a Helena para que nos espere aquí. No sé adónde habrá ido después de..., de esta noche.

Su hijo le lanzó una mirada fugaz, pero se calló. Fuera, un cielo vitrificado los acogió. Fueron a casa de Volnay y luego tomaron la calle Saint-Jacques. De pronto, el comisario de las muertes extrañas se detuvo. Frente a ellos, una silueta oscura se recortaba en la blancura inmaculada. Los ojos del policía se achicaron.

–Espérame –le dijo al monje.

Cruzó rápidamente la calle y se acercó a la figura encapuchada. Las cabezas de los dos hombres se inclinaron una hacia otra. El monje observó atentamente. El desconocido parecía murmurar al oído de su hijo. Este lo interrumpió varias veces para interrogarlo. Tras la última respuesta, el comisario de las muertes extrañas levantó la cabeza hacia

arriba y su mirada pareció perderse en los torbellinos rizados del humo de las chimeneas. Después sacó unas monedas de la bolsa y se las puso en la mano al otro antes de regresar con el monje.

—Es uno de los agentes apostados en el barrio donde desapareció el hombre de la espada cruzada que vi en el cementerio durante el entierro de Sophia —explicó Volnay—. La búsqueda no ha dado ningún resultado, pero le he pedido que persevere.

—¿En serio? —dijo el monje con desconfianza—. Sartine nos ha quitado el caso y, por lo tanto, todo poder sobre los agentes.

Se detuvo delante de una anciana que, por dos sueldos, vendía café con leche en un vaso. Con el rostro enrojecido, los ojos sanguinolentos y la respiración entrecortada, llevaba al hombro un enorme recipiente de hojalata que debía de ser muy pesado.

—Las órdenes del lugarteniente general de policía tardarán un poco en llegar hasta los agentes —dijo Volnay mientras su padre se bebía el café—. Son simples peones, sombras en la calle...

Su padre asintió. Se tomó otra taza de café, tanto para aliviar un poco a la mujer de su fardo como para duplicar el óbolo. Hecho esto, reanudaron su camino.

—En la Metafísica —continuó alegremente el monje—, Aristóteles escribe que los perros tienen sensaciones, las cuales generan la memoria. La memoria permite aprender y, por lo tanto, desarrollar una forma de inteligencia. Es más fácil desarrollarla, además, cuando se está dotado de oído, cosa que no se da en todos los animales. ¡Las abejas, por ejemplo, son sordas como tapias!

El comisario de las muertes extrañas siguió andando sin contestar, totalmente concentrado en las palabras del agente, que todavía resonaban en sus oídos abriendo un abismo bajo sus pies. Sin percatarse de esta falta de atención, su padre hablaba y hablaba moviendo los brazos.

—Un filósofo estoico, Sexto Empírico, demuestra que un perro que persigue a una presa que puede haber tomado tres caminos diferentes, si olfatea y no huele nada en los dos primeros, no olfateará el tercero porque deduce que ha tomado ese. —El monje agitó triunfalmente un dedo—. ¡Manifiesta, pues, capacidad de reflexión!

El monje podía ser inagotable. Volnay soportó durante el camino, sin rechistar, el estudio del filósofo Heráclito de Éfeso, que su padre concluyó con su cita preferida: «Gimo por la inestabilidad de las cosas; todo flota en ellas como en una mixtura, amalgama de placer y de pena, de ciencia y de ignorancia, de grandeza y de pequeñez: lo alto y lo bajo se confunden y alternan en el juego del siglo».

Los dos hombres se adentraron por fin en el callejón de l'Or. La singularidad del lugar, que, sin embargo, conocían bien, les hizo adoptar espontáneamente la actitud furtiva y sigilosa de la gente que lo frecuentaba. El monje se bajó la capucha sobre los ojos y el comisario de las muertes extrañas se tapó la barbilla con la capa. Juntos llamaron a la puerta de la Dama del Agua.

Les abrieron enseguida y entraron agradecidos en la casa, donde vieron a la vez al perro y un buen fuego ardiendo en la chimenea. El animal se levantó gañendo y se abalanzó sobre el monje con las patas delanteras levantadas, tratando de lamerle la cara con su lenguarasposa.

–¡Ah, estás aquí, Guau-guau... digo... Aristóteles! –exclamó el monje alborotándole el pelo de la cabeza–. ¡Fíjate cómo tiene sentido de lo justo, puesto que mueve la cola de contento al vernos! ¡Lo que se quería demostrar!

La Dama del Agua lo miró estupefacta. Volnay se encogió de hombros.

–Una demostración de la inteligencia animal –explicó brevemente–. ¿Sophia está aquí?

–Sí. Anoche oí que rascaban la puerta. Era el perro y lo reconocí enseguida. Lo acompañaba esa jovencita. Parecía agotada y muerta de frío. La hice entrar y le di de comer. Dio a mis preguntas respuestas sin pies ni cabeza y se durmió sentada a la mesa. Tuve que despertarla para llevarla a mi dormitorio. ¡Lleva doce horas durmiendo! Pensaba acompañarla a vuestra casa cuando se levantara.

Los condujo a su habitación, donde Sophia dormía. Cuando entraron, el perro dio una vuelta alrededor de la cama moviendo alegremente la cola, olfateó las sábanas y se tumbó soltando un profundo suspiro.

Los dos hombres contemplaron a Sophia en silencio, maravillados. Aunque estaba pálida, su rostro ya no tenía la lividez de la primera noche, en el cementerio. Una aureola de cabellos de oro hilado lo rodeaba sobre la almohada. Admiraron la finura de sus facciones, el gesto encantador de sus labios abandonados al sueño y sus pequeñas manos apretando la sábana.

El monje pareció prendarse de ella en ese mismo instante. Su hijo, pues, consideró más prudente hacerlo entrar en razón sin demora.

–No podemos llevárnosla a casa –dijo–. Sartine nos ha quitado el caso y sería inmediatamente informado por sus agentes de la llegada de Sophia. –Se interrumpió y frunció el entrecejo con aire tenso–. Además, creo que Sartine nos oculta muchas cosas de este asunto.

Tumbado al pie de la cama, el perro irguió la cabeza antes de volver a apoyarla sobre las dos patas delanteras, como desilusionado. En ese momento, Sophia abrió los ojos y los miró. Sus ojos parecían el espejo de su alma. El monje la contempló, extasiado.

–¡Sophia!

Un largo estremecimiento recorrió a la niña.

–¿Estoy muerta? –preguntó angustiada.

–¡No, mi joven amiga, no podéis estar más viva!

–Entonces –dijo, dirigiéndole una dulce mirada de reproche–, ¿por qué no me sacasteis de mi error cuando hablamos?

El monje suspiró.

–Tenía mucha fiebre y creía estar soñando... –Agachó la cabeza y murmuró–: ¿Dónde es posible encontrar seres como vos, sino en los sueños?

Ella pareció no entender. El comisario de las muertes extrañas intervino entonces con poco tacto:

–¿Quién intentó mataros?

–No sé..., no recuerdo... –contestó Sophia, confusa–, mucha gente...

El policía se inclinó hacia ella.

–¿Os habéis encontrado con personas horribles o desconocidas que no deberían haberse interesado por vos?

Ella cerró los ojos como para pensar mejor y de pronto los abrió con expresión asustada.

–El año pasado, creo, un día que estaba jugando a las tabas en la puerta de mi casa, un carruaje se detuvo bruscamente delante de mí. Un hombre asomó la cabeza por la portezuela. Iba muy bien vestido y llevaba una peluca muy bonita. Me preguntó si me llamaba Sophia. Cuando le respondí que sí, me sonrió y me dio una moneda de oro para que fuera a comprarme una bonita muñeca.

–¿Dijo ese hombre cómo se llamaba? –le preguntó Volnay.

–No, pero cuando le ordenó al cochero que continuara, este le preguntó: «¿Adónde deseáis ir, señor lugarteniente general de policía?».

El monje dejó escapar una terrible blasfemia.

–¡Por los cuernos de Belcebú! ¡Ese hijo de perra de Sartine!

La Dama del Agua y la niña lo miraron espantadas. Sophia parecía a punto de llorar.

–¿Dónde está mi padre? –preguntó con un hilo de voz.

El monje le cogió la mano y le comunicó con tacto que su padre había muerto. Aquello no pareció entristecer en exceso a Sophia, pero el monje sabía que los niños no asocian la muerte con el miedo como los adultos. Para ellos, morir es simplemente irse. En ocasiones incluso, después de haberse enterado de la muerte de un allegado o un pariente, preguntan cuándo va a volver.

Con mucha delicadeza, el monje no la sacó de su error.

El comisario de las muertes extrañas escuchaba, incómodo, a su padre sin decir nada y sin apartar los ojos de la punta de sus botas. Levantó la cabeza, no obstante, cuando el monje le preguntó a Sophia si recordaba quién la había raptado.

Los recuerdos de la niña eran muy confusos, sus impresiones se superponían. Había escapado a la vigilancia de la sirvienta para salir a la calle en busca del perro. Un coche negro como un carruaje fúnebre se había detenido a su lado. Una mano enguantada que sostenía un frasco asomó por la portezuela.

–Hija mía –dijo una voz masculina bien timbrada–, bebe esta poción y escaparás por fin de este mundo que te tiene prisionera.

Sophia se había quedado inmóvil, fascinada y aterrorizada a la vez. De pronto, un poderoso brazo la había agarrado al tiempo que un pañuelo húmedo le tapaba la nariz. Todos sus músculos se habían aflojado, mientras las piernas le fallaban y se le nublaba la vista.

El comisario de las muertes extrañas asintió con la cabeza. Estaba claro lo que había sucedido: mientras un hombre atraía la atención de la niña, otro se acercaba por detrás para dormirla y meterla en el coche.

Sophia lloraba al revivir sus miedos.

–¿Qué quería de mí ese hombre que me llamaba «hija mía»? –preguntó, sollozando.

La Dama del Agua lanzó una mirada inquieta al monje, pero este no tenía ninguna intención de hablar de la misa negra en el cementerio.

–Sophia, te encontramos inconsciente y como muerta. Por esa razón te llevamos a mi sótano. Después te despertaste y empezaste a andar por la casa. Todo eso es pasado. Ahora estás segura. Sin embargo... –Hizo una pausa y lanzó una rápida mirada a su

hijo—. Sin embargo, nos parece más prudente que te quedes aquí hasta que detengamos a los dos hombres que te raptaron.

—¿Van a volver?

—No, porque no saben dónde estás.

Sophia los miró con sus grandes ojos llenos de inocencia.

—¿Por qué los adultos hacen daño a los niños?

El monje meneó sombríamente la cabeza.

—Es una pregunta que siempre me he hecho y sigo haciéndome...

En la mañana lechosa, los dos hombres caminaban entre la muchedumbre que formaban mozos de cuerda, vendedores ambulantes y criados. Un ejército de jóvenes se dedicaba a desembarrar bajos y zapatos. En una esquina, pese a tener los dedos entumecidos por el frío, un prestidigitador divertía al público con sus juegos de manos. El monje y su hijo lo miraron.

—¡Ahí tienes a Sartine! —dijo Volnay—. ¡Mueve una mano vacía delante de nosotros mientras esconde la otra llena tras la espalda! Nos ha embaucado desde el principio. ¡Ese hombre es de una doblez increíble!

Recobró la calma al conseguir ordenar algunos pensamientos coherentes en su cabeza. Sartine lo había intrigado al quedarse el dibujo que él había hecho de Sophia. Incluso se había interesado con cierta emoción por sus condiciones de vida antes de que encontrara la muerte. Después había soñado con ella...

—Eso explica el interés que ha manifestado por la pequeña desde el momento que vio el dibujo —dijo.

—Pero ¿por qué no nos dijo nada al encargarnos la investigación? —objetó el monje.

—¿A quién podía encargársela, sino a nosotros? —replicó Volnay—. A todo el mundo le habría extrañado que el comisario de las muertes extrañas no investigara el crimen más misterioso de París desde...

—Desde el de la mujer sin rostro —completó el monje.

El comisario no contestó. Hablar de ese caso le traía a la memoria a Chiara.

—Padre —dijo de repente—, prométeme que no le dirás a nadie dónde está Sophia.

—Por supuesto.

—Ni a Helena... ¡Menos aún a Helena!

Helena, pensativa junto al fuego, los esperaba en casa del monje. Levantó la cabeza con una interrogación muda en el semblante cuando entraron.

—Hemos encontrado a Sophia —le dijo el monje en un tono jovial.

—¿Sí? ¿Cómo?

—¡Gracias a Aristóteles!

—Sería un poco largo de explicar —intervino el comisario de las muertes extrañas—, y es una información que debemos mantener en secreto. ¿No tenéis vos nada que contarnos?

—No. ¿Dónde está Sophia?

—Eso no os incumbe —dijo fríamente el policía—. Repito la pregunta: ¿no tenéis nada que contarnos?

Helena permaneció impassible. Sus bonitos ojos verdes salpicados de estrellas se mostraban tan poco expresivos como una piedra preciosa.

–Nada –respondió.

Volnay se volvió teatralmente hacia el monje.

–Padre, aquí tenéis la prueba de que no podemos confiar en Helena, puesto que nos oculta información de la mayor importancia.

La joven no se inmutó.

–¿Qué queréis decir?

Volnay, irradiando una satisfacción perversa, se plantó delante de ella.

–¿No vais a contarnos vuestras visitas a un antiguo inspector de policía de París y a una partera? ¿Ni la de Sartine después a vuestro domicilio?

Helena lo contempló atónita. La sorpresa parecía haberla paralizado.

–¿Cómo lo sabéis? –murmuró, antes de que un destello de cólera atravesara bruscamente su mirada–. ¡Me habéis hecho seguir! –exclamó horrorizada–. ¡Habéis mandado a vuestros agentes que me vigilen!

El comisario de las muertes extrañas se encogió imperceptiblemente de hombros.

–No exactamente. Es Sartine quien hace que os sigan sus agentes. Yo me he limitado a comprar a uno de ellos. –Se volvió hacia su padre y dijo de buen humor–: ¡Como ves, no eres el único que utiliza el dinero de Sartine con fines que él no sospecha!

Una rara sonrisa iluminó su rostro y sus ojos chispearon de alegría. De pronto, Helena tuvo la impresión de ver en él a su padre, el monje, tal como debía de haber sido de joven.

–¡En este caso –prosiguió Volnay–, compro a un agente de Sartine con dinero de Sartine!

Esta vez rio como entusiasmado. El monje y Helena lo contemplaron sin salir de su asombro.

–Olvidaba deciros –precisó, recobrando la seriedad– que el agente en cuestión le tiró de la lengua a la partera. Le metió miedo y consiguió que le dijera lo que os había contado. Para el agente, aquello no significaba gran cosa; esa gente se limita a espiar, hacer hablar e informar sin comprender.

Helena trató en vano de sondear la mirada de Volnay para averiguar si mentía. Pero ¿quién podía alardear de leer en ese pozo sin fondo? Tomó rápidamente una decisión y dijo, dirigiéndose al monje:

–Sartine ha hecho que sus agentes me sigan. Se ha enterado de mis descubrimientos y me ha prohibido que hable de ellos con nadie.

Aguijoneado por la serpiente de la duda, el monje miró a Helena con ojos centelleantes.

–Comprendo. Sin embargo –dijo en un tono en que se traslucía cierto disgusto–, tenéis que elegir un bando, el nuestro o el de Sartine.

Impresionado por la firmeza de su tono, Volnay le lanzó a su padre una mirada de aprobación.

–Esa partera –prosiguió Helena sin alterarse– trajo al mundo hace doce años a la hija de una bailarina de la Ópera. La madre no quería a la criatura y la dejó en manos de su

dama de compañía de la época, la señora Marly. Esta dejó su empleo, seguramente a cambio de una renta. Su marido era entonces joyero. A su muerte, dos años más tarde, el hombre vendió el negocio para consagrarse a su pasión: la astrología.

El monje, impávido, asintió sin decir nada.

—¿Y cómo se llamaba esa joven bailarina de la Ópera? —preguntó su hijo.

Eso significaba reconocer que lo ignoraba. Helena tuvo la sensación de haber sido engañada. El agente de Volnay no había interrogado a la partera. Dicho esto, nada impedía al temible comisario de las muertes extrañas hacerlo más adelante. Así pues, la joven respondió sin resistirse, buscando la mirada del monje para observar su reacción.

—Ángel Bello.

Un escalofrío pareció sacudir de arriba abajo al monje. Volnay se mostró sorprendido.

—Es el frío, no consigo entrar en calor —explicó su padre. Su expresión era indescifrable, pero sus sentimientos emergían a flor de piel—. Interesante —dijo, levantándose—. Te dejo reflexionar sobre el asunto, hijo mío. Yo voy a visitar a mis pobres, eso me despejará la mente.

—¿Me dejas para ir a hacer obras de caridad, cuando acabamos de descubrir que Sophia no ha muerto y tenemos un nuevo indicio? —replicó, estupefacto, el comisario de las muertes extrañas.

—No te dejo solo —contestó su padre en un tono sarcástico—. Helena está aquí. ¡Confío plenamente en su sagacidad y en tu mente lógica!

Al dejar la calle de l'Arbalète, tomó la calle Postes y luego la de Sainte-Geneviève. Allí, entró en el establecimiento de una ropavejera que, al reconocerlo, lo condujo sin decir nada a la trastienda. Le llevó unas vestiduras dignas de un gentilhombre y lo ayudó a ponerse una camisa de seda y un chaleco bordado y a anudarse la chorrera. Unos pantalones de un azul deslumbrante subrayaron su delgada cintura, y una chaqueta de terciopelo de seda, su prestancia. Ataviado así, y tras haberse admirado complacientemente en un espejo, el monje le puso unas monedas en la mano y ella le abrió una puerta que daba a un patio. Él se inclinó para besarle con galantería la mano y la llamó «princesa de las telas», lo que la hizo ruborizarse de placer.

—Cuidado —le advirtió la mujer—, el suelo está muy resbaladizo hasta llegar al inmueble de enfrente.

El monje, pues, salió con cautela murmurando:

—¡Le deseo lo mejor al agente que me espera delante de esta ropavejería!

Un coche destartalado apareció. Él se apartó prudentemente para evitar ser arrollado o que su elegante indumentaria acabara salpicada.

Una vez solos, Volnay y Helena se miraron con hostilidad.

—¡Sois tal para cual, vos y Sartine! —refunfuñó finalmente el policía—. ¡Nos mete en una investigación sin decirnos lo que sabe, nos asigna a una mujer para que nos ayude y le prohíbe que nos revele lo que averigua!

La joven sostuvo su mirada con una expresión de audacia en el semblante.

—Tenéis razón en un punto: Sartine no quiere que eso se sepa. Estaba muy enfadado por mi descubrimiento.

Pensó rápidamente y concluyó que no le correspondía a ella revelarle a Volnay que su padre podía ser también el de Sophia.

–Vuestro padre no parecía interesado en conocer el nombre del progenitor de Sophia, pero quizá vos...

–Iba a haceros la pregunta –la cortó Volnay.

–La partera no sabía el nombre del padre –se apresuró a contestar ella–, pero el día de su nacimiento vio salir al señor de Sartine.

El comisario de las muertes extrañas se quedó de piedra.

–Sartine otra vez... –murmuró.

Por eso la carroza del lugarteniente general de policía se había detenido delante de Sophia y este le había preguntado su nombre, sonreído y dado una moneda. ¡Sophia era su hija! Volnay exhaló profundamente, como para expulsar un exceso de cólera.

–¡Ese maldito bribón sabía todo esto desde el principio y no ha dicho nada! –Todo el rencor que sentía por su superior encontraba un motivo para expresarse–. ¡Voy a ir a verlo!

Helena lo asió de un brazo, con el miedo pintado en el semblante.

–¡No! ¡Sabrá que he hablado y su venganza será terrible! ¡A menos que le digáis que utilizáis a uno de sus propios agentes para espiarlo y entonces su venganza caerá sobre vos!

Volnay la miró, atónito.

–¿Tenéis miedo de él?

–¡Un miedo atroz! –Su tez era de una palidez diáfana–. ¿Vos no? –preguntó con un hilo de voz.

–Pues... no... –Volnay se quedó pensando–. Aunque a veces sí, por mi padre...

–Y a la inversa supongo que también –señaló Helena.

El comisario de las muertes extrañas la contempló, pensativo, y fue a coger su capa.

–Tranquilizaos, voy a verlo simplemente para convencerlo de que nos asigne de nuevo el caso. Le diré que estoy tras el rastro de Sophia y que me comprometo a encontrarla en el plazo de dos días.

–¿Vais a entregarle a esa niña?

–¿Entregársela? –Se había plantado delante de ella y la miraba a la cara–. ¿Entregársela? –repitió ofendido–. Olvidáis que ese hombre, por despiadado que parezca, piensa que es su padre. Y de todas formas, no podríamos ocultar mucho tiempo a Sophia. ¿Qué queréis que hagamos con ella? ¿Esconderla y criarla en la clandestinidad?

Se dirigió hacia la puerta y, cuando la abrió, se volvió antes de salir.

–No le temo, pero en estos años he aprendido una cosa, y es que no se puede tener en la tierra peor enemigo que Sartine.

En invierno, grandes estufas de carbón ardían en los patios de las mansiones de la calle Saint-Honoré, un delicado detalle con los invitados cuando bajaban de sus carrozas. Mientras tanto, en las calles la gente se moría de frío.

El monje se dirigió sin titubear hacia la entrada y se hizo anunciar por su nombre. Sabía que Ángel Bello se había convertido en la señora de Morange. Su marido era rico, pero

también famoso por ser muy tonto. Para burlarse de él, unos amigos de la nueva señora de Morange le prestaron un libro, cosa totalmente novedosa para él, y al poco otro del mismo autor que en realidad era el mismo. «Todo esto es muy interesante –había dicho el marido–, pero el autor se repite un poco...».

En la antecámara, un lacayo somnoliento se levantó sobresaltado. Llevaba una librea roja guarnecida con galones tejidos con los colores y blasones de su señora.

La señora de Morange estaba todavía ocupada con el aseo de la mañana, el aseo ligero, y, como todas las damas de la buena sociedad, recibía mientras tanto. El más profundo, por la noche, incluía un baño de modestia. Se trataba de un baño espumoso que preservaba la intimidad de la anfitriona a sus visitantes.

La señora de la casa se encontraba entre las manos de su peluquero. A su alrededor, en un alegre desorden, había cajas de polvos y de lunares, tarros de pomada y frascos de perfume. Bonitos bronceos y exquisitas porcelanas decoraban consolas y mesas de mármol. Dos jóvenes marqueses ocupaban sendas butacas de nogal esculpido y tapicería de seda bordada en petit point. El monje disimuló su contrariedad y calibró con la mirada a los inoportunos. Jóvenes pretenciosos con la lengua muy suelta, que lo sabían todo sin haber hecho jamás nada, pues se habían asignado como única tarea la de nacer.

El monje fue recibido en aquel lugar exquisito por la anfitriona con una sorpresa entusiasta. Al menos eso es lo que dejó traslucir. La señora de Morange clavaba en el mundo unos ojos de muñeca de porcelana. Su rostro era fino, su boca roja trazaba un arco gracioso, y tenía un cuello blanquísimo. Poseía las mil y una maneras de gustar de las mujeres educadas para eso o que lo han comprendido todo de la vanidad de los hombres.

A su pesar, el monje sintió un estremecimiento de nostalgia. Recordaba la época en que los besos brotaban de sus labios. Observó sus pliegues rojos mientras ella hablaba con una voz fresca y dulce. Su mirada se deslizó a continuación por su cuerpo, admirando el vestido de hilo de seda azul con bordados de cadeneta y botones forrados de tafetán dorado. En el nacimiento de los senos, su pecho parecía rebosar por el escote. Plácidamente apoyadas en las rodillas, sus manos le parecieron también las más bellas del mundo, blancas y delicadas, perdidas en un mar de encaje, y se lo dijo. Eso hizo reír a los pequeños cortesanos.

–El señor es de una galantería de otra época –señaló uno de ellos.

La sonrisa del monje se apagó.

–No sé qué tenéis en la cabeza –contestó–. ¡No os comprendo!

El peluquero rizó los cabellos de la señora de Morange con papel y tenacillas calientes. Mientras tanto, la conversación iba a buen ritmo. Rivalizaban en ingenio burlándose de los ausentes. El monje interpretaba su papel con una indiferencia estudiada, adoptando un aire vagamente aburrido por la conversación de los dos marquesitos. La agudeza de su mirada desmentía, sin embargo, esa falsa indolencia. No le pasaba por alto ninguno de sus errores, y los corregía o se burlaba de ellos sin hacerlo evidente. Como sus vestiduras estaban sobrecargadas de dorado, les dijo humildemente:

–¡Desmerezco en comparación con vosotros, que sois dorados como cálices!

Ellos fruncieron el entrecejo y decidieron aliarse contra él, aludiendo a su avanzada

edad y llamándolo «abuelo de los sabios».

–¡Decididamente –masculló el monje–, esto es el pan nuestro de cada día!

–Señora –dijo de pronto el más joven de los marquesitos a la anfitriona–, ya no vemos en vuestras cenas a ese señor que se sentaba siempre en un extremo de la mesa, no hablaba nunca y parecía un poco tonto...

–Era mi marido –contestó ella amablemente–, y murió el año pasado.

Esta vez, el monje explotó y les dijo a los jóvenes marqueses:

–¡Tenéis la boca demasiado cerca de las orejas! ¡Os escucháis hablar como los jóvenes necios que sois! ¡Marchaos antes de que os ensarte con mi espada!

Ellos salieron atropelladamente como gacelas, y se oyó claramente a uno de ellos decirle al otro en un tono ofendido:

–¡Este hombre es un grosero y un patán!

El monje se volvió hacia la anfitriona desplegando una sonrisa.

–Vuestros marquesitos tienen cerebro de colibrí.

–No me los estropeéis, ¡son de buena familia!

–Oh, no os preocupéis –la tranquilizó el monje–, ahora solo saco la espada para los asuntos serios. Siento mucho –añadió tras un momento de reflexión– enterarme de la muerte de vuestro esposo...

La señora de Morange se encogió de hombros con indiferencia.

–No lo sintáis. Es verdad que era tonto y su único mérito fue convertirme en una viuda muy decorosa.

–¡Yo calificaría con términos muy distintos a una viuda de treinta y dos años, si no me equivoco, tan lozana y guapa como vos!

Ella, halagada, meneó modestamente la cabeza.

–¡Qué labia tenéis!

–¡Ay, la lengua es una de las pocas cosas que no se oxida con la edad!

Ella sonrió.

–Pero ¿qué me hace merecedora del placer de veros después de tantos años? ¿Cómo es que habéis encontrado de pronto el camino de mi morada?

Unas profundas arrugas surcaron la frente del monje.

–Un desagradable asunto, señora, muy desagradable.

–Dios mío, me asustáis...

Él la miró con tristeza.

–Señora, perdonadme que reavive quizá malos recuerdos, pero hace doce años vos disteis a luz una niña a la que abandonasteis al día siguiente.

La señora de Morange se tambaleó, llevándose una mano al corazón.

–Dios mío, ¿por qué me habláis de eso? ¿Por qué removéis el pasado? ¿Qué os pasa?

–Esa jovencita se encuentra hoy involucrada en una investigación policial. Vos quizá no lo sepáis, pero ayudo al comisario de las muertes extrañas de París.

La señora de Morange movió frenéticamente el abanico.

–¿Le ha sucedido algo?

El monje la contempló un instante sin decir nada y luego negó despacio con la cabeza.

–No, señora, no temáis.

–Entonces, no comprendo...

–No hay nada que comprender –dijo él–. Hay abierta una investigación policial sobre sus padres adoptivos y necesito información sobre Sophia.

–La verdad es que, por desgracia, no tengo ninguna información para daros –lamentó ella.

–La verdad es que no queréis tener nada que ver con esa niña –la corrigió el monje.

–¿Qué queréis que haga, querido? –replicó ella indolentemente–. No tengo instinto maternal. ¡Otras lo tienen por mí!

El monje la miró con gravedad.

–Podéis no responderme, por supuesto. Estáis en vuestro derecho, como lo estoy yo de ir a hacerle la pregunta a mi superior, el señor de Sartine.

–¿Qué pinta en esto el señor de Sartine? –preguntó la señora de Morange, un tanto alterada.

–Es un hombre al que aprecio mucho –dijo muy serio el monje–. Y sin duda el personaje mejor informado de todo el reino.

Su anfitriona adoptó un tono zalamero:

–Molestar al lugarteniente general de policía por eso, cuando yo podría revelároslo todo...

–¿Me diréis finalmente quién es el padre de esa niña?

El monje empezaba a perder la paciencia, pero no levantó el tono y acompañó la pregunta con una graciosa reverencia, como para disculparse por insistir. La señora de Morange pestañeó nerviosamente.

–Está bien, os lo diré, pero esta noche, después de la cena que voy a ofrecer, y con la condición de que la animéis lo suficiente con vuestro brillante ingenio.

Ante este capricho de mujer de mundo, el monje conservó la sangre fría. La señora de Morange era encantadora, pero su cerebro no pesaba más que el de un gorrión. Se inclinó ante ella.

–Se hará según vuestros deseos...

En su despacho del Châtelet, Sartine se volvió vivamente y se apresuró a colocarse bien la peluca. Un lacayo estaba empolvándola con una mezcla de harina y raíces trituradas que aplicaba con ayuda de una gran borla. Para protegerse del polvo que volaba, el lugarteniente general de policía llevaba un cono sobre la cara que le daba el aspecto de una gran ave zancuda. Se lo quitó bruscamente y tosió. Volnay reprimió una sonrisa. ¡Cuando Sartine se empolvaba, acababa todo más blanco que el pan!

–¿Por quién os tomáis para forzar así mi puerta? –gruñó.

–Estoy a punto de encontrar a Sophia.

Volnay vio con satisfacción que Sartine perdía el aplomo. Con un gesto seco, despidió al lacayo.

–¿Sophia? Entonces, ¿está viva?

–Sí.

Sartine cerró los ojos un breve instante.

–Traédmela y muchas cosas os serán perdonadas –dijo muy deprisa.

–No creía tener demasiadas cosas que hacerme perdonar –señaló fríamente el comisario de las muertes extrañas–. Pero ¿no deseáis que os traiga también al criminal que está detrás de todo esto?

La mirada del lugarteniente general de policía se volvió calculadora.

–¿Su padre, el astrólogo? ¡Quizá os habría ido mejor, de habérmelo traído con una bala entre los ojos! Eso evitaría muchas explicaciones...

–¡Evidentemente!

–¡Oh, no adoptéis vuestros aires de superioridad, Volnay! Me esfuerzo en mantener el orden real y este se encuentra amenazado. La misa negra, la muerte del cura danzarín y los arrestos de Siltieri no han pasado inadvertidos, y esa era sin duda la intención de este último. ¡La imaginación hace el resto! Tengo aquí un informe según el cual, en una taberna donde la gente se emborrachaba, una mujer de mala vida que había bebido de más convocó al diablo. Inmediatamente, a decir de los testigos, este apareció y la hizo elevarse por los aires antes de estamparla contra una pared, como si fuera una brizna de paja, con tal fuerza que le rompió la crisma.

–Debieron de ser los otros clientes los que la mataron.

–Sin duda, pero tengo tres informes más de la policía en los que se dice que la patrulla tuvo que entrar en varias casas porque un espíritu maligno golpeaba las paredes o lo destrozaba todo a su paso. ¡Un hombre incluso mató a su yerno al tomarlo por Satán en persona cuando, en medio de la oscuridad, se dirigía a la cocina a comer algo!

–¡Alguien alimenta esos rumores y divulga habladurías!

–¿Y quién creéis que es, sino el partido devoto? –gritó Sartine–. Los conocéis de sobra –dijo, recolocándose la peluca mientras se calmaba–, y las conclusiones de Siltieri van en ese sentido. ¡Cuanto más se teme al diablo, más se teme a Dios y más influencia tienen ellos!

Volnay asintió. Todas esas consideraciones políticas no le habían pasado inadvertidas, pero su trabajo era simplemente encontrar a unos criminales. ¡A cada cual sus preocupaciones!

–¿Puedo reanudar la investigación y traer a Sophia? –preguntó con calma.

El lugarteniente general de policía lo miró atentamente, tratando sin éxito de traspasar la máscara impenetrable de su colaborador.

–Cuarenta y ocho horas a partir de ahora –dijo–. Ni un minuto más. ¡Vos y solo vos!

–Necesito a mi padre para conseguirlo.

–Vuestro padre está en plena decadencia. Cree que tiene aún veinte años, pero no es así.

–¿Adónde queréis ir a parar?

Sartine le lanzó una mirada gélida.

–A que vuestro padre declaró muerta a Sophia cuando en realidad estaba viva. Esta tarea lo desborda. No puedo seguir empleándolo en mi policía. –Levantó una mano para detener las protestas del comisario de las muertes extrañas–. ¡Y no es solo eso! Vuestro padre se entrega al ejercicio de la química, que conduce inevitablemente a acciones más peligrosas, como la transmutación de los metales en oro. El Parlamento de París ha emitido sentencias en materia de sortilegios y maleficios. ¡El enriquecimiento mediante la

alquimia y la búsqueda de tesoros conjurando espíritus están prohibidos y son punibles!

Volnay lo interrumpió con un gesto.

–Sabéis perfectamente que mi padre es un científico y que solo lo empuja su curiosidad intelectual.

Sartine se defendió cortando por lo sano:

–Vuestro padre es un peligro tanto para mí como para vos. Oh, no penséis que soy un ingrato. En recompensa por sus buenos servicios, haré que le asignen una buena pensión y podrá retirarse al campo. ¿Por qué no a Borgoña? En una tierra tan acogedora... –Se plantó delante de su subordinado con los pies separados y las manos en la espalda, y adoptó un tono de una franqueza jovial–: Allí podrá hacer todos los experimentos que desee en un precioso laboratorio que haremos instalar para él... –Una sonrisa astuta apareció en sus labios–. ¡Quién sabe! ¡Quizá, una vez liberado del peso de las investigaciones, encuentre el secreto del elixir de la larga vida y nos entierre a todos!

El falso buen humor de Sartine inquietó a Volnay.

–Y si mi padre encontrara la solución del enigma, ¿lo reintegraríais en vuestra policía?

–¡Eso no sucederá! –respondió Sartine–. ¡No puede suceder!

Llamaron a la puerta. En un tono impaciente, el lugarteniente general de policía ordenó entrar. Un lacayo le entregó un pliego después de hacer innumerables reverencias. Sartine frunció el entrecejo al ver el sello y lo rompió con mano febril. Sin saber por qué, Volnay vio a su superior quedarse mortalmente pálido. El lugarteniente general de policía despidió al lacayo y se volvió hacia Volnay.

–El rey –dijo–. Quiere vernos a los dos.

Decir que Sartine parecía contrariado habría sido un eufemismo. El comisario de las muertes extrañas jamás había visto a su superior en semejante estado de agitación. Como si fuera consciente de ello, Sartine inspiró despacio, cerró un momento los ojos y volvió a abrirlos para posarlos sobre Volnay.

–Vamos a ponernos de acuerdo sobre la historia que le contaremos al rey –dijo.

El monje se dirigió hacia el Observatorio. Su hijo y él ya habían hablado de la necesidad de hacer esa visita, pero los acontecimientos se sucedían a un ritmo tan frenético que habían ido posponiéndola.

Construido el siglo anterior, bajo el reinado de Luis XIV, el Observatorio real era un edificio rectangular flanqueado por dos torres octogonales en los ángulos meridionales. Una tercera torre cuadrada servía de entrada por el norte. Con una altura de veintiséis metros, el edificio era imponente, y la atmósfera que reinaba en el interior transmitía la impresión de que los que allí estaban se sentían responsables de una misión suprema. El monje había conocido a uno de los astrónomos que trabajaba allí, un tal Jean de Foy. Preguntó por él y al cabo de un momento apareció un hombre de perfil enérgico y ojos negros. Bajo la casaca, llevaba un chaleco de tafetán adornado con bordados de seda. El monje lo saludó como si se hubieran visto el día anterior. El otro lo observó atentamente, con una prudencia manifiesta, antes de reconocerlo.

–Micer Guillaume de...

–¡Nada de nombres, nada de nombres! –lo cortó vivamente el monje–. Mi situación no

es oficial, aunque ayudo a hacer investigaciones que sí lo son.

Jean de Foy aprobó con un movimiento escueto de la barbilla.

–Comprendo –dijo.

Sacó del bolsillo una larga pipa de tierra blanca y una petaca, y se puso a cortar una hoja de tabaco.

–Nicotiana tabacum –murmuró el monje frunciendo los ojos.

–Prefiero fumar en pipa que aspirar –precisó el astrónomo, como si necesitara disculparse.

–Estornudar está reservado a la gente de la buena sociedad –dijo alegremente el monje, pensando en Sartine.

El otro, desconcertado, levantó una ceja.

–¿Qué puedo hacer por vos?

–Estoy interesado en el señor Marly. Murió en el incendio de su casa, ¿lo sabíais?

–Sí, las noticias circulan deprisa en París.

–¿Lo conocíais? –preguntó el monje.

Jean de Foy lanzó una mirada circular a su alrededor.

–¿No preferís dar un paseo por el jardín?

–Desde luego –dijo el monje sonriendo.

–Voy a buscar el abrigo.

Sus pasos no tardaron en hacer crujir la nieve acumulada que cubría la alameda.

–El señor Marly, ¿verdad? –dijo el astrónomo, aspirando el humo entre los dientes apretados en torno al tubo de la pipa–. Sí, venía a veces cuando se planteaba interrogantes, y como su conocimiento de las estrellas era extremadamente minucioso y preciso, siempre nos complacía hablar con él, aunque no fuera de los nuestros.

–¿Qué sabéis de él?

Jean de Foy se rascó la cabeza.

–Creo que su padre era oficial de marina. –Bajó la voz para que no lo oyeran–. Lo mataron lejos de los suyos en el transcurso de una guerra inútil y dejó a su mujer sola a cargo de su hijo...

–Habládme de él. Le interesaban cosas muy extrañas...

–¿Os referís a las estrellas?

–A las estrellas y a lo que se puede hacer con ellas...

Jean de Foy reflexionó unos segundos y asintió con la cabeza.

–Es verdad que el señor Marly tenía ideas poco coincidentes con las del poder real. A vos puedo decíroslo. Aunque la ciencia actual nos hace pasarlo todo por el tamiz de la razón, eso no obsta para que las ciencias humanas hayan observado muchas cosas maravillosas e inexplicables. –Puso una mano fraternal sobre el hombro del monje–. Pero nosotros somos científicos, ¿comprendéis? A los ojos de la policía, el límite entre astrología y magia es borroso. Nosotros, los astrónomos, observamos las estrellas. Los astrólogos las hacen hablar.

–¿Qué creía Marly?

El otro suspiró.

–Que todo estaba escrito en la bóveda estrellada. La geomancia astronómica para

conocer las cosas pasadas, presentes y futuras. –Hizo una pausa mirando a su alrededor y formando, sin ser realmente consciente, un globo con las manos–. Como sabéis, la astronomía tiene por objetivo la observación y el descubrimiento de las estrellas; no extraemos en este Observatorio ninguna conclusión que no sea científica. La astrología, por su parte, se ha desarrollado a partir de creencias tomadas de civilizaciones tan ricas como variadas, de Persia, de Babilonia, de Egipto..., todo ello espolvoreado de filosofía griega. En la actualidad, los astrólogos observan el movimiento de los planetas y, a partir de la fecha de nacimiento de una persona, revelan su carácter y su destino. Pero otros se interesan por algo más grande.

–La adivinación –sugirió el monje.

–Sí. Tanto en China como en las Américas, se hacen desde hace mucho calendarios proféticos. Eso le fascinaba a Marly. Que no fueran solo los destinos individuales los que están predeterminados, sino también la suerte de las civilizaciones. –Hizo una pausa y añadió–: Y también que se pudiera influir en el destino en la Tierra basándose en el secreto de las estrellas.

–¿El secreto?

Jean de Foy se encogió de hombros.

–¡Dios me guarde de conocerlo, aunque fuera el más sabio de los hombres! Pero Marly consideraba que, si se efectuaba tal cosa, con la adecuada conjunción de las estrellas, existían más posibilidades de que todo fuera perfectamente.

El monje asintió con la cabeza.

–¡Es el principio mismo de la astrología! Pero, decidme, recuerdo haber visto encima de su escritorio un libro sobre el Apocalipsis. Una lectura muy extraña para un admirador de las estrellas.

Jean de Foy se conturbó.

–Contádmelo todo, amigo mío –dijo afablemente el monje–, sabéis que vemos las cosas igual.

El astrónomo apartó la pipa de sus labios y se aclaró la garganta.

–Existe una tradición según la cual Jesucristo bajó tres días a los Infiernos después de su muerte y antes de su resurrección. Nadie sabe lo que pasó durante esa estancia, pero dicen que en los Infiernos Jesucristo le dio a Lucifer una estrella de cinco puntas. ¿Por qué? Esa pregunta atormentaba extraordinariamente a Marly.

–Comprendo –murmuró el monje–. Según el Apocalipsis, el mal debe ser redimido al final de los tiempos. Lucifer les dará entonces a los justos la «Estrella de la mañana» y recuperará su estado angelical. –Inspiró profundamente–. ¿Será la Estrella de la mañana la que Jesucristo le dio a Lucifer?

Jean de Foy se detuvo y tosió. Parecía habersele quedado humo atravesado en la garganta.

–No es algo de lo que se pueda hablar con todo el mundo, pues eso significaría que Lucifer es, de hecho, servidor de Jesucristo.

Los ojos del monje se achicaron.

–Estrella caída del cielo, habría aceptado voluntariamente caer en el mal para servir los designios de Dios, al igual que Judas, con el corazón desgarrado, traicionó a Jesús para

cumplir con su misión y terminar la obra... –Se volvió hacia Jean de Foy–. ¿Sabéis qué tenía en mente?

–No, pero... –El astrónomo se detuvo bruscamente, como si acabara de recordar algo–. Citaba a menudo a Shakespeare, un autor inglés.

–Lo conozco. ¿Qué decía?

Jean de Foy frunció los ojos y, levantando teatralmente las manos, recitó:

–«Cuando muere un mendigo no aparecen cometas; la muerte de los príncipes inflama a los propios cielos».

Versalles y otras cosas del diablo

Inmóviles bajo la escarcha, los jardines de Versalles desprendían una impresión mágica. Volnay no les dedicó, sin embargo, más que una mirada apagada. Todos esos cuadrados de vegetación helados, esas alamedas rectilíneas y esos ángulos rectos no reflejaban para él sino una sociedad demasiado vigilada y esquilada. Su espíritu aspiraba a más curvas, flexibilidad y libertad.

Una nube de polvo anunció el paso de un cortesano que rivalizaba en blancura con el Mont Blanc, tanto se había empolvado al acicalarse. La visión de las damas de la corte, ateridas con sus bonitos atavíos en medio de los paseos, lo dejó frío como el mármol. Las pelucas de los hombres le parecían demasiado empolvadas, los peinados de las mujeres, auténticas tartas, y sus mejillas, demasiado coloreadas para realzar la tez. Esas mujeres de facciones soberbias y cuello blanco no le hacían soñar. Alimentaban a su manera la atmósfera de partida final de una corte decadente, apoyada en su arrogancia y sus privilegios.

Volnay miró por el rabillo del ojo a los cortesanos agrupados en los pasillos helados del castillo. Si bien su expresión permanecía indescifrable, repulsión y asco se agitaban en su interior. No contentos con poseer la mayoría de las tierras de Francia, todos los cortesanos que pululaban alrededor del monarca acaparaban rentas y pensiones. De la mañana a la noche, esos inútiles gravitaban alrededor de un solo punto fijo: el rey. Desde el amanecer, dominados por la obsesión única de que este los viera, se agolpaban en las escaleras y los corredores para estar presentes cuando él pasara. Su jornada transcurría así en una carrera desesperada detrás de su astro para conseguir, tal vez, asistir a su crepúsculo. Un duque contaba que el día más hermoso de su vida había sido aquel en que había llevado la luz al dormitorio del rey para que se acostara.

La vida de los cortesanos era una vida de esclavos. Debían hacer favores para ser admitidos en una cena de alguien destacado que les permitiera conocer a un allegado del rey. Después, tendrían que maniobrar ante este para ser invitados a una de las cenas reales. Los más afortunados lograrían que los invitaran a la cacería del rey, que acosaba ciervos tres o cuatro veces por semana para olvidar sus pensamientos sombríos. La recompensa de esa interminable partida de caza se manifestaba en ocasiones en forma de una invitación a uno de los breves viajes que le gustaba hacer al rey a Choisy, La Celle o Marly. Una vez que habían llegado a uno de esos castillos, los cortesanos podían encontrarse en dos grupos: bien en el de los que regresaban por la noche en grandes e incómodos carruajes, o bien en el de los que se quedaban a dormir. Con el corazón palpitante, estos últimos se congregaban entonces al pie de una escalera, en espera de que un ujier fuese a leer la lista de los participantes en la cena.

Esa era la vida en la corte de Versalles.

Volnay miró a hurtadillas a Sartine. Sin duda destacaba entre todos ellos: más inteligente que la media, más peligroso... Realizaba una dura labor al servicio de su rey, a cambio de lo cual era razonablemente recompensado. Pero, como los demás, para conservar la estima del monarca, debía evitar permanentemente las trampas de sus competidores y las zancadillas de los envidiosos, halagar a la favorita para gozar de sus favores, cuidar sus relaciones con el Delfín, desconfiar del partido devoto y evitar a los jesuitas... Toda una vida de equilibrio.

Volnay sabía que Sartine estaba dispuesto a todo para conservar sus privilegios. Servidor sin prejuicios, había hecho perseguir al señor de Tiercelin, que intentaba preservar la virtud de su hija de los favores reales. Esta acabó en una casa del rey, en la avenida Saint-Cloud. Cuando se hubo cansado de la joven, como de todas las demás, el monarca fue a Saint-Cloud para interpretar por última vez su papel de amante solícito antes de mandarlos encerrar a ella y a su padre en la Bastilla al día siguiente. Varios años después mandó que la liberasen para que terminara su vida en un convento.

Contrariamente a Volnay, que tenía la paciencia de los gatos, a Sartine no le gustaba esperar. Suspiraba ruidosamente, tamborileaba con los dedos en el brazo del sillón y miraba enojado al impasible ujier como si lo hiciera responsable de la espera.

Finalmente los introdujeron en el gabinete de trabajo del rey, cuyas ventanas daban al magnífico patio de Mármol. El monarca volvía de cazar y le había regalado una pata del ciervo cobrado a una marquesa cuyos favores codiciaba. Ahora caminaba de un lado a otro, inquieto, porque una vez muerto el animal necesitaba otra presa.

Luis XV, que se acercaba a la cincuentena, conservaba su prestancia y llevaba con gran majestuosidad su traje y su chaleco ricamente bordados con hilo de oro y de plata. Sin embargo, todos los excesos de su vida disoluta se manifestaban en una tez plomiza y una boca de comisuras crapulosas. Esa diferencia entre majestad e inmoralidad podía ser impresionante según los temas que abordaba en la conversación.

—Sire —dijo ceremoniosamente Sartine, inclinándose—, este es el caballero de Volnay, al que habéis pedido ver, nuestro famoso comisario de las muertes extrañas...

Por un instante, el rey pareció evadirse del oscuro calabozo de sus pensamientos y miró a Volnay con curiosidad.

—Me he enterado de que andáis removiendo tumbas.

El joven pestañeó brevemente. Conocía el carácter morboso del monarca, que gustaba de preguntar quién había muerto o quién estaba a punto de morir. La historia de una tumba abierta debía de fascinarle. Pero ¿bastaba eso para querer recibirlo personalmente?

—Vuestra Majestad está bien informado.

—Estoy al corriente de todo lo que pasa en mi reino —contestó el rey en un tono condescendiente. Y añadió con una pizca de ironía—: Cuando no me lo cuenta mi buen Sartine, lo hace algún otro...

Por el rabillo del ojo, Volnay vio al lugarteniente general de policía palidecer imperceptiblemente. Sabía que con ese rey la desgracia golpeaba sin avisar. Una noche os hablaba amablemente y os felicitaba; y, al día siguiente, erais depuesto de vuestras

funciones sin entender qué había sucedido.

–Y bien, esa tumba... –se impacientó Luis XV.

El comisario de las muertes extrañas sintió todo el peso de la mirada de Sartine sobre él y contestó como habían acordado:

–Sire, decidí hacer que abrieran una tumba porque sospechaba que la persona enterrada en ella no era la que correspondía.

Un destello de interés atravesó los ojos del rey.

–Contadme eso.

Volnay miró de reojo. Sartine observaba un punto de la pared de enfrente con una indiferencia afectada.

–Sire –explicó el comisario de las muertes extrañas–, debido a un increíble cúmulo de circunstancias, los cadáveres de dos víctimas de un crimen fueron cambiados.

–¡Increíble! Pero ¿cómo puede haber ocurrido algo así?

Sartine consideró oportuno intervenir.

–Sire, se trata de ese caso de la misa negra en un cementerio –le recordó.

El rey palideció.

–Misa negra... –murmuró–. Nunca ha habido nada semejante bajo mi reinado.

Sartine se agitó junto a Volnay.

–Señor lugarteniente general de policía –le dijo el rey–, es importante que les digáis de mi parte a vuestros policías todo lo que personas de bien como ellos deben hacer para confundir a aquellos que, sean de la calidad que sean, están implicados en tan vil comercio.

Había hablado en un tono firme, desacostumbrado. Todo cuanto había de adulto y responsable en él se había concentrado en esa frase. Por un instante, Volnay vio cómo habría podido ser si se hubiera tomado su deber de rey en serio y hubiera considerado el alcance de las obligaciones de su cargo hacia sus súbditos. Luego, su curiosidad malsana volvió a imponerse y la impresión se diluyó.

–¿En qué estado se hallaba el cadáver cuando hicisteis abrir el ataúd?

Sartine le había indicado previamente cuál debía ser su respuesta, de modo que Volnay hizo lo que su superior esperaba de él. Para divertir al rey, Sartine tomó el relevo y contó que los embalsamadores debían de estar borrachos para haber cambiado los cadáveres y que resultaba muy difícil cavar en los cementerios con ese frío y la capa de nieve que cubría la tierra.

El rey se cansó enseguida. Era Luis XV. Cualquier placer, demasiado efímero, lo dejaba sin alegría una vez pasado el instante. La anécdota lo había divertido unos segundos antes de que volviera a caer en su aburrimiento mortal.

–¿Esa investigación avanza? –preguntó de pronto.

Su mirada glacial caía con todo su peso sobre ellos. Sartine se puso tenso.

–Sí. Salvo error por su parte, el caballero de Volnay está siguiendo una pista que llevará hasta el promotor.

Aquello era hacer recaer sobre el comisario de las muertes extrañas todo el peso del fracaso, si la investigación no llegaba a buen puerto. Volnay comprendió en una décima de segundo la habilidad del lugarteniente general de policía. Atraída la atención del rey

hacia ese caso, era preciso presentar un culpable. Dicho esto, Sartine se mostraba astuto evitando hablar de las sospechas que recaían sobre el astrólogo muerto. Eso podía constituir una puerta de salida honorable. Tres culpables: la prostituta, el cura renegado y el padre de Sophia. Una buena historia para hacer las delicias del rey.

Volnay se relajó ligeramente. Luis XV se inclinó hacia su lugarteniente general de policía.

—¿Pensáis que personas de mi corte se dedican a tales asuntos?

El tono era cortante.

—No, sire —se apresuró a tranquilizarlo Sartine—. La investigación del caballero de Volnay demuestra a las claras que se trata de personas del pueblo, de pequeños burgueses.

El rey se echó hacia atrás con un gesto de satisfacción.

—Mejor, mejor... No soportaría que personas de alta cuna sacrificaran a seres humanos para adquirir gloria, riqueza y poder.

«Eso es, sin embargo, lo que vos hacéis desde hace años —pensó Volnay—. Sacrificar a la gente sin más razón y resultado que satisfacer vuestra grandeza y vuestra gloria... En cuanto a las personas de alta cuna a las que os referís, ¿qué las diferencia de las demás, aparte de esa cuna dorada donde han nacido?».

—Vuestra Majestad —dijo Sartine, llevando de nuevo la conversación en la dirección que deseaba—, en ese tipo de misas negras son más frecuentes los desenfrenos que los sacrificios.

—¿En serio? —dijo Luis XV, interesado de nuevo.

—Sire, generalmente la ceremonia sacrílega tiene lugar en un sótano. Se extiende un colchón sobre unos asientos con taburetes en los extremos. Una muchacha desnuda se tumba encima. Es virgen, ¡pero no por mucho tiempo!

El rey soltó una carcajada a su pesar.

—El celebrante utiliza su cuerpo como altar vivo —continuó Sartine, impávido—. Coloca un cáliz entre los pechos de la virgen y, sobre su vientre blanco, un crucifijo cabeza abajo. Después de haber dicho la misa al revés, en el momento del ofertorio, cuando el humo del incienso mezclado con perfumes embriagadores invade la habitación, los asistentes se despojan de sus vestiduras y se entregan a la lujuria. En cuanto al celebrante, se ocupa de su altar...

Volnay lanzó una mirada de asombro al lugarteniente general de policía. Este parecía muy informado sobre esas prácticas. El rey, convenientemente excitado, aguardaba la continuación con interés.

—Una vez realizado el acto —continuó Sartine en un tono hastiado para demostrar a las claras que el asunto no lo excitaba—, los hombres cambian de pareja..., qué digo..., se las arrebatan unos a otros y se entregan con ellas a todas las prácticas imaginables, incluidas las que tanto Dios como la Naturaleza reprueban...

Volnay pensó con ternura en su padre. Este habría dicho simplemente que, hallándose el pecado de la carne en el centro de las preocupaciones del mundo cristiano, el culto a Satán permitía, como era evidente, liberarse de él en el delirio del desenfreno.

—Puedo, no obstante, afirmar —prosiguió el lugarteniente general de policía— que tales prácticas, aunque existen desde hace siglos, son muy raras bajo el reinado de Vuestra

Majestad. El asunto de esta misa negra en un cementerio nos ha llevado, por lo demás, a efectuar detenciones que permitirán, con la mayor discreción, poner totalmente fin a ese tipo de prácticas execrables.

—No esperaba menos de vos. Decidme, mi buen Sartine, ¿es cierto que la duquesa de...? —Dirigió una breve mirada a Volnay y volvió a trasladar la atención a su lugarteniente general de policía—. ¿Sabéis quién quiero decir?

Sartine asintió con la cabeza.

—¿Es verdad —prosiguió el rey— que se revuelca con un mozo de cuadra, y que lo hace a los pies de los caballos?

—Lo es —dijo Sartine, vagamente incómodo por la presencia del comisario de las muertes extrañas.

—¿Y es exacto que se hace montar también por los caballos?

Encerrándose en su mundo, Volnay dejó de escuchar la conversación entre los dos hombres. En ella, el rey revelaba una vez más que el único interés que le suscitaban los demás era de naturaleza nauseabunda. Aislado en su castillo glacial de Versalles, a leguas de la humanidad, no sentía afecto por nadie, ni él ni tampoco sus allegados. Por nadie.

El joven lo observó con mirada penetrante, mientras lo imaginaba corriendo desnudo alrededor de la cama tras todas esas jovencitas. En esa desnudez, despojado del fasto, el rey parecería un hombre como los demás.

«Su nacimiento situó su destino arriba de todo, su comportamiento le hace llegar más abajo que todos nosotros», pensó.

Tuvo que soportar unos minutos más el parloteo del rey y de su lugarteniente general de policía. Una vez que la audiencia hubo terminado, siguió a Sartine, habitual del lugar, para salir lo más deprisa posible de allí.

Tomaron la galería de los Espejos y Volnay se preguntó por ese rodeo inútil. Pero seguramente al lugarteniente general de policía le gustaba exhibirse cuando iba a visitar al rey. O quizá —razón más sutil— deseaba recordarle a su insolente colaborador toda la majestad del rey en el espejo de su esplendor.

Los espejos... Reflejo de las vanidades, trescientos cincuenta y siete espejos de mercurio aportaban una transparencia y una luminosidad un tanto turbia. Pero lo esencial se encontraba en otro sitio. Cuando uno recorría la galería de los Espejos a lo largo de sus setenta y tres metros, era inevitable levantar los ojos hacia el techo para perderse en unos cielos de un azul único atravesados por mil metros cuadrados de historia en alegorías o trampantojos.

Controlándose para no ceder a la admiración, Volnay bajó la cabeza y vio entonces a cierta distancia a una mujer, cuyo porte altivo aunque fatigado reconoció. Su bello e inteligente rostro poseía una gracia tranquila y el encanto particular de sus ojos subyugaba a los que encontraban su mirada. Una dama de compañía y varios cortesanos caminaban detrás de ella. Todos se aprestaban a dejarle paso y a saludarla con deferencia.

Era la marquesa de Pompadour. Sonriendo, Volnay se dispuso a saludarla, pero ella volvió la cara al pasar junto a él.

–Sí, así es –rio Sartine, encantado de su chasco–, con los grandes de este mundo las amistades cambian deprisa. Los servís un día y a veces os recompensan por ello. ¡Y cuando los veis de nuevo, ni siquiera os reconocen o fingen no acordarse de vos! –Como si una idea nueva acabara de pasarle por la mente, le lanzó una mirada helada al joven policía–. ¡De repente tengo la impresión, caballero de Volnay, de que ya no tenéis protector en este hermoso reino de Francia!

El comisario de las muertes extrañas volvió directamente de Versalles a su casa, rumiando sombríamente sobre el inexplicable comportamiento de la marquesa de Pompadour. Le debía mucho, sin embargo, por haber resuelto la primavera pasada un caso en el que ella se hallaba implicada. Para su sorpresa, encontró en casa a su padre conversando con su amiga la cotorra. Un gran fuego ardía en la chimenea y calentaba un poco la habitación, aunque sin que la temperatura alcanzara algo parecido a la tibieza.

–¡Tú aquí, y solo! –quiso bromear Volnay.

El monje no captó la alusión a Helena.

–No estoy solo, puesto que estoy instruyendo a tu cotorra. Se aburre, ¿sabes? La tienes muy descuidada...

–¿Y Helena?

–No sé dónde está desde esta mañana, pues he pasado por el Observatorio después de haber ido a visitar a la señora de Morange.

–¿La señora de Morange?

El monje le indicó a su hijo que se sentara a su lado.

–Ángel Bello, joven bailarina de la Ópera hace doce años, encontró a un rico incauto que se casó con ella hace diez y la convirtió en la señora de Morange. ¡Deberías interesarte un poco más por los comentarios de las gacetas!

Volnay se encogió de hombros.

–¡No me habías dicho nada!

El monje hizo un ademán de disculpa.

–No quería hablar de eso delante de Helena. De no ser por las revelaciones de tu agente, no nos habría dicho nada de lo que acababa de averiguar. En consecuencia, he revisado mi postura. Hasta que tenga la prueba de que es de fiar, me consideraré con derecho a ocultarle ciertas informaciones. ¡Y más aún si ese cobarde de Sartine ronda por los alrededores!

Nada podía causar más placer a su hijo.

–¡Tanto más cuanto que ha sido el propio Sartine quien nos ha impuesto su presencia!

–Sí –dijo el monje, dubitativo. Hizo una pausa y frunció los ojos. Unas arrugas de curiosidad surcaron su frente–. Aunque no es propio de Sartine emplear mujeres, y todavía menos ponérmolas entre los pies.

–Yo también me he preguntado por qué había introducido Sartine a Helena en nuestra investigación y nuestra intimidad –señaló Volnay, preocupado–. He pensado en Helena de Troya y en el caballo de Troya. ¿El objetivo de Sartine, metiendo a Helena por medio, no sería separarnos? Todo ese juego de la seducción que ha desplegado contigo...

El monje permaneció impávido. El recuerdo de la joven cuando había ido a acostarse a

su lado, con todo su cuerpo irradiando energía, aún lo perseguía.

–«Su aspecto, cuando uno la tiene delante, es enteramente el de las diosas inmortales»
–dijo, recitando un verso de Homero sobre la verdadera Helena de Troya.

–Esa Helena contribuyó a desencadenar la guerra de Troya –señaló Volnay–, pero he pensado también en Helena de Tiro...

Su padre lo miró mal.

–¿La prostituta?

–¡La compañera de Simón el Mago, el competidor de Jesús en la época! ¿Era un ángel caído en un burdel de Tiro?

La mirada del monje pareció diseminarse alrededor de una noche anterior, de una flor de lis grabada como una joya ardiente en un hombro suave.

–Los ángeles caídos... –murmuró–. «Ella fue la luna, el acorde perfecto, hasta que un día los ángeles, sus hijos, rebelándose contra ella, de su imperio la expulsaron y en un cuerpo de mujer la encerraron».

Se calló. Sus lamentos eran como esquirlas de cristal clavadas en su corazón. Su hijo lo observó con curiosidad.

–Padre, ¿te has encariñado con esa joven?

El monje titubeó. El corazón se le desbocaba de nuevo, pero no lo dejaba traslucir.

«Más de lo que puedo decir...».

–La aprecio mucho, desde luego, pero ha sembrado la duda en mi mente ocultándonos hechos y datos cruciales.

–Sus relaciones con Sartine son muy poco claras –insistió su hijo–. Me parece que le teme demasiado para servirlo bien.

El monje cerró un instante los ojos. Cuando los abrió de nuevo, su mirada había recobrado la serenidad.

–No la condenemos demasiado deprisa como otros han hecho con nosotros, pues la tengo en alta estima. Volvamos más bien al núcleo de nuestro caso. Después de todos nuestros descubrimientos, me parece indudable que el astrólogo quiso ofrecerle al diablo en sacrificio a la hija que había adoptado a cambio de algo. El retrato que me han hecho del señor Marly en el Observatorio es revelador. Es el de un iluminado, un iluminado que se interesa tanto por el Apocalipsis como por el rey, cuyo horóscopo había hecho, acuérdate.

–Pero ¿cuál es la razón que lo empujó a sacrificar a Sophia?

El monje reflexionó.

–¿Te acuerdas del caso de los Venenos? Lo comentamos suficientemente. A raíz del arresto de la marquesa de Brinvilliers, encontraron entre sus papeles cartas en las que confesaba los crímenes cometidos. Contaba también que había sido violada, a la edad de siete años, por uno de sus hermanos. ¡El pasado no disculpa nada, pero lo explica todo!

–Es decir...

–Ese hombre odia al rey porque envió a su padre, oficial, a que lo mataran en los mares, con el resultado de que su madre se quedó sola para criarlo. –Se interrumpió y levantó los brazos en un gesto amplio para recitar–: «Cuando muere un mendigo no aparecen cometas, ¡pero la muerte de los príncipes inflama a los propios cielos!».

–¿Qué es? –preguntó Volnay.

–Shakespeare. Y cuando el señor Marly lo recita, en mi opinión no es algo anodino. Odia al rey por haber embridado las libertades de su pueblo, y lo suficiente tal vez para matarlo.

–Y asesinando a Sophia...

–Creaba un hechizo a través de la sangre. ¡Te lo dije, Sophia es la muñeca que se sacrifica!

Un silencio pensativo siguió, roto tan solo por el parloteo de la cotorra, que aleteaba enloquecida en la jaula y cuyo plumaje despedía destellos metálicos. La evocación del diablo y sus ángeles caídos parecía impregnar la atmósfera de la casa de una amenaza impalpable.

–¿Y dónde estabas tú? –preguntó por fin el monje.

–En el Châtelet, haciendo las paces con Sartine. Y de ahí, a Versalles...

–¡Versalles!

El comisario de las muertes extrañas le narró su encuentro con el rey mientras su padre meneaba despacio la cabeza, con una sonrisa irónica en los labios.

–Para Sartine –concluyó–, la situación no es tan desesperada como yo creía, pero aun así es preocupante. –Volnay miró a su padre con atención–. Sartine no nos aprecia, pero a ti te teme.

Un silencio.

–¿Tienes quizá algún tipo de influencia sobre él?

–No.

–Cuidado –le advirtió su hijo–. Sabes que en un momento pueden degollarlo a uno en una esquina.

El monje hizo un ademán indulgente.

–Un hombre amenazado puede haber puesto a buen recaudo ciertos papeles que, al sobrevenir su muerte o su desaparición, serán entregados a la persona adecuada. Por esa razón, ese hombre no teme ser degollado en una esquina.

–¿Dispones de medios de presión contra Sartine? –preguntó, atónito, Volnay.

–No digo ni que sí ni que no. Mantente al margen de todo esto. Cuanto menos sepas, mejor.

El comisario de las muertes extrañas miró largamente a su padre. Sabía que era un hombre abierto, pero con muchos secretos acumulados a lo largo de su existencia.

–Sartine quiere apartarte de mí y, por lo tanto, de su camino –confesó Volnay, incómodo–. Estaría encantado de verte pasar plácidamente los años de vejez en Borgoña ante los hornillos de tu laboratorio.

–Para poder pasar «los días de vejez» –replicó con humor el monje–, primero tendría que ser viejo, y no es el caso. –Se levantó vivamente y añadió en un tono furibundo–: ¡En cuanto a mis hornillos, Sartine puede ir a cocerse un huevo en ellos cuando quiera!

Una llamada discreta a la puerta interrumpió al monje.

–¡Si es Sartine –dijo–, va a picarle el culo!

Fue hacia la puerta.

–A lo mejor es Helena –añadió, calmándose–. ¡Ah, no, ella no llama!

Abrió la puerta y bajó la cabeza, sorprendido ante la aparición de una frágil jovencita de dieciséis años con la cara llena de pecas y vestida con prendas remendadas.

–Señorita, ¿buscáis a alguien?

Ella pareció intimidada al verlo y un ligero rubor invadió su rostro. El monje le sonrió para tranquilizarla.

–¿No os habéis equivocado de puerta?

Armándose de valor, la jovencita levantó la cabeza con más seguridad.

–Perdonadme, señor, pero busco al señor comisario de las muertes extrañas...

–Ah...

Volnay se había acercado a su padre y había visto a la visitante.

–Pasad, pasad –dijo precipitadamente–, hace mucho frío fuera...

Ella entró en la habitación como de mala gana, mirando con timidez a su alrededor. Sus ojos delataron su admiración por la bonita biblioteca rebosante de libros con bellas miniaturas y mostraron su sorpresa al ver a la cotorra.

–¡Qué pájaro tan bonito! –exclamó.

–Habla varias lenguas –dijo el monje con orgullo–. ¡Soy yo quien se las enseña!

–Es mía –intervino el comisario de las muertes extrañas, empujando ligeramente a su padre para llegar a la jaula antes que él–. Podéis acariciarla –añadió, cogiéndole una mano a la joven–, está acostumbrada...

La Ardilla se dejó hacer, dividida entre el temor y el arrobamiento, encantada de la presencia de la mano de Volnay en torno a la suya. El monje estaba asombrado de ver a su hijo sonreír e incluso reír mostrando su casa, orgulloso de sus hileras bien alineadas de libros y de su maravillosa cotorra parlante. Por su lado, la chica parecía consciente de que detrás de la sequedad fingida del comisario se escondía una sensibilidad exacerbada, y las miradas que le lanzaba denotaban más que simple cálculo.

Su tierno interés por el apuesto comisario de las muertes extrañas la había llevado a hacer una compra inusual. En su barrio se hablaba de una anciana que vendía filtros amorosos a base de sangre de cordero negro mezclada con sangre menstrual. El muchacho que lo ingería sucumbía inevitablemente a vuestros encantos. Solo una infusión de nenúfar podía romper el sortilegio. Sin embargo, como la composición del filtro le desagradaba, había optado por una bolsita de polvos de murciélago.

«Echáis una pizca por encima del hombro del joven y ya no podrá separarse de vos».

Si es que tenía ocasión de hacerlo ante los ojos de un testigo y teniendo en cuenta que su comisario de las muertes extrañas parecía siempre alerta.

Finalizada la visita a la casa, Volnay ofreció asiento a la joven en su mejor sillón, además de una bebida que ella rechazó, no sin antes haber añadido dos leños al fuego. Sorprendido al ver tan sociable a su hijo, el monje movía la cabeza con aire de aprobación. Por fin, cuando todos estuvieron sentados junto al hogar, invadidos por una suave tibieza, Volnay le preguntó a la Ardilla el motivo de su visita.

–He encontrado en una taberna al hombre del que me hablasteis –explicó ella–. Me las he arreglado para que se fije en mí y enseguida... –bajó los ojos, incómoda– le he gustado. Quería..., bueno..., le he dicho que no era posible porque tenía otra cita. No le ha hecho gracia este contratiempo, pero le he propuesto vernos mañana. Hemos

quedado delante del jardín de las Tullerías mañana, domingo, a las nueve de la mañana.

–Sois muy hábil –dijo el monje.

–Gracias –dijo Volnay–. ¡Muchas gracias!

Fue a su gabinete de trabajo y salió con una bolsa. La Ardilla se acercó a él y puso una mano sobre la suya.

–No quiero dinero por esto –titubeó–. Lo que he hecho, ha sido por vos...

En un rincón de la habitación, el monje desplegó una sonrisa de complicidad.

–Estaré en vuestra casa mañana a las ocho –dijo la joven en voz baja.

–Mejor a las siete, si no os importa, me gusta llegar con antelación.

–Como queráis...

Se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. Entonces pasó algo sorprendente: en lugar de rechazarla, Volnay se inclinó hacia ella para buscar sus labios y acompañó tiernamente el beso estrechándola contra sí.

«¡Vaya! –se dijo el monje–. ¡Mi hijo está humanizándose!».

«¡Vaya –pensó la Ardilla–. ¡No he tenido que echar el polvo de murciélago!».

Helena había recorrido el callejón de l'Or durante el día, observando y haciendo preguntas con la bolsa en la mano para desatar las lenguas. Finalmente, se detuvo delante de la casa de la Dama del Agua. La nieve lo cubría todo, pero unas huellas recientes la adornaban. Un animal había salido de la casa para aliviarse y había correteado sobre la extensión blanca. Helena observó un instante las huellas, parpadeó debido al exceso de luminosidad, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a su casa.

Al llegar a su vivienda del arrabal Saint-Jacques, Helena recorrió la habitación encendiendo las velas. Su claridad arrojaba resplandores incendiarios sobre el círculo que la joven trazaba con los candeleros. En sus bonitos ojos verdes, los reflejos dorados parecieron luchar contra el negro de las pupilas. Un lamento sordo, casi un gemido, brotó de su pecho.

Cuando era pequeña, Helena se reunía de noche con su madre, boticaria, en la sala donde esta hacía sus preparados. Allí la encontraba ante sus balanzas, una normal y una de precisión. Siempre pesaba minuciosamente los ingredientes, pues, aunque una dosis curaba, una ínfima cantidad suplementaria podía matar. Helena se paseaba entre platillos y calderos, admirando los moldes para las píldoras y los alambiques en los que su madre preparaba las aguas destiladas.

Su madre le contaba a veces leyendas de otros tiempos. El hombre es un dios descarriado que no se acuerda de los cielos porque sus ojos han medido todo el abismo de la noche. Pero, aunque el hombre ha caído, la tranquilizaba, conserva sin saberlo determinadas facultades que Dios le ha dado. Ese poder dormido, por oscuras razones, algunos todavía saben despertarlo...

Algunos...

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas y las manos abiertas, apoyadas en las rodillas, Helena parpadeó. Sus ojos parecieron ponerse en blanco y empezó a salmodiar con una voz cavernosa y en una lengua que no se parecía a ninguna otra de la tierra:

–Atha Gibor Leolam Adonai!

XXII

Una cena chispeante y otras cosas del diablo

En los salones con pretensiones intelectuales de la burguesía reinaba una ligereza que no existía en Versalles. La corte todavía fascinaba, pero ya no atraía. Muchos grandes de este mundo que ya no tenían nada que obtener del rey preferían vivir en París y divertirse allí. La capital dictaba ahora el tono en materia de buen gusto y arte de vivir.

Aquí se sustituía una corte encorsetada por la etiqueta por la agradable reunión de personas de la buena sociedad. El esnobismo no se hallaba ausente, pero sin afectación excesiva, y el tono de la conversación era ligero. La anfitriona recibía todas las atenciones galantes esperadas y un público diverso se congregaba: poetas y hombres de negocios, actores y comerciantes, gente de letras, bailarinas y mujeres de mundo. La única obligación era dejar todas las preocupaciones fuera del salón. No se aceptaba ni a las personas zafias ni a los espíritus tristes. La vida se reducía al juego, el arte de la conversación, la risa y el placer de hacer la corte y de amar.

En su época, y con su propio nombre, el monje había causado furor en ese tipo de veladas dispensando comentarios agudos y ocurrencias divertidas, inventando charadas y cantando con mucha entonación. Entre los de más edad, fue recibido, pues, con curiosidad, pero el verdadero centro de interés seguía siendo la señora de Morange, mezcla fascinante de juventud semiapagada y gracia traviesa.

Llevaba un vestido de seda a rayas azules y plateadas con motivos de guirnalda floral y mangas pagoda de doble volante. Un collar de perlas finas adornaba su cuello. La parte superior del corpiño, replegado en el nacimiento del pecho, dejaba ver dos globos de un blanco lechoso. Su mano agitaba con indolencia un abanico bordado.

La cena era un bufé. Todos los platos estaban en la mesa de manera que excitaran el apetito a través de la vista. La sala era un alarde de luces que se reflejaban en la porcelana delicadamente trabajada e incluso en los cubiertos. En sus frascos del cristal más puro, vinos y licores relucían. Pasteles y frutas confitadas adornaban el centro de la mesa. Las columnatas de azúcar rosa y amarillo de las tartas espejeaban bajo los candelabros. Carnes, pescados, empanadas y verduras variadas rodeaban los postres en círculos concéntricos, entremezclados con salsas y cremas de todos los colores. Los cestos rebosaban de pan blanco en forma de cisne o tórtola. La imagen de esas viandas se proyectaba a la vez que las llamas de las velas en una sucesión de espejos venecianos de lo más exquisito.

Dado que era invierno, primorosas guirnaldas de flores de papel reemplazaban a las plantas. Adornaban jarrones y urnas, serpenteando junto a los candelabros mientras la hiedra se enroscaba alrededor de las arañas de cristal de Murano. Y se había llevado la

delicadeza al extremo de cuajar en gelatina hierbas y guindillas.

No tardaron en pasar a la mesa, y el monje observó la danza perfecta de los lacayos retirando por la derecha el plato usado, en un solo movimiento circular, al tiempo que introducían el nuevo por la izquierda.

«En nuestros días, el buen servicio está en decadencia. ¡Pero en esta casa saben mantener su rango!».

Después de haber comido bien a las dos de la tarde, se conformó con los platos que tenía más cerca, como los cangrejos de río hervidos y rellenos de lechaza de carpa antes de ser salteados con mantequilla y empanados. Probó también por distracción un salchichón real hecho con carne de perdiz y de capón cruda, sazonada con especias, setas y trufas; aunque no le dio mayor importancia, pues comía frugalmente el primer día de la semana y sometía su cuerpo a ayuno el segundo.

La conversación no le interesó mucho, pues su visita tenía como único objetivo obtener una respuesta de la señora de Morange. No obstante, debía justificar su presencia, y el monje no era hombre que pasara por estirado o soso; aunque los presentes buscaban sobre todo la ocurrencia que hiciera reír a la anfitriona o el dardo que atravesara el corazón de un rival. Los comensales adoptaban aires finos y de persona experimentada, y dirigían a su interlocutor sonrisas insulsas. En lo que se conocía como la buena sociedad, la burla era elevada a la categoría de arte. Con una cortesía extrema, se llevaba solapadamente a la víctima a hacer el ridículo aprobando todo lo que decía, exagerándolo incluso al máximo.

—Dios ha decidido quién nacería pobre y quién rico, no hay nada que objetar a eso —decía precisamente un noble que debía su título al enriquecimiento de su padre con el comercio de esclavos, cosa que era de dominio público.

—Dios se ocupa, sin ningún género de dudas, de la alcurnia de cada uno, y en su momento decidió qué familias participarían en las santas cruzadas —replicó con vivacidad el monje.

El otro se sonrojó. Aquello era señalar sutilmente su posición de advenedizo.

—Las cruzadas no han sido la única manera de servir a Dios —dijo.

—En efecto, no hay oficios necios —admitió el monje—. Los chiquillos saboyanos son muy útiles para deshollar las chimeneas y permitir que el humo suba hasta el cielo.

—¡No os hablo de la gente común! —se indignó el noble.

El monje se refrescó con un helado de frutas confitadas antes de replicar:

—¡No hay gente común, simplemente personas ruines! Ahí tenéis, por ejemplo, a los mercaderes de esclavos...

Se oyeron risas burlonas alrededor de la mesa. Las miradas se dirigieron hacia el hijo del mercader de esclavos. Sin una buena réplica, su suerte entre la buena sociedad estaba echada.

—¡Y yo os digo que gente común y oficios comunes son una sola cosa porque Dios así lo ha decidido! —contestó el advenedizo.

—Adjudicáis a Dios, sin saber, muchas intenciones —dijo el monje en un tono cortante—. ¿Ha querido él que unos niños mueran de hambre o de frío mientras vos os atiborráis de carpas bien gordas o de lechón?

–¡Dios concederá bienestar en el más allá a quienes lo merezcan! Dudo que, con vuestro espíritu herético y sedicioso, estéis vos allí.

El monje le lanzó una mirada glacial.

–Dicen que las cosas que conducen al hombre al infierno son tres: la calumnia, la dureza y el odio. ¿Os destinarán las tres a vos a las llamas eternas?

El noble se levantó, colorado como un tomate, tiró la servilleta al suelo y salió después de haber saludado a la anfitriona. En la habitación se hizo un silencio embarazoso que rompió el monje.

–Este helado –dijo, agitando despreocupadamente la cuchara– llevaría a la perdición a un santo, cosa que desde luego yo no soy.

Hubo risas en toda la mesa y la conversación se reanudó. Finalizada la cena, pasaron a un salón para organizar partidas de faraón. Los invitados se dispersaron alrededor de las mesas, sacando la bolsa para apostar. Un jugador hacía de banca y tenía las cincuenta y dos cartas; los otros apostaban sobre un tapete de terciopelo de seda.

El monje se reunió con la señora de Morange en su tocador, una encantadora estancia con las paredes revestidas en un rosa pálido. La habitación olía a jazmín, como si acabaran de quemar perfume. En un entrante pintado de color lila, una otomana descansaba sobre un suelo de marquetería. La anfitriona se tendió voluptuosamente y clavó en él una mirada encendida.

–Habéis estado a punto de arruinar la velada –le reprochó severamente.

–¡Ese macaco ha encontrado lo que se merecía!

–Aun así, os falta tiempo para ofender a mis invitados. Esos jóvenes marqueses esta mañana, y esta noche...

–El hijo de un comerciante de carne humana.

–¿Son de verdad hombres los que envían a trabajar a las islas?

–Sí, señora, os lo aseguro –respondió gravemente el monje–, y tienen alma y sentimientos como vos y yo.

«Bueno, sobre todo yo», pensó fugazmente, contemplando a la señora de Morange, a quien ahora consideraba con tan poco corazón como los hombres y las mujeres de su época.

–Vuestras ideas nos llevarán directamente a... ¡a una revolución! –exclamó–. Para empezar, ¿por qué insistir en una idea? ¡Se puede disertar perfectamente sin razonar!

–¡Hablar para no decir nada me cansa!

–Vamos, mi buen Guillaume –le dijo, estrechándole afectuosamente la mano–, olvidad vuestras buenas causas y hablemos de vos.

El monje no se dejó engatusar por su sonrisa almibarada.

–Señora, me he plegado a todas vuestras exigencias. He participado en vuestra cena, he dado la réplica a vuestros caniches, he ladrado con ellos contra la gente de la que nos podemos permitir burlarnos, pero es tarde y estoy cansado. Tengo que seguir investigando y necesito respuestas. A mi amigo Sartine no le haría gracia verme perder el tiempo en cenas.

–Bah, Sartine...

Parecía tener menos miedo ahora. El monje le lanzó una mirada penetrante y añadió:

–¡El fiscal Siltieri se ocupa también de este asunto, y no es un hombre fácil!

La mención de Siltieri hizo que la señora de Morange se alterara, incómoda.

–¿Por qué venís a amenazarme? –gimió–. Yo estaba tan tranquila en mi mansión recibiendo a mis amigos y disfrutando de la vida. Había olvidado incluso...

–Incluso la existencia de vuestra hija –terminó secamente el monje–. ¡De eso ya me había dado cuenta!

La miró con otros ojos, consciente de tener delante los restos de una niña mimada, una muñeca de porcelana en una casa de mármol, una mujer que se alimentaba de la mirada que los demás le dirigían, una persona que recibía pero no daba nada.

«A veces nos quedamos muy sorprendidos cuando volvemos a ver al cabo de mucho a los que hemos amado», pensó con tristeza el monje.

–Mi pregunta es simple –prosiguió con una voz glacial–. En aquella época vos teníais relaciones con varios hombres a la vez. Yo era uno de ellos. Sartine también. Quizá había otros... Y el rey se había fijado en vos... ¿Quién es el padre de Sophia?

La señora de Morange arrugó nerviosamente los pliegues de su vestido y levantó la cabeza con lágrimas en los ojos.

–Me acribilláis a preguntas sobre mi hija. ¿Qué es lo que pasa? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

El monje meneó la cabeza con aire de desaprobación.

–Señora, no habéis visto a vuestra hija desde que nació. ¿Me equivoco? ¡No! Entonces, no hablemos de sentimientos o emociones y mantened secos vuestros bonitos ojos.

Ella contuvo las lágrimas.

–¿Qué sabéis vos del instinto maternal, monje del demonio? Yo tenía diecisiete años cuando la traje al mundo, idiecisiete años!

Él le devolvió una sonrisa dura.

–Señora, vuestros remordimientos y vuestro pesar son tardíos y no puedo sino compadecerlos por ello, pero, insisto, tengo cosas que hacer. Trabajo en una investigación que me exige encontrar respuestas. Os hago, pues, por última vez la pregunta: ¿quién es el padre de Sophia?

–Después de todo... –dijo la señora de Morange con la mirada perdida.

A su pesar, el monje contempló sus labios carnosos y rojos como si lo que le quedaba de vida dependiera de ellos.

–El padre de Sophia... –se inclinó hacia delante mientras el corazón latía con fuerza en su pecho– es el rey.

Como si hubiera sufrido una apoplejía, el monje se tambaleó.

–El rey –repitió–. Claro, soy un idiota...

El monje echó a andar por la calle desierta y, estremeciéndose, se ciñó la capa al cuerpo todo lo que pudo. Los efectos del vino se hacían notar y tropezó en el suelo helado. Densas masas de sombra parecían precipitarse sobre él. Se levantó y dio unos pasos respirando despacio, dejando que la brisale acariciara las sienes y le refrescara la frente, abandonando al viento sus ideas sombrías. Había deseado ardientemente que Sophia fuera suya, pero no era así. Era la hija de un crápula real. En la tierra reinaba el

mal y no existía la justicia. Solo subsistían algunas almas de buena voluntad.

«Quizá los satanistas tengan razón: ¡el diablo tiene a Dios prisionero en su cielo!».

Al pasar por la parte de atrás de la mansión sorprendió el tejemaneje del cocinero y el intendente, que ya estaban vendiendo a algunos propietarios de figones los restos de la cena que los invitados habían paladeado.

Sophia... Abrumado por la pena, el monje emprendió el camino de vuelta y la noche no tardó en engullirlo. Las calles oscuras de París parecían extrañamente tranquilas en comparación con el estrépito del día. Pasó por delante del Palacio Real, donde actuaban o cenaban acariciando a las chicas. Giró en la calle del Coq en dirección al Antiguo Louvre. De las tabernas italianas brotaban ya melopeas inconexas y el monje se puso a canturrear siguiéndolas. De pronto la noche fue atravesada por destellos metálicos y el infierno se precipitó sobre él.

–¡Mata! ¡Mata!

Era el grito que los asesinos proferían tanto para infundirse audacia y rabia como para impresionar a su víctima. Bruscamente despejado, el monje desenvainó la espada y se puso ágilmente en guardia. Un resplandor frío y acerado había aparecido en su mirada. Mientras sacaba la daga con la mano izquierda, paró los golpes de todos sus agresores. El monje contó cuatro, armados con grandes espadas y dirigidos por un pelirrojo canijo con un tajo en la cara que le iba desde el pómulo hasta la barbilla.

–¡Mata! ¡Mata!

En cada ataque, el monje encajaba sin inmutarse esa determinación de asesinarlo. Paraba lo más urgente, defendía, atacaba sin perder la calma, y el sudor corría por su rostro arrugado. En un momento dado, una hoja le cortó la mano en la que empuñaba la daga.

«Son demasiados, no conseguiré salir de esta».

–¡Al asesino! –gritó, al principio sin convicción y luego cada vez más fuerte.

Paró por los pelos un golpe en el vientre y, con el revés de la daga, le cortó el cuello a su adversario, que se había tirado demasiado a fondo.

«¡Tres!»., dijo para sus adentros el monje. Había dejado de gritar «¡al asesino!».. Nadie acudiría, la gente se quedaba atemorizada detrás de las ventanas, esforzándose en distinguir en la oscuridad el feroz combate entablado en la calle. El monje no se molestó por ello. Había aprendido de la vida a no esperar la ayuda de los demás cuando se encontraba en apuros.

Una lluvia de golpes se abatió de nuevo sobre él, pero de manera muy desordenada. Con una calma pasmosa, el monje bloqueó el ataque de sus adversarios y respondió de inmediato. Cuando uno de los agresores se precipitó solo sobre él, lo esquivó e hirió profundamente a otro introduciendo la hoja por debajo de su brazo.

Los asesinos vacilaron. El monje era un hombre terrible empuñando las armas. Pocos poseían como él un sexto sentido con la espada, esa facultad de percibir en una fracción de segundo, por el contacto de la hoja del adversario, si esta iba a entrar por abajo o por arriba y si el otro se aprestaba a atacar, cruzar, devolver o despejar. Con una destreza diabólica, paró un golpe dirigido a su corazón y rechazó a sus atacantes. Una determinación tremenda irradiaba de toda su persona. El agresor herido en el hombro

retrocedió, tambaleándose sobre el suelo helado. El monje se abalanzó sobre él y lo atravesó sin pestañear. Aquello fue demasiado para uno de los espadachines, que de pronto dio media vuelta, pese a las imprecaciones de su jefe. El pelirrojo se encontró solo frente al monje y en ese momento este supo que aquello iba a ser otro cantar. Fue entonces cuando un grito se elevó en la noche:

–¡Alto ahí! ¡La patrulla!

El pelirrojo retrocedió varios pasos antes de girar sobre sus talones y echar a correr. El monje hizo lo mismo en la dirección contraria. Era evidente que ninguno de los dos combatientes se fiaba de los arqueros de la patrulla.

La cotorra empezó a parlotear al abrirse la puerta, feliz de ver a los suyos alrededor. Volnay miró espantado la sangre que goteaba en el suelo.

–¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

–Poca cosa –dijo el monje con una seguridad varonil–. Han intentado asesinarme al salir de casa de la señora de Morange. ¿Me puedes ayudar a vendarme la mano?

Su hijo acudió de inmediato. El monje le indicó cómo limpiar la herida antes de vendarla.

–Espadachines de baja estofa –gruñó–. ¡Una ofensa para un esgrimidor de mi altura, que ha dejado secos a cien batiéndose en duelo!

–Ocho, padre.

–¡Ocho en duelo oficial con testigos, pero en realidad muchos más! En fin, solo el pelirrojo tiraba correctamente. Pero de los pelirrojos Siltieri nos diría que las llamas del infierno han quemado sus cabellos.

Volnay reprimió una sonrisa.

–¿Todavía no ha vuelto Helena? –preguntó, preocupado, el monje.

–¿Has pasado por tu casa?

–Sí, y allí no está.

El comisario de las muertes extrañas se encogió de hombros.

–¿Qué has averiguado? –preguntó.

Por una vez, el monje fue breve:

–¡Que Sophia es hija del rey!

Volnay se estremeció. ¡El asunto había empezado en un cementerio y ahora lo llevaba muy cerca del rey, hasta su propia descendencia! Pero ¿dónde habían vuelto a caer?

–El maestro joyero está casado con una mujer que no puede tener hijos –recapituló–. Esta le propone un día adoptar a la hija de Ángel Bello, amante del rey. Recibe a cambio una pensión y, tras la muerte de su mujer, vende su comercio y abandona su oficio para consagrarse a su pasión: las estrellas. Y deja a su hija adoptiva crecer sola...

–¿Quizá odiaba al monarca por haber introducido a su propia hija en su hogar, privándolo del afecto de su esposa? –sugirió el monje.

–¡En cualquier caso, ese padre adoptivo se interesa por la brujería y el rey! ¡Acuérdate de que, cuando visitamos al astrólogo, nos ocultó que había hecho la carta astral de Luis XV! ¡No es casual que encontremos a esa hija del rey tendida sobre una tumba, completamente desnuda! ¡Y para celebrar una misa negra!

–Para un ritual de encantamiento –lo corrigió el monje–. Acuérdate del libro del astrólogo. El ritual necesita una conjunción muy precisa de estrellas, la celebración de una misa negra y el sacrificio de una víctima. Pero, cuidado, se trata de un hechizo a través de la sangre. La persona objeto del hechizo debe ser de la misma sangre que la víctima.

–¡Y Sophia es hija de Luis XV!

Se miraron estupefactos.

–¡Es al rey a quien quieren hechizar! –exclamó Volnay.

XXIII

El caballero satanista y otras cosas del diablo

Como diamantes, los rayos del sol se posaron con delicadeza sobre la Ardilla cuando el comisario de las muertes extrañas le abrió la puerta. Una sonrisa celestial apareció en sus labios cuando Volnay la invitó a tomar un café. El monje no tardó en llegar y le besó galantemente la mano.

–Estoy cada vez más preocupado. Helena no ha venido en toda la noche –le dijo a su hijo.

Volnay le dirigió una mirada burlona.

–¿Y por qué razón esa joven tendría que ir a tu casa todas las noches?

–Dios mío, eso es lo que ha hecho desde que empezó esta investigación. No tengo noticias de ella y no sé ni dónde ni cómo localizarla.

–¡Ha sido ella quien lo ha querido así! Yo la dejé ayer por la mañana antes de ir a ver a Sartine, pero no me dijo nada de lo que pensaba hacer.

El monje rechazó el café que le ofrecían y se puso a alisarse la barba con aire pensativo. Finalmente Volnay dio la señal de salida para el jardín de las Tullerías. Dos estatuas que representaban a Mercurio y la Fama a lomos de un caballo alado flanqueaban la entrada principal. Dada su condición de sitio destacado para paseos mundanos, las entradas estaban siempre vigiladas y no se admitía a cualquiera. La Ardilla se quedó de piedra al leer el cartel que decía: «Prohibida la entrada a perros, chicas, lacayos y soldados». Al percatarse de su turbación, el policía le ofreció el brazo y entró con seguridad con ella y su padre, sin dignarse mirar al centinela de servicio.

–¡Qué bonito es! –susurró la Ardilla al oído de su acompañante–. No había venido nunca.

El monje observó con desaprobación las maneras envaradas de Volnay, cuando a todas luces la joven no esperaba otra cosa que cumplidos y charla desenfadada.

«¿Por qué, cuando está con una mujer, mi hijo da siempre la impresión de andar sobre pinchos?».

–Hemos llegado con una hora de antelación –dijo la Ardilla para animar la conversación.

–Es mejor así. Mi padre y yo tenemos la costumbre de llegar siempre en el momento en que no se nos espera. ¡Eso nos ha permitido a veces enterarnos de cosas interesantes!

Los jardines, lugar de galantería los días de buen tiempo, bajo la nieve estaban casi desiertos. Volnay observó el paseo central abierto en el eje del palacio de las Tullerías, y delimitado al este por un estanque redondo y al oeste por uno octogonal. Luis XIV había encargado a André Le Nôtre que rediseñara los jardines y este había introducido unas

terrazas dotadas de rampas en curva para acceder a ellos. El comisario de las muertes extrañas vio una silueta familiar acercarse por una de ellas. Se detuvo como un perro de caza, trémulas las aletas de la nariz.

–Yo conozco a ese hombre –murmuró.

–Dios mío –dijo el monje–, ¿no es Sartine ese que viene?

–¡Asombroso! Pero, entonces...

–¡Entonces, escondámonos!

Salieron precipitadamente del paseo central, rodearon los parterres que volverían a florecer en primavera y encontraron detrás de una arboleda de abetos un buen punto de observación. Su atención fue entonces atraída por un hombre de espaldas anchas que caminaba deprisa entre unos setos de boj. Sus botas aplastaban la nieve, levantando a su alrededor nubes de un fino polvo blanco.

–¡Es él! –dijo la Ardilla.

–¡El hombre del cementerio! –exclamó el monje–. Así que ese era el as que Sartine tenía en la manga, ¡un satanista!

–¡Más vale que no sepa que sabemos! –murmuró su hijo–. Permanezcamos ocultos a sus ojos.

Observaron en silencio a los dos hombres, que hablaban vivamente. Sartine estaba nervioso y sus gestos eran cada vez más bruscos. Finalmente, giró sobre sus talones y se alejó dando grandes zancadas, muy descontento.

–¡Se separan! –dijo el monje–. ¿Qué hacemos ahora?

–Dejemos que Sartine se vaya, debe de tener el coche cerca. Yo voy a seguir al satanista con Gaston, y esta vez le echaré el guante.

–Tiene un aspecto peligroso. Voy contigo.

–Llamas mucho la atención con el hábito, y además, prefiero que acompañes a mi amiga hasta un coche.

–Es verdad que tu espada no es virgen, pero me quedaría más tranquilo si...

–No te preocupes –lo cortó Volnay–, nos veremos más tarde en mi casa. Esperad un poco antes de salir de los jardines.

La Ardilla hizo un mohín triste.

–¿No puedo ir con vos?

–Hija mía –intervino el monje–, no tenéis ni idea de dónde os metéis.

Pero ella, sin escucharlo, se agarraba del brazo de Volnay.

–¿Volveré a veros?

El policía la contempló un instante y dijo:

–Sí.

Recibió como una ofrenda su cuerpo delgado contra el suyo y la estrechó a su vez con fervor contra sí; después se apartó y, con paso ágil, se dirigió hacia la salida.

–Vaya, vaya... –murmuró el monje–. Mi hijo nunca dejará de sorprenderme.

–Lo siguió con los ojos mientras se alejaba antes de desplazar su atención hacia la Ardilla.

–Veo que os entendéis bien con mi... con el comisario de las muertes extrañas.

Ella se ruborizó púdicamente.

–Sí, bueno..., creo. A veces es muy huidizo.

El monje asintió, divertido. La chica, viva y despierta, le gustaba.

–Veréis –dijo, cogiéndola del brazo y conduciéndola fuera de los jardines–, Volnay es un hombre frío y racional en el ejercicio de sus funciones. Pero cuando está en compañía de mujeres es capaz de comportarse de un modo absolutamente ridículo.

–¿Por qué?

El monje levantó las cejas.

–A mi... bueno, a Volnay le gustaría poder controlarlo todo en su vida, incluidos los sentimientos. –Suspiró–. ¡Yo, en cambio, hace mucho que renuncié a eso!

El comisario de las muertes extrañas salió de los jardines de las Tullerías. La ancha silueta del satanista dobló en ese momento una esquina. El hombre andaba muy deprisa. Volnay echó a correr para alcanzarlo, pero cuando llegó al cruce el otro había desaparecido.

–¡Chis!

El comisario vio una silueta que parecía transformada en estatua de hielo. El hombre tiritaba, medio escondido en una puerta cochera.

–¡Ah, los agentes de Sartine a veces son muy útiles! –dijo Volnay, acercándose a toda prisa a él–. ¡Vamos, dime qué has visto!

–Ha tomado la primera calle a la derecha y se dispone a cruzar la plaza Louis-le-Grand –contestó Gaston moviendo los brazos para calentarse–. ¡Venid! ¡Va muy deprisa!

Lo encontraron en la calle Capucins, calzado con pesadas botas y espuelas, la espada en el costado, como un condotiero. Unos ojos de predador brillaban en su rostro anguloso, en el que destacaban los pómulos. Volnay lo siguió hasta un cartel en el que aparecía representado un brazo empuñando una espada. El hombre entró en la casa. El comisario de las muertes extrañas le hizo una seña discreta a Gaston para indicarle que lo esperara y entró también.

Se encontró en una sala de armas donde resonaba el entrechocar de los floretes. El suelo estaba entarimado, pero envejecido y desgastado por las suelas de los combatientes. Toda una pared estaba cubierta de espejos en los que se reflejaban los floretes colgados en una panoplia. Grandes ventanas difundían la luz mortecina del día. En un rincón de la sala había un caballo de madera para aprender esgrima montando.

Delgado y nervioso, el maestro de armas llevaba una amplia camisa de batista de mangas anchas, con los puños abotonados metidos en los guantes. Hablaba con el satanista cuando vio a Volnay, e interrumpió la conversación para ir a su encuentro.

–Señor, ¿deseáis una clase? Mis dos discípulos están terminando su encuentro y ahora tendría que ocuparme del señor que acaba de llegar. A no ser que ambos deseéis cruzar el hierro juntos...

–Estaría encantado –dijo Volnay, inclinándose ligeramente.

El maestro de armas volvió con el satanista, que fingía indiferencia. Después de escuchar a aquel, movió la cabeza en señal de asentimiento. Lanzó a continuación una mirada intensa hacia Volnay antes de inclinarse para saludarlo. El policía le devolvió el saludo. Luego los dos hombres aguardaron con la mirada puesta en el enfrentamiento en

curso, evitando observarse.

Los combatientes llevaban puesto un peto consistente en un grueso relleno de lana metido entre dos telas recias, forradas con una capa de cuero. En el centro del peto había dibujado un corazón rojo. Los floretistas cortaban a menudo el aire con sus aceros, les costaba encontrarse, tal gala de prudencia hacían, y solo se arriesgaban para esquivar torpes ataques imprevistos que no acababan de rematar. Finalizada la lucha, el maestro de armas dio algunos consejos a los combatientes. Una vez que estos se hubieron ido, regresó hacia Volnay y el satanista llevando en la mano dos floretes cuyo botón estaba protegido con una zapatilla atada con un cordón al extremo del arma.

—Señores —dijo—, no os conozco, de modo que primero voy a observaros. ¿Deseáis un peto para amortiguar los golpes?

—Por mí, no vale la pena —dijo el satanista—. No creo que el señor pueda tocarme.

—Es curioso —dijo Volnay—, yo iba a decir lo mismo.

El otro lo miró, pensativo, y cortó el aire con su espada con una indolencia afectada.

—Creo que puedo daros una pequeña lección...

—Señores —intervino el maestro de armas—, esto no es más que un intercambio de observación. Nada de ataques a la cara o empujones. No olvidéis que la esgrima se resume en cinco puntos: el sexto sentido, la mirada, el criterio, la velocidad y la precisión. —Levantó el brazo—. ¡Señores, salud! ¡En guardia! ¡Adelante!

Los hierros tintinearón y entrechocaron. La guardia del satanista era perfecta. El comisario de las muertes extrañas comprendió de inmediato que su adversario era temible. Combatiente experimentado, alternaba con vivacidad ataque y contraataque. Volnay trató de llevar a cabo una ofensiva, pero se vio frenado. El otro hizo entonces un movimiento brusco con su arma e intentó una estocada antes de tirarse a fondo. El policía retrocedió prudentemente con la guardia en primera. Su adversario atacó de nuevo, intentó otro golpe sin dejar de avanzar. Volnay, todavía con la guardia en primera, se limitó a mantener una posición defensiva en espera de una apertura. El maestro de armas aprobó esa decisión táctica con un breve asentimiento de cabeza.

El satanista atacaba ahora de manera implacable, acosándolo cada vez más. Volnay retrocedía tratando de protegerse. Con un gesto vivo, su adversario arrancó el botón de su espada y saltó hacia delante. Sus ojos habían adquirido un tinte feroz.

—¡Señor! —gritó el maestro de armas.

No tuvo tiempo de intervenir. Con una rapidez inaudita, la espada del satanista tocó el cuello de Volnay.

—¡Señor —dijo su adversario—, estáis muerto!

El comisario de las muertes extrañas no parpadeó. No había llegado su hora y lo sabía. Con un golpe de espada seco, el maestro de armas apartó la hoja del satanista.

—¡Señor, vuestra actitud es incalificable!

El otro, con un rictus sardónico, contestó sin apartar los ojos de Volnay:

—Perdonadme, maestro, era para dar un poco de emoción al ejercicio.

El policía dio un paso adelante, impidiendo así que su adversario blandiera el florete.

—Señor —dijo—, soy comisario del Châtelet. Estáis detenido.

El satanista soltó una carcajada que acabó en lo que parecía el relincho de un caballo.

–¿Queréis hacerme prisionero? ¡En tal caso, atrapadme primero!

Se abalanzó sobre su adversario para asestarle un golpe en la barbilla con la guarnición de su espada, empujó al maestro de armas y salió de la sala. Mientras tanto, en el suelo, Volnay contaba las estrellas. El maestro de armas fue a buscar un frasco de sales y ayudó al policía a ponerse en pie.

–Ese hombre está loco –masculló.

–¿Es cliente vuestro? –preguntó el comisario de las muertes extrañas.

–Es la primera y la última vez que lo veo –respondió con firmeza el otro. Titubeó un poco y añadió–: En cualquier caso, es un temible esgrimidor. ¡Os aconsejo que lo evitéis, porque la próxima vez podría muy bien mataros!

Volnay se apresuró a salir sin escuchar el consejo. En la calle vio a Gaston, que volvía jadeando.

–¿Lo has perdido?

–¡Demonios, comisario, corre más deprisa que un galgo! Cuando ha salido, he... he ido tras él..., pero... es demasiado rápido para mí.

Se dobló por la cintura con las manos apoyadas en las rodillas, respirando ruidosamente.

–Comes en exceso –dijo Volnay–, por eso estás tan pesado. ¡Gato con guantes no caza ratones!

–Comisario, la función de los agentes no es correr, sino seguir. No hace falta estar delgado para espiar.

El policía no contestó. Sentía sobre los hombros el peso de varios fracasos: primero la Voraz, luego Sophia, y el satanista dos veces. Este último era un adversario simple y llanamente temible. Su increíble seguridad rivalizaba con su arrogancia. Parecía no temer nada de nadie. En el cementerio, durante el entierro de Sophia, se había santiguado al revés sin ningún reparo, revelando así su condición de satanista. Unos minutos antes, había optado por enfrentarse a Volnay en combate singular, permitiéndose incluso el lujo de perdonarle la vida.

«Callejea demasiado –pensó el policía–. Es como si quisiera que lo siguiesen a él en vez de a su cómplice, el astrólogo. A menos que la razón de su aplomo sea que cuenta con la protección de alguien de alto rango».

–Gaston, ¿estás solo?

–Sí, comisario.

–¿Y el agente que me sigue?

–Cuando habéis entrado en la sala de armas, lo he enviado a buscar refuerzos.

El comisario de las muertes extrañas puso una mano firme sobre el hombro de Gaston.

–Dime, agente amigo, ¿qué te parecería olvidar lo que acaba de ocurrir? ¡No sería conveniente ni para ti ni para mí que Sartine se enterara de que hemos dejado escapar a un sospechoso!

–Yo no me atrevía a proponéroslo, comisario. ¡Aquí no ha pasado nada!

Una sonrisa iluminó brevemente el rostro de Volnay.

–Nos entendemos muy bien.

Gaston suspiró, aliviado.

–Somos hombres de acción, comisario. ¡En los despachos del Châtelet, junto al fuego, no se dan cuenta de las dificultades de nuestro trabajo!

Para agradecerle al agente que guardara el secreto de su desafortunada aventura, Volnay decidió invitarlo a la mejor comida de su vida. Así pues, después de haber ido a buscar al monje, los tres hombres se sentaron a la mesa de un establecimiento cercano.

Era uno de esos sitios en los que podías llevarte los platos o comerlos allí mismo, en la trastienda, y en tu propia mesa, sin compartirla con nadie. El primer plato dejó pasmado a Gaston: ojos de ternero rellenos y gratinados, cuyas pupilas habían sido convenientemente sustituidas por trufas negras enteras. El agente no usaba tenedor, sino que comía utilizando el pulgar, el índice y el corazón, pues, según él, los otros dos dedos servían al diablo cuando comía. El monje le llenó de nuevo la copa.

–¡Tenías sed, amigo! –exclamó.

–¡Ah! –suspiró Gaston–, me gusta el champán, pero el precio me ha hecho guardar las distancias.

Después de los entrantes, a Gaston se le saltaron las lágrimas de los ojos al ver el pato con ostras, hecho a la brasa y bañado en una salsa de jugo reducido de ternera y jamón, con un poco de tocino fundido, trufas y pequeñas setas aromatizadas.

–¡Pero esto debe de ser carísimo! –dijo el agente, impresionado–. ¡Estáis tirando la casa por la ventana por mí!

El comisario de las muertes extrañas comió poco, pero los otros dos comensales devoraron por él. Llevaron unos tarros de frutas confitadas como postre, pues Volnay, poco acostumbrado a pasar mucho tiempo a la mesa, consideró que podían prescindir del queso. El agente lloró de felicidad viendo vaciarse en su plato los tarros de moras, frambuesas, ciruelas, manzanas y peras.

–¿Por qué lloras? –preguntó Volnay, sorprendido.

–¡Sois tan buenos conmigo, cuando yo os oculto tantas cosas!

–Mira tú por dónde –se burló el monje–, nuestro espía se pone sentimental ante unos tarros de frutas confitadas.

–¡Sin olvidar ese maravilloso ternero y ese espléndido pato con ostras –exclamó Gaston–, regados con un excelente champán!

Se limpió los dedos pringosos en la manga. Volnay le dio unas palmaditas en el brazo.

–Es para darte las gracias por guardar silencio sobre la persecución frustrada.

El agente se frotó la nariz con la manga.

–¡Ah, en eso soy yo más culpable que vos! Lo que de verdad me preocupa es ese hombre tras el que hemos corrido. Hoy lo he visto a la luz del día y no hay duda posible, ¡lo he reconocido!

–¿Y quién es?

–¡Se llama Fauve y es inspector de policía!

El comisario de las muertes extrañas apiló los leños en la chimenea mientras su padre sacaba de una caja de madera una pequeña ficha. La leyó con aplicación después de haberse puesto unos anteojos.

–Inspector Fauve, llamado «caballero de Fauve» porque es el nombre que adopta para introducirse de manera oficiosa en ciertos círculos acomodados. Es, además, especialista en estados civiles y actas de nacimiento. ¡La falsificación de la escritura es su especialidad! Su sector de actividad es el de las chicas y las salas de juego. Cuando Sartine les sacó las entrañas a las salas de juego, el caballero de Fauve le fue muy útil. Su situación es bastante desahogada. Dicen que varias mujeres trabajan para él.

Levantó los ojos hacia su hijo para hacer un comentario al respecto:

–No es un caso raro; en nuestros días, la probidad de los policías deja mucho que desear.

Tras un silencio, el monje añadió en un tono dramático:

–El único problema es que el caballero de Fauve murió hace dos años, asesinado por un reo al que escoltaba y que le partió la cabeza golpeándosela con una piedra.

–¡Parece difícil, en esas condiciones, reconocer un cadáver! –señaló Volnay.

–Debió de ser un montaje para permitirle desaparecer oficialmente y trabajar en la sombra para Sartine.

–¡Reflexionemos! –dijo el comisario de las muertes extrañas, levantándose y poniéndose a andar de un lado a otro.

Esa nueva información permitía a su mente volver a ponerse en marcha, elaborar otras hipótesis.

–Dos mujeres en la misa negra: la Voraz y una desconocida. Tres hombres: el astrólogo, el cura danzarín y... ¿el caballero de Fauve o Sartine? Como de costumbre, Sartine lo sabe todo. Ha seguido el rastro de esa niña desde su nacimiento porque sabía que era descendiente del rey. Un bastardo siempre puede ser útil... ¡Además, parece muy informado sobre la práctica de las misas negras!

–Sartine... –murmuró el monje–. ¡Vas demasiado lejos, hijo mío! Dejémoslo en el caballero de Fauve, me parece más verosímil.

En ese instante, la puerta se abrió bruscamente y un grupo de arqueros de la patrulla invadió la habitación, seguido del lugarteniente general de policía. Bajo su capa ribeteada de armiño, este llevaba un traje de terciopelo negro.

–¡Otra vez vos! –exclamó el monje–. ¡Decididamente, no os cansáis de invadir mi casa! ¿Deseáis quizá una habitación propia?

–¡No vais tan desencaminado como creéis! ¡Decidme dónde está Sophia y os dejaré en paz!

–Me disteis cuarenta y ocho horas para encontrarla –le recordó Volnay, indignado.

–¡Pero creo que ya la tenéis! –contestó Sartine, plantándose delante de él.

–Os equivocáis.

El lugarteniente general de policía intentó sondear la mirada del comisario, pero, como tantos otros, se perdió en la profundidad de esta, pozo sin fondo.

–¡Registradlo todo! –gritó Sartine, chasqueado–. ¡Abrid baúles y armarios, mirad debajo de las camas, examinad techos y paredes!

Se produjo un estrépito en toda la casa, al que se sumaban los gritos del monje:

–¡No toquéis ese clavecín con vuestros dedazos! ¡Vais a desafinármelo! ¡Poned inmediatamente en su sitio ese jarrón! ¡Dejad mis plantas tranquilas o, de lo contrario,

os pasaréis toda la noche rascándoos el culo!

Le llevaron a Sartine unos libros encuadernados en tafilete.

—¿Qué es esto?

El lugarteniente general de policía leyó con aplicación el título del libro:

—Disertación sobre las apariciones de los ángeles, los demonios y los espíritus y sobre los aparecidos y vampiros de Hungría, Bohemia, Moravia y Silesia. —Levantó la cabeza y miró estupefacto al monje—. Me lo esperaba todo, incluso bufonadas escatológicas, pero ¿qué clase de lecturas son estas? ¿Y quién es su autor?

—Augustin Calmet murió hace dos años —respondió el monje—. Lo siento, no podréis ponerle los borceguíes y echarlo a la hoguera. Lo leo por curiosidad, pero confieso que no es muy serio...

—¿Y este? —prosiguió Sartine—. ¡Caracteres de magia trazados, del abad Rocheblanche!

—¡Es un santo! —dijo el monje sin reír.

—Secretos maravillosos de la magia natural y cabalística del Pequeño Albert —continuó Sartine, impávido.

—¡Bah, en nuestros días todo el mundo sabe que las salamandras habitan la región del fuego; los silfos, la del aire; los gnomos, el corazón de la tierra; y las ondinas, el fondo de las aguas!

—¡Y otro más! —exclamó el lugarteniente general de policía—. Cosmopolita o Nueva luz química para servir de iluminación a los tres principios de la naturaleza exactamente descritos en los tres tratados siguientes...

—Tratado del mercurio, Tratado del azufre y Tratado de la verdadera sal de los filósofos —completó el monje.

—¡Bonita lectura! —comentó Sartine en un tono severo—. ¡Os felicito!

—El contenido de los libros permite saber más sobre el mundo —explicó el monje, imperturbable—. Por supuesto, podríamos comernos los libros para digerirlos mejor, pero la manera más segura de instruirse sigue siendo leerlos.

—¡Estos libros no! —rugió Sartine.

El monje meneó la cabeza.

—Yo niego toda forma de superstición u oscurantismo. No veo ni duendes ni hadas a mi alrededor. Considero simplemente que la naturaleza esconde admirables secretos que nos conviene penetrar.

—¡Querer penetrar los secretos de la naturaleza es una ofensa al cielo, pues si este quisiera revelárnoslos, lo habría hecho!

—Yo no veo las cosas como vos —contestó tranquilamente el monje—. La naturaleza me lanza un desafío y yo respondo a él.

—¡Haríais mejor en dejar de leer todas estas cosas endiabladas y permanecer en el lugar que Dios os ha asignado!

—¡Sartine —replicó el monje—, cincuenta entradas diferentes conducen al conocimiento general de los misterios y vos no conocéis ni una sola!

El lugarteniente general de policía soltó un gruñido de exasperación y se volvió hacia Volnay.

—¡Decidme dónde está Sophia y las cosas quedarán como están! ¡Sé que a veces

actuáis de un modo extraño, pero por esta vez no os lo tendré en cuenta!

–Señor de Sartine –dijo con calma Volnay–, os dije que necesitaba un poco de tiempo para encontrarla. ¿Por qué rompéis nuestro acuerdo?

–¡Porque no confío en vos!

–Pues yo, por el momento, no puedo daros una respuesta –se obstinó el comisario de las muertes extrañas.

–Muy bien –dijo Sartine, volviéndose hacia los arqueros de la patrulla–, ¡todos a casa del comisario!

Miró a Volnay con aire amenazador.

–¿Nos acompañáis o preferís que derriben la puerta?

–Prefiero abriros. Los vecinos no entenderían nada.

Con las pullas de la cotorra como fondo, los hombres de Sartine invadieron la casa del comisario de las muertes extrañas, decididos a devastarla. A Volnay se le encogió el corazón al ver a los arqueros de la patrulla coger sus libros con sus manazas torpes.

–¡Sartine! ¡Que no toquen mis libros! ¡Sophia no se esconde entre sus páginas!

El lugarteniente general de policía profirió un gruñido exasperado:

–¡Vos, vuestro padre y vuestros malditos libros! ¡Haríais mejor en interesaros por las personas!

XXIV

El rapto de Sophia y otras cosas del diablo

Pasada la tormenta, Volnay y su padre se pusieron a ordenar la casa del comisario de las muertes extrañas. La cotorra parloteaba sin parar, pero los dos hombres, ceñudos, guardaban silencio. La mañana acababa mal. Habían sorprendido a su superior con un inspector de policía oficialmente muerto y sospechoso de satanismo. Volnay había perdido al hombre en cuestión y Sartine acababa de hacer que sus hombres registraran de arriba abajo sus respectivas casas en busca de Sophia. En cuanto a Helena, estaban sin noticias de ella desde el día anterior por la mañana. El monje estaba colocando en su sitio un gran espejo con un marco dorado de madera tallada cuando llamaron a la puerta.

–¡Creo que desde que hemos empezado con esta investigación el mundo entero gravita alrededor de nuestras casas! –se quejó el monje–. ¡Ojalá sea Helena!

–Voy a abrir –dijo, suspirando, su hijo.

Al abrir la puerta, se encontró delante la boca amenazadora de la pistola del caballero de Fauve.

–¿Puedo entrar, querido colega?

Volnay retrocedió. Lanzó una breve mirada hacia atrás y vio que el monje metía una mano debajo del hábito, seguramente para empuñar su daga. Como adivinando lo que tramaban los ocupantes del lugar, el caballero de Fauve levantó una mano.

–Calma, señores, he venido aquí por voluntad propia y no me animan malas intenciones. ¡Todo lo contrario!

–Demostradlo –dijo Volnay.

–¡Ahora mismo!

Iluminado el rostro por una amplia sonrisa, el caballero de Fauve le tendió la pistola a Volnay, que se apresuró a apuntarlo con ella.

–¡Mira qué divertido! –dijo el monje, sacando la daga–. ¿Está cargada?

–Lo está –lo tranquilizó su hijo.

El caballero de Fauve adoptó un aire vagamente fastidiado.

–¿Puedo sentarme?

Sin esperar respuesta, se quitó la capa. Debajo llevaba un traje con galones y puños de encaje. Con un suspiro de bienestar, se sentó en un sillón junto al fuego y se frotó las manos.

–¡Qué gusto da calentarse! –Echó un vistazo circular a la habitación–. Una encantadora morada, vaya que sí. Aunque un poco desordenada... ¡Ah, vuestra famosa cotorra parlanchina! ¡Dicen que es muy maleducada!

–¿Cómo sabéis dónde vivo? –le preguntó Volnay.

–Soy inspector de policía y vuestra residencia no es secreta.

–¿Por qué huisteis esta mañana?

El caballero de Fauve se encogió de hombros.

–Porque queríais prenderme y yo no quería que lo hicierais. Tenía que hablar con vos, pero, para demostrar mi buena fe, debía entregarme de buen grado. Habría podido mataros esta mañana, reconocedlo, y habría podido hacerlo asimismo hace un momento.

–Eso también puede ser una maniobra –señaló el monje.

Fauve le dirigió una mirada indolente.

–Vivís en un mundo de sospechas. Debéis aprender a confiar. Sobre todo entre colegas...

–Un colega muerto –ironizó Volnay.

El otro asintió con la cabeza.

–Hace dos años, Sartine me pidió que muriera para infiltrarme mejor en los ambientes más oscuros de la capital. Por esa razón quedamos de vez en cuando, pero nunca en el Châtelet, siempre en un lugar público de París y brevemente.

Parecía sincero. Impresionados, Volnay y su padre cruzaron una mirada de sorpresa.

–¿Qué ha motivado esta misión? –preguntó el comisario de las muertes extrañas.

–¿Creéis que no pasa nada detrás de las paredes de las mansiones de París, o incluso en las casas de los burgueses? Hace diez años, la condesa de Montboissier y su amante, el duque d'Olonne con su querida y el duque de La Tour d'Auvergne trataron con el diablo a través de un tal Dubuisson, pintor de brocha gorda, que incluso llegó a trazar, con la punta de la espada del duque d'Olonne, el círculo dentro del cual iba a hacer aparecer al diablo. –Sus ojos se achicaron–. París es una ciudad llena de secretos, de secretos muchas veces mágicos, y eso desagrada al señor lugarteniente general de policía. Quiere purgar esta ciudad de brujos y falsos magos. Se ha convertido en una obsesión para él. –Inclinó su voluminoso cuerpo hacia delante y bajó la voz–. Hay que decir que pasan cosas terribles y que Sartine tiene razón en estar preocupado. Os sorprendería enteraros de los nombres de ciertas personas de alto rango que hacen pactos demoniacos. –Se interrumpió y frunció el entrecejo, como si hubiera recordado algo desagradable–. Tengo la sensación de que Sartine le ha tomado gusto a mis informes –prosiguió con voz preocupada–. Me pregunta cada vez más cosas. Y a la vez me parece que está cada vez más informado de todo lo relacionado con la magia negra, como si...

–Como si se dedicara a leer obras prohibidas –acabó el monje.

El inspector asintió con la cabeza.

–Eso es, sí. Sus preguntas son cada vez más precisas, muestra un interés especial por ciertos libros muy concretos y quiere que le diga cómo puede conseguirlos. ¡Hace dos semanas, quería saber si la mano de un ahorcado sosteniendo una vela encendida formaba una mano de gloria con verdaderos poderes, y si la mecha de la vela debía estar trenzada con el pelo del propietario de la mano! Las notas y manuscritos que consigo sustraer le interesan sobremanera. Me pide también direcciones...

El monje meneó la cabeza.

–De tanto querer sondear el abismo, puede uno perderse en él...

El caballero de Fauve suspiró.

—¡No me lo digáis! El comportamiento de Sartine en los últimos tiempos me preocupa. No me ha encargado la investigación del caso del cementerio. No lo interpretéis como envidia o celos; no tengo por costumbre meter mi cuchara en plato ajeno, pero, dada mi implicación en ese ambiente, soy el mejor situado para realizarla, aunque fuera en paralelo a la vuestra. En cambio, Sartine me ha mantenido ocupado con minucias.

—¿Por qué fuisteis, entonces, al entierro de Sophia?

—Fui por mi cuenta y riesgo. Pensaba que a lo mejor encontraría caras conocidas...

—Os santiguasteis al revés...

—Para que me reconocieran en caso de...

—¿Y Sartine no os ha mandado en ningún momento investigar?

—No, me guardaba como as en la manga, como él decía, pero, de hecho, solo se ha dignado acordarse de mí para buscar a Sophia.

El monje se estremeció.

—Sí —dijo el caballero de Fauve—, me ha hablado de ella. Quiere que la encuentre a toda costa. No comprende cómo puede seguir viva. Debo descubrir dónde se esconde, porque, según me ha dicho, escapó milagrosamente a la muerte. —Se inclinó hacia ellos con expresión grave—. Sartine busca a esa niña, ella ocupa todos sus pensamientos. ¡Quiere encontrarla cueste lo que cueste!

El monje acariciaba el plumaje de la cotorra a través de los barrotes de la jaula.

—Me pregunto si hemos hecho bien en dejarlo irse —dijo, suspirando—. ¿Qué opinas de él?

—No estoy seguro de querer dejarle mi cotorra a su cuidado, pero su historia me parece creíble —respondió su hijo, caminando arriba y abajo por la habitación.

—Sí, todo esto no me sorprende nada. A la policía le preocupa muy poco la nobleza y la burguesía, su objetivo es defender el régimen contra todos. Los falsos brujos son un insulto a su autoridad, como todo cuanto puede influir en los espíritus débiles, ¡y Dios sabe que aquí abajo son legión!

—Entonces, ¿Sartine nos ha manipulado?

—Lo ha hecho ocultándonos la ascendencia de Sophia, cuando la conocía de sobra.

—¡Pero de ahí a encargarnos una misa negra!

—Sartine es tan recto como una hoz —se burló el monje—. A mí ya no me extraña nada de él. El caballero de Fauve dice la verdad al menos en una cosa: Sartine envía a sus inspectores y agentes a provocar a los falsos brujos para desenmascararlos y luego manda detenerlos discretamente con una orden de encarcelamiento firmada por el rey. Para el interrogatorio, un comisario del Châtelet utiliza una batería de preguntas...

El comisario de las muertes extrañas lo cortó:

—Temo que descubran a Sophia. ¿Has oído lo que ha dicho el caballero de Fauve sobre ella? Sartine se marchó hace dos horas con sus hombres. Sabe de la existencia del callejón de l'Or y quizá haya ido allí después de haber salido con las manos vacías de tu casa y la mía. Sus agentes deben de habernos seguido montones de veces hasta la casa de la Dama del Agua. ¡Me temo lo peor!

El monje dio un respingo.

–¡Tienes razón! Voy a quitarme el hábito y a ceñirme la espada. ¡Ve delante! ¡Yo me reuniré contigo enseguida!

La casa, enterrada bajo la nieve, parecía abandonada. El comisario de las muertes extrañas sacó la pistola y abrió la puerta. Desde lo alto de la escalera, vio toda la escena. Abajo, junto a la chimenea, la Dama del Agua yacía en el suelo. Varias sillas estaban derribadas; un jarrón, roto. Detrás de una puerta se oían los ladridos furiosos del perro.

Volnay bajó precipitadamente la escalera y reanimó a la Dama del Agua haciéndole aspirar sales.

–¿Qué ha pasado? –preguntó, jadeando, el monje–. ¿Cómo estáis? ¿Se han llevado a Sophia?

El comisario de las muertes extrañas repitió la última pregunta.

–Eran dos hombres enmascarados –dijo la Dama del Agua sujetándose la cabeza–. Uno vestido de terciopelo rojo y el otro de terciopelo negro con una peluca empolvada.

–¡Sartine! –exclamó el monje.

Volnay se quedó pálido.

–Esto explica su extraño comportamiento y sus palabras cuando me dijo: «¡Vos no estáis abierto como yo a lo invisible y lo inesperado!». ¡Parecía aterrado ante la idea de que Sophia fuera un fantasma que hubiese venido a vengarse de sus asesinos!

–He visto también el rostro de una mujer en la ventanilla de su coche –añadió la Dama del Agua.

–¿Cómo era? –le preguntó el comisario de las muertes extrañas.

–Joven y guapa, con el pelo castaño tirando a rojo, ojos verdes...

–¡Helena! –exclamó Volnay–. ¡La cómplice de Sartine!

El semblante del monje adquirió una palidez extrema.

–¡No, no lo creo! ¡Ella no! ¡Ella no!

Era casi un grito desesperado. El comisario de las muertes extrañas le puso una mano en el hombro.

–Padre, por primera vez empiezo a ver las cosas claras en todo este asunto. Por fin les encuentro sentido. ¡Ya no escuchamos lo que la gente nos dice! Acuérdate del día que conocimos a Helena. Nos dijo que hablaba arameo y era un poco bruja.

«Según las creencias populares, la brujería pasa de madres a hijas».

–Y nosotros nos reímos –recordó el monje con amargura.

–¡Sobre todo tú!

–Hummm... –El monje se ensombreció–. Por si fuera poco, tú no lo sabes, pero lleva una flor de lis en el hombro.

–¿Cómo? ¿Y no me habías dicho nada? Para empezar, ¿cómo se la has visto?

Su padre abrió los dedos de la mano.

–Pues... esas son muchas preguntas.

–¿Cómo se la has visto? –preguntó en un tono frío Volnay.

–Bueno..., por casualidad, mientras se lavaba...

–¿Y no te pareció conveniente comentármelo?

–Me contó una historia lacrimógena; y además, creo que me hechizó un poco, lo

confieso. –Apuntó con un dedo hacia arriba para citar a Cornelio Agripa–: «La mujer hechiza al hombre cuando, con una mirada muy frecuente, dirige la punta de este hacia la punta de aquella y sus ojos se atraen irresistiblemente, produciendo en el corazón del otro un vapor de la más pura sangre engendrada por el calor de su propio corazón».

–A eso se le llama amor –dijo la Dama del Agua.

El monje se sonrojó.

–¡Ahorradme esas idioteces! –cortó el comisario de las muertes extrañas. El brillo de sus ojos era duro como el diamante–. Como he dicho –prosiguió–, ahora lo veo claro. Volvamos atrás, a la noche del cementerio. Sophia está tendida, inerte, sobre la lápida fría. Cinco monstruos la rodean, tres hombres y dos mujeres. Los tres hombres son Sartine, que es el promotor, el astrólogo, que es el cómplice, y el cura danzarín, que es el ejecutante. La prostituta que da la eucaristía es la Voraz. ¡La segunda mujer que participa en esa misa, bruja ocasional y agente de Sartine, se llama Helena!

–Sartine, en última instancia, lo admito –murmuró el monje–, ¡pero Helena...!

–¡Los ha traído directamente hasta Sophia!

El monje agachó la cabeza, abrumado.

–¡Piénsalo! –insistió Volnay–. Fue Sartine quien nos endosó a Helena para que lo ayudara a tomar el control de la investigación; Sartine, que vigila a Sophia desde hace años. Tú mismo lo reconociste en la descripción del hombre que le dio un luis de oro. Y como has podido comprobar, Sartine busca a Sophia. Ha hecho registrar tu casa y la mía y después ha venido al callejón de l'Or porque sus agentes le han informado de nuestras visitas.

–Y Sartine llevaba hoy un traje de terciopelo negro...

–¡Todo encaja! –insistió Volnay–. Cuando me disponía a detener a la Voraz y ella huyó, Helena no intentó retenerla. Después debió de avisar a Sartine de que estábamos tras la pista del cura danzarín, lo que provocó su muerte inmediata.

–Vayamos a su casa –decidió el monje.

–¿Sabes su dirección? –preguntó, atónito, su hijo.

Un destello burlón brilló en los ojos del monje.

–Yo no, pero ¿sabes de algo que se les escape a los agentes?

Una sonrisa fría iluminó el rostro del comisario de las muertes extrañas.

–¡Desde luego que no! ¡Ven conmigo!

Salieron de la casa y fueron directos hacia Gaston, que retrocedió, espantado por la expresión de sus miradas.

–¡Llévanos a casa de Helena!

–¿Helena? Pero yo no sé...

Volnay lo agarró violentamente del cuello.

–¡Déjate de juegos! ¡Bajo tus aires de idiota, sé que eres el más astuto de todos los agentes! ¡Y seguro que sabes perfectamente dónde vive esa joven!

–No iréis a hacerme daño después de haberme invitado a comer –balbució Gaston, congestionado bajo la mano de hierro del policía–. Hemos degustado los mismos platos...

–¡Pero no hemos compartido contigo el pan de la eucaristía! –señaló con ingenio el monje.

–¡Y yo no os arrojaré la manzana del pecado! –concluyó el agente, resignado.

Contempló al monje y al comisario. Había un brillo salvaje en sus ojos. Raramente había visto hombres tan decididos.

–Vamos –murmuró Volnay con voz ronca–, apresúrate a llevarnos.

Y en su voz se percibía una sorda amenaza. El agente no lo dudó más.

–¡Venid conmigo!

Lo siguieron hasta la vivienda de Helena, sorprendidos de la elección del arrabal Saint-Jacques y de la proximidad de los conventos.

–A Siltieri le habría encantado vivir aquí –comentó muy serio el monje–. ¡Me extraña que no haya visitado todavía este lugar!

En la calle Marionnettes, entraron en el inmueble de la joven y subieron de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera.

–Espéranos en la puerta y ocúpate de que nadie nos moleste –ordenó el comisario de las muertes extrañas.

El piso estaba amueblado con sobriedad, pero con gusto. Los muebles de caoba eran de línea clásica, con pocos bronces y dorados. Una cortina de antiguo tafetán carmesí ocultaba la gran ventana del salón. Volnay profirió un grito ahogado al ver la mesa de la cocina cubierta de sangre. El monje se apresuró a acudir.

–Gatos negros, crestas de gallo y riñones de morueco... –murmuró, aterrado ante el extraño muestrario.

–Empezamos mal –dijo el comisario de las muertes extrañas.

–Y parecía que no había roto un plato en su vida –dijo su padre, disgustado.

Volnay fue al dormitorio y lo llamó.

–¿Ves esos libros?

El monje se puso los anteojos y se inclinó para leer los títulos.

–De la verdadera magia negra del Sigillum Salomonis, Agrippa, Clavicula Salomonis... Hummm... itodo esto huele a azufre! –Bajó la cabeza, aterrado. Su mundo se venía abajo–. ¡Así que era eso! Ha ido a la escuela del diablo y ha aprendido su malignidad.

Su hijo cogió del escritorio un cuaderno con figuras y cifras.

–Sortilegios, fórmulas, conjuros –leyó el monje por encima de su hombro–. ¿Adónde va a esconderse el mal? ¡Decididamente, siempre donde menos se lo espera!

Volnay hizo un mohín dubitativo.

–¡No hace falta ir más lejos, ahora sabemos a quién nos enfrentamos! Menos mal que no te..., en fin, ya sabes lo que quiero decir...

–¿Cómo? Ah, sí...

–Dime, padre, ¿tú y Helena no habréis...?

–Pero ¿qué es lo que te hace pensar eso? –replicó demasiado deprisa el monje.

–No sé, a veces tengo la impresión de que te niegas a aceptar tu edad...

–¡Es que no tengo ningunas ganas de envejecer, hijo! –exclamó el monje.

–Sí –dijo Volnay–, ¡precisamente ese es el problema!

Misa negra y una última cosa del diablo

La oscuridad reinaba por doquier, pero ¿era realmente de noche?, se preguntaba con inquietud Sophia. Su nodriza le contaba que la luna devolvía la vida a los vampiros y despertaba su sed de sangre. Así que, a fin de conjurar su miedo, Sophia no paraba de hablarle a Helena, como si solo las palabras pudieran mantenerla lejos de la locura y de la muerte.

—Mi nodriza me decía que los monstruos no existen, que todo eso no son más que historias que no hay que creer.

En la oscuridad, los ojos de color verde y dorado de Helena parecieron estrecharse hasta quedar reducidos a una ranura.

—Tu nodriza estaba equivocada, Sophia, los monstruos sí que existen. Están a nuestro alrededor, por todas partes, y ni siquiera sabemos distinguirlos de los demás.

Se volvió a medias para intentar reducir la presión de las ataduras en sus muñecas y sus pies.

—Y convéncete de que siempre adoptan la apariencia más amable para que no sospeches nada. Pero están ahí, a nuestro alrededor... —Una sonrisa dulcificó su semblante—. Afortunadamente no perdemos la esperanza. El mal siempre encuentra la oposición del bien. Es una cuestión de equilibrio. Vendrán...

—¿Quiénes? —preguntó Sophia—. ¿El comisario y su amable monje?

—Sí, porque son valerosos e inteligentes.

Helena se volvió contra la pared y murmuró:

—¡Al menos yo lo creo!

—¿Qué es lo que creéis?

El hombre vestido de terciopelo rojo entró. Con él, un poco de luz se deslizó hasta las dos prisioneras antes de desaparecer al cerrarse la puerta. El recién llegado encendió una linterna, que arrojó reflejos trémulos sobre las paredes frías.

—Primero tú —dijo, arrodillándose junto a Sophia.

Le hizo ingerir por la fuerza el contenido de un frasquito. Curiosamente, la niña solo se debatió una vez retirado el frasco de sus labios. Él se limitó a mantenerla en el suelo, bajo la lluvia de imprecaciones de Helena, hasta que se durmió. Solo entonces se volvió hacia la joven y su boca desveló una sonrisa de lobo.

—Y ahora vos...

Mostró cierta familiaridad con Helena, como si la conociera desde siempre. Después de haber comprobado cuidadosamente las ataduras de sus manos tras la espalda, le levantó el vestido con mano experta y le acarició los muslos.

—¡Bello animal! —exclamó. Se echó a reír y añadió—: Una vez no comprobé las ataduras

de una prisionera y esa mujer estuvo a punto de arrancarme los ojos. Aquello fue la sorpresa de mi vida.

–Una vez un hombre me violó –replicó Helena–. ¡Aquello no me sorprendió en absoluto! Él la miró con una indiferencia fría.

–No os preocupéis, me ocuparé más tarde de calmar vuestros ardores; pero he prometido concederle prioridad a un amigo mío que os tiene en gran estima. Después –añadió en un tono tranquilo– os mataremos.

Ella lo siguió con los ojos mientras sacaba de la alforja una copa y un hisopo negro. Sin pronunciar palabra, desató el cordón que retenía sus calzas y orinó en la copa. Añadió sal y algo que parecía azufre. A continuación, mojó el hisopo en el contenido de la copa y se acercó a la joven, que se contorsionó para escapar de su abrazo. Con mano firme, la agarró por el cuello y trazó sobre su frente con el hisopo la señal de la cruz al revés.

–Helena –dijo–, yo te rebautizo.

En un susurro, la joven replicó:

–¡Nunca he sido bautizada!

Sorprendido, el hombre la contempló antes de romper a reír.

Habían registrado sin éxito la vivienda de Helena en busca de indicios que los guiaran en su búsqueda desesperada.

–No han llevado a Sophia a casa de Helena y la casa del astrólogo se quemó –recapituló Volnay–. ¿Estará en casa de Sartine? Eso supondría correr un riesgo enorme dada su posición, porque el hecho no pasaría inadvertido... –Se quedó meditando unos instantes–. ¡Vayamos a la abadía en ruinas!

–Pero ¿por qué?

–¡Es el único lugar donde pueden estar! ¡No conozco otro!

–¡Estamos completamente perdidos! –gimió, desesperado, el monje–. Ahora que lo pienso, Helena estaba con nosotros cuando fuimos a esa abadía. Sabiendo que conocemos el lugar, no habrán llevado ahí a Sophia.

Su hijo le lanzó una mirada sombría.

–Ya lo he pensado, pero, una vez más, no sé adónde ir y, sobre todo, no olvides que ellos ignoran que hemos descubierto el secuestro de Sophia.

–¡Estamos en manos del azar! –concluyó el monje, aterrado.

El segundo hombre se acercó a Helena a paso lento, con una sonrisa en los labios. Iba vestido con un traje de terciopelo negro y llevaba una peluca empolvada.

–¡Vos! –susurró la joven–. ¡Vos!

Su sonrisa se borró lentamente y su maldad apareció a las claras. El hombre se arrodilló y le pasó una mano por las nalgas.

–Mi compañero tiene razón: ¡bello animal! ¡La de tiempo que hace que pienso en vos y os espero! Sentíos halagada de haber atraído la atención de un hombre que ocupa un lugar tan destacado en la sociedad. ¿Qué haré con vos después, Helena? ¡Quizá os convierta en mi caballo! He leído que, si os pasara por el cuello unas tiras de piel de cadáveres desollados, os transformaría en una montura infatigable.

Y sin más comentarios, empezó a desatarse las calzas. Helena cerró los ojos y no volvió a abrirlos hasta que la obligaron a abrir la boca.

–No –balbució, mostrando los dientes.

Recibió una bofetada que casi le hace saltar un colmillo, pero, por prudencia, su agresor cambió de opinión y le hizo abrir las piernas.

–Tienes razón –decidió–, prescindiremos de los preliminares.

La penetró y empezó a moverse frenéticamente.

–¡Muévete tú también! –dijo, jadeando.

–Lo dejo de vuestra cuenta –contestó ella en un tono glacial–. Hacéis muchos aspavientos, pero la naturaleza os ha dotado poco. No noto nada.

Él la abofeteó.

–¡Muévete, te digo! ¡Muévete, mujer!

Helena permaneció inerte.

–Me plantas cara, ¿eh? –gritó el hombre–. ¡Pues voy a castigarte, impúdica ramera!

Volvió a pegarle. Le partió el labio y le magulló los pómulos sin que ella dejara salir un sonido entre sus dientes apretados. Como excitado por el espectáculo de la mujer golpeada, el hombre aceleró el ritmo de sus movimientos profiriendo débiles gritos animales y eyaculó con un gruñido de satisfacción.

Permaneció tumbado un momento sobre ella antes de levantarse, suspirando, y atarse las calzas. Se percató entonces de que la joven no había apartado la mirada de él.

–Vos seréis el primero en morir –le anunció fríamente Helena.

Habían requisado tres caballos en el primer establo que habían encontrado, y emprendieron un loco galope a través de París y después del campo nevado. Al pobre Gaston le costaba mantener el equilibrio sobre su plácida montura y sufría un martirio indecible. Cuando llegaron a la abadía abandonada, bajo el azote de un viento glacial, se precipitaron hacia el refectorio de las pinturas diabólicas. El comisario de las muertes extrañas encendió su mechero e hizo una antorcha improvisada.

–Nada –dijo, examinando el lugar.

Pasaron a la cocina y buscaron luego en el dormitorio de los monjes antes de regresar a la iglesia. En el brazo sur del transepto se abría la sacristía. Empujaron la puerta y decidieron volver al claustro para explorar esta vez el lado oeste. De pronto, el comisario de las muertes extrañas exclamó:

–¡Huellas de pasos! –Se arrodilló sobre la nieve reciente y las examinó con atención–. Dos hombres llevando un fardo –declaró–. ¡No! ¡Qué digo! Dos fardos, pues han hecho dos viajes.

El monje levantó los ojos y vio la doble chimenea del calefactorio, donde engrasaban los zapatos y donde, en una época lejana, se calentaba la tinta mientras les cortaban el pelo a los monjes.

–Si hay un lugar adonde llevar a una prisionera y evitar que se muera de frío –señaló–, es aquí.

Su hijo se levantó ágilmente y, en un mismo movimiento fluido, sacó la pistola e hizo girar despacio el picaporte. Enseguida notaron la tibieza relativa de la habitación. En el

hogar de una chimenea, unas cenizas se enfriaban.

–¡Claro! –dijo el monje, parpadeando para adaptar los ojos a la semipenumbra–. La han traído aquí, atada y envuelta en una manta. Mira el rastro de un cuerpo de niño en el polvo y esa larga cuerda con la que debían de tenerla atada de pies y manos.

–¡Espera, padre! –exclamó de pronto Volnay, señalando con el dedo otra cuerda y una segunda manta–. ¡Mira! ¡Esto lo cambia todo! –Se agachó y examinó las huellas–. Aquí había otro cuerpo tendido. El cuerpo de un adulto. ¡Aquí han tenido a dos personas encerradas!

–Pero ¿quién...?

–¿Quién acompañaba a Sophia?

–¡Helena! Pero...

–La Dama del Agua la vio dentro del coche, pero quizá la estaban amenazando con un arma.

–¡Dios mío, sí! –exclamó el monje–. ¡Tienes razón, por supuesto! No es lo que pensábamos. Dios mío...

–¿Qué?

La luz de la antorcha acababa de arrojar un resplandor dorado sobre el suelo. El monje cogió con delicadeza el objeto.

–¡Un anillo! ¡Y tiene una inscripción en el interior!

Se puso los anteojos y lo examinó mientras su hijo lo iluminaba.

–AGLA –leyó con aplicación–. Se trata de una fórmula cabalística formada por la primera letra de las cuatro palabras hebreas Atha Gibor Leolam Adonai: «Poderoso y eterno sois, Señor». –Con un suspiro, expulsó el aire de sus pulmones–. ¡Solo puede pertenecer a Helena! Ha sido ella quien se lo ha quitado para dejarnos una pista. Esto confirma que la tienen prisionera.

Profirió una larga imprecación y se dio una palmada en la cabeza.

–¡Nos manipulan!

–Esa es también la impresión que yo tengo.

–El cuadro que hemos encontrado en casa de Helena estaba sobrecargado: ¡toda esa carnicería sanguinolenta y esos libros blasfemos! Siltieri no habría montado el decorado mejor. Teníamos ganas de creer y hemos creído. ¡Pobre muchacha! ¡Dios mío, Dios mío!

–Deja de invocar a Dios –dijo su hijo–, no puede hacer nada por nosotros.

–¡Es verdad! Hemos sido unos idiotas al pensar: tal cosa solo puede llevarnos a tal otra. ¡Realmente, hasta un ratón de laboratorio iría más deprisa que nosotros en sus reflexiones! –El monje giró sobre sí mismo, como si los pensamientos lo desbordaran–. Decidimos que la finalidad de esa misa negra era matar al rey. Eso es lo que han querido hacernos creer. ¡Olvidémonos de todas nuestras hipótesis! Una investigación es como un juego en el que hay que encajar piezas de madera. Desperdiguemos las piezas, unámoslas de un modo diferente y hagámonos otras preguntas. La persona a la que va dirigido el hechizo de una misa negra puede literalmente consumirse y deteriorarse hasta morir y ningún doctor podrá salvarla. Solo una contramisa tiene ese poder, haciendo que se consuman y mueran el celebrante y los promotores. Pero –prosiguió, moviendo teatralmente los brazos– una misa negra puede perseguir algo distinto de matar..

¡Piensa en la Montespán, hijo, piensa en la Montespán! ¡La historia está ahí para mostrarnos el camino de la humanidad y nosotros no le hacemos ningún caso!

Volnay lo miró espantado.

—Ya veo adónde quieres ir a parar: ¡puede que no traten de matar al rey, sino de influir en su juicio y su voluntad! Pero ¿estás seguro de lo que dices?

—¡Sí, porque nos han manipulado absolutamente en todo, se me cae la boca de decírtelo!

—¡Dios! Si estás en lo cierto, nuestras deducciones son tardías. ¡Roguemos al cielo que aún podamos llegar a tiempo!

—¡No roguemos —dijo el monje—, armémonos y corramos!

—¿Correr adónde?

—¡Creo que lo sé y espero, por una vez, no equivocarme!

Fueron en busca de los caballos y el monje le indicó brevemente a su hijo adónde debían ir. Una vez que hubieron montado, los espolearon sin piedad.

—¿Y yo? —gritó Gaston, saliendo sin aliento al aire libre—. ¡Esperadme!

Los dos jinetes ni siquiera se volvieron.

Las sombras grises del crepúsculo los alcanzaron una hora después, cuando vieron la silueta amenazadora del castillo. Sobre sus cabezas se desplazaban nubarrones negros, el tiempo amenazaba tormenta. El comisario de las muertes extrañas se irguió apoyado en los estribos.

—Este castillo parece desierto —dijo—, pero no está en ruinas excepto el lado norte, que necesitaría algunas obras.

—¿Cómo vamos a entrar?

—¡Llamando a la verja, como personas bien educadas!

Llevaron a sus caballos extenuados hasta la entrada. Un rayo cayó muy cerca de ellos cuando llegaron ante la verja del castillo.

—Mala señal —murmuró el monje—, un romano daría marcha atrás.

—¡Pero nosotros no! —contestó Volnay, con la mano cerrada sobre la empuñadura de la espada.

El murmullo de la lluvia y el olor a piedra mojada y vegetación putrefacta los asaltaron al bajar de la montura. El comisario de las muertes extrañas dio una voz para llamar al guardia. Una cara de rata de edad indeterminada apareció en la ventana de la garita situada junto a la entrada del castillo.

—Déjame hablar a mí, hijo —murmuró el monje.

—¿Qué queréis? —gritó el hombre.

—Entrar, paldiez —se burló el monje—, estamos invitados. Tened la bondad de acercaros para comprobarlo.

El rostro desapareció con un gruñido. Esperaron. Al poco, la puerta de la garita se abrió. El guardia bajó la corta escalera y se acercó, con cara zorruna y expresión desconfiada.

—No os anunciaré —declaró con altivez—, porque esta noche no hay nadie aquí más que yo. Les han dado el día libre a todos los criados.

—No digáis tan deprisa que no entraremos —replicó el monje—, mirad primero esto.

Hizo como si rebuscara en los bolsillos y echó una bolsa entre los barrotes de la verja. El hombre avanzó unos pasos más y se agachó para recogerla mascullando:

–Vuestro dinero no cambia nada...

Pero, cuando levantó la cabeza, se encontró delante el cañón de una pistola y la mirada feroz del monje.

–¡Estoy impaciente por matar hoy a alguien –anunció este con voz ronca–, así que no me tientes! ¡Abre la verja y déjanos pasar!

El guardia farfulló algo, pero se apresuró a abrir la verja. Una vez en el interior, el monje le puso la pistola en la sien, con el dedo en el gatillo.

–¿Cuántos esbirros hay dentro?

–Dos, señor.

–¿Y el resto cuántos son?

–Tres.

–¡Gracias!

Le asestó un golpe seco y el hombre se desplomó al suelo. Volnay dejó escapar una exclamación sofocada y le lanzó una mirada fría.

–¿Cómo hacemos ahora para interrogarlo? ¿Sabes dónde se desarrolla la ceremonia?

El monje pestañeó.

–Pues... ¡En la capilla! ¡Seguro que hay una capilla!

–¡Lo espero por tu bien! ¡La próxima vez que te entren ganas de golpear a alguien, pregúntame primero!

Entraron precipitadamente en el castillo. Unas nubes negras cubrieron los últimos reflejos del día y, de repente, el castillo se llenó de tinieblas. Las puertas temblaron, los artesonados crujieron y las bisagras chirriaron. Gruesos cortinajes tapaban las ventanas. Avanzaban en una penumbra opresiva al ritmo de su corazón desbocado, tropezando en la oscuridad con algunos muebles que, a modo de obstáculos, se interponían en su camino. Desembocaron en un salón cuyas cortinas corridas filtraban el resplandor de los relámpagos en el exterior, que iluminaron brevemente unas porcelanas con la efigie del rey.

–Ah, nuestro buen rey está también aquí –masculló el monje, sarcástico.

Su hijo le indicó que se callara y continuaron avanzando en silencio. De pronto, el monje se detuvo en seco. En aquella habitación las ventanas no estaban cubiertas. Desde detrás de unos pesados muebles le llegaba el rumor de una respiración sofocada, acompañado de vibraciones diabólicas. Una presencia maléfica los esperaba en la oscuridad. El monje retrocedió hasta encontrarse de espaldas contra la pared y puso la mano sobre la guarnición de su espada gritando:

–¡Venid, pequeñines!

Un pelirrojo se abalanzó hacia ellos empuñando la espada.

–¡Mata!

Su grito retumbó, y en sus ojos relucía un odio ardiente.

–¡Ah, un viejo conocido! –dijo el monje parando el golpe–. ¡Espero que hayas hecho algunos progresos desde nuestro último encuentro, si no, ve a sostenerle la madeja a tu mujer!

Volnay, por su parte, cruzaba el hierro con un violento espadachín. Esquivó con movimientos ágiles una serie de ataques poco acertados e intentó un golpe audaz que alcanzó a su adversario en el costado. Sin piedad, el comisario de las muertes extrañas lo remató.

El pelirrojo era de otra índole. Bloqueaba con facilidad los ataques del monje y se mostraba temible en sus respuestas. Envalentonado, intentó acosar a su adversario, pero falló en el contraataque. Inmediatamente, como si se hubiera pasado la vida esperando ese instante, el monje se tiró a fondo directo al corazón.

–¡Cuantos más muertos, menos enemigos! –concluyó, limpiando la espada en el cuerpo de su adversario.

–Debemos de ir en la buena dirección –dijo Volnay, recobrando el aliento–, si no, no habrían estado apostados aquí.

–Hay que ir siempre en el sentido del combate –dijo juiciosamente el monje–. ¡Cuanta más gente hay, mejor!

Un relámpago resquebrajó el cielo y una luz intensa aureoló el altar. El hombre ya no llevaba el traje de terciopelo rojo ni el hisopo con el que había bautizado a Helena. Ahora vestía una casulla blanca con piñas negras bordadas. Adornaban sus muñecas pulseras de perlas negras y en su cintura brillaba la hoja reluciente de un cuchillo. Ataviado de esta suerte, el caballero de Fauve tenía un aspecto seductor. Con ayuda de una sanguina, dibujó un triángulo en el suelo y colocó cirios negros a ambos lados. En la base escribió las letras sagradas IHS acompañadas de dos cruces.

Hecho esto, la señora de Morange entró, envuelta en una capa de lana roja y descalza. A una invitación del caballero de Fauve, se quitó la capa y se tumbó desnuda, temblando, sobre las frías losas de la capilla, con los brazos en cruz y un cirio negro en cada mano. Su cómplice le cubrió el vientre con un pequeño mantel bordado sobre el que puso un crucifijo cabeza abajo.

–¡Dichosos los fuertes! –exclamó–. ¡Dichosos los malévolos, los violentos y los blasfemos, el reino de Satán es de ellos!

El caballero de Fauve cogió a continuación un cáliz del altar y se acercó al cuerpo inerte de Sophia. La asió de una muñeca y la mantuvo encima del recipiente. La señora de Morange gritó con voz de falsete:

–¡Lucifer, señor de los espíritus rebeldes, te ruego que me seas favorable!

Fuera, los relámpagos arrojaban reflejos incendiarios sobre los cuerpos desnudos de la madre y la hija. Amaratada por el frío, la señora de Morange gimió débilmente. Un rayo cayó no lejos de allí.

–¡Es una señal! –dijo el caballero de Fauve en un tono exaltado–. ¡Una señal muy alentadora! ¡Continuemos!

Elevó el cuchillo hacia el cielo y empezó a salmodiar:

–¡Astarot y Asmodeo, príncipes del amor, os suplico que aceptéis el sacrificio de esta niña! A cambio, quisiera que su madre recuperase el afecto del rey, el favor de los príncipes y las princesas de la corte y la satisfacción de todos sus deseos. He aquí, en prueba de su respeto, la vida y la sangre de su propia hija y del rey. ¡Que este la ame

hasta el fin de sus días!

El caballero de Fauve se disponía a cortar las venas a la niña cuando la puerta se abrió violentamente y aparecieron Volnay y el monje empuñando sus armas. De un vistazo, el policía abarcó la escena completa: la señora de Morange desnuda y tendida junto a Sophia, inerte; Helena acurrucada en un rincón de la capilla con la cara magullada y atada de pies y manos; y el caballero de Fauve con el puñal en la mano. El satanista contempló a los recién llegados con mirada jubilosa:

—¡Un monje que ha colgado los hábitos, el participante que nos faltaba! Aunque el policía nos sobra...

La señora de Morange profirió un grito de espanto y se levantó rápidamente para ir a cubrirse con la capa.

—¡No corráis tanto, señora —se burló el monje—, no es la primera vez que os veo desnuda! ¡En cuanto a mi hijo, las mujeres como vos le dejan frío como el mármol!

—¡Soltad ese puñal! —dijo Volnay en voz baja, dominado por la indignación y amenazando con su arma al caballero de Fauve.

Una sonrisa torva apareció en el rostro de este último.

—¿Qué creéis que puede sucederme? Las leyes físicas han dejado de existir, dentro del círculo sagrado estoy a salvo de vuestras balas. ¡Aquí solo estamos vos, yo y el diablo!

—¡Maldito loco! —dijo el monje levantando la pistola—. ¡Voy a enseñarte lo que es sagrado aquí abajo!

Rápidamente, el caballero de Fauve levantó el cuerpo de Sophia y apoyó la hoja afilada del puñal en su cuello.

—¡Soltad las armas o, de lo contrario, os juro por el Infierno que la degüello en el acto!

Volnay le hizo un gesto casi imperceptible a su padre. De común acuerdo, los dos hombres se agacharon despacio y dejaron las pistolas en el suelo.

—Empujadlas lejos de vosotros —dijo el satanista.

El comisario de las muertes extrañas se adelantó a su padre y le dio una patada a la primera pistola. Esta acabó su carrera a los pies del caballero de Fauve, que la recogió, satisfecho. La segunda patada, más violenta por efecto de la ira, hizo que la otra pistola llegara más lejos, apenas a dos metros de Helena. La joven lanzó una mirada inexpresiva al arma, la dirigió acto seguido a Volnay y después parpadeó una vez, rápidamente.

Mientras tanto, el monje se había apartado como quien no quiere la cosa de su hijo, el cual había dado un paso hacia un lado. Al satanista le resultaba ahora difícil tenerlos juntos en su punto de mira.

—¡Yo en vuestro lugar no haría eso!

Un hombre alto y corpulento que había entrado después que ellos los apuntaba con dos pistolas cargadas. Estupefacto, Volnay reconoció a Cornevin, el comisario de barrio, vestido con un traje de terciopelo negro.

—¡Vos!

—En mi opinión —les dijo Cornevin al satanista y a la señora de Morange—, llevan más armas encima. Señores, por favor, tumbaos en el suelo con los brazos en cruz.

Se acercó primero a Volnay y encontró una pequeña pistola en el interior de su bota derecha. Se la quitó y se acercó al monje. Este trató de hacerle caer, pero Cornevin evitó

el ataque a traición.

–¡Estate quieto, monje del demonio! –dijo, pisoteándole cruelmente con un pie los riñones.

Sobre él encontró una daga en la cintura y un puñal en el hueco de los omóplatos.

–¡No son maneras de andar por el mundo para un hombre de Dios! –bromeó.

–Lamento tener que hacerlo –convino el monje–, ¡pero se encuentra uno a tanta mala gente por ahí!

–¡Pues no tenías más que quedarte en tu casa!

Cornevin apuntó con la pistola en dirección a la cabeza del monje. La señora de Morange, temblando de frío y de miedo, dio un paso hacia él.

–Un momento –dijo–. ¿Qué vais a hacer?

El comisario de barrio le dirigió una mirada de asombro.

–Matarlo, señora, a él y al comisario de las muertes extrañas. ¿Qué otra cosa queréis que hagamos?

–Nos exponemos a que oigan el disparo –objetó nerviosa.

–Señora, en vuestra residencia no hay nadie más que nuestros hombres, o más bien lo que queda de ellos. No hay ningún peligro, pero, si vais a estar más tranquila, puedo degollarlos.

–¡Oh, sí, degolladme! –exclamó el monje–. Siempre he deseado saber lo que siente uno al desangrarse.

El caballero de Fauve soltó una risotada y contempló al monje no sin admiración.

–Prefiere eso a una bala en la cabeza porque probará suerte cuando os inclinéis hacia él para agarrarlo del cuello. ¡Es de esos hombres con infinitos recursos y que nunca se dan por vencidos! –Su mirada se desplazó hacia Volnay, que seguía tendido y jadeaba–. En cuanto al otro, ¡miradlo! ¡Tiene todos los músculos en tensión, preparado para abalanzarse sobre nosotros!

–¡Una bala en la cabeza, entonces! –decidió el comisario de barrio–. Es más prudente. ¿Cuál de los dos primero, señora?

El monje levantó la cabeza y le dijo a la señora de Morange:

–¡Yo primero, os lo ruego, me debéis este favor!

–¡Si os hubierais estado quieto, nada de todo esto habría pasado! –gritó ella con una voz aguda–. ¡Viejo loco!

–¡No soy viejo! –protestó el monje. Con una increíble rapidez, volvió la cabeza hacia su hijo–. Nos veremos en el otro lado, si es que hay algo. ¡Si no, quiero que sepas que te quiero! –dijo, y se abalanzó sobre los pies de Cornevin.

Este, sin embargo, había previsto un intento desesperado y se apartó hacia un lado. Cuando el comisario de barrio levantó las dos pistolas, Volnay y el monje se habían puesto de pie, pero no lo bastante rápido. Tranquilamente, los apuntó de nuevo con sus armas.

Cornevin murió en el acto. Una nube de humo invadió la capilla, y cuando empezó a disiparse, Volnay y su padre vieron a Helena bajar muy lentamente la pistola, con el semblante desprovisto de toda expresión.

–Os había dicho que seríais el primero en morir –le dijo a Cornevin con una voz átona.

El caballero de Fauve no la había visto coger el arma que Volnay había enviado de una patada en su dirección. Su reacción fue empujar violentamente a la señora de Morange hacia los dos intrusos antes de salir corriendo. La dama se estampó contra el monje, que se tambaleó y cayó al suelo.

–Señora, dejad de ponerme los pechos en las narices –masculló, apartándola y levantándose.

Su hijo ya había salido corriendo detrás del caballero de Fauve por el pasillo. De pronto, este último se detuvo y empezó a retroceder al ver a Sartine y cuatro arqueros de la patrulla que avanzaban hacia él.

–¿Vos? –balbució Volnay, sin aliento.

Sartine esbozó una sonrisa fría.

–Parece que el agente Gaston calibró bien la importancia de la situación al decidir venir a avisarme al Châtelet cuando salisteis a todo correr de esa abadía gritando que había que ir al castillo de la señora de Morange. ¡Hemos reventado a los caballos para llegar a tiempo!

Unos metros detrás de él apareció Gaston, que le dirigió a Volnay un tímido saludo con la mano.

–¿Dónde están los demás? –preguntó con sequedad el lugarteniente general de policía.

–En la capilla, venid conmigo.

Sartine se detuvo en seco al entrar en el lugar sagrado y contemplar el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Atada de pies y manos, Helena, de rodillas, apuntaba con la pistola a la señora de Morange. Sophia yacía inerte en el suelo helado.

–¡Dios del cielo! –exclamó Sartine.

–¿Podéis encargáros de la señora de Morange? –preguntó con calma Helena–. Todavía no se ha dado cuenta de que mi arma no está cargada, pero puede reaccionar en cualquier momento. Y si tuvierais a bien indicar que me desaten...

Sartine hizo un gesto con la mano y un arquero de la patrulla fue a liberar a la prisionera. Una vez en pie, Helena se acercó lentamente al cuerpo del comisario de barrio inspirando despacio. Con la mirada perdida, levantó un pie y, sin titubear, le aplastó los genitales con el tacón.

–¡Bello animal! –murmuró en un tono fatigado.

Sartine carraspeó, incómodo.

–Vamos, vamos... –dijo. Se quitó a continuación la capa y envolvió torpemente con ella el cuerpo de Sophia–. ¿Está...? –preguntó con voz vacilante.

–Está sumida en el sueño –lo tranquilizó el monje–, como la primera vez. Pero sé cómo despertarla.

Sartine se levantó lentamente, con un brillo de odio en los ojos. Se acercó despacio a la señora de Morange, que estaba petrificada.

–Así que erais vos... ¡Vos!

Dio una vuelta alrededor de ella, como si fuera a morderla, y con un gesto brusco le arrancó la capa. La señora de Morange profirió una exclamación sofocada y se cubrió el pecho con los brazos.

–¡Ibais a sacrificar a vuestra propia hija por los hipotéticos favores del rey! –escupió el

monje, asqueado.

Ella le plantó cara, furiosa. Un rictus la desfiguró por un instante.

–¡Más vale apuntar alto que volar bajo por miedo a las ramas! ¿Qué sabéis vos de los honores y la gloria? Sí, ¿qué podéis saber de todo eso, vos que caísteis de tan alto para no volver a levantaros nunca más?

El monje movió la cabeza, sonriendo.

–No entendéis nada: ¡no caí, subí más alto de lo que había estado nunca! –Su mirada se desplazó hacia el cuerpo inerte de Sophia–. ¿Qué os hace creer que sacrificando a vuestra hija recuperaréis los favores del rey? ¿Cómo os ha parecido posible semejante locura? ¿Y cómo habéis pasado de la esperanza a la necedad más perversa?

Sin esperar la respuesta, el comisario de las muertes extrañas hizo una discreta seña al oficial de la patrulla, que se llevó a la señora de Morange escoltada por dos arqueros. El monje se volvió hacia él.

–¿Te has fijado en cómo afean la envidia y los celos a las mujeres? –dijo.

Su hijo se encogió de hombros con indolencia. Prefería guardarse para sí su opinión sobre las mujeres. Sartine dirigió entonces su rabia hacia el último prisionero.

–¡Y vos, traidor, estáis acabado!

Aun esposado, el caballero de Fauve conservaba toda su soberbia. Con una actitud de gran señor, se acercó a su superior tendiéndole la mano:

–¡Vamos, Sartine, no os enfadéis! Démonos la mano...

El lugarteniente general de policía retrocedió de un salto, como si una serpiente amenazara con morderlo. El monje comprendió su reacción y se burló:

–¡No temáis, Sartine, el poder de un brujo y su condena solo se transfieren con un apretón de manos a la muerte del brujo!

Fuera tronó y el caballero de Fauve aguzó el oído.

–Sí –murmuró–, es el momento... ¡Satán, mi verdadero señor, está aquí y pide audiencia!

Sus ojos se tiñeron de oscuridad. Tendió las manos hacia los policías, como para agarrarlos, con los dedos muy separados, a la manera de los hechiceros. Su voz parecía haberse internado en una caverna oscura, desde donde resonó, siniestra:

–¡El juego no ha terminado! He aprendido mucho estos dos últimos años y todavía ignoráis el alcance de mis poderes. He renunciado a Dios y a Jesucristo, a los santos y santas, a la Iglesia apostólica y romana, a todos sus sacramentos, y a todas las plegarias y oraciones que podrían entonarse por mí. He visto el abismo y me he sumergido en él. ¡He visto el abismo y me he convertido en un dios caído! –Su voz se elevó para imponerse al ruido de la tormenta–. ¿Creéis acaso que se puede ganar contra el diablo en persona? ¡Vais a morir! ¡Vais a morir todos!

Una mueca sardónica devoró todo su rostro y empezó a salirle espuma por la boca. Los arqueros de la patrulla retrocedieron y se santiguaron. El satanista rio y levantó los brazos como si fuera a romper sus cadenas, gritando con una voz terrible:

–¡Convoco a Asmodeo, Kobal, Nergal, Ukobach, Belial y Astarot, gran duque poderosísimo de los Infiernos!

–¡Pues salúdalos de mi parte! –dijo el monje, propinándole un puñetazo.

Sartine se había sentado en uno de los sillones del gran salón, con el rostro en la sombra. Sophia, dormida, estaba tumbada en una amplia butaca, envuelta en mantas. Esperaban al agente y un arquero de la patrulla, enviados a casa del monje en busca de cierto número de plantas para sacarla de su letargo.

La mirada del monje iba alternativamente de Sophia, a la que contemplaba con ternura, a Helena, con una pizca, hacia esta última, de compasión, respeto e incluso orgullo. Le parecía, no obstante, que, como un ángel caído, la joven sacudía las alas sin poder emprender el vuelo.

–¡El agente ha venido volando a avisarme! –constató Sartine, indiferente a aquel drama mudo–. De no ser por él, no estoy seguro de que hubierais salido de esta indemnes.

–La situación estaba controlada –dijo Volnay–, y yo iba a atrapar al último canalla.

–Ya... –dijo Sartine. Lanzó una mirada penetrante a Helena, sentada junto a él y con el arma todavía en la mano. Nadie se había atrevido a quitársela–. Constató asimismo que mi ayudante os ha sido de preciosa utilidad.

–Señor –intervino Helena con voz átona–, yo no he tenido nada que ver con este desenlace. Esas malas personas me tenían prisionera. Han sido el comisario de las muertes extrañas y el monje los que me han permitido invertir el curso de las cosas.

–Pero disparáis con las manos atadas –comentó alegremente Sartine–. Eso es muy útil...

–Sabéis de sobra que a mí es difícil atarme...

El lugarteniente general de policía la miró, un poco desorientado por esa respuesta. Finalmente, se volvió hacia el comisario de las muertes extrañas.

–Ha llegado el momento de las explicaciones, Volnay. Y quizá me contéis cómo uno de mis inspectores ha acabado metido de lleno en todo este asunto.

El comisario de las muertes extrañas esbozó una sonrisa fría.

–¡Vuestro inspector cayó hace mucho en las tinieblas! ¿Le encargasteis realmente que se infiltrara en los ambientes de la magia negra de París?

Sartine asintió sombríamente con la cabeza.

–El servicio al rey lo exigía. Nosotros trabajamos para reforzar el apego al rey de sus súbditos. La creencia en el diablo los aparta de eso. ¡La imaginación calenturienta del pueblo le hace ver al maligno en el lugar de su monarca! Yo no creo en la brujería, pero el pueblo sí, al igual que algunas personas de condición más elevada. ¡Simples desharrapados que se declaran brujos les aconsejan plantar su dinero en el jardín para que crezca y les hacen confundir hojas secas con cartuchos de oro! ¡Para que os hagáis una idea, incluso se ha visto a la marquesa de Pompadour entrar disfrazada en casa de una tal Bontemps que lee el futuro! –Se interrumpió para lanzar una mirada circular al tenebroso salón–. ¡Me gustaría entender cómo habéis llegado de un cementerio nevado a la siniestra capilla de este castillo!

Volnay se aclaró la garganta y dio un paso adelante. Al contrario que su padre, era sobrio y conciso.

–Una noche descubrimos en un cementerio el cuerpo de una niña de doce años –recordó–. No tardamos en identificarla: Sophia Marly, hija de un astrólogo de la calle Canettes, perteneciente a la parroquia de Saint-Sulpice.

Dirigió una mirada un tanto amarga a Sartine.

—Desde luego, cierta persona podría habernos informado más rápidamente acerca de su identidad, pero tenía sus razones para no hacerlo.

Sartine torció el gesto, pero no hizo ningún comentario.

—Sophia era hija natural del rey, cosa que nosotros ignorábamos. Debíamos investigar para encontrar a sus asesinos, pero sin saber quién era realmente la víctima.

Su mirada encontró la de Helena y se dulcificó.

—Nuestra compañera nos permitió descubrir ese secreto y eso lo cambió todo. Aunque bastarda, Sophia era de sangre real. La señora de Morange seguramente estaba pendiente de ella a través del comisario de barrio. Al igual que otra persona, por razones tanto políticas como personales...

Sartine palideció y le hizo una seña a Volnay para que prosiguiera.

—No sé cuándo se le ocurrió a la señora de Morange la idea de hacer un hechizo a través de la sangre sacrificando a su propia hija. Después de un buen matrimonio, se había convertido en una viuda rica, pero al parecer para una antigua amante del rey eso no era suficiente. Pero, paciencia, eso lo descubriremos más adelante. Volvamos al comienzo de la historia. Estamos tras el rastro de la prostituta que daba la comunión en la misa negra. Gracias a mi padre, la encontramos. —El comisario de las muertes extrañas juntó las manos y frunció el entrecejo—. Aunque la Voraz calla, la inquietud domina a los promotores de la misa negra. El cura danzarín es un punto débil para ellos. Cualquiera puede comprarlo, y existe la posibilidad de que se asuste. Así que lo cuelgan y meten en su bolsillo una lista de calles, entre ellas la del astrólogo, lo cual lo señala como culpable del asesinato de su hija. Ahora bien, esos asesinos ignoran que el cura danzarín lleva encima la lista auténtica de sus direcciones de entrega cosida en el interior de un forro. Mi padre la encuentra más tarde y una de esas direcciones nos lleva con Helena a una vieja abadía abandonada donde todo indica que se celebran abominables ceremonias.

—¡Me alegro de enterarme! —masculló el lugarteniente general de policía.

—Salimos de la abadía con las manos vacías —prosigue Volnay—, pero el descubrimiento de ese lugar nos servirá más tarde. Volvamos de momento a nuestros tres cómplices. Han orientado nuestras sospechas hacia el astrólogo. Sin embargo, no hay que dejar que caiga vivo en nuestras manos, pues jamás confesará ese crimen y nuestras hipótesis podrían entonces apuntar a otros. Prenden fuego, pues, a su casa, y en el incendio perecen la sirvienta y su señor. Cambian de mano la magnífica sortija con un rubí engastado en la que forzosamente teníamos que habernos fijado, brillante ardid para hacernos creer que el astrólogo sigue con vida y ha escenificado su propia muerte. Seguramente es vuestro inspector de policía, el caballero de Fauve, quien tiene esa idea. Es un plan diabólico, basado en parte en nuestro sentido de la observación. —Esbozó una breve sonrisa que no llegó a sus ojos—. Aunque confieso que estuvo a punto de fallar, pues ese detalle se me escapó al principio. Sin duda para reforzar nuestras sospechas, esconden dos libros en la casa, en lugares donde las llamas no acaban con ellos. Esos libros horribles no pueden sino señalar al astrólogo como satanista y, en consecuencia, promotor de la misa negra. El monje da con uno de esos libros y el intachable comisario de barrio, en un alarde de obsequiosidad, encuentra el otro. Tiene la cara un poco

chamuscada. Ahora creo que fue él quien prendió fuego a la casa de Marly.

–No os llevará la contraria –murmuró Helena–. Era una deuda pendiente, ahora arde él en el infierno.

Se produjo un silencio denso que rompió Volnay.

–Los tres cómplices ya se sienten seguros. Y tienen motivos para estarlo, pues nosotros seguimos una pista falsa. Afortunadamente, Helena desbloquea la situación averiguando la verdadera filiación de Sophia, lo que nos permite llegar hasta su madre, la señora de Morange. El monje va a visitarla, acontecimiento imprevisto en el plan ideal de los compinches. Ella se asusta y, para ganar tiempo, le pide que vaya esa noche a cenar. Deciden entonces asesinarlo, pero la tentativa fracasa. Deben de temer lo peor. Sin embargo... no sucede nada. Los conspiradores comprenden de pronto que nada vincula en nuestra mente a la señora de Morange, la propia madre, con el intento de asesinato de Sophia. El trío recupera la seguridad. El descubrimiento de Sophia con vida sin duda les hace incluso exultar y se proponen recuperarla. Sí, ya sé, me he saltado ese episodio: voy al comisario de barrio en persona a quien me dirijo para desenterrar el féretro de la niña! –Miró con ternura a su padre–. Negándose a practicar la autopsia a Sophia, el monje no vio una verdad flagrante, ipero al mismo tiempo le salvó la vida! Una vez que sale de su letargo, Sophia empieza una doble vida dentro y fuera de su casa, hasta que por fin comprendemos la verdad, confirmada por la apertura del féretro.

Movió las manos en señal de disculpa.

–He olvidado hablar de la escena del entierro y de mi primer encuentro con el caballero de Fauve.

–¿Por qué fue el caballero de Fauve al cementerio? –le preguntó Sartine.

–¡Quién sabe! La muerte de Sophia era obra suya y seguramente quiso ser testigo de su conclusión. ¿Qué pasa dentro de la cabeza de un criminal? Lo cierto es que no se arriesgaba mucho yendo. No se mezcló con los asistentes al entierro. Solo esa malhadada señal de la cruz lo delató...

–¡Gracias a tu sentido de la observación! –lo elogió su padre.

–Gracias. Retomemos el curso de la investigación. Encontramos a Sophia gracias a su perro...

–¡Cómo! –exclamó Sartine–. ¡Me mentisteis!

–Sí. Debo confesaros que en ese momento de la historia no estábamos muy seguros de vos.

–¿Qué?

–¡Demonios! –intervino el monje–. Mentiras, ocultación de pruebas y, más tarde, os sorprendemos con uno de los sospechosos, el satanista al que mi hijo había visto en el cementerio...

Sartine, aunque estaba furioso, a costa de un inmenso esfuerzo se contuvo.

–En ese momento –prosiguió Volnay–, nuestras sospechas siguen recayendo sobre el astrólogo, así como también sobre vos y... –dirigió una fugaz mirada a la joven– Helena.

Ella no reaccionó. Parecía haberse ausentado en el interior de sí misma.

–Hay que decir que el caballero de Fauve, con una inmensa audacia, se presentó por voluntad propia ante nosotros para hacernos partícipes de sus sospechas hacia vos. La

suerte de Sophia, a la que buscáis con tanto empeño, empieza entonces a preocuparnos. Por desgracia, llegamos tarde a su escondrijo. Allí nos describen a unos agresores enmascarados, de los que uno podríais ser vos, señor lugarteniente general de policía, y a Helena. –Volnay se volvió hacia su padre–. Y es ahora cuando el monje interviene.

El monje asintió modestamente con la cabeza. Volnay hizo una pausa antes de continuar y observó que los ojos verdes de Helena parecían revivir, invadidos de destellos tornasolados.

–Después del secuestro de Sophia, decidimos ir a casa de Helena.

Esta se estremeció.

–Una vez más, la han preparado para hacernos creer en su culpabilidad. Y nosotros nos dejamos engañar; aunque, pensándolo fríamente, el montaje está un poco sobrecargado. Pero ¿dónde buscar a Sophia? Dudamos entre vuestra casa, señor de Sartine, o la abadía.

El lugarteniente general de policía desplegó una sonrisa afectada.

–Vamos a la abadía –prosiguió Volnay–. Es allí, efectivamente, adonde han llevado a Sophia en un primer momento, sin duda para dar tiempo a vaciar de servidumbre el castillo de la señora de Morange.

Helena pestañeó brevemente.

–En la abadía descubrimos que han tenido a dos prisioneros, a la niña y a un adulto. ¿Quién puede ser el adulto sino Helena? Además, encontramos un anillo que mi padre, siempre tan observador, reconoce como suyo.

El monje se sonrojó imperceptiblemente. La mano de Volnay se hundió en un bolsillo y el policía se acercó a la joven para darle el anillo.

–Gracias –dijo esta en un tono neutro.

Dejó unos segundos el anillo en la palma de la mano antes de decidirse a ponérselo en el dedo.

–¿Y cómo llegasteis al castillo de la señora de Morange? –preguntó Sartine, intrigado.

–¡A una deducción lógica por mi parte sobre la identidad de las dos prisioneras, Sophia y Helena, sigue una deducción fulminante de mi padre!

Era una declaración para manifestar que la pareja de investigadores que formaban era inseparable. Sartine se dio cuenta y torció el gesto.

–Llegué a la conclusión –intervino el monje– de que habíamos seguido un camino equivocado. ¡Nos habían manipulado tanto en este caso que estábamos trastocados! ¡Y sin embargo, todos teníamos la solución del problema desde las primeras páginas, si me permitís decirlo, de la investigación!

Sartine hizo un gesto de desconcierto.

–¿Cómo es eso?

El monje desplegó una sonrisa sutil.

–¡El caso de los Venenos! La Montespan... Todos hablamos de él desde el principio del enigma. Se remonta al siglo pasado, pero la naturaleza humana no ha cambiado. El promotor de la misa negra de Sophia deseaba lo mismo que los cortesanos participantes en las misas negras bajo el reinado de Luis XIV. Sea cual sea la época, el país, la raza o la posición en la sociedad, muchas personas no ansían más que poder y reconocimiento. ¡Y en la investigación de las misas negras en los tiempos de Luis XIV se habló, al menos

en dos ocasiones, de una madre que sacrificaba al hijo que acababa de dar a luz! La señora de Morange, antigua amante del rey y madre de la niña, esperó más... ¡Qué necios hemos sido no viendo antes ese vínculo! ¡Decididamente, el hombre no aprende jamás nada de la historia!

El monje dejó planear un silencio pensativo y de pronto sus ojos brillaron de nuevo.

—Pero, en cuanto vi las cosas con claridad, me di cuenta de que mi hijo y yo teníamos dos opciones: ir a la residencia parisina de la señora de Morange o a su castillo. ¿Cómo sabía de la existencia de este último? Debo decirles que se habla mucho en las cenas de la señora de Morange y que en ese contexto fue como me enteré de su existencia. —El monje trazó en el aire un signo de interrogación—. Entonces, ¿residencia parisina o castillo? La lógica llevaba a elegir el lugar más discreto y aislado.

Se acercó a Helena, que lo miró sin decir nada.

—Una vez allí, entramos haciendo uso de la fuerza, pero nos dejamos sorprender por el comisario de barrio y de no ser por Helena estaríamos muertos.

El monje, sonriendo afectuosamente, rozó con la mano un hombro de la joven, que no reaccionó.

—Y así es como —concluyó de mala gana—, partiendo de una niña sobre una lápida hemos llegado a este sombrío castillo y desenmascarado a una madre indigna, un inspector de policía que ha perdido la razón y un comisario de barrio corrupto. ¡Decididamente, señor de Sartine, vuestra policía ya no es lo que era!

El lugarteniente general de policía se puso en pie.

—Os gusta hacer muchas piruetas, pero yo no olvido todas las vueltas y revueltas que habéis dado en esta investigación. ¡Es un milagro que estéis todavía vivos y los culpables arrestados!

—Nuestra habilidad consiste en caer de pie —replicó el monje, estirándose indolentemente—. Pero, decidme, ¿qué les va a pasar a la señora de Morange y al caballero de Fauve? ¿Serán juzgados?

Sartine hizo una mueca sarcástica.

—Dos órdenes de encarcelamiento firmadas por el rey harán lo necesario. En cuanto al comisario de barrio Cornevin, oficialmente ha muerto como un héroe en una oscura calleja, en el ejercicio de sus funciones.

—¡No cambiaréis nunca, los celosos servidores del orden real! —explotó el monje—. ¡La verdad siempre os dará miedo!

El lugarteniente general de policía lo miró de arriba abajo con desdén.

—La verdad la conocemos todos y eso ya es más que suficiente. ¿Qué utilidad tiene contar toda esta historia delante de un tribunal? ¡No quiero divulgar que se ha intentado controlar la voluntad del rey sacrificando a una de sus hijas bastardas durante una misa negra! ¡Y todavía menos que la promotora de todo esto es una antigua amante de nuestro monarca; el cerebro, uno de mis inspectores de policía; y el ejecutante, un comisario de barrio!

El monje, pálido, se levantó.

—La verdad es lo que hace digno al hombre y este debe saberla, aunque perjudique algunos intereses privados. ¡La verdad muestra a todos que ni el mundo ni nosotros

mismos somos lo que deberíamos ser!

–¡Ese modo de razonar es filosófico, o sea, inútil!

–Sartine –dijo el monje–, menoscabáis la idea que yo me hago del género humano.

–La culpa es vuestra –replicó el lugarteniente general de policía, irritado–. ¿Por qué habláis tanto de ella?

–Porque las palabras tienen un significado –respondió tranquilamente el monje.

Pese a las protestas del monje, Sartine se había llevado a Sophia consigo una vez que estuvo despierta. Hablaba de adoptarla. En un aparte, Helena había conversado largamente con él, después había besado al padre y al hijo antes de irse sin añadir una palabra más.

«Aunque nuestros cuerpos estén separados, nuestras almas permanecen unidas», pensó fugazmente el monje.

–¿Volveremos a ver algún día a Helena? –se preguntó Volnay en voz alta tras su marcha.

–¡Quién sabe! Pero esa es otra historia.

A medianoche, Volnay y su padre llegaron a casa del comisario de las muertes extrañas y fueron recibidos por una cotorra más parlanchina que nunca. El monje suspiró. Intentaba expresar la conclusión de toda aquella historia, pero no la encontraba.

–Nuestro planeta –dijo después de haber bebido una o dos copas– gira alrededor del Sol, pero el único eje alrededor del cual gravitamos nosotros, pobres humanos, es el constituido por nosotros mismos, a fin de tratar de conocernos mejor.

–¿Es esta tu frase de punto final? –se burló su hijo.

–No. En realidad, la estoy buscando en vano, pero, si me concedes unos minutos, seguro que se me ocurre una idea.

Por una vez, su hijo no le dejó decir la última palabra.

–Padre, tengo curiosidad por saber lo que te ha dicho Helena. Habéis hablado mucho rato los dos. Parecíaís unos amantes que se separan...

–¡Qué imaginación, hijo mío! Yo he vivido suficiente y sacado bastantes lecciones de la vida para que esta me incite a la prudencia...

–Mejor –dijo Volnay–, no habría sido muy inteligente teniendo en cuenta la diferencia de edad...

–¡Yo no soy viejo! –lo cortó el monje.

–¡No es eso lo que he dicho!

Su padre lo detuvo. Tenía el final que buscaba.

–¡Qué maravillosa historia, digna de los cuentos de Las mil y una noches! –exclamó–. ¡Si la grabaran con aguja en el rabillo del ojo, serviría de advertencia a quien es capaz de aprender con el ejemplo!

Helena hizo una pequeña reverencia, y con una sonrisa fue invitada a incorporarse y sentarse junto al fuego. Los dos sillones se encontraban uno al lado del otro, frente a la chimenea, pero Helena se obstinó en mantener la mirada fija en las llamas. Sentada junto a ella, la otra persona permanecía en silencio, ocupada en recordar todos los

acontecimientos desde el descubrimiento del cuerpo de Sophia en el cementerio.

Después de la visita del comisario de las muertes extrañas, Sartine se había apresurado a ir a su residencia con el retrato de Sophia en las manos. Le había dicho que se trataba de una de las hijas naturales del rey y que acababan de sacrificarla durante la celebración de una misa negra. El asunto parecía de una gravedad excepcional. Por supuesto, el comisario de las muertes extrañas se había encargado del caso, pero era un hombre tan reservado e incontrolable como su colaborador, el monje hereje. Ella había escuchado en silencio al apurado lugarteniente general de policía y calibrado la situación. Era evidente que la presencia de su mejor y más devota agente, Helena, se imponía. Así pues, a última hora de la tarde Sartine había tenido que llevar a Helena a casa de Volnay y del monje para obligarlos a aceptar su participación en la investigación.

Tras hacerle una señal con la cabeza, Helena empezó a relatar los últimos acontecimientos. Cuando hubo terminado, la joven se quedó callada sin dejar de mirar al frente. Sabía que ella también había sido manipulada en el transcurso de la investigación, pues ni Sartine ni la persona para la que trabajaba le habían revelado lo que sabían desde el principio.

–Me habéis servido bien –dijo finalmente la otra persona.

Sumida en un ligero embotamiento, Helena no contestó. Las llamas danzaban en sus extrañas pupilas, produciendo inquietantes reflejos. El fuego le recordaba pensamientos que su madre le había metido en la cabeza antes de morir para que un día la vengara.

«Todo esto no ha acabado, todavía no...».

De pronto, la flor de lis que llevaba en el hombro la quemó.

–Estoy satisfecha de vuestros servicios –añadió la voz melodiosa.

Helena se inclinó.

–La señora marquesa de Pompadour es demasiado buena.